E. C. BENTLEY

PHILIP TRENT Y EL CASO TRENT



SIRUELA

E. C. Bentley
y H. Warner Allen

PHILIP TRENT
Y EL CASO TRENT

Traducción del inglés de
Guillermo López Gallego

Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: mayo de 2018

Título original: Trent's Own Case
En cubierta: Image courtesy of the Advertising Archives
Diseño gráfico: Ediciones Siruela
© E. C. Bentley, 1936
© De la traducción, Guillermo López Gallego
© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17454-29-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Capítulo I. **Rumbo al sur**
Capítulo II. **Una hojita de papel**
Capítulo III. **La muerte de un filántropo**
Capítulo IV. **No era duro de oído**
Capítulo V. **Trent se queda atónito**
Capítulo VI. **Ha habido un arresto**
Capítulo VII. **En bandeja y guarnecido de perejil**
Capítulo VIII. **La blanca flor de una vida sin tacha**
Capítulo IX. **La diadema de Megabizo**
Capítulo X. **Cuestión de temperamentos**
Capítulo XI. **Un callejón sin salida**
Capítulo XII. **El conde explica**
Capítulo XIII. **Felix Poubelle de 1884**
Capítulo XIV. **Los genios tienen que vivir**
Capítulo XV. **Eunice confiesa**
Capítulo XVI. **La palabra susurrada**
Capítulo XVII. **Un cuerpo excelente**
Capítulo XVIII. **Información recibida**
Capítulo XIX. **Resurrección**
Capítulo XX. **Una partida de golf**
Capítulo XXI. **La Tía Judith hace punto**

ἔνθ᾽ αὖτ᾽ ἄλλ᾽ ἐνόησ᾽ Ἑλένη Διὸς ἐκγεγαυῖα:
αὐτίκ᾽ ἄρ᾽ εἰς οἶνον βάλε φάρμακον, ἔνθεν ἔπινον,
νηπενθές τ᾽ ἄχολόν τε, κακῶν ἐπίληθον ἁπάντων.
ὃς τὸ καταβρόξειεν, ἐπὴν κρητῆρι μιγείη,
οὔ κεν ἐφημέριός γε βάλοι κατὰ δάκρυ παρειῶν,
οὐδ᾽ εἴ οἱ κατατεθναίη μήτηρ τε πατήρ τε,
οὐδ᾽ εἴ οἱ προπάροιθεν ἀδελφεὸν ἢ φίλον υἱὸν
χαλκῷ δηιόῳεν, ὁ δ᾽ ὀφθαλμοῖσιν ὁρῷτο.

Odisea, IV 219-226

Capítulo I

Rumbo al sur

—He de marcharme —dijo Philip Trent—. Tengo un compromiso, como te había dicho, y no puedo llegar tarde. Sigue con la cena, Slick... Toma unas gambas Waldorf; verás qué buen color se te pone. Si mañana paso a recogerte con el coche hacia las diez, ¿estarás más o menos preparado?

—Creo que menos —gruñó Slick Patmore—. Salvo que esta noche mejore el tiempo. Un paseo de dos horas con frío y llovizna no es mi idea de placer matinal.

—Va a cambiar por la noche —le aseguró Trent—. Lo que no sé es cuántas veces. Por eso los climas variables como el nuestro son tan entretenidos; y todo el mundo sabe que en abril están en su mejor momento. Oh, qué privilegio, encontrarse en Inglaterra ahora que ha llegado abril, y que quien amanece en Inglaterra no tiene la menor idea de si van a caer chuzos de punta o va a salir el sol, los pájaros y las flores. Además, lo de mañana no es placer, sino deber, Slick, un deber cuyo imperativo inexorable nos impone la proeza de asistir a la boda de Julian Pickett.

—Y de brindar con lo que, según el bueno de Blinky Fisher, es champán —añadió Patmore, sirviéndose de mala gana otra copa de La Tour-Figeac.

—¿Es que no puede tener imaginación, solo por que sea el canónigo de Glasminster? —preguntó Trent—. Me parece que va a

hacerle falta cuando le entregue su sobrina a Julian y haya de fingir que tiene cierta responsabilidad sobre una chica moderna. ¡Ja! Ya lo estoy viendo. «¿Quién entrega a la novia?». Vamos, Blinky; ¿a qué verde altar, oh, misterioso sacerdote, llevas a esa becerra[1]? Seguro que pierde las gafas e intenta entregar a Julian.

—¿No has dicho que tenías un compromiso? —dejó caer Patmore.

Al bajar la escalera del club Cactus, Trent se detuvo en el umbral y encendió un cigarrillo mientras reunía fuerzas para despedirse de su tía preferida, que salía en el transbordador ferroviario de Newhaven. Forma parte del patrimonio de nuestra isla, razonó, que, cuando estamos a punto de salir del país, el tiempo sea atroz. Dios aprieta, pero no ahoga, y el británico que está a punto de separarse del suelo natal suele verse aliviado y consolado por la idea de que el clima del lugar al que va no puede ser tan desagradable como el que deja, idea esta tal vez errónea, pero ¿qué idea, se preguntó, no lo es? Al menos aquella velada en concreto era lo bastante espantosa para justificar las predicciones más optimistas acerca de cómo iba a hacer al otro lado del canal de la Mancha, fuera donde fuera. ¡Sí, qué suerte tenía Tía Judith!

Miraba más allá de Piccadilly, y el aire estaba lleno de una llovizna amarillenta que no tenía suficiente personalidad para ser niebla. Detrás de la verja de Green Park, los árboles dejaban ver unas siluetas mortecinas e imprecisas que sugerían la escenografía de un infierno en el que no reinaba el sufrimiento, sino el dolor de una depresión sorda. Se veía por doquier el fango fino y exiguo que las ciudades modernas dignifican con el noble nombre de «barro».

Trent echó un vistazo al reloj de la portería. Le había dicho a Patmore la verdad, y nada más que la verdad, pero no toda la verdad, que, al fin y al cabo, nunca se dice, aunque solo sea porque nadie tiene tiempo. Tenía un compromiso, y no podía llegar tarde, dado que el tren que salía de la estación Victoria a las ocho y veinte

no esperaba a nadie; pero ni el hecho de que quisiera presentarse con un cuarto de hora de adelanto ni el motivo de que lo quisiera habrían interesado a su amigo. Aunque Trent, como casi todos nosotros, aborrecía las despedidas prolongadas, sabía que Tía Judith esperaba que se siguieran las convenciones sociales de la manera apropiada; y le parecía que quince minutos constituían el feliz punto medio entre el exceso de celo y la indiferencia. Durante el corto trayecto hasta la estación podía devanarse los sesos —¡fútil esperanza!— en busca de una fórmula de despedida afortunada y original.

Cuando se estaba abotonando el abrigo, oyó fuera que alguien cerraba un coche de un portazo. La puerta batiente de la entrada se entreabrió, y un hombre alto, que reía a carcajadas, se detuvo con un pie en el umbral y habló mirando por encima del hombro:

—*Gute Nacht, du alte gute Kerl* —gritó—, *und herzlichen Dank*.

—*Ach Quatsch* —ladró en respuesta una voz áspera, mientras el coche se alejaba—. *Wiederseh'n!*[2].

El recién llegado franqueó la puerta y cruzó el zaguán a grandes zancadas. Trent lo conocía bien; lo suficiente para no querer conversar con él. Por regla general, un egoísta sin vergüenza ni escrúpulos no es la mejor compañía, ni siquiera si uno no tiene —y Trent las tenía— razones personales para ver su existencia con malos ojos. Por otra parte, había muchas posibilidades de que Eugene Wetherill no tratase de ser la mejor compañía. Las costumbres de aquel brillante literato incluían la tendencia al ataque gratuito, y Trent ya había tenido más de un encuentro desagradable con él.

Al llegar a las escaleras, Wetherill volvió la cabeza , vio a Trent y lo saludó con la mano.

—Tiene usted un aspecto condenadamente serio —observó con mueca lobuna—. Espero que no haya sido el verme lo que ha desterrado su sonrisa triunfal. Olvide sus problemas, querido amigo. Aún puede salir todo bien. Olvide nuestras pequeñas desavenencias

pasadas. Ahogue sus penas en el bar conmigo... Es sorprendente todo lo que puede ahogarse en un simple cóctel de ajenjo.

—Gracias, pero he de marcharme —dijo Trent. Y añadió—: No tiene usted aspecto de tener gran cosa que ahogar. Yo estaré serio, pero usted parece bastante satisfecho.

—Así es. —Wetherill rio mientras se quitaba el sombrero negro de ala ancha y la bufanda blanca para que pudiera verse que debajo del abrigo llevaba traje de etiqueta—. Muy satisfecho. No tengo nada que ahogar, como observa con ese infalible criterio suyo; así que voy a tomar ese cóctel por pura cuestión de principios... Sin propósito práctico alguno. ¡Satisfecho! Ya lo creo que estoy satisfecho. Ayer hice un buen negocio, querido amigo, y todavía no me he repuesto. —Hizo una breve pausa, como si recobrase la compostura; y luego prosiguió—: Cuando eso ocurre, tengo un impulso irracional de perdonar al mundo por ser como es, y a los humanos por ser como son.

—También a Eugene Wetherill, espero —sugirió Trent con simpatía —. No debería juzgarse con tanta dureza, ¿sabe?... Es una tendencia fatal. Combátala. No permita que lo domine. Ahora tengo que esfumarme, pero no olvide mis palabras.

Cruzó la puerta a toda prisa y bajó a la pringosa acera en dirección a Piccadilly.

Pensó que, sin duda, Wetherill estaba muy satisfecho. La expresión de desprecio que solía exhibir probablemente fuera, como el resto de su apariencia externa, un efecto cuidadosamente estudiado; pero aquella velada la expresión había cedido su lugar a un gesto de verdadero placer, y Trent se preguntaba qué podría causarlo. Era bastante probable que lo que agradase a Wetherill tuviera un efecto muy diferente en mentes más normales; y casualmente Trent sabía —como, por desgracia, mucha gente— de un sucio negocio de Wetherill en el que muy pocos habrían querido verse involucrados. Sin embargo, de aquello hacía meses; era evidente que este otro era reciente, y le llamaba la atención que Wetherill hubiese vacilado

claramente a la hora de explicar de qué se trataba. Por regla general, no era nada discreto con sus asuntos, ni siquiera con los más indignos; le gustaba presentarse como un dechado de inmoralidad. Resultaba difícil lidiar con un hombre que presumía de haber destruido su amor propio.

Un policía colosal acechaba en la esquina de la calle Charles.

—Vaya nochecita, agente —observó Trent.

—Y que lo diga, señor —murmuró el guindilla en un tono que sugería que la sucia neblina había penetrado su pesado impermeable y calado todo su ser—. Pero parece que a algunos les gusta. ¿Ve a esos corredores que vienen por el otro lado de la calle? ¡Madre mía! Conmigo que no cuenten. Bonita forma de pasar el rato, ¿verdad, señor?, con una noche así.

—Para ellos, espléndida, en realidad —dijo Trent—. Después de unas buenas friegas y con ropa caliente, estarán tan contentos como los reyes de Persia. Es la juventud, agente... Juventud que ligera camina hacia el alba[3], o hacia el Politécnico, o a algún lugar delicioso. Deberíamos estar celosos.

Dejando atrás la dispersa procesión de muchachos zarrapastrosos en pantalón corto y camiseta que corrían de dos en dos y de tres en tres por el borde de la acera, Trent encontró la parada de taxis que buscaba.

Sentado en el taxi, Trent volvió a darle vueltas a la conversación con el viejo James Randolph que había precedido a la cena en el club Cactus. Había sido, caviló, más breve de lo que había pensado; más breve y todavía más desagradable. No cabía esperar que uno se alegrase al descubrir que alguien que no le deseaba nada bueno conocía un secreto suyo, e indudablemente humillante, por cierto. Aun así, la rabia incontrolable de Randolph había excedido con mucho lo que requería la ocasión; al fin y al cabo, si se portaba bien, nada había de perder, ni dinero ni reputación. De eso no cabía la

menor duda. Obviamente, la amenaza de Trent de ponerlo en evidencia había resultado muy efectiva. Fuera o no sincero Randolph al asegurar que no había tenido mala intención, ahora indudablemente estaba asustado, y se comportaría en consecuencia. Todo escándalo relacionado con la diadema de Megabizo asestaría un golpe mortal a la hinchada autoestima del viejo. En fin, Tía Judith podía marcharse muy tranquila. Si se hubiera ido albergando la menor preocupación por Eunice, eso solo le habría estropeado el viaje que tanto había anhelado.

Toda su vida Trent había estado íntimamente unido a su tía, esa insólita anciana. Aquel era un gran momento en la vida de la señorita Judith Yates. Iba a salir de Inglaterra por primera vez en casi cuarenta años. Había crecido en el crepúsculo de la época victoriana, y en su juventud había recorrido mucho mundo; pero luego llegó el momento en que un hermano excesivamente confiado había malgastado la mayor parte de la fortuna de la familia en cierta empresa creada por un financiero todavía más optimista. Después de eso, Tía Judith había vivido en el campo con muy poco, sin protestar... Es más, especialmente feliz. Mantenía contacto con un amplio círculo de amigos, muchos de los cuales estaban al cabo de la calle de la actualidad; respecto de los asuntos del mundo, oía todo lo que se hacía público, y buena parte de lo que no, y lo más sórdido de la alta sociedad y la política apenas tenía secretos para ella. Su aspecto remilgado escondía una mente sumamente activa, bien amueblada y experimentada. A veces, para diversión suya, alguna joven moderna imaginaba haberla asombrado; lo cierto es que, en su momento, la señorita Yates había contemplado con calma transgresiones de las convenciones sociales más alarmantes que cualquier cosa que la filosofía de aquella joven pudiera concebir. Solo pedía que hubiese en la infracción algo que mereciera la pena considerar; ponía el límite en la mezquindad y la futilidad. El lazo afectivo más estrecho de su vida, efectivamente, era una amistad, que empezó de forma bastante fortuita, con Eunice Faviell, la actriz

más brillante de su generación, cuya historia personal estaba centrada en una relación que no tenía secreto alguno para el mundo en el que vivía.

Unos meses antes, la señorita Yates había recibido una herencia, e inmediatamente había decidido volver a ver algo del mundo europeo mientras tuviera salud. «Me propongo», le dijo a Trent, «viajar con lujo, y seguir viajando hasta que se acabe el dinero». El periplo que tenía en perspectiva era una visita a unos amigos de Roma, y declaró estar tan ilusionada como cuando fue a su primer baile, preparada para paladear cada momento y cada incidente...

Fue casualidad que fuese por la ruta de Dieppe. Había tenido intención de disfrutar de las comodidades del transbordo más corto, pero sucedió que un encargo que le había hecho a su sobrino Philip no pudo llevarse a cabo hasta la noche del día de su salida, así que, recordando haber sido una marinera competente, decidió coger el servicio nocturno.

Fue este cometido el que condujo a Trent a su agria entrevista con James Randolph; y ahora, en el taxi que lo llevaba a la estación Victoria, repasaba los fundamentos de su convicción de que había cumplido correcta y plenamente con su misión. Sabía que Tía Judith tenía ojos muy penetrantes, y, si mostraba el menor signo de incertidumbre, no tardaría en darse cuenta.

Al llegar a la estación, con un poco más de margen de lo que había planeado, se dirigió al andén del tren-barco, haciendo una parada por el camino para comprar algo en la floristería del recinto. Para su sorpresa, no vio a Tía Judith. Por supuesto, tenía un asiento reservado; pero Trent, conociendo bien sus costumbres, y sabiendo además que era la primera vez que viajaba en primera clase, había dado por supuesto que, cuanto más tiempo dedicase a los prolegómenos, más disfrutaría.

No obstante, al renunciar a la búsqueda de un coche de primera inexistente en la cabecera del tren, encontró a su tía supervisando el traslado del equipaje de mano en una sección de la parte trasera.

Debía de haber cruzado la barrera muy poco después que él. Mientras él se acercaba, ella departía con el mozo del vagón de primera, y dicho optimista profesional estaba expresando una opinión favorable sobre las perspectivas para el cruce del canal de la Mancha. Trent presentó su homenaje de claveles exuberantes.

—¡Oh! Muy amable por tu parte, Philip. ¡Mis flores favoritas! Y justo lo que hacía falta para poner el toque final en esta etapa de la aventura. Cielo, no te haces idea de lo que representa para mí. Es todo tan diferente de como era... O sea, todo lo relacionado con los viajes al extranjero.

Desde luego, Tía Judith parecía estar gozando al máximo del entusiasmo que había saboreado de forma anticipada. Sus ojos brillaban, y había un rubor insólito en las mejillas.

Trent se refirió inmediatamente a lo que ocupaba el primer plano de su mente.

—Te alegrará saber que lo de Eunice está arreglado. He visto a Randolph esta tarde, como habíamos quedado, y me he cerciorado de que no vuelva a molestarla. Ya sabes, Tía Ju, que me di cuenta de que no te quedabas muy convencida cuando te comenté que podría conseguir que el viejo jurase dejar de importunarla. Bueno, pues eso mismo he hecho; puedes estar tranquila. No pude explicarte cómo iba a hacerlo, y tampoco puedo contártelo ahora. Verás, le dije que le guardaría el secreto, al menos mientras viviera; fue un trato. Pero ya está.

—Qué alivio saberlo, Philip. —La señorita Yates hundió la nariz en los claveles con gratitud—. Tienes toda la razón, no he podido evitar estar un poco preocupada hasta saber que quedaba garantizado.

—De todas formas —prosiguió Trent—, tengo la impresión de que Eunice me va a montar una escenita por esto. Por lo visto, le escribiste diciéndole que me habías contado lo que pasaba, y que me estabas azuzando en contra del viejo. No le hace gracia. Ayer recibí una nota suya, y no era agradable, aunque, conociéndola, no me sorprendió del todo.

La barbilla de la señorita Yates se levantó de forma leve pero perceptible.

—¿Qué quieres decir con eso de «conociéndola», Phil?

—No te pongas a la defensiva, Tía Ju. Claro que no me refería a...

—Querido muchacho, no me pongo a la defensiva, pero...

—Bueno, pues llámalo a la defensiva. No soportas escuchar la menor crítica de Eunice; lo sabe todo el mundo. Yo tampoco, por cierto. Pero no hay nada de malo en decir que no me sorprendió en absoluto que me dijera que sus asuntos personales no son cosa mía, maldita sea, y que mucho agradecería que mantuviera la nariz alejada de los susodichos, y que era completamente capaz de cuidar de sí misma..., y otras cuantas lindezas por el estilo.

Sonriendo, la señorita Yates posó una mano pulcramente enguantada sobre su brazo.

—Si te refieres a eso cuando dices «conociéndola», Phil, bueno, claro que sí... A nadie se le escapa cómo las gasta Eunice. Sospecho que ya le has oído cosas en ese tono. Yo también, a veces. Y también tu mujer, aunque son amigas desde hace mucho más tiempo que vosotros. No me cabe duda de que ninguno nos lo tomamos a la tremenda. Todos sabemos...

—Cómo es. ¿No ibas a decir eso, Tía Ju? Así que henos aquí de nuevo en el punto de partida de nuestro malentendido, y nos hallamos plenamente de acuerdo..., como ministros de Asuntos Exteriores en un comunicado oficial.

—Sí; pero, en nuestro caso, es verdad, cielo. Te confieso, Phil, que me pareció muy posible que te escribiese algo así, y esperaba que no se lo tuvieras en cuenta. Siempre ha insistido en manejar su propia vida como le parezca, y en echarla a perder como le dé la gana... Y sabe Dios que así ha sido.

Trent asintió.

—Dios lo sabe, en efecto. Hablando de lo cual —añadió—, me he cruzado con Wetherill justo antes de venir. Lamento decir que tenía

muy buen aspecto. Siempre que me encuentro a ese fulano, me dan ganas de asesinarlo.

—Ojalá lo hicieras, por lo que a mí respecta —dijo la señorita Yates con gran sentimiento—, aunque no hay forma de hacerlo que no sea demasiado buena para él.

—Sí; y otra pega es que a ese juego pueden jugar dos. Podría darme consejos. Wetherill no es el típico malo facilón que siempre permite que el protagonista le dé su merecido sin mover un dedo. Seguro que es capaz de salir airoso de cualquier escaramuza; no tiene miedo a nadie y le encantan las broncas. ¿Sabes qué? Está probado que mató a un hombre en un duelo en La Spezia después de recibir dos heridas.

—Seguro que hizo trampa —dijo la señorita Yates—. Nunca me ha entusiasmado La Spezia, y a partir de ahora me gusta todavía menos. Wetherill debería haber vivido en Italia en el siglo xv, con los Sforza y las demás bestias del Renacimiento.

—Tienes razón —convino Trent—. Pero siempre ha dejado inacabadas las cosas que debería haber hecho.

—Hace tiempo que no tiene relación con él... Me lo dijo ella misma. Pero ha ocurrido antes, y nunca dura. Ojalá Eunice hubiera podido encapricharse así de cualquier otro —dijo con ansiedad la señorita Yates—. ¡Sabe Dios que tenía dónde elegir! Y muchos eran tipos decentes, no me cabe duda, como aquel médico joven amigo tuyo, no me acuerdo de cómo se llama...

—Bryan Fairman.

—Sí. No llegué a conocerlo, pero siempre pensé que sería bonito que se casara con un amigo tuyo y de Mabel, y, por cómo hablabais los dos de él, sabía que era lo que le convenía. Lo que lo hace todavía más molesto es que a su manera siempre le ha tenido cariño.

—No sé —dijo Trent— cuántas veces ha rehusado casarse con él... No me extrañaría que ambos hayan perdido la cuenta. Pero estoy seguro de que siempre lo ha hecho de la manera más afectuosa.

¡Pobre Tía Ju! Cuando decidiste prohijar a una chica como Eunice Faviell, no sabías dónde te metías.

La señorita Yates sonrió, traviesa.

—¡Cuando «decidí»! Fue Eunice la que resolvió adoptarme..., y lo sabes. Me imagino que ni ella sabe por qué.

La señorita Yates desvió la conversación a sus planes de viaje y a los cambios acaecidos en Roma desde la década de 1890. Las previsiones del propio Trent para el futuro inmediato también fueron objeto de examen. Al día siguiente temprano iba a ir a Glasminster para asistir a la boda de Julian Pickett. A lo mejor Tía Judith se acordaba de Julian. Claro que Tía Judith lo recordaba. Era el muchacho que cojeaba desde que un tigre le mordió no sé dónde en el Himalaya.

—En el *gluteus maximus* —musitó Trent.

—Sabía que era por ahí —dijo Tía Judith—. Sí; y el día que lo llevaste a verme enrolló una partitura y la usó para imitar a una pantera, con lo que a Elizabeth se le cayó la bandeja del té en la alacena, y hubo que darle sales de amoniaco.

A las 8:15, la señorita Yates estaba instalada en su asiento, y continuaba la conversación a través de la ventanilla abierta. A las 8:19 y tres cuartos, un hombre que llevaba un morral cruzó la barrera a toda prisa. Corrió hasta el vagón de primera y entró de un salto cuando el tren empezaba a moverse. Estaba de pie en la puerta, y el mozo acarreaba su bolsa, cuando se volvió por casualidad y miró a Trent a la cara.

Trent, que al mirar sin prestar atención tan solo había visto en él a un desconocido con un abrigo amplio, un traje de *tweed* marrón y un sombrero blando calado hasta los ojos, profirió una exclamación.

—¡Bryan! ¡Cielos, un poco más y pierdes el tren!

—¡Phil! ¡Qué sorpresa! —Con un gesto brusco, el hombre se asomó desde el vagón que se alejaba—. ¿Qué diablos...?

El resto del grito quedó ahogado por el ruido sordo del tren que aceleraba. Por la sorpresa, Trent apenas se acordó de responder al

saludo de su tía desde la ventanilla.

¿Qué podía significar el estado de agitación de Bryan Fairman? ¿Por qué su amigo, por lo general estrictamente circunspecto, parecía y actuaba como un hombre desmoralizado y desesperado?

1 Fragmento de la «Oda a una urna griega», de John Keats. *(Todas las notas son del traductor)*.

2 «—Buenas noches, querido Kerl, y muchas gracias.

—Bah, es una tontería. ¡Hasta pronto!».

3 Paráfrasis del poema «The Day of the Daughter of Hades», de George Meredith.

Capítulo II

Una hojita de papel

La señorita Yates, por su parte, no se había percatado de la breve escena precedente, y ahora estaba entregada en cuerpo y alma, y con gran satisfacción, a observar lo que ocurría. Tomó nota del cambio en el ambiente del vagón cuando el tren dejó atrás la estación y fue ganando velocidad. Algunos pasajeros, que habían estado enfrascados en despedidas prolongadas y dolorosas, recobraron la compostura. Parecían más vivaces y menos inhibidos. Estaban en puertas de una especie de vida nueva, en la cual, durante un tiempo, se verían libres de las convenciones sociales y la curiosidad del prójimo. Consciente o inconscientemente, esperaban poder ser ellos mismos. Además, iban rumbo al sur, dejando atrás la neblina y la llovizna. Prevalecía la sensación de alivio a la que se refieren los médicos cuando utilizan la delicada expresión «cambio de aires».

Sonriendo, la señorita Yates se puso cómoda e inspeccionó el vagón con la mirada. Había un toquecito de lujo que le pareció tremendamente relajante. El menú no tenía un aspecto demasiado apetecible, pero para ella cenar a bordo del tren tenía algo de aventura. Y el camarero era tan agradable y cortés, sobre todo después de pedir media botella de borgoña...

Cuando sirvieron la cena, empezó a observar con tranquilidad a sus compañeros de viaje, y se hizo una composición imaginaria de sus

vidas. Porque la señorita Yates sentía una ardiente curiosidad por todos los desconocidos con los que entraba en contacto, y se entretenía atribuyéndoles historias personales. A veces disfrutaba del placer adicional de cotejar lo que suponía con los hechos que se revelaban más tarde.

Apenas dudó a la hora de tomarle la medida al hombre alto, envarado y distinguido, vestido de manera atildada y con un cuidadísimo bigote gris, que era quien tenía sentado más cerca, leyendo una revista. Casi militar, pero no del todo, decidió; más intelectual. Algo diplomático, sin duda alguna; tal vez un embajador recién nombrado o un ministro. Su conjetura no le habría hecho gracia a su objeto, que se envanecía de su porte completamente marcial. En realidad, era un eminentísimo catedrático de Historia de camino a Túnez, donde esperaba poder comprobar nuevos datos relativos a la batalla de Tapso que destrozarían la reputación de otro historiógrafo eminente al que se la tenía jurada desde hacía años.

La señorita Yates no estuvo mucho mejor encaminada con el joven bien vestido y de magnífica presencia en quien se fijó a continuación. Pensó que la nariz ligeramente torcida aumentaba no poco su atractivo; había observado a menudo que en los hombres los rasgos demasiado regulares con frecuencia iban de la mano de una presunción indeseable. Tal vez se pudiera considerar que tenía el pecho y los hombros demasiado desarrollados, pero eso solía ocurrirles a los remeros, que normalmente eran chicos estupendos; y la señorita Yates decidió que aquel joven era un universitario de Cambridge que iba a visitar a sus padres en el extranjero. Sin duda la ropa que llevaba era como tenía que ser. Durante la cena, dio muestras de tener muy buen apetito, y no bebió más que unos sorbos de agua mineral, mientras estudiaba feliz una carta que la señorita Yates supuso le habría enviado una chica. Se preguntó qué le habría hecho el joven a su oreja izquierda.

El estado de dicho órgano, ¡ay!, no era propio de un joven como él. La señorita Yates estaba contemplando los inicios de una

deformación causada por los golpes de Baker Isaacs, de Hoxton; y el joven era el Cañonero Brand, antiguo campeón de los pesos pesados del Ejército, poseedor del cinturón Abingdon, ganador de una serie de lucrativos combates profesionales y aspirante al título mundial que se celebraría tres meses más tarde. Iba a encontrarse con su entrenador en su retiro del cabo de Antibes, y se hallaba leyendo y releyendo una larga carta de su prometida, que en su opinión no tenía rival en el mundo entero.

La señorita Yates erró menos en su juicio de la pareja vecina. Su rápida ojeada captó una multitud de detalles de expresión y apariencia. A la bellísima muchacha la catalogó, sin vacilar y con toda la razón, como una estúpida vanidosa, egoísta y de mal corazón. Su actitud con los camareros del tren, cuando sirvieron la cena, se le antojó a la señorita Yates el colmo de esa clase de altanería de la alta sociedad inglesa que retratan las películas estadounidenses. El joven, con quien a todas luces acababa de contraer matrimonio, era un necio débil, aunque no exento de encanto. Todo en ellos traslucía una riqueza considerable; y la señorita Yates meditó, no por primera vez, acerca del peligroso grado en que aparece representada entre los ricos la más completa inutilidad.

Tal vez a quien mejor entendía era al tipo de hombre que había estado a punto de perder el tren. Le gustaba su cara, con las líneas bien definidas y el hoyuelo en la barbilla. De unos treinta años, se dijo; un sujeto serio; de mente curtida y trabajador; médico, tal vez; comedido por lo general, pero que ahora daba señales de enfermedad y de agitación casi incontrolable. Su aspecto tenía algo temerario y atormentado. A la poco moderna mente de la señorita Yates se le ocurrió la palabra «byroniano». ¿Tal vez le hubieran roto el corazón? La señorita Judith creía en los corazones rotos, pero había aprendido que pueden romperse de diversas maneras. Sin duda, aquel hombre estaba desesperadamente preocupado por algo. Apenas cenó, y se bebió una botella de champán entera sin que por

ello pareciera animarse. Cuando levantaba la copa, le temblaba la mano. La señorita Yates pensó que tal vez estuviera huyendo de la justicia; sin embargo no concebía que fuera un facineroso.

En cuanto hubo acabado el champán, llamó al camarero para que limpiase la mesa a la que se sentaba a solas. Una vez despejada, puso encima su morral y lo abrió. La señorita Yates pudo ver que sobre lo que contenía había unos cuantos fajos de papeles, todos asegurados con gomas; y el hombre procedió a reunirlos en un paquete compacto, envuelto en una hoja de periódico y atado con cordel. Tras volver a meterlo en la bolsa, sacó unos cuantos folios que puso ante sí en la mesa.

Cerrando la bolsa como si estuviera ocultando un secreto culpable, se puso a escribir afanosamente con un lapicero. La señorita Judith podía seguir las idas y venidas de su inspiración desde donde estaba sentada. Llenaba hojas de grandes garabatos y a continuación, dando muestras de desaprobación, parecía volver a empezar de cero.

«¿Será escritor?», se preguntaba la señorita Yates. «Pero sin duda nadie puede componer a semejante velocidad. Y no tiene aspecto de literato. A lo mejor es periodista..., aunque ¿un periodista vacilaría tanto? A lo mejor está preparando un discurso... Sin embargo, por otra parte, parece la clase de hombre que siempre sabe lo que quiere decir, y lo dice sin rodeos».

Mientras la señorita Yates se divertía con estas elucubraciones, el hombre seguía escribiendo. A la postre, rechazando el enésimo borrador, se detuvo y reflexionó; a continuación, garrapateó lo que parecía un documento más breve. Al soltar el lapicero, sus ojos se encontraron con los de la señorita Yates, y pareció como si sus azules ojos, atentos a algo que estaba mucho más lejos, la atravesaran. Al menos, eso esperaba ella, porque lo vio temblar violentamente antes de apartar la mirada, con la sensación de que estaba viendo a hurtadillas algo que no tenía derecho a ver.

Miró distraída alrededor del vagón, y se dio cuenta de que los pasajeros se estaban preparando para llegar a Newhaven. Algunos se guardaban en los bolsillos, con aire medio furtivo, los cigarrillos o el tabaco de las maletas, para esquivar a la Aduana francesa. Otros, todavía más avergonzados, engullían píldoras y pastillas de medicamentos que prometían plantar cara al demonio del mareo.

La señorita Yates siguió su ejemplo y se preparó para pasar al barco. No tenía miedo a marearse, ni tabaco que esconder, pero preparó los billetes y el pasaporte. Su mirada volvió a detenerse en el viajero alterado. Este había doblado la última versión y la había introducido en un sobre largo. Enrolló el resto de lo que había escrito y lo metió debajo del paquete forrado de periódico que la señorita Yates ya había visto.

Cuando el tren se detuvo en el andén, fue el primero en salir del vagón de primera, y la señorita Yates reparó en que, al levantarse de su asiento, una corriente de aire movió una delgada hoja de papel, sin que él se diera cuenta, y la hizo caer al suelo del tren. Se trataba, sin duda alguna, de una página arrancada de una agenda, ya que tenía un encabezamiento con fecha impresa en gruesas letras mayúsculas y, debajo, notas borroneadas con lapicero. La señorita Yates no pudo por menos que verlo al agacharse para recogerla. Para entonces el hombre ya iba encabezando un torrente de pasajeros que salía, y, cuando ella pisó el andén, no lo vio.

«Pero seguro —pensó— que cruza a Dieppe, y he de verlo a bordo del barco».

Efectivamente, allí estaba, recorriendo la cubierta superior con rápidas zancadas por el lado de estribor. La señorita Yates se ocupó, antes de nada, de dejar su propio equipaje bien colocado. A la postre, el tumulto de la estiba y de las amarras al ser soltadas desapareció; el vapor comenzó a navegar hacia Francia lentamente. En aquel momento, la señorita Yates se acercó al hombre que tanta simpatía le había despertado.

—Señor, al salir del tren —dijo sin ninguna clase de prolegómeno nervioso—, se ha dejado esta hojita de papel que se había caído de su asiento. He pensado que podría ser importante y que debía devolvérsela.

El hombre la miró con cierta hosquedad; luego miró la hoja que le alcanzaba. Entornó los ojos al examinarla a la media luz de las lámparas de la cubierta; luego apartó la vista, con la cara retorcida, como si tuviera miedo o sufriera de una ansiedad aguda.

De pronto se giró y miró a la señorita Yates.

—Se ha equivocado, señora —dijo con voz trémula—. Es muy amable por haberse molestado, pero ese papel no es mío. No lo había visto nunca. En todo caso, muchísimas gracias.

Hizo una reverencia brusca y de inmediato volvió a recorrer la cubierta, intranquilo.

Naturalmente, la señorita Yates se quedó perpleja. Era incapaz de concebir por qué aquel hombre rehusaba sus buenas obras. Sin duda alguna, el papel se había caído de su asiento. Es más: lo había visto examinar atentamente ese mismo papel más de una vez mientras escribía, perplejo y con el ceño fruncido. Podría haberla dominado la indignación, pero la señorita Yates era de esas personas que siempre encuentran la manera de disculpar a quienes parecen tan angustiados y alterados como su compañero de viaje. Notó el agradable escalofrío de lo misterioso mientras con cuidado guardaba el escrito repudiado en un bolsillo de su bolso.

La mayoría de los pasajeros se había instalado en salones y camarotes para la travesía, porque hacía una noche húmeda y fría. La señorita Yates, resplandeciente de libertad y aventura, estaba resuelta a no perderse una sola de las sensaciones propias del viaje; prefirió recluirse con una manta al abrigo de uno de los botes. Cuando volvió a verlo, el hombre que tanto había despertado su interés pudo pensar que ese extremo de la cubierta estaba desierto. Saliendo de un camarote de la cubierta superior, reanudó su recorrido; y ella se dio cuenta de que ahora llevaba el paquete

informe debajo del brazo. Poco después, se detuvo junto a la barandilla; y se alejó de ella sobresaltado cuando un miembro de la tripulación pasó cerca de camino a sus responsabilidades.

Un minuto después sucedió lo que la señorita Yates, más o menos, había estado esperando. El viajero misterioso se acercó de nuevo a la barandilla y discretamente dejó caer por la borda lo que llevaba, fuera lo que fuera, hecho lo cual, bajó y desapareció; y la señorita Yates no se lo encontró otra vez hasta que desembarcaron en Dieppe. Se fijó en que fue uno de los primeros en salir de la garita de la Aduana, pero ni en el tren ni en ningún otro lugar volvió a poner los ojos en el hombre que de forma tan sorprendente había repudiado la hojita de papel.

La señorita Yates no pensó en la cuartilla que había intentado devolverle a su dueño hasta media hora después, tras saborear el placer de hojear el primer periódico francés que veía en muchos años. Prescindiendo de las animadas polémicas del *Homme Trompé*, que había hallado no poco desconcertantes, repasó de nuevo los detalles del rompecabezas que tanto había intensificado la felicidad de su liberación de la vida cotidiana en Farnham. ¡A ver, el papelito! Si su propietario había optado por negar todo derecho sobre él, estaba claro que podía leerlo cualquiera.

La señorita Yates sacó el papel de su bolso e inmediatamente se fijó en que el encabezamiento llevaba la fecha de aquel mismo día. No obstante, lo que leyó a continuación, escrito con letra segura e inteligible, fue una sorpresa todavía más emocionante que todo lo que había ocurrido hasta entonces en el breve caso del pasajero misterioso de Dieppe.

Varias cabezas se volvieron bruscamente y otras tantas miradas se fijaron sobresaltadas en aquella inglesita tranquila que exclamó en voz alta: «¡Madre mía!».

Capítulo III

La muerte de un filántropo

Para la experimentada mirada del inspector jefe Gideon Bligh, la escena se explicaba por sí sola..., hasta cierto punto. El competente funcionario estaba de pie en mitad del dormitorio del difunto James Randolph, en el piso de arriba del número 5 de la plaza Newbury, que en una época más sencilla se conocía como Caballerizas de Newbury. Era un recinto pequeño, al que se llegaba por unos pasajes abovedados desde las calles que había a ambos lados, en los alrededores de Park Lane; de la pulcra fila de establos y cocheras transformadas en viviendas acomodadas, el número 5 era el que se hallaba más cerca de la calle Bullingdon[4].

Mientras reflexionaba sobre su posición, el señor Bligh se acarició con una mano de buen tamaño el cráneo prematuramente calvo. Su apariencia siempre había causado respeto. Era alto y desgarbado. Iba bien afeitado, y su rostro, de rasgos enormes y vigorosos, mostraba habitualmente una expresión adusta. Tenía la piel algo bronceada, pero por lo demás incolora.

Un sargento de la Policía estaba de pie en la puerta, siguiendo atentamente el trabajo del hombre de la central. Ya había informado a su superior de lo que había averiguado desde que una llamada telefónica había convocado a la Policía en aquel lugar, poco después de medianoche; había mencionado lo más notable de lo que había revelado el examen del dormitorio, y lo que consideraba una

«prueba rara» en la sala que había debajo. Eran ahora las ocho y media de la mañana.

El médico de la Policía había dejado el cuerpo tal como lo había encontrado, tumbado bocabajo delante del aparador. Habían disparado al anciano por la espalda, y este había muerto al instante, y la bala había penetrado por debajo del omóplato izquierdo. En aquel momento —tuviera o no importancia—, se hallaba en situación de particular indefensión; porque, vestido de pies a cabeza con ropa de diario, había estado quitándose el abrigo. La manga izquierda la encontraron a la mitad del brazo correspondiente, y la derecha acababa de resbalar hombro abajo, de manera que momentáneamente tenía los brazos inmovilizados. A todas luces, no había pensado que corría el menor peligro de que lo atacasen.

La habitación, mantenida en un estado de inmaculada pulcritud, estaba amueblada con cierta sobriedad; sin embargo, el inspector Bligh sabía lo suficiente del tema como para darse cuenta de que los escasos muebles eran artículos de valor..., probablemente, dada la reputación de sibarita que había tenido el muerto, de gran valor.

Era evidente que Randolph había estado a punto de vestirse para la cena. Su ropa de etiqueta estaba dispuesta con esmero en dos sillas. Lo que había llevado en los bolsillos estaba amontonado delante del espejo de cualquier manera: una billetera que contenía siete libras; un puñado de monedas; un reloj de bolsillo con una fina cadena de eslabones de oro y platino; un estuche para las gafas; un llavero de cuero; unas cuantas cartas, correspondencia comercial corriente; un lapicero; y, sin congruencia alguna con los demás artículos, un tapón de champán.

El inspector examinó esto último con cierto interés. Sin duda, era extraño que Randolph, si uno se dejaba llevar por las apariencias, lo hubiera llevado encima. ¿Lo habría utilizado para cubrir la punta de un objeto aguzado? El agente de la ley llegó a la conclusión de que no era el caso. El tapón no presentaba marca alguna, y todo parecía indicar que estaba en el mismo estado que cuando salió de la

botella; llevaba la marca «Felix Poubelle 1884». El inspector se frotó la barbilla mientras examinaba estos datos; sin embargo, no fue capaz de atribuirles el menor significado.

Cerca de la pila de efectos personales se hallaban las piezas de una maquinilla de afeitar desmontada a la que le faltaba la cuchilla. Los otros utensilios para el afeitado, como no tardó en averiguar el señor Bligh, se encontraban entre los artículos de un estante del cuarto de baño contiguo. No habían sido utilizados recientemente. En el mismo estante estaba el estuche de la maquinilla, y en el interior había dos cuchillas nuevas dentro de unos envoltorios intactos. Por lo tanto, la presencia sobre el aparador de la maquinilla solitaria, desmontada y sin cuchilla era llamativa.

A continuación, el inspector se volvió hacia una cómoda pequeña que había contra la pared, al lado de la puerta que daba al pasillo. Sobre el camino de mesa bordado de lino azul que cubría la parte superior, había una jarra de agua medio vacía y un vaso del que al parecer alguien había bebido agua. Bastaba una ojeada para ver que tanto en la una como en el otro habían quedado las inevitables huellas dactilares (probablemente, las del propio Randolph, concluyó triste el inspector). Aun así, más valía asegurarse. En general —así pensaba el señor Bligh—, los asesinos no eran como los demás delincuentes. Todos los criminales corrientes conocían las huellas dactilares; y ninguno asesinaba de manera deliberada. Los asesinos tendían a ser muy respetables; por lo menos, a no saber nada de los métodos de los delincuentes, ni tampoco de los de la Policía. De todas formas, una vez más, era mejor asegurarse.

Posponiendo esa cuestión hasta una investigación posterior, se giró hacia el hogar. La Policía había averiguado que, cuando hacía frío, Randolph siempre tenía encendido un buen fuego de carbón. El fuego de la víspera se había apagado, y el inspector examinó las cenizas con el atizador pequeño que estaba a mano. Sin embargo, su búsqueda fue infructuosa.

Luego recorrió con la mirada el suelo de la habitación, y se detuvo bajo la ventana, donde había un gurruño de papel de estraza y cordeles enredados que echaba a perder el escrupuloso orden del lugar. Un breve examen reveló que habían abierto varios paquetes, atados con cordel sellado, que su contenido había desaparecido, y que los envoltorios estaban tirados sin orden ni concierto. Del aspecto de dichos restos, el señor Bligh dedujo que se trataba de paquetes finos que habían contenido cartas o alguna clase de documentos, y que cada paquete estaba marcado claramente con un número trazado con un lapicero negro blando. En todos los casos, los sellos estaban intactos y habían cortado el cordel con un instrumento particularmente afilado, como saltaba a la vista por la sección perfectamente limpia de los cabos.

El inspector entornó los ojos al tiempo que sus hábiles dedos alisaban los envoltorios arrugados para devolverles su forma original... Conchas ahora vacías de material tal vez explosivo. ¿Habían disparado a Randolph por lo que había en los paquetes? ¿Era ese el botín que buscaba el asesino? ¿Cartas, papeles? Ni dinero ni objetos de valor, estaba claro —de eso quedaba bastante encima del aparador—. ¿Y qué tipo de cartas o papeles podía justificar quitarle la vida a un hombre? Aparte de tratados secretos y otros elementos típicos de los libros de suspense, que no se tomaba muy en serio, al señor Bligh se le ocurría uno que hubiese valido su precio en culpa y peligro, y ello no pocas veces.

No obstante, ¿en qué cabeza cabía que el anciano James Randolph, el hacendoso arquitecto de obras de caridad, tuviera el menor interés en el chantaje? Aunque Scotland Yard estaba al corriente de algunas pequeñas excentricidades suyas —tanto es lo que sabe de tantos personajes públicos, por poco que estos lo imaginen—, no había nada que sugiriera la más leve ilegalidad. Además, hacía años que el hombre era inmensamente rico, y los orígenes de su riqueza no eran ningún secreto. No había podido estar tentado de cometer uno de los delitos más sórdidos.

Dejando esta dificultad de lado por el momento, el señor Bligh hurgó con diligencia en el papel de estraza y el cordel, y no tardó en descubrir debajo, encima de la alfombra, una cuchilla de afeitar. Frunció los labios en un silbido mudo. No cabía duda de que se trataba del instrumento elegido apresuradamente para abrir los paquetes: una cuchilla sacada de la maquinilla en la que estaba colocada y preparada para ser usada. Al agacharse, el inspector reparó en que era una cuchilla de la marca que correspondía a la maquinilla desmontada del tocador, igual a las dos que había dentro de sendos envoltorios sin abrir en el estuche de la maquinilla.

El señor Bligh pensó que, si quien había cortado los cordeles con aquella cuchilla no había dejado huellas, solo podía ser porque había tomado precauciones para no dejarlas. El inspector usó su propia navaja para recoger la laminita de acero de la alfombra y colocarla al lado de la jarra de agua y del vaso, que ya estaban apartados para ser examinados por los expertos.

Entonces empezó a explorar con la mirada la pared de aquella área de la habitación, y al punto descubrió la diminuta cerradura de una caja fuerte empotrada; una caja rudimentaria, sugería la experiencia del señor Bligh.

En el momento en que esto ocurría, se escucharon unos pasos pesados y veloces en las escaleras, y el rostro rojo y emocionado de un joven agente apareció por encima del hombro del sargento que se hallaba en la puerta. La fórmula que el señor Bligh había empleado cientos de veces en los inicios de su carrera le acudió de nuevo a los labios:

—A ver —dijo, malhumorado—, ¿se puede saber qué pasa?

—Es el chico que está de guardia en la puerta de la calle —explicó el sargento con la cadencia de quien está acostumbrado a los disparates de la inexperiencia—. ¿Qué hay, Clarkson?

—Señor, acabo de encontrar esto en la esquina del pasillo, nada más entrar —dijo el joven—. Me parece que podría ser importante. —Enseñó una etiqueta de equipaje verde a la que, por lo que fuera,

se le había roto la cuerda—. Es un rincón oscuro, y la etiqueta es casi del mismo color que la alfombra. La puerta da a un pasadizo estrecho, como sabe, señor, y tiene que ser complicado salir de prisa con una bolsa, sea del tamaño que sea. La etiqueta ha debido de engancharse en algún sitio, y se habrá caído sin que el tipo se haya dado cuenta, si iba deprisa... se me ocurre, señor.

El inspector, que había escuchado con impasibilidad pétrea, cogió la etiqueta. Con letra temblorosa pero bastante legible, estaba inscrito: «Bryan Fairman, pasajero a Dieppe».

—Así que Dieppe, ¿eh? —dijo el señor Bligh, pensativo—. ¿No será...? —Se dirigió al solícito sargento, cortante—: Póngame inmediatamente con Scotland Yard.

El aparato estaba encima de una de las mesillas que flanqueaban la cama; y el sargento se dirigió a él a toda velocidad.

—Muy bien, Clarkson —dijo el inspector—. Es muy posible que esto tenga que ver con el caso. Voy a seguir esta pista. Vuelva a su puesto.

Cogió el teléfono.

Enseguida estaba al habla con un colega de la central, y daba instrucciones apresuradas para que se averiguara si un pasajero que decía llamarse Bryan Fairman había viajado en el barco nocturno que había llegado a Dieppe esa mañana. Había que pedir a la Policía francesa, dijo, que, si el hombre era identificado, y suponiendo que se hubiera quedado en Dieppe, colaborase reteniéndolo. Si no, sería de gran ayuda si pudieran averiguar su paradero, ya que tal vez pesara sobre él una acusación grave.

El señor Bligh se despidió.

4 Tanto la plaza Newbury como la calle Bullingdon, al igual que más adelante el callejón Torrington y la calle Wigram (capítulo VIII), parecen ser ficticias.

Capítulo IV

No era duro de oído

—Y, ahora —le dijo el inspector Bligh a su subordinado—, vamos a echar un vistazo a la sala y a esa prueba rara, como usted dice.

Bajó en primer lugar las escaleras que llevaban a la habitación de debajo del dormitorio. Era una estancia de aspecto menos espartano que la otra, dado que la mullida moqueta gris y sin dibujo, que cubría el suelo de un extremo a otro, producía de inmediato una impresión de comodidad más suntuosa. Dos sillones de respaldo bajo y gruesos cojines flanqueaban un hogar anticuado. Entre uno de ellos —el que estaba de espaldas a la ventana— y la pared, había una mesa del tamaño preciso para sostener un aparato telefónico esmaltado de gris, una guía de teléfonos de Londres y un ordenado montón de periódicos y documentos impresos. En el centro había una mesa ovalada, y delante de la ventana, un escritorio pequeño; ambos, como el inspector supuso correctamente, «piezas» de gran valor. En ángulo recto respecto de este último mueble, un acogedor sofá con reposabrazos estaba pegado a la pared; a su lado había una estrecha estantería de poco más de sesenta centímetros de alto. En el dormitorio no había libros a la vista. Aquí la estantería parecía abarrotada de libros de consulta, abarcando desde la austeridad de Bradhsaw, Baedeker y Whitaker[5] al atractivo más seductor de una gran fila de anuarios de subastas de arte.

El señor Bligh pasó poco tiempo examinando la habitación y lo que contenía. Todo parecía estar justo en el estado de pulcritud inalterada que un hombre de costumbres rígidamente metódicas exigiría en su hogar. Un gesto del sargento hizo que centrase su atención especialmente en el escritorio. Encima se hallaba dispuesta en orden la típica colección de artículos de escritorio, en un armarito chino lacado en cuyos estantes había colocados papel de cartas, folios blancos, tarjetas y sobres de varios tamaños.

Encima del armarito se veía un calendario de mesa. A cada día correspondía una hoja separada, con una cita de la Biblia al pie, y las hojas estaban sueltas para poder pasarlas alrededor de unos aros de metal con cada nuevo día. Sobre la que ahora se ofrecía a la vista estaban apuntadas dos citas vespertinas en direcciones de la City, seguidas de las palabras: «17:30. Visita de T. Searle», que presuntamente se referirían a una visita que Randolph esperase en su propia casa. La hoja expuesta era la del día que acababa de empezar; no, como habría sido natural, la del día anterior, el día del crimen. Esa hoja faltaba, y unos restos de papel mostraban que la habían arrancado del calendario sin miramientos. Manejando el calendario con delicadeza, el inspector comprobó que era la única hoja que faltaba.

Sabía que nadie había tocado el calendario unas horas antes, cuando la Policía examinó el lugar por primera vez, y tomó nota de que una hoja había sido arrancada. Analizó el dato con el ceño fruncido. Alguien, antes o después del homicidio, había alterado aquel registro de los compromisos de Randolph, y lo había alterado con algún fin. Los dedos de la mano izquierda del señor Bligh tamborileaban suavemente sobre su cráneo pelón... En él eso era señal de emoción contenida.

—Pues tenía razón —se dirigió al sargento satisfecho—. Esto es importante. Aunque no sé si es correcto decir que es raro que un asesino destruya la única prueba directa de que ha estado en el lugar. Y ahora quiero ver al tal Raught. Tráiganmelo aquí.

El criado de Randolph, al que habían dicho que se quedase en el dormitorio contiguo a la sala, no tardó en presentarse. Era un tipo enjuto, pequeño, con el rostro oscuro y la mirada huidiza (un individuo sospechoso en circunstancias normales, pensó el inspector; y que ahora parecía enfermo y asustado). El señor Bligh lo miró con dureza unos momentos; luego, dijo con una calma que solo pareció aumentar la incomodidad del hombre:

—Así que se llama usted Simon Raught.

—Sí, señor.

—Era usted el criado personal del difunto señor Randolph, y siempre dormía en este lugar cuando él estaba aquí. ¿Me equivoco?

—No, señor.

—¿Había más personal?

—Aquí no, señor. El señor Randolph vivía en la casa de Yorkshire, donde pasaba casi *to* el tiempo. Aparte de mí, solo hay una señora, la señora Barley, que se ocupa de este sitio. Tiene llave y es la que limpia *to* el año. Al señor Randolph le gustaba mantenerlo de manera que pudiera venir a Londres en cualquier momento sin avisar. Siempre y cuando él se lo encontrase a punto..., y tengo que decir que siempre fue el caso..., la señora Barley podía organizarse como mejor le pareciera. Cuando estábamos aquí, yo mismo me ocupaba del desayuno y de hacer los dormitorios.

El señor Bligh, que seguía clavando en Raught una mirada que este continuaba esquivando, dijo afablemente:

—Como criado, no es su trabajo, ¿no?

—Yo no lo veía así, señor... Trabajando *pa* el señor Randolph, no —dijo Raught. Tragó saliva, nervioso, y prosiguió—: Me daba igual hacer lo que fuera por él, porque se lo debía *to*, por así decir.

El inspector gruñó con escepticismo.

—¿Y la señora Barley? —preguntó—. ¿No tendría que haber venido esta mañana?

—No sé cuándo llegará, señor —declaró Raught—. Estaba aquí cuando bajamos de Yorkshire antes de ayer, y ayer por la mañana

vino una hora. Pero, en cuanto se entere de lo que ha *pasao*, no tardará en venir, no lo dude.

—¿Qué puede decirme sobre ella?

—Es una señora perfectamente respetable, señor; no hay ni que decirlo. Antes de que el marido muriese, me parece que era carpintero..., vivían *alquilaos* en una casa del señor Randolph en Humberstone. Me han *contao* que el señor Barley andaba con malas compañías y que se metió en no sé qué lío, señor, y que el señor Randolph le echó una mano; pero contra la señora Barley nunca ha habido *na*. Desde que murió él, vive con la hermana, que tiene una pensión que usan sobre todo extranjeros, que yo sepa... Está en Bayswater, en Oldbury Terrace, no me acuerdo del número.

El inspector tomó nota de estos detalles en su cuaderno; luego consultó un apunte anterior.

—Cuando esta mañana lo interrogaron por primera vez, mencionó a un secretario.

—El señor Verney, sí. Es el caballero que se ocupaba de las causas benéficas del señor Randolph..., de sus buenas obras, digamos. Cuando el señor Randolph estaba aquí...

—¿Cuándo estaba aquí el señor Randolph? ¿Cuánto tiempo pasaba aquí?

—No había *na* fijo, señor. Cada pocas semanas... No sabría precisar más; a veces con más frecuencia... Bajábamos dos o tres días. Esta vez llegamos antes de ayer, el martes.

—Bueno, ¿y el señor Verney?

—Subía mucho a Brinton, señor, la casa de Yorkshire; pero no vivía allí. Tenía un piso aquí, en Londres, en la calle Purvis Crescent, 36..., cerca de la calle Willesley. Tengo entendido que pasa mucho tiempo ocupándose del Instituto Randolph, señor, en Kilburn... Es una especie de asociación de niños y jóvenes. Cuando estábamos aquí, el señor Verney, que *tie* su propia llave, venía a hablar de negocios. Esperaba verlo aquí antes de *to* esto, señor.

El señor Bligh volvió a apuntar algo; luego siguió clavando una mirada intimidatoria en el hombre que tenía delante.

—¿Y dónde dice usted que estaba anoche, cuando asesinaron a su jefe?

Raught repitió el resumen de sus movimientos que el inspector ya conocía a grandes rasgos. Era el día libre del criado, como todos los miércoles. No había salido hasta poco antes de las seis y media, después de dejar preparada la ropa del señor Randolph para la cena en la que tenía que haberse presentado. Al salir, Raught había ido directamente a Los Tres Toneles, en la calle Rowington, donde había pasado un rato, y a continuación había visitado El Ciervo Corredor, en la calle Gooch. A menudo había «utilizado» ambos lugares estando en Londres, y en ambos lo conocían bien. La señorita Whicker, de los Toneles, y Archie, del Ciervo, podrían corroborar su declaración. Luego Raught se había reunido con su hermana, la señora Livings, y el marido de esta en el restaurante Pilatus, de la calle Warsaw, a las siete y media. Después de cenar fueron a Battersea, donde vivían sus parientes, y visitaron el cine Parthenon, donde ponían una película llamada *Terror con dos revólveres*. Después tomó una copa en casa de su cuñado y volvió a la plaza Newbury justo antes de las doce. No se esperaba que volviera, explicó, antes de medianoche, dado que el señor Randolph era «muy humano» en ese sentido.

—¿Y luego? —preguntó el señor Bligh con su molesto tono incoloro.

Raught subió para ver si su jefe había regresado. Encontró la puerta del dormitorio abierta de par en par, las luces, encendidas, y a su jefe, muerto en el suelo delante del aparador; le había dado «un susto, señor, como nunca». «Notó» al punto que el señor Randolph estaba muerto. No cabía la menor duda, dijo el criado, viéndolo «ahí tirado». Por lo tanto, llamó a la Policía de inmediato, con cuidado de dejar todo tal como estaba. Al entrar, no vio señales de que hubiera habido un desconocido. En respuesta a una

pregunta, Raught declaró que no había tocado el cadáver; ni siquiera lo había examinado de cerca, ya que «se le habían puesto los nervios de punta». ¿Cómo había sabido entonces que se trataba de un asesinato, y que tenía que llamar a la Policía? Raught no lo sabía; tan solo había «supuesto que debía de serlo».

El inspector Bligh reanudó entonces su estudio mudo del poco atractivo rostro de Raught. El criado, cuyos ojos vagaban en todas direcciones, sacó un pañuelo y lo estrujó entre las palmas de las manos. De pronto, el inspector le disparó una pregunta:

—¿No se metió usted en problemas hace unos años?

—Bueno, señor —dijo Raught con ese tono sincero característico de quienes se sienten descubiertos —, hubo un asuntillo, un fraude...

—Querrá decir chantaje —intercaló siniestro el inspector—. Ya me parecía que me sonaba su cara... Veo muchas parecidas.

Raught se pasó la lengua por los labios y adoptó una expresión ofendida.

—De veras que no fue chantaje, señor. ¿Qué gano mintiéndole? Estaba un poco *apurao*, señor... Es que apostaba. En aquella época, trabajaba para el señor Randolph, y, con la memoria que tiene, señor, se acordará usted de que él dio referencias de mi buen carácter. No se puede ser más generoso. Me cayeron seis meses, y, cuando salí, volvió a contratarme. No hay muchos caballeros que hubieran hecho eso...; evitar que fuera de mal en peor, por decirlo así. Habría dado la vida por él, señor.

La sentida confesión de Raught no hizo mella en el inspector, para cuyo experimentado oído no sonaba auténtica. Tampoco se fiaba de la coartada de aquel individuo. Según el cirujano de la Policía, era probable que la muerte de Randolph se hubiese producido entre las siete y las diez. A no ser que tanto la señorita Whicker como Archie fuesen capaces de dar cuenta de la llegada y la salida de su cliente con cierta precisión, en la historia de Raught había un margen de

incertidumbre antes de que llegase a su cita verificable en la calle Warsaw.

Dejando de lado dicho asunto por el momento, el inspector abrió otro frente.

—¿Sabe usted si alguien tenía cita para ver al señor ayer por la tarde, o si alguien pudo venir por la tarde por el motivo que fuera?

—Bueno, señor, la única cita que tenía el señor Randolph, que yo sepa, claro..., era a las seis, con el señor Trent, el artista, que hace tiempo estuvo en Brinton pintando su retrato.

El inspector esbozó una sonrisa.

—¡Ajá! Así que el señor Trent, el artista, tenía cita a las seis. ¿Por qué? ¿Es que el señor Randolph no estaba contento con el retrato que le hizo el señor Trent, el artista?

—¡Oh! De eso nada, señor... Todo lo contrario. A todo el mundo le gustaba mucho el retrato, y me parece que, cuando citó al señor Trent, el señor Randolph tenía la intención de ponerse de acuerdo *pa* hacer otro retrato; mejor dicho, una copia del primero. Iba a ser *pa* el salón del instituto, señor, el sitio que le dije. El señor Verney estaba entusiasmado con la idea, y, aunque al principio el señor Randolph era reacio, al final le pareció bien, señor.

—Ya veo. Claro que le pareció bien. —El señor Bligh miró por la ventana, pensativo—. Así que iba a ser una copia... Para el instituto... Bien, bien. ¿Está seguro de que era para el instituto?

—Oh, sí, señor. El señor Verney no veía el momento de tenerlo. Lo estuvieron hablando la semana pasada, cuando el señor Verney estuvo en Brinton, señor, y el señor Randolph dijo que le iba a mandar una nota al señor Trent de inmediato.

De pronto, el inspector volvió a clavar la mirada en Raught.

—Usted no tiene problemas de oído, ¿verdad? —comentó afable; y, mientras la pálida cara del hombre se ponía roja, añadió—: ¿Seguro que no ha olvidado otros detalles nimios de esa conversación privada entre su señor y su secretario? ¿No? Bueno. Entonces, ¿el señor Trent llegó a las seis?

—Acababan de dar las seis cuando le abrí la puerta, señor —dijo Raught, cabizbajo—. Fue casualidad, señor, por decirlo así, que estuviera cuando llegó, porque los miércoles libro a partir de las tres. Pero ya sabe, señor, lo malo que hizo ayer, y no tenía nada que hacer antes de ver a mi hermana y a su marido a las siete y media, así que me eché la siesta, y luego a mi traje bueno le hacía falta un repaso con la plancha, y entre una cosa y...

—Déjese de monsergas —cortó el señor Bligh—. A las seis seguía aquí, ¿no?

—Sí, señor. Y, cuando fui a abrir la puerta, el señor Randolph estaba saliendo de la sala para abrir; «¡Oh! Está usted aquí», dice. «Bueno, si es el señor Trent, tráigalo aquí», dice. Así que llevé al señor Trent.

—¿Y de qué hablaron?

—No sabría decirle, señor.

—Me imagino que no escuchó —comentó con tono neutro el señor Bligh—, porque ya lo sabía todo de antemano. Bueno; luego ¿qué?

—Más o menos un cuarto de hora después oí abrirse la puerta de la sala, y el señor Randolph me llama para que acompañe al señor Trent a la salida, y eso hice. Y no sé nada más, señor. Si ayer vino alguien más a ver al señor Randolph, no tengo la menor idea, porque salí poco después, y no volví hasta casi las doce, como le he dicho.

El señor Bligh reflexionó durante un momento, con la torva mirada fija aún en el desgraciado de Raught.

—Dice usted que salió —resumió a la postre— a las seis y media como muy tarde. Y el señor había quedado para cenar en la City. Le ha dicho aquí al sargento que la cena era a las ocho, y que el señor Randolph solía pedir un taxi cuando tenía compromisos de esa clase. ¿Me equivoco?

—En absoluto, señor. En Londres no tenía coche.

—¡Ajá! Da tiempo —musitó el inspector; y luego preguntó—: ¿Qué sabe de un tal Bryan Fairman?

Raught pareció sinceramente sorprendido por la pregunta.

—Supongo que se trata del doctor Fairman, señor.

—Puede ser —gruñó el señor Bligh—. ¿Quién es?

—Me parece, señor, que es uno de los médicos del manicomio de Claypoole, que lleva el nombre del señor Randolph y, como seguramente sabe, señor, se mantiene solo con su dinero. —El señor Bligh asintió—. Solo he visto al doctor Fairman una vez, una noche que estuvo cenando en Brinton. Me parece que lo habían invitado, señor, para hablar de lo que hacía en el manicomio.

—¡Le parece! —comentó el señor Bligh con énfasis devastador—. Querrá decir que escuchó lo que hablaba con el señor Randolph. Así que ha visto al doctor Fairman. ¿Cómo es? ¿Alto, bajo? ¿Rubio, castaño? Descríbalo.

Raught, claramente aliviado por que otra persona hubiese llamado la atención de la Policía, reflexionó durante unos instantes.

—Solo lo vi esa vez, señor, y hará de eso tres meses más o menos; no puedo precisarle la fecha exacta. Pero recuerdo a un caballero de estatura, diríamos, mediana, bastante flaco, con el pelo oscuro y un bigotito, un poco pálido de cara.

—¿Qué edad le echó? ¿Llevaba gafas?

—Diría que anda por los treinta, señor. No le vi gafas; me pareció que veía bien, con la mirada como penetrante cuando te miraba, como quien dice. No recuerdo *na* fuera de lo normal, salvo que parecía un poquito nervioso (daba respingos continuamente, ya me entiende).

—¿Y el gesto? ¿Amable?

—Qué va, señor. Yo diría que serio... A ver, no es que fuera desagradable, nada de eso, pero como que no era de risa fácil. Si me permite —añadió Raught con aire de astucia rastrera—, el gesto del doctor Fairman es un poco como el de usted, señor.

—No era desagradable, ¿eh? —dijo el señor Bligh—. Bueno, si usted lo dice... Bien, prosigamos; aparte del aspecto, ¿qué sabe del doctor Fairman?

—Nada, señor; solo lo que he oído comentar al señor Randolph y otras personas, cuando...

—... cuando casualmente tenía la oreja cerca de la cerradura —sugirió el señor Bligh, afable.

—No, señor —dijo el criado, como quien armado de paciencia deja margen a las cavilaciones de un temperamento suspicaz—. En mi posición, señor, a menudo oigo las conversaciones de la gente sin escucharlas, incluso en una casa tan grande como Brinton. Y en un sitio pequeño como este (usted mismo lo puede ver, señor) no tengo más remedio que oír gran parte de lo que se habla, a no ser que quieran mantenerlo en secreto. Con las puertas abiertas, y yo trabajando de acá *pa* allá... Y, conociendo al señor Randolph —añadió Raught con el primer ramalazo de verdadero sentimiento que había advertido el inspector—, si quería mantener algo en secreto, lo mantenía en secreto; se lo digo yo.

—Y ni un maldito error —apuntó el señor Bligh con una sonrisa levísima.

—Bien dicho, señor —dijo Raught—. Pero con esto solo quiero decir que el viejo..., perdón, el señor Randolph..., no era tonto, por generoso que fuera. Lo que puedo decirle, señor, es que, si quería ver a alguien aquí sin que nadie escuchara, solía quedar el miércoles por la tarde, que es cuando libro, y atendía la puerta él mismo.

—No era tonto, como dice —comentó el inspector, ácido.

Raught pasó por alto este comentario injurioso.

—En cuanto a lo que se decía sobre el doctor Fairman, su nombre salió más de una vez en las conversaciones entre el señor Randolph y el señor Verney. El señor Verney, por lo visto, tenía buenísima opinión de un proyecto especial que el doctor Fairman llevaba en el manicomio; no sé de qué se trataba. Me daba la impresión de que el señor Randolph no lo veía con los mismos ojos... Lo mencionaba de forma cortante. Me acuerdo que una vez dijo que lo peor de los loqueros...

—¿Dijo «loqueros»? —interrumpió el señor Bligh.

El criado vaciló.

—No, señor; pero usó una expresión que significaba obviamente eso. Y dijo que lo peor de los loqueros es que, cuando se les mete algo entre ceja y ceja... Eso sí lo dijo, se lo juro.

El inspector volvió a sonreír con frialdad.

—Ya decía yo que no era duro de oído —comentó—. ¿Oyó algo más sobre el tal doctor Fairman?

—No recuerdo *na* más, señor.

El señor Bligh suspiró suavemente. En aquel momento, el buscadísimo Fairman, si se había subido al barco nocturno, como todo parecía indicar, podía seguir en Dieppe. Por otra parte, era más probable que su verdadero destino fuera otro, y podría estar alejándose por momentos del largo brazo de la ley inglesa. El inspector se acercó dando grandes zancadas al teléfono de la sala y no tardó en estar al habla con el mismo agente con el que se había comunicado antes. Repitió en pocas palabras, para que fuese transmitida a Dieppe, la descripción que Raught había facilitado del sospechoso, y pidió que se hicieran averiguaciones inmediatamente en la Clínica Psiquiátrica Randolph de Claypoole, de cuya plantilla médica formaba parte.

—Bien, veamos —prosiguió, volviéndose hacia el criado, que esperaba de pie e intranquilo a que volviera a prestarle atención—, antes de salir, ¿dejó preparada la ropa de etiqueta de su señor?

—Sí, señor.

—¿Le sacó la maquinilla de afeitar?

—No, señor. Que yo sepa, nunca le hizo falta afeitarse por la tarde. Coloqué la maquinilla en el estante del baño, con las otras cosas de afeitado.

—¿La maquinilla tenía cuchilla?

—Puse una cuchilla nueva para la mañana siguiente, señor. Al señor Randolph le gustaba usar cuchilla nueva cada día.

—Y, cuando encontró el cuerpo, ¿se fijó en si la maquinilla estaba encima del aparador?

—No, señor. Estaba demasiado afectado como *pa* fijarme en algo así.

—¿Tampoco se dio cuenta de que había un montón de papel de estraza y cordel en el suelo?

Raught bajó la mirada.

—Ahora que lo menciona, señor, de eso sí que me di cuenta... Una pila desordenada debajo de la ventana, como si alguien se hubiera puesto a abrir paquetes. No me acordaba, señor..., de veras que no. Y no la toqué.

El inspector gruñó. Tenía la impresión de que el criado estaba respondiendo a las preguntas con tanta sinceridad como era capaz de mostrar.

—¿Sabe —preguntó— si normalmente el señor tenía objetos de valor en el dormitorio?

El criado vaciló.

—Que yo sepa, no, señor, solo gemelos y cosas así. Pero me parece... Me parece que tenía una caja fuerte en la pared, al lado de la ventana.

El rostro del señor Bligh se endureció.

—¡Vaya! —dijo sin la menor cortesía—. ¡Le parece! ¿No está seguro?

—Bueno, señor —dijo Raught a regañadientes—, sí que he visto una cerradura...

—Claro que la ha visto —dijo el inspector brutalmente—. Y los bordes de la puerta también. Lo que le estoy preguntando es si sabe lo que había dentro.

—Eso sí que no, señor —protestó el criado—. Y nunca estuvo abierta en mi presencia.

El señor Bligh siguió examinándolo con desprecio.

—A ver, Raught —dijo—, ¿qué me dice de eso? —Señaló el calendario de encima del armarito chino—. ¿Normalmente va ahí?

El criado pareció sorprenderse sinceramente.

—Claro que no, señor —declaró con vehemencia—. Eso... No recuerdo haberlo visto ahí jamás. Lo he visto muchísimas veces, y todos sabíamos lo que era, señor, por supuesto. Vi al señor Randolph apuntar ahí sus compromisos muchas veces. Pero nunca era... comunicativo al respecto. No era asunto mío, es evidente. Y ese calendario, señor, siempre lo consideró especialmente personal. Siempre lo guardaba con llave en un cajón del escritorio... Nunca lo había visto por ahí. Es de lo más extraño, conociendo las costumbres del señor Randolph.

Movió la cabeza de forma exagerada.

—Bueno, pues esto ya está —observó el inspector después de frotarse la barbilla un momento—. Ahora vamos arriba —ordenó sin miramientos.

La tez plomiza de Raught se fue volviendo perceptiblemente más insalubre a medida que se acercaban a la habitación en la que aún yacía el cuerpo.

—Bueno, aquí hay otra cosa llamativa sobre la que quiero que me dé su opinión. —El señor Bligh señaló el montoncito de objetos que había encima del aparador—. ¿El señor Randolph tenía costumbre de dejar ahí lo que llevaba en los bolsillos?

—Sí, señor. Siempre se vestía aquí. No hay vestidor independiente.

—¿Y alguna vez ha visto usted algo así entre sus efectos personales? —El inspector, sin dejar de observar el rostro del hombre, indicó el tapón de champán—. ¿Se le ocurre por qué podía llevarlo encima?

Raught miró perplejo a su interrogador.

—En los cinco años que llevo con el señor Randolph, señor, jamás he visto un tapón con sus cosas. Y también es raro que sea ese tipo de tapón. No parecían gustarle los vinos espumosos. En casa..., en la casa de Yorkshire, me refiero..., no los tocaba, aunque solía tener champán *pa* los invitados.

—Bueno —dijo el inspector, cortante—, a lo mejor invitó a alguien a comer o a cenar aquí y le dio champán o algo por el estilo. Pero

supongo que usted lo sabría.

El criado negó con la cabeza enfáticamente.

—Jamás comía ni cenaba aquí, señor; y menos aún recibía. Cuando estaba en Londres, casi siempre comía en el club Lansdowne[6]... Tenía que llamarlo allí cuando había algo urgente. Un huevo, alguna tostada y una taza de té por la mañana... Nunca lo vi tomar nada más aquí. No era un hogar, señor, se mire como se mire. Yo tenía que ocuparme de mis comidas. Estaba incluido en el sueldo, y generosamente. Ayer y antes de ayer comió y cenó fuera, como de costumbre. Es verdad que no estaba aquí a la hora de cenar, porque había salido; pero le aseguro que no había comida suficiente para lo que es una cena en condiciones. Y lo único que solía haber para beber era algo de coñac y unas botellas de soda, porque a veces el señor Randolph tomaba una lagrimita antes de acostarse. Además —prosiguió Raught tras una breve pausa—, sin duda anoche pensaba cenar fuera, señor... Era la cena de la Compañía de Tabarderos[7]..., y nunca se perdía las actividades de la compañía.

El señor Bligh dio muestras de interés.

—Ah, ¿no? —preguntó—. ¿Y eso por qué?

—Bueno, verá, señor —explicó Raught—, el señor Randolph donaba muchísimo a las obras de la compañía. Tengo *entendío* que era de lo más generoso, señor; y, naturalmente, le gustaba la posición en que eso lo ponía en sus actos públicos.

El señor Bligh asintió.

—Por supuesto —dijo—. ¿A quién no le gustaría? Así que —añadió rápidamente— estaba usted al corriente de que era la cena de los Tabarderos, aunque no veía nunca lo que había en el calendario, y aunque el señor Randolph no era, creo que ha dicho, comunicativo respecto de sus compromisos. Es más: sabía qué pensaba exactamente de la cena de los Tabarderos. Parece que sabe mucho más de lo que da a entender, Raught.

El vacilante autocontrol del criado cedió ante esto. Empezó a retorcerse las manos y con voz sollozante rompió a pronunciar un

alegato bruscamente degenerado:

—¡Claro! ¡Siempre igual! Venga a darte cuerda y más cuerda hasta que te ahorcas tú solo. Le he *contao* la verdad del Evangelio, y usted me deja por mentiroso. Y ¿por qué no iba a saber que era la cena de los Tabarderos, a ver? Tengo oídos, ¿no? Aunque a mí no me contara nada, le oí decírselo al señor Verney media docena de veces, *pa* que se entere; y, si digo que le gustaba que le dieran coba y que le repitieran que era la generosidad personificada, ¿acaso no hay servicio para aburrir en Brinton, y no hablan del jefe y sus manías? ¡Vamos, hombre! —exclamó Raught con fervor lacrimoso—. Hay que ser *mu* cruel *pa* acosar así a alguien que no ha hecho más que cumplir con su deber desde que ha *empezao* esto... ¡Que he *llamao* a la poli, y no he *contao* más que la verdad y *to* la verdad! Metes la pata una vez, y ya nadie te da la más mínima oportunidad...

Aquí la emoción se adueñó del desdichado criado, que se enjugó las lágrimas sin decir palabra.

—Bueno, ya está bien —dijo el señor Bligh sin la menor compasión —. Me ha dicho mucho más, muchacho, de lo que le habría sacado tratándolo con guante blanco. Ahora vamos a ver la caja fuerte.

Cogió el llavero y examinó las llaves en silencio.

—Esta llave de aquí es la de la puerta de la calle —gimoteó Raught —. Lo sé porque tengo una igual. De las demás no sé nada. Ya me gustaría...

—Basta —cortó el inspector.

Apartó sin vacilar la llave que encajaba en la cerradura de la pared, y pronto quedó a la vista el interior de una caja fuerte pequeña y poco profunda... y completamente vacía. Desvió la mirada al montoncito de envoltorios que seguía tirado casi debajo de la caja fuerte y volvió a acariciarse el cuero cabelludo.

5 Respectivamente, libros de horarios de ferrocarriles, guías de viaje y almanaques.

6 Club privado fundado en 1935, situado en la plaza Berkeley, no lejos de Park Lane y, por lo tanto, de la ficticia plaza Newbury.

7 Los tabarderos (*tabarders* o *tabiters*) son estudiantes del Queen's College de Oxford.

Capítulo V

Trent se queda atónito

Trent estaba de pie al lado de la ventana de la sala de estar de su casita de St. John's Wood, mirando al cielo y meditando acerca de la envidiable vida que llevaban hombres como el bueno de Blinky Fisher, en retiros tan bonitos y bien cuidados como la casa de la catedral de Glasminster. Era la tarde del día siguiente a su despedida de Tía Judith en la estación Victoria. Por la mañana había bajado en coche a Glasminster con su amigo Patmore, había asistido al espectáculo de la boda de Julian Pickett —que parecía bastante más enervado de lo que uno esperaría en un aficionado a la caza mayor — con una joven que no tenía un aspecto tan terrible, se había reunido con viejos amigos en la casa del canónigo Fisher y había regresado igual que había ido.

El efecto en su espíritu, como ya esperaba, había sido que lo desagradara cualquier estilo de vida que no fuera el de «las monásticas caras apacibles, en silenciosos claustros eclesiásticos»[8]. Dado que no era especialmente devoto, estaba lejos de ser un erudito y disfrutaba de la compañía de sus congéneres, Trent nunca entraba en contacto con la vida de devoción, erudición y reclusión sin anhelar formar parte de ella. Como se explicaba a sí mismo en una conocida frase que rezuma contemplación y sapiencia, era negado para las palabras.

—¡Qué espléndida puesta de sol, señora McOmish! —dijo Trent.

El ama de llaves, que estaba poniendo la mesa para una cena solitaria, miró de reojo el cielo llameante.

—Las he visto *peorres*[9] —dijo.

Normalmente, era una persona de pocas palabras, pero, también normalmente, estas estaban cargadas de sobrentendidos. En este caso, la señora McOmish consiguió comunicar que en su inalterable opinión no se sacaba nada ensalzando aquella puesta de sol, o las puestas de sol en general.

Trent sacudió la cabeza.

—¡Artificioso! —dijo apesadumbrado—. Me imagino que, para usted, señora McOmish, toda la naturaleza está anticuada y pasada de moda. La sublime e inasequible autonomía del arte... He ahí su credo al completo.

—Al completo, no —replicó con cautela la señora McOmish—. No entiendo eso que dice del *arrte*, y bien puede *serr* que *forrme parrte* de la confesión de la Iglesia de la Unidad *Prresbiterriana*, *perro aparrte* de eso hay muchas *otrras* cosas, se lo asegurro.

—No lo dudo —dijo Trent, pensando en otra cosa—, pero vamos a darle tregua a la teología, señora McOmish. Nos hallábamos departiendo animados acerca de la puesta de sol, y usted estaba a punto de recordarme esos conmovedores renglones en los que sir Walter Scott describe un fenómeno semejante en los Trossachs. Pero ¿qué dice ese otro poeta, señora McOmish, el que nunca decía groserías, pero a veces decía tonterías? Es, decía, una hermosa tarde, apacible y libre[10]...

—Bueno, que es *grratis*[11] lo sabemos todos —admitió la señora McOmish.

—... calla el sagrado tiempo como una religiosa, a quien la adoración quita el aliento...

—Qué pena —comentó la señora McOmish con cierta aspereza— que el poeta no pudiese *disfrrutarr* del buen tiempo sin *ponerrse* católico. Está *entrrando* un *caballerro porr* la *verrja*, *señorr Trrent*. ¿Es amigo suyo? ¿Va a *quedarrse* a *cenarr*?

Trent observó al joven alto y discretamente vestido que se acercaba a la casa.

—Sé quién es —dijo—, aunque está muy cambiado. Me da la impresión de que ahora mismo no le sentaría bien la cena... Yo diría que acaba de llevarse un buen susto. ¡Anda! —Trent se acercó a la ventana—. ¿Se puede saber qué diantres es eso que ha cogido del camino?

La señora McOmish, que se aferraba los codos con ambas manos, también se acercó para supervisar las acciones del visitante.

—A lo *mejorr* es un *trrocito* de *carrbón* —opinó, mostrando más interés del que solía permitirse—. El *carrbón* nuevo nos llegó hace *trres* días. *Recogerr* un *trrocito* de *carrbón* trrae muy buena *suerrte*... Y un viejo clavo oxidado, todavía más. *Perro* el clavo tiene que *estarr* doblado, ¿sabe? Ah, sí, es un clavo; se lo está *guarrdando* en el bolsillo. Veinte años, *porr* lo menos, hace que tengo un clavo oxidado que me *encontrré* al lado de la estatua de Tammas Coats[12] en la plaza Dunn... ¡Oh, que el *Señorr* nos ayude! ¡Menudo salto ha dado al *verrlo* a usted en la ventana, *señorr Trrent*!

—Debe de tener los nervios destrozados —dijo Trent—. Yo nunca he dado miedo, ¿verdad, señora McOmish? Las fieras que recorren la llanura ven mi figura con indiferencia[13]; y más los secretarios personales de congregacionalistas millonarios. Bueno, pues, si quiere verme, ¿le importa llevarlo al estudio, que no está tan enloquecedoramente ordenado?

Y Trent se fue a la puerta que comunicaba con su lugar de trabajo.

—¡No me *extrraña*! —dijo lúgubre el ama de llaves—. Ha pasado en el estudio media *horra enterra* desde que ha vuelto.

Salió para abrirle la puerta al visitante.

—Ha venido a verlo el señor Verney, señor —anunció la señora McOmish con lo que habría descrito como acento inglés.

El señor Verney, a quien uno habría echado veintisiete años, más o menos, tenía un aspecto un poco ajado, porque parecía atormentado y consternado en grado sumo. No obstante, en lo

esencial su apariencia no daba sensación de debilidad. Era de complexión delgada y atlética, andaba erguido, y en su rostro, de buen color y rasgos aguileños, sus inquietos ojos de un azul brillante no sugerían pereza espiritual.

Fue el primero en hablar, al tiempo que daba la mano a Trent en un saludo más bien apresurado.

—¿Qué piensa —dijo mortalmente serio— de la espantosa noticia?

—¿A qué se refiere? —dijo Trent—. No he oído ninguna noticia espantosa, se lo aseguro, querido muchacho. Espero que no sea demasiado mala... para usted.

Verney lo miró fija y vehementemente.

—¿Cómo puede no haberse enterado? —preguntó, con perplejidad en su mirada tan expresiva—. Ha salido en todos los periódicos de la tarde... En Londres no se habla de otra cosa. ¿O quiere decir que la muerte del bueno de James Randolph le resulta indiferente?

Trent se quedó del todo atónito, y con razón. La víspera, un poco antes de las seis de la tarde, él mismo había dejado al susodicho James Randolph no solo con vida, sino de mal humor, furioso —el vivo retrato de la vitalidad colérica—.

—¡Randolph ha muerto! —dijo, perplejo—. ¿Y eso? ¿Ha tenido un infarto o algo?

—Le dispararon, Trent —dijo Verney con frialdad—. No me imagino...

—¡Oh! ¡Le han disparado! —En la mente de Trent se hizo la luz—. Ahora lo entiendo. Verá, Verney, esta mañana he estado en una boda en Glasminster, y acabo de volver de la celebración. No sé si alguien se había enterado, pero en mi presencia nadie lo ha mencionado. Pero ¡las ediciones matutinas! Estaba en todas, claro..., ahora me lo explico. Pero ya sabe lo que les gusta echar el anzuelo. Creo que al volver he visto una docena de carteles que decían que habían disparado a un conocido millonario. Como su hubieran disparado a cincuenta millonarios, a cual más conocido. No se me ha pasado por la cabeza que fuera Randolph. Querido muchacho,

¡menudo susto! Para usted ha debido de ser un mazazo, con la relación que tenían. Cuénteme qué ha pasado.

—Eso precisamente no se lo puedo decir —dijo Verney en tono apagado. Estaba sentado con las manos entrelazadas metidas entre las rodillas, y contemplaba el suelo—. Solo sé que anoche alguien le pegó un tiro en el dormitorio de su casa de la plaza Newbury, cuando no había nadie... Era la tarde libre del criado, que se encontró a su jefe muerto al volver a casa, y llamó a la Policía inmediatamente. No puede ni imaginarse la sorpresa que me he llevado... Ni siquiera sabía que Randolph estuviera en Londres. Me he enterado a primera hora de la mañana, cuando me ha llamado un agente del Departamento de Investigación Criminal para preguntar si sabía algo que pudiera ponerlos sobre la pista. Solo he podido decirles que el anciano no tenía enemigos, que yo sepa. Y les he dicho que la última vez que vi a Randolph fue la semana pasada, cuando estuve en Brinton Lodge, porque tenía que hablar con él de varias cosas, y que entonces parecía tranquilo y despreocupado. Desde que he oído la noticia, vivo en una especie de pesadilla. Me sentía muy cercano al anciano; lo veneraba, más que nada. Y esto supone un caos catastrófico que va más allá de lo que pueda concebir usted. Al cabo, me he puesto a pasear sin rumbo por la calle, para calmarme los nervios; y, al verme de pronto cerca de la casa de usted, se me ha ocurrido asomarme para hablar. ¿Supongo que no había visto a Randolph últimamente?

Trent miró atentamente a su visitante. Lo que Verney acababa de contarle aclaraba una cosa: Trent tenía que ser una de las últimas personas que había visto a Randolph antes del asesinato. Y tenía buenas razones para esperar que su conversación con el anciano siguiera siendo un asunto privado. Había girado en torno a la reputación de una mujer que tenía en altísima estima; y había sido indiscutiblemente desagradable, por no decir escandalosa. Cuanto menos se dijera al respecto, mejor, en lo concerniente a Trent; sobre todo, a quienes guardaban un recuerdo honorable de Randolph. A la

Policía tenía que contárselo, por supuesto; para empezar, la información limitaría, por un lado, el lapso de tiempo durante el cual se había cometido el asesinato. Sin embargo, Trent no veía motivo alguno para hacer confidencias a Verney.

—Hacía algún tiempo que no lo veía —respondió Trent, por lo tanto, con más verdad que sinceridad—. Ya me imagino que será inútil ofrecerle algo de beber, ¿no? —preguntó; y Verney negó con un gesto—. Los cigarrillos suelen ayudar a recobrar la compostura —prosiguió Trent—. Tiene usted mala pinta. Pruebe uno.

Verney levantó la mirada, agradecido.

—Sí, gracias —dijo, extendiendo una mano trémula hacia la caja que le ofrecía Trent—. Conozco bien el tabaco y sus efectos, aunque hace mucho que no fumaba. —Encendió un cigarrillo de Virginia e inhaló hondo—. Verá, el primer año en Oxford fumaba demasiado, como muchos otros novatos. Luego, cuando empecé a soñar con ser *blue*[14], lo dejé del todo.

—Y diría que obtuvo su recompensa.

Verney sonrió, olvidando por un momento la mala noticia del día.

—¿Le interesan esas cosas? Sí: corría las tres millas; también campo a través, por cierto.

—No, no tengo ni idea —dijo Trent—, pero, en cuanto ha dicho que quería ser *blue*, me he dado cuenta de que probablemente su sueño se hiciera realidad. Tiene aspecto de *blue*. Cuando Nokes a Stokes aventaja en azules hazañas[15], ya se sabe, suele quedar marcado de por vida.

El abatimiento volvió a adueñarse de Verney.

—Bueno, me vino bien cuando empecé a trabajar para Randolph —dijo—. El equipo infantil siempre fue la parte del trabajo que más me atrajo. Me imagino que conoce el Instituto Randolph. Nada sectario; educativo, social y deportivo. Me encanta... La verdad, casi siempre estoy allí, porque hay un cuarto que uso de oficina general para todas las obras benéficas de Randolph. Y, claro, el tener un poco de renombre en el atletismo me hizo más influyente de cara a los chicos

que casi cualquier otra cosa que pudiera haber hecho. Y no ser fumador también ayudó, ¿sabe? No puede imaginarse en qué estado tienen el aparato respiratorio esos jóvenes que fuman tabaco barato sin cesar. No hay nada como las carreras para el tipo de muchachos que nos llega, siempre y cuando estén sanos físicamente... Ejercicio duro al aire libre: les da tiempo después del trabajo y no les cuesta casi nada.

—Para usted es bueno —dijo Trent—. Supongo que hace todo el ejercicio que necesita.

—Todo lo que necesito..., sí. Pero, si le soy sincero —dijo Verney, como quien admite un vicio secreto—, desde que empecé a jugar, hace más o menos cinco años, prefiero un partido de golf a cualquier deporte al aire libre..., y tengo bastante experiencia. En cuanto puedo, me escapo a Matcham a jugar. No es un buen campo, y muchas veces no tienes *caddy*, pero, de todas formas, nunca lo quiero, y es el campo más barato que conozco a este lado de Londres, que para mí es lo más importante. Me encantaría..., aunque de nada sirve hablar de ello. No me faltan oportunidades para mantenerme en forma, como usted dice. Para eso, no hay nada como correr, sobre todo.

—Tiene muchas ventajas, sin duda —dijo Trent—, poner a alguien con experiencia al frente de algo así.

—Sí —dijo Verney sencillamente—, las tiene, claro. Los chicos cuentan con un comité, pero en realidad lo dejan todo en mis manos, y estoy orgullosísimo de lo bien que les va a nuestros muchachos desde que estoy al frente. En enero, el Club Atlético Randolph quedó segundo en el campeonato de campo a través por equipos de Middlesex[16], y puso a los Corredores de Southgate en aprietos. El primero y el segundo en llegar fueron dos de los nuestros, y ganamos sin problemas la carrera juvenil. Y ahora, supongo... —Tiró la colilla al fuego—. El Instituto Randolph está acabado.

Trent sintió una gran compasión, porque la actitud de Verney era la de un hombre a quien se le ha roto el corazón.

—¿O sea, que su muerte representa de verdad el final de todo ese trabajo? —preguntó—. ¿No había una fundación o algo? Por lo menos habrá un legado en su testamento para mantener las diversas organizaciones que creó (¿cómo era aquella frase que le gustaba tanto usar?)... en beneficio de la comunidad. Por lo que tengo entendido, diría que el cierre de ese instituto es un desastre social para esa zona de Londres. No puede ser.

—Pues lo es —dijo Verney, al tiempo que aceptaba otro cigarrillo—. Verá, Trent, el bueno de Randolph tenía una peculiaridad en su faceta de filántropo. Hizo una fortuna enorme bastante pronto y dedicó casi todos sus ingresos a obras de caridad y proyectos públicos. Siguió ganando dinero a espuertas, pero creo que casi no podía evitarlo. Su verdadera pasión era ocuparse personalmente de todo lo que gastaba, que era mucho, en obras de caridad y proyectos públicos. A veces destinaba una gran suma a algo en concreto; sin embargo, cuando lo hacía, siempre era como gasto de capital. Pongamos que construía y equipaba un hospital para un pueblo o una de las grandes instituciones de beneficencia; nunca entregaba dinero. Lo que solía hacer era suscribir una contribución anual para su mantenimiento, y siempre decía que poner en marcha algo así era dar una oportunidad a la generosidad de los demás.

Trent asintió.

—No es infrecuente, ya lo sé —dijo—. Pero ¿y los sitios como el instituto? Tenía entendido que era un proyecto particular suyo que mantenía exclusivamente. No puede haberlo dejado a dos velas, por decirlo de algún modo.

—Ahí quería llegar —dijo Verney—. La situación del instituto es tal como la ha descrito. Estaba en sus manos por completo, lo financiaba como si formara parte de su propia casa. Y llevaba otras instituciones de la misma manera, como el Orfanato Infantil Randolph, en Bishopsbridge, o la Clínica Psiquiátrica Randolph de

Claypoole. Y estaba muy orgulloso de ellas; se ocupaba de que fueran las mejor gestionadas de su categoría en todo el país. Le costaban una fortuna, Trent; se lo digo yo, y me consta. Pero jamás tuvieron un solo penique en fondos propios; y lo que Randolph gastaba, mucho o poco, en esto, aquello o lo de más allá, siempre sabía dónde iba a parar. Se diría que no podía soportar la idea de que alguien controlase la riqueza que él había acumulado. En eso se resumía todo. Y tampoco me parece mal, puesto que dedicaba esas enormes sumas a los demás y no escatimaba esfuerzos en vigilar cómo se gastaba el dinero. Pero la desafortunada consecuencia es que ahora... —Alzó una mano con la palma hacia abajo y la dejó caer con brusquedad sobre el reposabrazos de su silla.

Trent lo miró fijamente.

—¿Quiere decir que no ha dejado nada a esos sitios que creó, en los que gastó tanto dinero y a los que debía casi toda su reputación?

Verney se puso en pie y se cruzó de brazos.

—Quiero decir lo siguiente —dijo con acritud—: Randolph no ha dejado nada. No hizo testamento.

8 Estribillo de la novela en verso *Amours de voyage*, canto 3.º, parte 9.ª, de Arthur Hugh Clough.

9 En el original, a la señora McOmish, por su acento y léxico, se la puede identificar como escocesa.

10 Del poema «Es una hermosa tarde, apacible y libre», de William Wordsworth. La siguiente intervención de Trent continúa la cita.

11 Juego de palabras que usa la doble acepción del original *free*: «gratis» y «libre».

12 Thomas Coats (1809-1883), productor de hilo escocés. En la ciudad escocesa de Paisley, donde nació, hay una estatua en su honor.

13 Cita del poema «The Solitude of Alexander Selkirk», de William Cowper.

14 Estudiante que representa a la Universidad de Oxford (o a la de Cambridge) en competiciones deportivas. El nombre viene del color azul de los calcetines que llevan.

15 Paráfrasis del poema «Popularity», de Robert Browning.

16 Condado histórico de Inglaterra que forma parte del área metropolitana de Londres.

Capítulo VI

Ha habido un arresto

Se hizo un breve silencio mientras Trent asimilaba aquella increíble declaración y lo que implicaba.

—El hombre que asesinó a Randolph —dijo Verney— ha liquidado probablemente media docena de valiosísimas instituciones benéficas y otras causas excepcionales con la misma bala. Además, ha dejado seco un ancho caudal de magnanimidad que se extendía en todas direcciones. Porque estoy seguro de que no hay testamento; y, si no hay testamento, sabe Dios qué va a pasar con la fortuna de Randolph y con las causas que apoyaba. Me imagino que alguien la heredará; pero no será inmediato, y ¿cómo sabemos lo que va a hacer con el dinero? A lo mejor le da por las carreras de caballos, o por los yates, o por producir obras de teatro, o por cualquier otra forma de deshacerse del dinero a carretadas. Una cosa es casi segura: no va a vivir con unos pocos miles de libras al año y a dedicar lo demás a la caridad bien dirigida.

»Otra cosa —prosiguió Verney, levantando un dedo a modo de explicación—: puede haber más de un heredero, y por lo tanto un pleito que se prolongue indefinidamente, porque, que yo sepa, Randolph no tenía parientes cercanos. A lo mejor ha oído que tenía un hijo, un hijo único, que se fue de casa a los dieciséis años, más o menos, y del que no ha vuelto a saberse nada. El anciano hizo todo lo que pudo para averiguar qué había sido de él, pero nunca se

encontró el menor rastro, y lo dieron por muerto hace mucho. Sin embargo, quizá haya más parientes. Ya ve el desastre que puede llegar a ser esto, y ello sin contar la pérdida personal de un hombre como él, y de una influencia tan beneficiosa.

»Hay un detalle —continuó Verney tras una breve pausa— que le interesa a usted. Randolph estaba muy preocupado por que usted pintase una copia de su retrato de los Tabarderos para colgarlo en el salón del instituto.

—Me mandó una nota al respecto —le informó Trent—, pero no llegamos a ningún acuerdo.

—Pues ya no lo van a hacer, nunca —dijo Verney; y luego estalló desesperadamente—: ¿Qué quiere que le diga, Trent? Entre la impresión y el horror que me causa todo esto, y la perspectiva de tantas catástrofes por delante, estoy a punto de volverme loco.

Entonces Verney hundió la cabeza entre sus manos, atrapando el pelo entre los dedos.

Trent, si bien torció los labios en una mueca dubitativa, le puso al joven la mano en el hombro.

—Más vale que no se ponga en lo peor —le recomendó—. Al fin y al cabo, todo depende de su convicción de que Randolph no hizo testamento. ¿Qué motivo hay para pensar que pudo incurrir en semejante acto de imprudencia? La verdad es que resulta casi increíble.

Verney se encogió de hombros sin levantar la mirada.

—Desgraciadamente, hay buenos motivos para creerlo. El hecho es que estaba pensando seriamente en arreglar sus asuntos por primera vez justo cuando ha muerto. Sus abogados llevaban tiempo sugiriéndole que había llegado el momento de que hiciera testamento. Yo mismo se lo dije más de una vez (obviamente, pensaba que era mi deber, por desagradable que fuera). Siempre me dijo con mucha claridad que todavía no había testamento. Solía comentar que quedaba tiempo, que tenía años por delante. Detestaba que se le mencionara. Me imagino que no le gustaba la

idea de morir, como a muchos; pero, si algún ser vivo tiene derecho a confiar en sus posibilidades en la otra vida, era Randolph. Y de pronto, al final, empezó a tomárselo en serio. Me dijo varias cosas que sugerían que estaba pensando cómo disponer de su patrimonio. Y, antes de llegar a dar un paso concreto, se lo llevó la muerte.

Trent reflexionó unos instantes antes de decir:

—Aun así, pudo haber hecho testamento en otro momento (al casarse, por ejemplo. Tengo entendido que es frecuente entre los hombres).

Verney hizo un gesto de impaciencia.

—Puede ser..., sí; cuando era relativamente pobre y no tenía grandes intereses filantrópicos en los que pensar. No obstante, si lo hubiera hecho, creo que lo habría mencionado; y, de todas formas, no hay razón para suponer que los términos de un testamento de esa clase bastarían para impedir que todo se vaya al garete. Por otro lado, aparte de sus propias fundaciones, están todas las causas que tenían expectativas en relación con el patrimonio de Randolph, que tenían derecho a tenerlas, quiero decir, dado que las venía apoyando frecuente y generosamente desde hacía años.

—¿A qué se refiere? —preguntó Trent—. Como nunca he sido un millonario filántropo, me gustaría saber cómo funciona..., si no le parece irreverente que lo diga.

Verney miró al vacío, como si estuviera recapitulando.

—Bueno —contestó—, voy a explicárselo de la forma más sencilla posible. Debe de haber habido docenas de secretarios y presidentes de comités que, en un momento u otro, han tratado de preguntarme discretamente por los legados del testamento de Randolph. Está el Hospital General de Humberstone, la Fundación para las Becas Escolares de Humberstone, la iglesia congregacional de la calle Moss de la misma localidad, la Sociedad Misionera de Londres, la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, la Unión Congregacionalista de Yorkshire, el Fondo de Pensiones de los Pastores Congregacionalistas, la Universidad de Leeds, la Academia Unida

Independiente de Scalbridge, la Institución Nacional del Bote Salvavidas, el Instituto de los Marineros de Harrowby, el Instituto de los Sordomudos de Dewsbyy y, ¡oh!, podría nombrarle una docena de sitios más que tienen un interés directo en lo que suceda con el patrimonio de Randolph.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo Trent con una sonrisa—. No hace falta que siga, Verney; ya me hago una idea. No me podía imaginar que su ámbito de trabajo fuera tan amplio. No es asunto mío, claro, pero me temo que esto va a ser muy grave para usted en concreto.

Verney volvió a encogerse de hombros.

—Voy a tener que ponerme a buscar trabajo, después de dos años con un empleo como no había otro. Sin embargo, ahora mismo eso es lo de menos. Lo que quiero —dijo con ferocidad— es que al tipo que mató a Randolph lo detengan y lo ahorquen..., a la bestia cobarde que disparó por la espalda a un anciano indefenso, y truncó una vida dedicada a las obras de caridad y humanitarias. Me imagino que encontrarán al fulano, Trent... Usted sabe de eso. ¿Cree que es probable que escape?

—No, no es probable —respondió Trent—. Ocurre de vez en cuando, por supuesto. De todas formas, hay que darle a la Policía un margen razonable cuando se tarda varias horas en descubrir un asesinato, si he entendido lo que me ha contado.

Verney asintió.

—Sí, naturalmente. Supongo que depende de los rastros que deje el asesino (el arma, las huellas, las huellas dactilares), lo que sale en los periódicos.

—Si llevó cuidado —señaló Trent—, puede que no dejara ningún rastro. A menudo los delincuentes no dejan; pero, aun así, pueden encontrarlos fácilmente. ¿Recuerda con exactitud lo que han contado los periódicos esta mañana?

—Llevo uno aquí. —Verney sacó un ejemplar doblado del *Sun* del bolsillo de su abrigo—. Aquí tiene. Es bastante parco.

Debajo de un surtido de titulares y del retrato de un anciano barbilampiño de aspecto duro, Trent leyó lo siguiente:

Esta mañana a hora temprana, la Policía acudió a una llamada de la plaza Newbury, número 5, Mayfair, residencia londinense del señor James Randolph, millonario cuyo largo historial de actividades filantrópicas y de beneficencia lo consagró como personaje ilustre en todo el país.

Había recibido un disparo en el corazón, y el cuerpo yacía en el suelo del dormitorio, donde —se especula— debía de hallarse vistiéndose para acudir al banquete de la Compañía de Tabarderos.

Mucho sorprendió su ausencia del banquete, siendo como era miembro del Consejo de la Compañía, y estando previsto que hablase en el brindis por el invitado de honor en dicha ocasión, el ministro del Interior. Nuestras investigaciones esta mañana en la Casa de los Tabarderos han revelado que durante la velada se hicieron varias llamadas a la casa del señor Randolph, pero no tuvieron respuesta.

El criado del señor Randolph, el único miembro del servicio que dormía en la residencia, pasó la tarde fuera y fue él quien descubrió el cuerpo al regresar a la casa, telefoneando inmediatamente a la Policía.

El número 5 de la plaza Newbury forma parte de una fila de antiguos establos y cocheras reconvertidos en cinco pequeñas residencias, ocupadas todas ellas por personas prominentes. Una casa de esas características era adecuada para el estilo de vida sencillo del que gustaba el difunto señor Randolph, ya que pasaba poco tiempo en Londres, y residía habitualmente en Brinton Lodge, su casa de campo en las proximidades de Humberstone, en Yorkshire.

—Pues eso es todo —observó Trent—. La mayor parte fue escrita en la oficina del *Sun*, después de que hicieran sus propias averiguaciones. Sobre el crimen en sí no dice casi nada, ¿no?

—Casi nada —repitió Verney—. Pero me imagino que es todo lo que se ha hecho público. Los demás periódicos de la mañana cuentan lo mismo; ni una sílaba más. Los he leído atentamente.

Trent estudió en silencio el rostro macilento de su interlocutor durante un instante.

—Bueno —sugirió—, ¿y el policía al que ha visto esta mañana no le ha contado nada más? Por cierto, es el tipo de caso que le asignan a Bligh, me parece, si todavía no está demasiado ocupado. ¿Quien lo ha visitado era un sujeto alto y de aspecto poderoso, con la cabeza como una bola de billar?

—Se llamaba así —dijo Verney con una leve sonrisa—, y lo ha descrito usted perfectamente. No, no me ha dicho ni una palabra más que lo que hay en el periódico. He sido yo el que ha tenido que hablar: que si sabía de alguien que pudiera querer atacar a Randolph, que si parecía preocupado o se estaba comportando de manera inusual últimamente, que si sabía qué guardaba en la caja fuerte del dormitorio, etcétera. Y he respondido a todo que no, no y no. El inspector también quería saber dónde pasé la tarde.

Trent rio.

—Claro —dijo—. Es una pregunta de rutina.

—Ha tenido la bondad de dejármelo claro —replicó Verney, respondiendo con un brillo de macabro divertimento en la mirada—. Por suerte, he podido convencerlo de que estuve muy ocupado y en presencia de otras personas. Teníamos el entrenamiento semanal del club de atletismo del instituto por la tarde, ¿sabe? Nunca me pierdo las carreras con los chicos, y, después de cambiarme, me quedé con ellos en Kilburn hasta las diez y media, como de costumbre. Y ahora debería marcharme. Me ha venido muy bien la conversación.

Trent llamó con la campanilla.

—Si quiere, quédese y así lee la última edición —dijo—. Ya deberían de haberla repartido.

La señora McOmish apareció en la puerta con un ejemplar del *Sun* en la mano extendida.

—Si desea el periódico... —dijo.

Pero fue interrumpida por una exclamación de Trent, que ya había visto la línea de mayúsculas que recorría la parte superior de la portada. Le quitó el periódico y leyó en alto el breve párrafo que se había añadido, en gruesos tipos de imprenta, a la noticia que ya había visto sobre el asesinato de la plaza Newbury.

—Según hemos sabido —leyó—, ya ha habido un arresto en conexión con este crimen abominable.

Capítulo VII

En bandeja y guarnecido de perejil

Verney se despidió, y Trent tomó nota de que parecía verdaderamente impresionado —por no decir asombrado— por el hecho, si era un hecho, de que la cacería oficial del asesino de Randolph hubiese tenido un éxito tan vertiginoso. Trent se afanó inmediatamente por conseguir ejemplares de las últimas ediciones y comparar el contenido; luego, tras una cena meditativa, llamó a cierto número del barrio de Bloomsbury y se ofreció a hacer una visita privada y amistosa al inspector jefe Bligh, al que por suerte encontró al otro lado de la línea.

Trent tenía pocos amigos en los diversos rangos de la Policía metropolitana, pero su relación con ellos era de mutuo afecto, y con nadie se entendía mejor que con el señor Bligh, un oficial de un talento insólito, cuyos intereses iban mucho más allá de su notable acervo de profundos conocimientos profesionales. En concreto, se había aficionado a la historia de la guerra civil estadounidense, y poseía una notable colección de libros sobre dicho asunto.

Eran las nueve en punto cuando Trent encontró al inspector completamente absorto en un libro y fumando una pipa en su cómoda residencia de soltero.

—Siento mucho estropearle la velada —dijo Trent, al tiempo que dejaba el sombrero encima de una silla.

—No se preocupe —lo tranquilizó el señor Bligh—. Si hubiera pensado que cabía esa posibilidad, les habría dicho a los sirvientes que le soltaran el perro, en vez de que subieran las bebidas para usted.

Y con una mano enorme señaló una bandeja hospitalaria encima de una mesa con falda de felpa.

Trent se sentó en el sillón que estaba enfrente del anfitrión y empezó a cargar la pipa.

—¡Oh, benditos sean su amable rostro y su cabellera ausente![17] —dijo—. En todo caso, he interrumpido su lectura. ¿Puedo preguntarle de qué libro se trata? Pero la pregunta es ociosa... Se trata de la *Vida, campañas, correspondencia, opiniones y charlas de sobremesa del general Joseph Eggleston Johnston, vencedor de Pumpkin Creek*.

—Ese libro no existe —replicó rotundamente el señor Bligh—; y —añadió tras pensar un momento— no hubo tal batalla. Estaba leyendo a Bernard Shaw, mi autor favorito.

—¡Otro lazo que nos une! —exclamó Trent—. ¿Y qué le atrae tanto de Shaw?

El inspector dio unas palmadas afectuosas al volumen que descansaba sobre su rodilla.

—Shaw —declaró— es la literatura de escape. La expresión —añadió, en respuesta a la mirada de asombro de Trent— no es mía.

—No sabe —dijo Trent con voz entrecortada— cuánto me alivia saberlo.

—No —respondió el inspector haciendo memoria—. Es lo que dijo de Shaw quien me lo descubrió. Hace unos años, tuve que interrogar a un preso sobre cierto asunto. Era un criminal reincidente. Lo llamaban Joe el Farsante, porque solía ponerse estupendo en los juicios. Vamos, que por lo menos habré oído a media docena de jueces decirle a Joe en una vista que su juzgado no era un *music hall*. Joe tenía estudios, y, cuando lo visité en su celda, no me sorprendió encontrármelo leyendo un libro de la biblioteca del penal. Me lo enseñó: *Obras agradables*[18], por G. B.

Shaw. «¿Esto qué es?», le dije. Me sonrió de oreja a oreja. «Esto es literatura de escape, *Blighter*», respondió, usando un apodo idiota que me pusieron él y los suyos[19]. Pensé que parecía una lectura rara en manos de un hombre que se ha pasado media vida en la cárcel, pero me explicó lo que quería decir.

—Atiza, ¿y qué quería decir? —preguntó Trent.

—Pues para Joe significaba —dijo el inspector—, y estoy de acuerdo, que Shaw te aparta de las realidades brutales de la vida. Le aseguro que, después de un día en nuestro trabajo, con todo el rencor, la codicia, la crueldad y la depravación que nos restriegan por las narices, sentarse a leer una obra de Shaw es como salir a respirar el aire fresco del campo. No hay cretinos, no hay brutalidad, no hay nadie que te revuelva el estómago. Y, si por casualidad trata de meter un malo, no tiene nada que ver con la realidad. Y no te aburres nunca. Cada maldito personaje tiene algo que decir; hasta los más estúpidos. Todo el mundo humilla a los demás. ¿Y quién ha tenido la suerte de escuchar algo así en la vida real? En serio, es otro mundo.

Trent asintió para señalar que coincidía.

—Pero —dijo tras un breve silencio— quería preguntarle por el mundo en que vivimos.

—El asesinato de Randolph —se anticipó el señor Bligh—. Ya lo sé; lo ha dicho por teléfono. Y usted pintó su retrato, y se alojó en Brinton. Y, la semana pasada, el tipo que lleva el Instituto Randolph dijo que sería buena idea colgar allí una copia. Y persuadió a Randolph para que accediera, y le escribió para que fuera a verlo a la plaza Newbury ayer a las seis de la tarde, y usted fue. Luego se marchó, hacia las seis y cuarto..., de manera que fue uno de los últimos en ver al anciano con vida. ¡Bueno! Espero que tenga algo que contarme que no sepa ya.

Trent lo miró fijamente, como sobrecogido.

—Me parece —dijo con humildad— que no puede haber nada que usted no sepa. De momento, quizá, ha olvidado que tuvimos un

pequeño desencuentro y que rehusé el encargo. Aparte de eso, nada tengo que añadir a su resumen de los acontecimientos. ¿Cómo lo hace, inspector? Por muy transparente que sea la expresión de mi cara, no me creo que haya leído todo eso en mi rostro. ¿Estaba usted escuchándonos escondido en la chimenea, o qué?

El señor Bligh sonrió de forma forzada.

—Hemos recibido información..., como decimos habitualmente —explicó—. Por lo que respecta a escuchar, Simon Raught, el criado de Randolph, escucha todo lo necesario cuando se encuentra en el lugar. Casi todo lo que he mencionado lo oyó en Brinton la semana pasada, por casualidad, claro; y, en lo concerniente a su visita, por supuesto, me lo ha contado todo.

—Por supuesto —concedió Trent—. Permita que le cuenten, dulce Bligh, y deje que quien quiera sea sutil; sin deducir, escuche cosas útiles, hasta el final del día[20]. Con todo y con eso, no va a lograr convencerme de que toda esa información excelente se cruzó en su camino, por decir algo, sin que se percatase. He visto poco a Simon Raught (es más, ni siquiera llegó a decirme cómo se llamaba, cuando está claro que a usted se lo ha dicho), pero no me dio la impresión de que fuera de los que, en un brete, insistirían en cantar sus secretos de tu oído en la suave caracola[21]. No voy a preguntar cómo se lo sacó..., ya sé que hay maneras y maneras. Lo que sí quería preguntarle al venir aquí parece que ya se ha respondido solo. Es usted el que lleva el caso, como esperaba.

—Supone bien —observó sardónicamente el inspector.

—Y quiere saber si tengo algo que contar (me imagino que se refiere a cómo estaba Randolph durante nuestra conversación). No, no tengo nada que contar. No dijo si esperaba a alguien después. No dijo si esperaba que le pegasen un tiro, y tampoco me dio esa impresión. Parecía el de siempre, sanísimo y totalmente satisfecho consigo mismo.

—¡Uf! No me ayuda —dijo el señor Bligh—. Bueno, entonces, ¿por qué quería hablar del caso conmigo? Pensábamos que ya había

descartado su vertiente de detective aficionado hacía tiempo.

—Pues porque casualmente conocía a Randolph, y sé cosas interesantes sobre él, cosas que oí antes de conocerlo, cuando pinté su retrato, y cosas que he ido descubriendo. Y esta misma tarde, su secretario, Verney, a quien conocí en casa de Randolph en enero, me ha contado muchas más. Por lo que sé, él ya había hablado con usted.

El inspector asintió.

—Pero no me ha aportado casi nada que no supiera. Está lo del testamento, claro, y efectivamente parece que no hay, aunque, ¿qué quiere que le diga?, tampoco es la primera vez, ni siquiera entre los ricos normales, y el bueno de James Randolph no era precisamente un tipo corriente.

—Precisamente. Me consta que no era nada corriente, y por eso me interesa. Además, una de las razones por las que renuncié a mi afición, como usted la llama, fue que mi esposa siente una aversión enfermiza por los crímenes; pero ahora mismo se halla en los Cotswolds. Estoy solo y libre, como el personaje de Chesterton; desvergonzado, anárquico, infinito[22].

—Anárquico e infinito no sé —repuso con intención el señor Bligh —. Bueno —añadió, dando muestras de simpatía y pesar—, no sabe cuánto lo siento, pero no hace falta que siga devanándose los perspicaces sesos, pimpollo. Tenemos al culpable.

—Eso les han dicho a los periódicos, ya lo he visto. Y por eso he venido, para saber más.

—A los periódicos no les hemos dicho nada de nada —aclaró el señor Bligh, exasperado—. Ellos solos han averiguado que ha habido un arresto, y puede que hayan descubierto que el detenido estaba relacionado con uno de los proyectos de Randolph, y que acababan de despedirlo. Pero no han dicho que sea el tipo que disparó a Randolph, porque, por supuesto, no se atreven. Sea como fuere, es él.

—Sí, ¿eh? —Trent escrutó el rostro curtido del otro—. Vaya vaya. Qué rapidez. ¿Están seguros de que es él? ¿De verdad tienen el caso, digamos..., en el bote?

La sonrisa del señor Bligh era forzada.

—Entre nosotros, como siempre, no tengo reparos en decirle que cuento con pruebas fehacientes de que estuvo en casa de Randolph por la tarde, cuando este estaba solo. También tengo...

—Sí —musitó Trent—. No estaría de más un «también».

—... también —prosiguió el inspector, tras exhalar un par de elaborados anillos de humo— tengo la confesión manuscrita y firmada del hombre que asesinó a Randolph.

Trent se recostó en la silla, sorprendido, al tiempo que el señor Bligh volvía a fumar y contemplaba un rincón del techo en una ensoñación.

—Por lo visto, eso le ha dado que pensar —observó un momento después, reparando astuto en un ligero fruncimiento del ceño habitualmente imperturbable de su huésped—. No me extrañaría que hubiera estado ocupado elaborando su propia teoría sobre el caso. Si es así, adelante con los faroles. Unas buenas risas son el mejor reconstituyente del mundo. ¡Vamos! ¿Me equivoco?

—Con frecuencia, estoy seguro —dijo Trent, volviendo rápidamente a su manera de ser habitual—. Ahora no. No tenía ni el menor atisbo de teoría sobre el caso. Hace solo tres horas que me he enterado. No obstante, como le he dicho, me interesa, y pensaba, en mi archiconocido afán de servicio, que quizá querría hablar e incluso dejarme echar un vistazo a la escena del crimen, pero a lo mejor ahora, estando así las cosas, prefiere no hacerlo.

El señor Bligh se frotó la barbilla.

—No esté tan seguro —dijo despacio. Después, tras pensarlo unos momentos, añadió—: A ver. Todas las pruebas están ahí. A grandes rasgos, le he contado en qué consisten. Aun así sigue habiendo cosas raras, y, ya que estamos, podríamos darles una vuelta.

—Me encantaría. Ya sabe que soy de fiar.

—Si no lo fuera, muchacho, no estaría aquí. —Una risa entrecortada agitó la arrugada superficie del chaleco del señor Bligh —. Bueno, ya habrá leído lo poco que dicen los periódicos, por supuesto.

—Evidentemente; y bien poco es, cierto. ¿Puede decirme una cosa que no mencionan, por ejemplo? ¿Cómo le dispararon a Randolph exactamente?

—Le dispararon en el corazón por la espalda, probablemente desde la puerta del dormitorio, cuando se estaba quitando el abrigo. Tiene pinta de haber sido alguien que estaba citado para verlo, y a quien él mismo abriera la puerta, ya que el criado tenía la tarde libre. El disparo se hizo con un Webley .455, probablemente equipado con silenciador.

—¡Ah! —Trent recibió esta información con un gesto pensativo—. Así que fue así. Y, por lo que me dice, solo lo sabe la Policía... y el médico, claro.

—Bueno, supongo que quien lo asesinó lo ha de saber —observó el inspector.

—Sí, eso no se me escapa ni a mí —replicó Trent—. Y, ya que estamos, ¿quién lo asesinó?

—Aún no estamos. —Estaba claro que el señor Bligh disfrutaba de forma inocente dejando para el final el clímax de su relato—. Vamos por orden. Primero, había que pensar en las posibilidades obvias.

—O sea, la servidumbre.

—Ya ha leído en la prensa que solo había un criado que dormía en la casa. Había salido, y encontró el cuerpo al volver; telefoneó a la Policía inmediatamente. Según él.

Trent asintió.

—Raught..., sí, lo conozco. Y lo sometió al tercer grado, claro.

—Pensé —dijo el inspector, dubitativo— que lo había exprimido hasta la última gota, pero no hay manera de estar seguro. En todo caso, tenía una historia bastante verosímil, se fue justo después que usted, y pasó la velada fuera con unos parientes; y no tenía motivos

aparentes. Declaró que, cuando encontró el cuerpo, estaba demasiado alterado para entender cómo había muerto Randolph. Puede ser; pero no lo descarté, evidentemente. Solo hay otra sirvienta, una asistenta, la señora Barley, que se ocupaba del lugar cuando no estaba Randolph. También la he visto esta mañana... Una mujer sencilla. O mucho me equivoco, o no sabe nada del crimen..., ni de nada digno de consideración. Luego, como sabe, he visto a Verney, el secretario, que siempre andaba por la casa cuando Randolph se encontraba en Londres, y me dio una explicación satisfactoria de sus movimientos la tarde del asesinato.

—Movimientos —musitó Trent—. Admirable palabra. Encamina tu pecho a Primrose Hill, veloz como torrente corre desde su cima, con breve paso muelle deja atrás ahora la plaza Hamilton y luego Marble Arch[23]. Esa poesía no está muy allá.

—La explicación que ha dado era bastante más detallada —dijo el señor Bligh con frialdad—. Después de la carrera, que por lo visto ya conocía usted, estuvo en el Instituto Randolph hasta las diez y media, y cinco minutos después estaba en casa, cerca de Maida Vale. Está todo comprobado. Por lo que respecta al móvil, lo único que parece sacar del crimen es que ha perdido un buen trabajo.

—Igual que Raught..., sí —convino Trent—. Y ahora, si me permite una pregunta, ¿saben qué arma se usó? Me imagino que la tienen.

—¿Y por qué lo imagina? —respondió el inspector—. No es frecuente que los asesinos vayan dejando el arma por ahí, ¿no?

—Tampoco es frecuente que confiesen —señaló Trent, y el señor Bligh gruñó, taciturno—. Solo se me ocurría —prosiguió Trent— que..., es un suponer..., podía haber preparado la confesión dejándose el revólver.

—Bueno, pues no lo tenemos, y no hay más que hablar —dijo malhumorado el señor Bligh—. Pero sabemos de qué marca era, y de qué calibre, por la bala y las señales que tiene... Más fácil, imposible, por cierto, con ese tipo de balas. Lo único que le puedo

decir es que seguramente esté en el fondo del canal de la Mancha, pero no es más que una hipótesis.

—Lo que quiero saber —porfió Trent— es por qué el susodicho Webley ha de estar de visita en las profundidades de este mundo monstruoso, cuando el asesino ha confesado.

El inspector volvió a frotarse la barbilla.

—Ya, bueno, yo también... Pero, ¡ea!, nos estamos adelantando. Si quiere enterarse de lo que pasó en realidad, deje que se lo cuente a mi manera.

A continuación, relató brevemente a Trent su investigación acerca del escenario del crimen. Le habló de la caja fuerte; de las señales de que habían robado documentos; de las huellas dactilares en la jarra y el vaso, y en la cuchilla de afeitar hallada en la alfombra; del tapón de champán; de la hoja que faltaba en el calendario de la sala.

Trent, que había escuchado con atención en un silencio activo, lo interrumpió en ese punto:

—¡Un calendario! —dijo—. ¿Y estaba en un lugar donde se veía fácilmente?

—Lo podía ver cualquiera. Se encontraba sobre un armarito que a su vez estaba encima del escritorio, justo delante de la ventana. ¿Y?

—Pues que estoy seguro de que, cuando vi al anciano en esa habitación, a las seis, no estaba allí. Me llamó la atención el armario enano; es una miniatura preciosa.

—¡Ejem! Sí. —El señor Bligh volvió a tocarse la barbilla—. Precisamente ese es uno de los detalles curiosos. Porque Raught, el criado, asegura que nunca andaba por ahí, y que Randolph siempre cuidaba de guardarlo bajo llave. Aun así, puede que lo sacara para consultarlo, claro, poco antes de que le dispararan.

—Puede. Y luego, por supuesto, el que fue a verlo, y cuyo nombre estaba en el calendario porque estaba citado para verlo, arrancó muy astutamente la hoja y se la llevó; destruyendo así una prueba directa de que se personó allí esa tarde.

—Sí.

—Y a continuación va y confiesa *urbi et orbi* que ha estado allí y ha disparado a Randolph. ¡Qué sujeto tan voluble!

El inspector suspiró, cansado.

—Ya lo sé, ya lo sé. Y a lo mejor el propio Randolph arrancó la hoja, por lo que fuera. Pero, ¡mire!, hay otra cosa que no he mencionado aún. Cuando la he visto, parecía una metedura de pata fatal; y lo habría sido, si el idiota no hubiera cogido y... Pero dejémoslo de lado por ahora, le estoy contando las cosas tal como pasaron.

Prosiguió con la descripción del último hallazgo de la mañana, la etiqueta de equipaje recogida en el pasillo; y, cuando repitió el nombre que estaba escrito en ella, Trent no puedo controlar un movimiento de sorpresa.

—¡Bryan Fairman! —exclamó.

—Eso he dicho. Fue él —añadió el señor Bligh.

—¿Me está diciendo que es él quien usted sabe que estaba en casa de Randolph cuando le dispararon, y el que ha confesado el asesinato? ¡Repámpanos, lo conozco!

—Pero ¿hay alguien en este maldito caso que no conozca usted? —preguntó quejumbroso el inspector—. Sea como fuere, si conoce a Bryan Fairman, conoce a un puñetero estorbo... ¡Él y su confesión!

—Supongo que no es mucho decir de un asesino —admitió Trent—. Pero de verdad, inspector, es increíble. Fairman es uno de mis amigos más antiguos. ¿Se acuerda de que hace un tiempo estuvimos hablando de Eunice Faviell, y de cómo tantos señores han perdido el oremus por ella? Le mencioné que un buen amigo mío era una de sus víctimas. Me refería al mismo Fairman. Hace media vida que lo conozco, y, de todos los hombres que calificaría de honrados ciudadanos, puede que sea el más intachable. Pero si lo vi anoche... —Y aquí Trent se detuvo, al darse de cuenta de pronto de la posible importancia de ese encontronazo.

El inspector entrecerró los ojos.

—Ah, ¿sí? —dijo, afable.

—Cogió el tren de las ocho y veinte en la estación Victoria —dijo Trent despacio—. Estuvo a punto de perderlo. Y ese tren es el tren-barco de Dieppe... Yo fui a despedir a otra persona que embarcó. Pero ¡madre mía! ¡Bryan Fairman! ¿Sabe? Es poco menos que imposible creer...

—Espere a oír todo lo que hay que creer —le aconsejó el señor Bligh—. Que es mucho. Para empezar, en la etiqueta estaba escrito «PASAJERO A DIEPPE», como estaba a punto de contarle. Bueno, con eso tenía un sospechoso al que buscar; y eso hice, claro. Si iba a Dieppe en el barco nocturno, como parecía más probable, había mil posibilidades contra una de que solo estuviera de camino a otro sitio, y llevaba varias horas de ventaja, fuera adonde fuera..., porque el barco llega a primera hora de la mañana. Pero, por si acaso iba a Dieppe de verdad, hice que lo buscaran allí; y, mira por dónde, no tardé en tener noticias..., y muchas. La primera información fue que el doctor Bryan Fairman, con pasaporte y todo, había llegado en barco y había cogido una habitación en el hotel Beau-Rivage. Salió de allí hacia las nueve y media, sin tomar más que un café. Luego se supo que habían visto a un inglés con mochila en un sitio que se llama Impasse de la Chimère[24], en las afueras, con aspecto de haber perdido algo. La Policía francesa no tiene ni la más remota idea de qué podía andar buscando; dicen que han hecho todas las pesquisas posibles..., y no se les ocurre qué pintaba allí.

—Eso también es llamativo —afirmó Trent, pensativo—. Si la Policía francesa no ha podido obtener lo que andaba buscando de los residentes y los porteros de la zona, será que no había nada que obtener. Por lo que respecta a que vieran a mi amigo Fairman paseando por las afueras de Dieppe, no me lo explico, sencillamente. Pasó un año estudiando en el Hospital de la Salpêtrière de París, y, que yo sepa, no tiene más experiencia de Francia. ¿Qué más han sabido de él?

—En el mismo lugar —prosiguió el inspector— hay una fonda, y Fairman entró y tomó otro café antes de marcharse. El sujeto que lo lleva dice que el inglés parecía enfermo y un poco chiflado.

—¿De verdad ha dicho eso? —preguntó Trent con vivo interés.

—Según nos han informado —respondió el inspector, entre cuyos méritos profesionales figuraban conocimientos básicos de francés—, el dueño de la fonda dijo que el hombre parecía *souffrant* y *un peu toqué*, y, si logra usted encontrarles a esas palabras un significado algo diferente de lo que he dicho, adelante. Bueno, como iba a decirle cuando me ha interrumpido, lo siguiente que se supo de Fairman es que estaba reservando un billete de vuelta en el barco de la tarde de regreso a Newhaven. Uno de los nuestros, que estaba de servicio en el puerto, lo ha reconocido por la descripción que habíamos enviado por teléfono, así como por las iniciales de la mochila. Así que el mozo también sacó un billete, para tenerlo vigilado. Y entonces, ¡mecachis!, ¿sabe lo que hizo el muy imbécil? El barco acababa de salir del puerto, y fue a la barandilla, pasó por encima, y estaba a punto de tirarse por la borda cuando el sargento Hewett lo agarró por la chaqueta y los pantalones, y se aferró a él hasta que llegó la tripulación y lo arrastró a bordo. Según Hewett, fue una pelea en toda regla... Tiene un precioso ojo a la funerala, y la boca, que parece un kilo de hígado con un tajo en medio. Luego Hewett lo arrestó por suicidio en grado de tentativa; y en este momento lo tenemos detenido bajo esa acusación.

Trent se había quedado patidifuso.

—¡Fairman intentó ahogarse! Y dice que luego...

—Espere un poco —lo atajó el inspector—. Déjeme contarlo a mi manera. Poco después de traer a Fairman y acusarlo, en Scotland Yard recibieron una carta que echó al buzón en Newhaven, justo antes de zarpar a Dieppe. Contenía nada menos que una confesión de que había disparado a Randolph..., breve, pero bastante concluyente. Aquí tengo una copia.

El señor Bligh se puso en pie, y abrió un maletín que estaba encima de una mesilla. Sacó un documento mecanografiado.

—Antes de que lo lea, le puedo contar el resultado de nuestras investigaciones en Claypoole, que ya se había recibido en Londres. Fairman tenía referencias excelentes, aunque era bastante reservado; deduzco que no se llevaba muy allá con la gente. Dicen que vivía para el trabajo en el psiquiátrico. Además de las tareas corrientes, estaba dedicado a no sé qué investigación, y hacía tiempo que daba muestras de fatiga. Luego, hace un mes, tuvo una gripe muy grave, y al parecer volvió a trabajar antes de estar restablecido.

»Lo siguiente fue que lo despidieron bruscamente, con seis meses de sueldo en vez de preaviso. Ayer por la mañana recibió una carta en ese sentido que le enseñó a un colega. La carta no citaba motivo alguno; y el que la escribió, el supervisor médico, el doctor Dallow, nos ha dicho sin más que no tiene por qué explicarnos lo que hace, y que no va a hacerlo, dado que el hospital es una institución de gestión puramente privada. Eso, claro, ha sido esta mañana, cuando no tenía la menor idea de por qué la Policía mostraba ese interés súbito en Fairman..., cuando ni siquiera nosotros sabíamos nada, por cierto, salvo que la etiqueta de Fairman había aparecido en el escenario del crimen.

»Nos han informado de que Fairman se entrevistó con Dallow tras recibir la carta de despido, de que la conversación no duró mucho, y de que al salir a Fairman se le veía demacrado y parecía desesperado. Se fue del hospital a las tres, más o menos, con su mochila, sin decir esta boca es mía. Un maletero que lo conocía lo vio en la estación, y cogió el tren de las tres y diez, que llega a la estación de St. Pancras a las siete y media. En este punto, puedo decirle que entre las cosas que llevaba encima cuando lo hemos arrestado había un papel arrugado con la dirección de Randolph en Londres. Dicho lo cual, ¿qué le parece?

—Espantoso —dijo Trent mirando al suelo—. No sé cómo podría tener peor pinta.

—No puede —contestó el señor Bligh—, teniendo en cuenta que Randolph controlaba completamente la gestión del hospital.

—Bueno, eso sí lo sabía; por eso estoy de acuerdo en que pinta mal. Por supuesto, Dallow dirá lo que quiera sobre su negativa a explicar sus motivos; pero, si tuviera que declarar como testigo, otro gallo cantaría.

El señor Bligh se frotó las manos.

—Tiene toda la razón. Y tendría que explicar otra cosa... ¿De qué habló con Randolph cuando se vieron en Brinton tres días antes del asesinato a las cinco de la tarde? Lo he encontrado hojeando el calendario. Bueno, entiendo que estamos de acuerdo en que el responsable del despido fue Randolph. Es más, por lo que fuera, le había puesto la proa a Fairman... Lo sé por Raught, el criado. Bien, prosigamos... Lo que acabo de contarle es el resultado de las averiguaciones que hemos hecho en el frente de Claypoole esta mañana. Se lo han dictado por teléfono a Scotland Yard, y había recibido casi todo para la hora de comer. Sobre lo que ocurrió después de que llegase a Londres solo tenemos lo que nos ha contado él... Es un poco somero, pero bastante incuestionable, dadas las circunstancias.

Trent cogió el documento que el inspector le alcanzó en ese instante.

—Buen trabajo —observó, sombrío—. Actividad en todos los frentes, Londres, Claypoole y Dieppe..., y además un combate naval, por llamarlo de alguna manera. Empieza a trabajar después de un desayuno temprano, y, para la hora del té, ya lo tiene todo bien empaquetado.

El señor Bligh emitió un gruñido despectivo.

—No digo que la maquinaria no haya funcionado correctamente. Así ha sido..., y quizá demasiado, aunque a lo mejor le suene raro que lo diga yo. No acaba de gustarme que las cosas vengan a mi

encuentro, como si fuera un imán, caray. ¡Mecachis! Es como si me hubieran puesto el caso en bandeja y guarnecido de perejil; y, cuanto más lo pienso, menos me gusta.

Trent asintió.

—Me parece que lo entiendo. Tiene la sensación de que tal vez el destino tenga una cachiporra escondida y preparada para asestarle un golpe inesperado en la región cervical.

—Algo de eso hay —gruñó el inspector—. No sería la primera vez. Y, sin embargo... Pero échele un vistazo a ese papel, y veamos qué piensa.

Trent puso toda su atención en el folio pulcramente mecanografiado que tenía en la mano y leyó lo siguiente:

En el tren. Londres-Newhaven
21:20

Esta tarde he disparado y matado a James Randolph. Fui a su casa de la plaza Newbury hacia las 19:45; no puedo precisar más. No había nadie más. Tuvimos una pelea violenta, y el resultado fue que le disparé. Llené un vaso de agua con la jarra que había encima de la cómoda y me lo bebí. Luego dejé la casa y cogí un taxi a la estación Victoria, donde subí al expreso de las 20:20 a Newhaven, como había planeado. Voy a cruzar a Dieppe.

Prefiero no explicar por qué he hecho lo que he hecho.

BRYAN FAIRMAN

Después de leer y releer este breve documento, Trent levantó la mirada, arqueando las cejas, y la centró en los ojos expectantes de su anfitrión.

—Interesante, ¿no? —preguntó el inspector secamente—. Prefiere no explicar por qué ha matado a alguien, pero le da igual mencionar que después de cargárselo bebió agua. Nos dice que planeó huir del

país tras disparar a su víctima; luego cambia de idea, da la vuelta, y de camino a casa trata de suicidarse. ¿Entiende usted algo, maldita sea?

Trent se mesó el pelo durante unos instantes con la mirada perdida.

—Supongo que es una sugerencia idiota —dijo a la postre—, pero ¿ha tenido en cuenta la posibilidad de que esté tratando de proteger a alguien?

—Sí, claro. La confesión, la hoja arrancada del calendario y el cuidado que pone en atribuirse todo me hicieron pensar en eso de inmediato. Pero la verdad es que no tiene ningún sentido. Para empezar, confesar un asesinato que no has cometido, por muchas ganas que tengas de hacerle un favor a alguien, no es cualquier cosa. Además las confesiones de asesinatos auténticas son bastante corrientes. Sin contar con que tenía un móvil: el rencor por cómo lo habían tratado. A más de uno lo han liquidado por menos de lo que le hicieron a Fairman. Aparte de lo cual, ¿cómo cuadra la idea de que está protegiendo a alguien con la visita relámpago a Dieppe, inexplicable, y con que volviera a casa inmediatamente después, y con el intento de suicidio? No. Repito, ¿usted entiende algo?

Trent volvió a mirar el papel que tenía en la mano.

—Es verdad —dijo— que deja muchas cosas en el aire. Pero... —Se detuvo un momento—... No me ha dado tiempo a pensarlo detenidamente, claro está, pero no me parece que esta confesión, por muy criticable que sea, cambie tanto las cosas, caramba.

La nube de pesadumbre que cubría los rasgos del señor Bligh se hizo más oscura.

—En cierta forma, cambia muy poco. Ya hay elementos de peso en su contra. Sabemos que tenía un móvil. Y sabemos que estuvo en el lugar del crimen más o menos cuando dispararon a Randolph. Le hemos tomado las huellas, y coinciden con las del vaso que con tanto cuidado menciona.

—Y, evidentemente, también con las de la cuchilla.

—Pues no —dijo el inspector de manera sucinta—. Ese es uno de los elementos que en su momento he pensado que va a darnos quebraderos de cabeza. El experto en huellas ha encontrado muchas de Randolph y del criado, naturalmente, y ha encontrado algunas, y no solo en la jarra y el vaso, que corresponden con las de Fairman. Pero en la cuchilla ha encontrado huellas que no son de ninguno de los tres, y no las ha encontrado en ningún otro artículo de toda la casa. Según Raught, era una cuchilla nueva, que sacó del envoltorio por la mañana. Si es cierto, alguien más tocó la cuchilla; todo indica que la sacó de la maquinilla para abrir los paquetes.

—¿Y qué dice Fairman al respecto?

—Nada. Se ha negado a respondernos, o a pronunciar una palabra, desde el arresto. Al poco de que presentáramos la acusación contra él, ha tenido un colapso nervioso completo..., me parece que no se lo había dicho... Ahora está en la enfermería de la prisión, y no está ni para interrogatorios ni para nada. Es dictamen del médico; así que el caso se ha parado hasta que se recupere lo suficiente para que podamos proseguir. Vamos a pedir una prórroga de la investigación preliminar, claro... Habríamos tenido que pedirla de todas formas.

Trent se puso en pie y empezó a pasear por la habitación.

—Entenderá —dijo— que esto me resulta muy penoso. Enterarme del estado en que se halla, después de todo lo demás... Bueno, no digo más. Pero atienda. Tiene pruebas gravísimas contra Fairman, incluso dejando de lado la confesión... No lo niego. No obstante, desde el primer momento me he dado cuenta de que no está satisfecho, y me imagino que las huellas no identificadas de la cuchilla son uno de los elementos que no le cuadran. A mí tampoco.

—Así es —convino el inspector—. No parece que encajen, sin duda..., por lo menos, a primera vista. Igual que los papeles que han desaparecido. Sea como fuere, tengo una idea acerca de las huellas, y de los papeles, también. Dígame, ¿conoce bien a Raught, el criado del bueno de Randolph?

—Me han invitado a Brinton tres veces, cuando Randolph estaba posando para el retrato. Raught se ocupaba de mí, como se ocupaba de su jefe.

—¿Y qué impresión le causa?

—¿Como ayuda de cámara, quiere decir?

El señor Bligh asintió con una sonrisa.

—Pues era cómico, claro —respondió Trent—. Raught es un tipo inteligente, con las ideas claras, supongo que está de acuerdo... —el inspector asintió—..., pero es como si llevara un sambenito gigante. Está sucio... No me refiero a la superficie, sino a que la suciedad se le vislumbra en el alma.

El señor Bligh gruñó.

—Bueno, aunque no sé qué quiere decir con eso, casualmente me di cuenta de que había pasado por las prisiones de su majestad; en cuanto le puse la vista encima, recordé su cara. Pero, aun sin eso, es obvio que está muy por debajo del nivel de un criado de esa categoría. Para mí que es otra obra de caridad del anciano. En todo caso, mi tesis es que anoche, al volver a casa, Raught llegó con un colega. A lo mejor iban a tomarse un par de copas del coñac del anciano, si este estaba en la cama. Luego Raught se lo encuentra muerto; puede que decidieran probar suerte con la caja fuerte antes de llamar a la Policía, o tal vez el amigo insistiera en hacerlo. No me gustó cómo respondió Raught cuando le pregunté por la caja fuerte... Fingió que no estaba seguro de que hubiera una. Si ocurrió eso, o algo por el estilo, puede que el tipo que estaba con Raught cortase los cordeles de los paquetes, y que las huellas de la cuchilla sean suyas. Luego desapareció con los papeles, más todo lo que hubiera que pareciera útil, antes de que Raught llamase a la comisaría.

Trent se recostó y contempló con admiración a su amigo.

—No me extraña que haya llegado tan lejos en su profesión —afirmó—. Puede que todo eso sucediera, sin duda..., y puede que no.

El inspector vació la pipa en un cenicero de buen tamaño que presidía un perro moteado de porcelana de aspecto melancólico.

—Bueno —dijo—, encaja con los hechos, y la experiencia lo sugiere, nada más; y en realidad tampoco importa. Por lo que respecta al asesinato, teníamos a Fairman agarrado por el pescuezo. Y luego, cuando todo iba viento en popa, aparece la puñetera confesión.

Trent se levantó y se dispuso a despedirse.

—Pero sigo sin entender —señaló despacio— por qué la confesión de Fairman ensombrece esa risueña perspectiva.

—¡Sigue sin entenderlo! —El tono del señor Bligh expresó cansancio y resignación—. Eche otro vistazo... Échele otro vistazo al asunto, caray. Y tenga en cuenta cómo ha actuado el tipo desde el primer momento.

Trent releyó el documento mecanografiado que tenía en la mano, y volvió a mirar a su amigo a los ojos, exasperados.

—¿Se refiere...?

—Me refiero a que ha perdido el juicio —dijo el inspector con voz ronca—. No es una mera crisis nerviosa; es demencia..., y un final idiota para lo que a mi juicio parecía un trabajo respetable.

17 Paráfrasis de un verso del poema *The May Queen*, de lord Alfred Tennyson.

18 Nombre de una colección de obras publicada en 1898 por Shaw, que contenía *El hombre y las armas* (*Arms and the Man*, 1894), *Cándida* (*Candida*, 1894), *El hombre del destino* (*The Man of Destiny*, 1895) y *Lucha de sexos* (*You Never Can Tell*, 1896).

19 *Blighter*, juego lingüístico a partir del apellido del inspector Bligh, puede traducirse como «tío», «pollo» o «menda», o incluso, con un matiz peyorativo, como «cabrón» o «rata».

20 Paráfrasis del poema «A Farewell», de Charles Kingsley.

21 Paráfrasis de la «Oda a Psique», de John Keats.

22 Paráfrasis del drama en verso «El caballero salvaje», de G. K. Chesterton.

23 Paráfrasis de *La dama del lago*, de sir Walter Scott. Primrose Hill, la plaza Hamilton y Marble Arch son lugares de Londres. Merece la pena señalar que proviene de la misma estrofa que la cita que aparece en *El último caso de Philip Trent*, página 48.

24 «Callejón de la quimera».

Capítulo VIII

La blanca flor de una vida sin tacha

Aquella noche, cuando volvía paseando a su casa después de despedirse del inspector Bligh, Trent meditó sobre lo patético de la tragedia policial a la que se enfrentaba dicho funcionario. Ese liderazgo vigoroso y atinado, esa marcha veloz de una rutina de alta potencia, ¡para acabar arrestando a un lunático! Pero mucho más que aquello lo afligían las espantosas noticias de alguien con quien lo unía un vínculo antiguo y estrecho. Estaba totalmente seguro de que el Fairman al que conocía era incapaz de perpetrar semejante crimen. Que hubiese disparado al anciano por la espalda era un detalle que se añadía a lo inverosímil de la hipótesis. Pero todo aquello no podía sino hacer más inevitable la conclusión de que Fairman, si era culpable, debía de estar trastornado. Su comportamiento, como con tanta vehemencia recalcaba el inspector, no era el de un hombre en su sano juicio.

Por lo que respecta a los hechos que podían explicar dicho colapso, había escaso margen para la duda. Detrás de todo aquello debía de estar, como sugería el señor Bligh, la caprichosa ojeriza que Randolph le tenía al joven médico. Trent recordaba bien una velada, unos meses antes, en la que Fairman y él fueron a Brinton invitados por Randolph. Saltaba a la vista que ninguno estaba a gusto en compañía del otro. Se habría dicho sencillamente que el anciano disfrutaba de forma extraña fingiendo que no creía en las líneas de

investigación de la enfermedad mental a las que Fairman se dedicaba en la Clínica Psiquiátrica Randolph de Claypoole, o incluso que desconfiaba de ellas. A Trent le pareció comprensible que Fairman, con el cuerpo y el cerebro todavía afectados por el tósigo de la gripe, perdiese la razón como consecuencia de la impresión producida por separarse repentinamente del trabajo para el que vivía. Trent recordaba otra cosa con una sombra de incomodidad. Fairman sabía del desagradable galanteo del anciano con Eunice Faviell, porque el propio Trent se lo había mencionado en una carta muy reciente, en la que añadía que sabía cómo poner fin a dicha circunstancia y que tenía intención de hacerlo.

A la mañana siguiente, mientras Trent repasaba la situación y tomaba un desayuno ligero, lo llamaron por teléfono, y escuchó una voz de ultratumba, la del inspector Bligh.

—¿Es Monteagle, 3473?

—Nada menos —contestó Trent—. Y ya sé con quién hablo. ¿A qué se debe, inspector, que por teléfono hable siempre como si la vida y la luz se hubieran extinguido?

—Ojalá —replicó el señor Bligh con acento aún más sombrío— fuera usted capaz de hablar en serio por una vez.

—En realidad no estoy especialmente travieso. Tras esta noche, puro, y para el día, espléndido[25], evidentemente, pero no exactamente frívolo. Sin embargo, si le ha dado esa impresión, no se lo tome a mal —rogó Trent—. Recuerde que, aunque parezca libre de nociones solemnes, no por ello soy menos divino de natura[26]. Además, por un amigo, siempre puedo ponerme serio. Veamos..., son las ocho y cuarto. Puedo ser la seriedad en persona casi toda la mañana. A las doce en punto, viene el almirante sir Densmore ffinch..., ya sabe, con dos efes y una pierna..., a posar para su retrato. Es uno de los interlocutores más divertidos que conozco. Hasta entonces, puedo ser serio, e incluso grave como una epidemia de cólera. ¿Qué quería decirme?

—Anoche comentó —contestó el señor Bligh— que quería ver el escenario del crimen en la plaza Newbury. Bueno..., si yo respondo de usted, no hay impedimento. Pero ya verá que el único pájaro que quedaba ha volado. Estoy aquí ahora mismo.

Trent vaciló un instante.

—¿Se refiere a Raught, el criado?

—Sí, se ha largado.

—¿De veras? ¿Como fuente que ha secado el estío, cuando más acuciante era la sed[27]? ¡Atiza! Así que Raught ha puesto pies en polvorosa.

—Si le gusta esa expresión tan vulgar —respondió el inspector—, sí. Otra forma ramplona de decirlo es que ha ahuecado el ala antes de que le echáramos el guante, porque yo había venido para detenerlo.

—¿Por qué? ¿Es que tiene pruebas de su teoría sobre Raught, su amigo Charles y la caja fuerte?

Una carcajada cavernosa salió del auricular.

—Si quiere, pásese y le cuento todos los repugnantes detalles.

Cuando Trent llegó a la pequeña morada de la plaza Newbury, el saludo del agente de servicio le hizo comprender que lo esperaban. En la planta baja no había señales de vida. Al subir las escaleras, encontró al inspector Bligh, acompañado por un sargento de cara alargada que estaba ocupado midiendo distancias sobre la mullida alfombra del dormitorio.

—Con eso basta por ahora, Mills —dijo el inspector, y su subordinado, captando la indirecta, cerró el cuaderno y se retiró—. Raught —comenzó el señor Bligh sin prolegómenos— se esfumó anoche. Había un agente de guardia en la puerta, claro; pero al parecer nuestro amigo salió sin más por la ventana de su dormitorio, que está en la planta baja, cruzó ese patio pequeño de ahí, saltó la tapia que da al callejón Torrington, y luego tiró hacia la calle

Wigram, en un lado, o la calle Bullingdon, en el otro, y de ahí, cruzando Londres, Dios sabe adónde. Tuvo suerte, y nadie lo vio salir del callejón; pero probablemente estuvo escuchando desde el patio, esperando a que pasara el agente que recorre el callejón a intervalos regulares, y le dio tiempo a escabullirse.

—¿Y por qué les ha dado esquinazo Raught?

El señor Bligh se sacó un sobre largo del bolsillo de la chaqueta.

—Tenía sus razones, la verdad. Esta carta, dirigida al comisario, llegó a Scotland Yard anoche en el último reparto. La enviaron los abogados de Randolph, que deberían haber hecho mejor su trabajo y despacharla con un recadero en cuanto se enteraron del asesinato. Pero se lo tomaron con calma... Debe de ser un bufete que no lleva asuntos penales. Esto es lo que han mandado.

Trent cogió la carta, que estaba fechada tres años antes, y escrita, como vio de inmediato, en la letra clara, aunque un poco enmarañada, de Randolph. Decía lo siguiente:

Señor:

Debería centrar sus investigaciones en mi criado, Simon Raught.

Nos hemos hecho amigos, porque volví a darle empleo en mi servicio doméstico después de que cumpliera una pena de prisión, además de lo cual, mi silencio lo ha salvado de las consecuencias de un delito más grave. Adjunto a esta carta una confesión, firmada por él, relativa al papel que desempeñó en el asalto al banco de Maidstone en 19___, en el que un vigilante y un policía resultaron heridos graves.

Cómo averigüé lo sucedido es cosa mía. Amenacé a Raught con divulgar los hechos, a menos que firmase dicha confesión, pero personalmente no tengo intención de utilizarla. Siempre he sido partidario de la reinserción por la vía de la influencia personal y no del castigo al delincuente; no obstante, aun cuando en el caso de Raught he hecho enormes esfuerzos, no se me oculta que con los sujetos de su estilo no es prudente descuidar cierta influencia

disuasoria. Me temo que, cuando se presenta la tentación, sigue siendo peligroso. Le he dicho que su confesión garantiza su buena conducta, y que no será utilizada en su contra en tanto en cuanto siga siéndome fiel.

Por lo tanto, he dado instrucciones a mis abogados para que destruyan esta carta sin abrirla, junto con la confesión de Raught, cuando muera, a no ser que muera de forma violenta o en circunstancias sospechosas; en ese caso, deben enviársela a usted.

Suyo, etc.

JAMES M. RANDOLPH

—¿Qué le parece? —preguntó el inspector, sombrío.

—Para empezar —dijo Trent—, para tratarse de un caso fácil, diría que hay un superávit de cartas a Scotland Yard y una cantidad inusual de confesiones.

El señor Bligh se mostró sardónico e impaciente.

—Puede comprobar por sí mismo —saltó— que la carta de Randolph fue escrita hace tiempo, y que la confesión de Raught no tiene absolutamente nada que ver con el asesinato.

Trent suspiró.

—Me doy por reprendido. Solo me extrañaban tantas coincidencias. Y esta confesión, como dice, no puede tener nada que ver con el asesinato cometido por Bryan Fairman. Por cierto, ¿dónde está la confesión de Raught?

—La están comprobando en Scotland Yard. Es bastante clara y detallada, está firmada por Raught, y la firma tuvo testigos. Pero, evidentemente, no se le escapa que, si bien la confesión no influye en el asesinato, influye muchísimo en mi tesis de que Raught, y probablemente algún amigo suyo, examinaron los documentos de la caja fuerte tras encontrar el cuerpo de Randolph. Raught esperaba encontrar la confesión. Cuando se dio cuenta de que no estaba, el

amigo se marchó con los papeles, fueran los que fueran, y Raught, en vez de marcharse también, llamó a la Policía.

Trent frunció el ceño.

—Me parece que veo por dónde va. Sabía que en alguna parte la confesión se cernía sobre él y que, si huía aquella misma noche, dejando que otra persona descubriera y comunicara el asesinato, todo apuntaría a que él mismo había disparado a Randolph. No podía esperar, claro, que el auténtico asesino, después de irse, fuera a proceder a delatarse, como ha hecho Fairman.

—Exacto. Tuvo suficientes luces para darse cuenta de que, si su confesión llegaba a la Policía y lo arrestábamos aquí sin complicaciones y le caía una pena larga por el delito de Maidstone, ello sería más cómodo que ser perseguido y juzgado por asesinar a su jefe, crimen este por el cual tendría bastantes posibilidades de que lo ahorcaran. Y luego, ¿sabe?, al día siguiente se percató de que no recaían sobre él sospechas graves, y por la tarde oyó que había habido un arresto. Con lo cual, Raught pensó que solo tenía que responder por ese antiguo asunto de Maidstone, así que decidió que más valía darnos esquinazo. Y estuvo a punto de lograrlo.

—¿Y qué posibilidades tiene de esquivarlos?

El señor Bligh rio brevemente.

—Pocas. Tenemos su foto y sus huellas dactilares desde el fraude por el que fue condenado. Sabemos dónde vive su familia. Vaya donde vaya, habrá alguien buscándolo. Pero deje de preocuparse por él. Quería enseñarle este lugar y charlar un poco acerca de Randolph.

Enseñarle el lugar a Trent implicaba un examen atento de todas las pistas que el inspector ya había hallado, y que le describió la tarde anterior. Trent, que sabía que su amigo no tenía rival en ese campo, siguió su exposición con atención y preguntas frecuentes. Pese a las conjeturas del señor Bligh, a Trent la cuchilla le parecía el detalle más extraño de todo el asunto, con las huellas que no coincidían con las muchas impresiones tomadas *in situ* por el experto de la Policía.

También creía que el tapón de champán constituía un misterio fascinante en sí mismo, si era cierto que a Randolph no le gustaba dicha bebida.

—De acuerdo —dijo el señor Bligh al oír estos comentarios—. Voy a dejarle las huellas para que les dé una vuelta, si quiere. —Se volvió hacia el maletín—. Llévese este duplicado de las fotos ampliadas del dedo y del pulgar, y, si saca algo en claro, me encantará oírlo. Por nuestra parte, lo que sacamos en claro es que no figuran en la Oficina de Antecedentes Penales de Scotland Yard, y que probablemente quien las dejó no tiene más de noventa años, no debe de ser mecánico, y, si tiene una enfermedad cutánea desagradable, no se ha extendido a ese dedo ni al pulgar. ¿A que es útil? Y aquí tiene el tapón. No se lo puedo prestar, pero mírelo cuanto quiera y fíjese en la marca; y, si descubre que Felix Poubelle 1884 dejó las huellas de la cuchilla, empezaremos a situarnos, claro.

Impasible ante este pésimo chiste, Trent examinó con cuidado el tapón, lo encontró en buen estado y se fijó en la marca, que —pensó para sus adentros— presentaba cierto interés en sí misma.

—Y ahora —sugirió el inspector—, ¿intentamos dar con algo útil hablando del anciano, dado que, según dijo, lo conocía un poco? Sugiero que bajemos a la sala y nos pongamos cómodos.

Abrió el paso rumbo a la habitación de la planta baja, y se sentó en el extremo del sofá que estaba junto a la estantería, al tiempo que sacaba una pipa y una bolsa de tabaco de un bolsillo.

—Ahí está el calendario con la hoja arrancada, como le conté —dijo apuntando con la pipa.

Trent inspeccionó el calendario con interés, pasando cuidadosamente las hojas con las yemas de los dedos; y descubrió para su sorpresa que figuraba una cita con Wetherill a las cuatro y media la víspera del crimen. Que supiera, solo había un Wetherill, y no lograba imaginar qué relación podía tener con Randolph. No obstante, parecía un detalle sin importancia, y se sentó en el sofá al lado del señor Bligh.

—Para empezar —tomó la iniciativa el inspector—, volvamos a esta sorprendente carta suya sobre Raught.

Le alcanzó el documento a Trent, que lo cogió y volvió a leerlo.

—Se diría que el carácter de Randolph se está abriendo como una florecilla al sol desde su fallecimiento —observó—. He aquí una muestra de benevolencia que nadie sospechó jamás. Por una vez, en cierta forma, hizo el bien a hurtadillas, y, de haberse sabido, habríale la fama sacado los colores[28].

—Habría sido una de las cosas que habrían ocurrido —admitió el señor Bligh—. Sin embargo, si este bello asunto se hubiese hecho público mientras vivía, le habría valido la trena. «Mi silencio lo ha salvado», dese cuenta. Randolph no tuvo reparos en ser cómplice de un delito.

—No, si solo salía a la luz tras su muerte. Pero, por lo visto, Randolph tampoco ponía reparos a muchas otras cosas. No tuvo reparos en tener cerca a un hombre que lo temía y lo odiaba. No pensaba soltarlo..., «en tanto en cuanto siga siéndome fiel», como dice la carta. Ahora bien, tampoco tuvo reparos en destrozar la carrera de un joven científico intachable sencillamente porque, hasta donde se me alcanza, le había tomado antipatía. Puede que no fuera más que eso. Fairman es uno de esos tipos que mantienen la boca cerrada... O sea, tiene la costumbre física de tener siempre la boca cerrada, a no ser que la esté utilizando con algún fin, y la costumbre moral de no hablar si no tiene nada que decir. A mucha gente no le gusta (quizá se haya dado usted cuenta), especialmente a los que están acostumbrados a ser adorados como diosecillos de latón. Esperan un gesto de adulación, o por lo menos un sobrecogimiento respetuoso. Tengo que decir que Fairman es incapaz tanto de una cosa como de la otra.

—¡Pues como yo! —dijo el inspector, no sin cierta complacencia, mientras acababa de llenar la pipa—. Por lo menos, eso espero.

—Sí, pero en su trabajo tienen que tenerle miedo, no quererlo, ¿no se da cuenta? En el de Fairman, no. Aunque puede que me

equivoque por completo; quizá me esté dejando llevar por la imaginación. En todo caso, a Fairman lo despidieron sin dar ninguna explicación, presuntamente por orden de Randolph. Y, dado que Randolph está muerto, y Fairman, loco (estoy de acuerdo en que lo parece), es posible que nunca lleguemos a conocer el secreto del asunto. Sin embargo, en cuanto a la personalidad de Randolph, de la que usted desea que hablemos, tiene que haber opiniones muy diferentes al respecto. Casi todo el mundo, por lo visto, lo tenía por un santo altruista con el desconcertante ropaje de un empresario del norte. Puedo entenderlo en el caso de los que solo conocían su faceta de bienhechor público, pero ese secretario suyo, Verney, que supongo que estaba más cerca de él que nadie, habla de él de la misma manera. Sin embargo, cuando estuve en Brinton para pintar el retrato del anciano, no me pareció que se mostrase más agradable con Verney que con cualquier otro.

—¿A qué se refiere?

—Veamos, para empezar —dijo Trent—, la primera vez que vi a Verney, y no sabiendo qué posición ocupaba allí, le pregunté si no lo había visto unos años antes en el *cercle privé* de Montecarlo, donde me hallaba jugando unas manos. Dije esto al alcance del oído de Randolph. Verney me aseguró que me equivocaba, que no había estado en Mónaco en su vida. Fuera como fuere, tuve la impresión de que, después de eso, Randolph trataba con cierta brusquedad a Verney, aunque me figuré que probablemente siempre fuera así... Nunca antes lo había oído dirigirse a Verney. Y lo cierto es que era más o menos desagradable con todos los que tenía alrededor. En sus tratos conmigo no fue precisamente amigable. Creo que no sabía serlo.

—Prefería amar a sus congéneres desde lejos —observó el inspector, reflexivo—. Es más fácil, sin duda. Y puede decirse que, en cierto modo, sale a cuenta. Raught, el criado, me dijo que el anciano obtenía grandes satisfacciones de su reputación de

benevolencia. Ya lo había oído, y, al fin y al cabo, no es tan sorprendente.

Trent sonrió con ironía.

—La caridad que no empieza por uno mismo. Aun así, era caridad..., lo que la gente llama caridad, por lo menos; y, en el caso de Randolph, bastante auténtica... Supongo que ya sabe que tenía un solo hijo que se fue de casa de joven.

El señor Bligh asintió con un gruñido.

—No sé por qué se fue, y quizá no lo sepa nadie, pero, que yo sepa, no ha vuelto a aparecer, aunque se hizo todo lo posible para dar con él.

—¡Todo lo posible! —exclamó el señor Bligh—. Caramba, puedo decirle una cosa que era posible y no se hizo, porque me consta. No se pidió a la Policía que colaborase en localizarlo. No fue informada de que había desaparecido. Oficialmente, a día de hoy, aún no sabe nada del caso, lo cual me recuerda un asunto curioso. Hará un año, diría yo, averiguamos, de forma indirecta..., da igual cómo...

—Digamos que llegó a sus oídos —sugirió Trent.

—La verdad es que sí llegó a nuestros oídos —dijo el inspector, desafiante— que Randolph había contratado a cierta agencia privada de investigación...

—Supongo que no se trataba de la del exinspector jefe Targett.

—Eso es lo de menos. La había contratado para averiguar el paradero de todos sus parientes cercanos.

—Ah, ¿sí? Interesantísimo —comentó Trent—. Parece que es verdad que estaba pensando seriamente en ordenar sus asuntos, como cree Verney. Pero entiendo que no dieron con el hijo perdido.

—No. Y, pasados más de veinte años, no es raro. Pero encontraron a otro pariente... Sin embargo —se interrumpió el señor Bligh, mirando a Trent de reojo—, no es asunto mío, ni de usted. Estábamos hablando de la desaparición de su hijo, que no tuvo nada de secreta. Dio mucho que hablar, como puede imaginar, porque por entonces Randolph ya empezaba a ser conocido en el norte, y,

cuando su personal comenzó a difundir la historia, no tardó en ser de dominio público. No cabía la menor duda al respecto. La madre del muchacho murió cuando este tenía diecisiete años, y él trabajaba de aprendiz en una compañía de ingeniería. Poco después les dijo a sus amigos del trabajo que estaba harto de vivir en casa y que iba a largarse. Se marchó al día siguiente, y Randolph nunca quiso decir nada al respecto, salvo que el chico había decidido abandonarlo y que ya aparecería cuando se hartara de buscarse la vida. Bueno, jamás apareció, y no sé más.

—Qué historia tan rara —consideró Trent, pensativo—. No es difícil imaginar que esa casa, en la que curiosamente no había caridad, debía de ser un poco difícil de soportar; pero el chico tiene que haber sido de buena pasta para irse así y no volver, cuando tenía un padre acomodado que sin duda se habría ocupado de él.

El inspector asintió.

—Sí, es una historia rara, como dice usted. Pero toda la vida de Randolph fue una historia rara. A lo mejor ha oído que estableció los cimientos de su fortuna en el negocio de casero en los barrios bajos de Humberstone... Sí, y solía ir él mismo a cobrar el alquiler, incluso cuando hacía mucho que podía permitirse pagar a otros para que hicieran el trabajo sucio. Propiedad inmobiliaria, astuta especulación con el suelo por aquí y por allá... Así se hizo rico. Entendía el negocio, y tenía fama de no cometer errores. Presidió dos grandes inmobiliarias. Luego le dio por invertir en otras cosas, y dicen que se fue haciendo cada vez más rico..., a pesar de todo lo que gastaba en caridad y proyectos públicos. Pero no podemos olvidar, por supuesto, que gastaba poquísimo en su propia comodidad y sus aficiones. Mire esta chabola que hacía las veces de casa en Londres, por ejemplo. Y, aunque supongo que mantener Brinton costaría algo, debe de haber sido una minucia, con ingresos como los suyos.

—Acuérdese —dijo Trent— de su posición como donante a los museos y colecciones de arte. Eso tiene que haber ayudado a mantener el dinero en movimiento. Sé más sobre eso que sobre su

filantropía, y creo que es un caso sin parangón. No sé cuándo empezó a interesarse por la pintura y el arte en general, pero, para cuando me encargó que lo retratase, había llegado a saber muchísimo más sobre su compraventa de lo que yo sabré jamás. Sin embargo, no creo que en realidad tuviera madera de sibarita. Coleccionó muy poco para sí mismo. Aunque todo lo que tenía en Brinton era absolutamente de primera (y, ya puestos, también en esta miniatura de casa), aunque no tuve la impresión de que le interesara en absoluto. Lo que hacía seguramente era conseguir el mejor asesoramiento para sus adquisiciones.

—He oído hablar, por supuesto —dijo el señor Bligh—, de su afición por regalar cosas a galerías de arte extranjeras. Algunos tenemos una idea bastante aproximada de lo que había detrás de eso. Pero no tengo ni idea de cómo lo hacía... No es mi especialidad.

—Bueno, lo que puedo decirle es que apenas hay colecciones nacionales en Europa a las que no regalase algo que estas estuviesen encantadas de conseguir. En ocasiones, el regalo era escogido con inteligencia según los intereses particulares del país en cuestión, como el manuscrito de Dante que regaló a la Biblioteca Víctor Manuel. En otras, era algo que cualquier museo del mundo recibiría con los brazos abiertos, como aquel Rembrandt pequeño, titulado *El alquimista*, que decidió regalar a la Pinakothek. Lleva años haciéndolo, y todos los comisarios y bibliotecarios y pollos de ese plumaje, bueno, aguzaban los oídos cuando se mencionaba su nombre.

—Curioso —comentó el inspector, absorto en escarbar en la cazoleta de su pipa con un cortaplumas—, porque obviamente no sacaba nada a cambio.

Trent lo miró pensativo y con el ceño fruncido.

—¿Qué tiene en esa pura mente suya? —preguntó.

El señor Bligh se volvió hacia la estantería que cubría la pared a su derecha.

—¿Ha leído su entrada en el *Quién es quién*? —preguntó hojeando dicho volumen turgente—. Aquí está. Hay casi una columna entera sobre él, que consiste fundamentalmente en... ¿Qué cree?

Trent negó con la cabeza.

—Me rindo.

—Condecoraciones de órdenes —dijo el inspector—, todas extranjeras: Legión de Honor, Águila Roja, Corona de Italia, ídem de Suecia, Daneborg, Redentor, Sol Naciente, Estrella de Rumanía, San Vladimiro y muchas otras. Debía de tenerlas a espuertas. He observado que en general a los capitostes no se les ponen todas estas cosas, pero a Randolph no le faltaba una.

Trent cogió el volumen y echó un vistazo a las impresionantes pruebas de la alta estima en que los Gobiernos extranjeros habían tenido a James Mewburn Randolph.

—No es tan diferente de coleccionar sellos —observó.

—Pero bastante más caro —añadió el señor Bligh—. Se da cuenta de lo que quiere decir, ¿no? Cada uno de esos pequeños homenajes representa una contribución bien cara a los museos y galerías de arte del mundo civilizado..., o de aquellas regiones del susodicho que tienen joyería que regalar para dejar constancia de su aprecio. También debe de haber untado a unos cuantos, o a muchos (ya sabe cómo son las cosas). Randolph querría estar seguro de recibir el quid antes de desprenderse del *quo*. Ya hemos oído que le gustaban los reconocimientos.

—Y, sin embargo —caviló Trent—, nunca tuvo ningún título inglés. Podría haberlo conseguido sin problemas hace tiempo. A lo mejor pensaba que para un hombre de su posición era más distinguido no ser sir Nosequé Nosecuántos.

El señor Bligh rio brevemente.

—¡Seguro que no! Precisamente porque lo deseaba tanto, debió de empezar todo esto de la caza de las condecoraciones extranjeras. O por lo menos eso me han dicho. En todo caso, es indiscutible que hace años quería un título. Un subcomisario se enteró de todo por

entonces, y por él lo sé. La primera vez que Randolph hizo saber que pensaba que había llegado el momento de que lo condecoraran, y que estaba dispuesto a apoquinar, hubo una traba no sé dónde... A lo mejor la lista ya era demasiado larga. O a lo mejor a uno de los secretarios del primer ministro no le gustaba Randolph. Nunca se sabe. Fuera como fuera, le dijeron que tendría que esperar al año siguiente. Randolph montó en cólera, y no se puso de mejor humor cuando la lista salió a la luz y encontró en ella a dos nuevos pares a los que había tratado en persona, y lo mejor que podía decirse de ellos es que habían logrado que no los pillaran metiendo la mano en la caja, por decirlo de alguna manera.

—Y a veces a través del espejo azul, a caballo llegaban los pares de a dos[29] —musitó Trent.

—No sé nada —dijo el inspector— acerca de cruzar espejos a caballo (peligroso pasatiempo, diría yo). En todo caso, Randolph llegó a la conclusión de que, si no estaba a la altura de la nobleza inglesa, les iba a enseñar que podía conseguir que en otros lugares lo reconocieran. Y vaya si lo hizo.

Trent asintió; a continuación, clavó la mirada en su compañero, que se la devolvió con impasibilidad profesional.

—Bueno, ¿qué piensa? —preguntó a la postre.

—Todo esto del profundo interés de Randolph por las colecciones de arte de los demás me recuerda —confesó Trent— una experiencia bastante pintoresca que viví hace unos años. En cierta forma, fue el prólogo de la especie de pelea que tuve con Randolph, como le he contado, poco antes de que lo asesinaran. Iba a mencionar la causa de la pelea de todas maneras, porque da lugar a una pregunta que puede resultarle interesante. ¿Alguna vez oyó que Randolph (a ver cómo lo digo con tacto) se volvió un poco desenfrenado con la edad? El problemilla que tuve con él parecía indicarlo; y ¿no es posible que su acoso a Fairman, en apariencia arbitrario, y el extremísimo procedimiento de Fairman en su inquina pudieran

esconder una disputa del mismo tipo...? ¿De un tipo del que además Fairman no querría decir nada?

El inspector frunció los labios en un gesto de duda.

—¡Uf! *Cherchez la femme*[30], ¿no? —dijo despacio—. Bueno, Randolph estuvo en el candelero durante años, como sabe, y se hablaba mucho de él para bien y para mal, pero nunca oí que se mencionara nada..., digamos..., inmoral que tuviera que ver con él; y puede estar seguro de que se habría hablado mucho, si hubiera habido el menor motivo para ello, o aun la más ligera sospecha.

—Supongo que sí —coincidió Trent—. Y, sin embargo, me consta que fue grosero con cierta mujer que conozco.

—¿Cómo de grosero?

—Voy a contarle lo que sé, y a lo mejor me dirá que lo juzgué a la ligera. Tengo una tía que es una señora notabilísima, y ella y mi amiga la señorita Tanville-Tankerton, si no le importa que la llame así, son amigas íntimas. Se llevan más o menos treinta años, y se han adoptado mutuamente, no sé si me explico. Bien, pues esta última le dijo a mi tía que había recibido unas cartas de Randolph que la habían angustiado y disgustado mucho. Yo no entendía por qué, ya que en cierta forma es célebre y recibe montones de cartas de cretinos desconocidos que la admiran, y no tiene un pelo de tonta...

—¿Estamos hablando de la señorita Faviell? —preguntó el señor Bligh.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Tampoco era tan difícil. Recuerdo que hace tiempo me contó que era una antigua amiga de su esposa y que la conocen mucho, y ahora menciona a una mujer famosa que recibe correo de sus admiradores y tiene el placer de conocerlo. ¡No es para tanto! Y enhorabuena, si no le importa, por ser amigo de la señorita Faviell. No he conocido a nadie que se le pueda comparar. Así que —retomó el inspector, con otra rápida mirada de reojo a Trent— recibió cartas angustiosas del viejo Randolph (a saber qué decían).

—Cuando mira así, de lado —observó Trent—, quiere decir que sabe algo que el otro tipo no sabe. Lo ha hecho hace un rato, cuando estábamos hablando de los parientes perdidos de Randolph. Estos no me interesan y pueden seguir todo lo perdidos que quieran, pero me preocupa el embrollo de las cartas que Eunice Faviell recibió de Randolph. No se me ocurre cómo puede ser que esté al corriente, pero quizá lo esté, y quizá no me gustaría oírlo.

—No había oído hablar de esas cartas hasta ahora mismo —dijo el señor Bligh—. En cuanto a mis miradas, no se pase de la raya. ¿Qué había en las cartas?

—No se lo quiso decir a mi tía.

El señor Bligh gruñó varias veces, y cada gruñido era una prueba elocuente de su profunda experiencia.

—Ajá —comentó—. Así que su tía sospechó lo peor. Naturalmente.

—Eso pensé yo. Y, cuando la buena mujer me lo contó de manera confidencial y me pidió que mediara en el asunto, le dije: «¡A la orden!», o algo por el estilo. Porque..., verá... casualmente sabía una cosa que me venía al pelo para acabar con ese o cualquier otro juego suyo. Así que fui a verlo, y la usé.

El inspector, a todas luces impertérrito, lo miró con benevolencia.

—Para su edad, es usted un chantajista de lo más competente, sin duda —observó—. Pero, si no le importa, ¿qué dijo el viejo?

Trent frunció el entrecejo con una sombra de desazón.

—Lo único que dijo —admitió— no hace sino justificar esos plausibilísimos gruñidos que ha emitido. Negó indignado haber albergado malas intenciones respecto de la señora y dijo que tan solo quería tener un detalle con ella. También añadió que lo que le había escrito no era asunto mío. Así que, claro, no tuve más remedio que decirle que, si volvía a molestarla, le contaría a todo el mundo la historia de la diadema de Megabizo.

—Claro —coincidió el inspector—. En su lugar, cualquier caballero habría hecho lo mismo. ¿Y qué demonios es la historia de la diadema de Megabizo?

—Una —dijo Trent— que paso a relatarle ahora mismo, dado que no la ha oído.

A continuación, contó la experiencia que se describe en el siguiente capítulo.

25 Paráfrasis del poema «Love in the Valley», de George Meredith.

26 Paráfrasis del poema «Es una hermosa tarde, apacible y libre», de William Wordsworth. Véase nota 10.

27 Nueva paráfrasis de *La dama del lago*, de sir Walter Scott. Véase nota 23.

28 Paráfrasis del *Epilogue to the Satires*, «Dialogue I», de Alexander Pope.

29 Cita del poema «La dama de Shalott», de lord Alfred Tennyson.

30 Literalmente, «busca a la mujer». Esta expresión, popularizada por Alejandro Dumas (padre), da a entender que las mujeres suelen desencadenar los delitos por lo que buscar a las mujeres implicadas ayuda a resolver los misterios.

Capítulo IX

La diadema de Megabizo

Sucedió en el transcurso de una larga excursión por Francia con la que Trent estaba renovando su espíritu tras un largo periodo de trabajo que duró todo un bochornoso verano londinense. Septiembre andaba mediado, y durante quince días había cargado con su mochila por Lorena y Borgoña, manteniendo nuestra reputación nacional de lunáticos con largas marchas a las que no estaba obligado, evitando las ciudades, y haciendo altos para comer y dormir en pequeñas posadas campestres donde la imagen de un inglés era tan poco familiar como la de un cocodrilo.

A Trent no le importaba nada ser objeto de una curiosidad que siempre era amistosa; y, cuando sus anfitriones daban a entender, como a veces sucedía, que esa manera suya de entretenerse era incomprensible, trataba de explicar que había método en su locura[31]. Estaba haciendo acopio de salud en abundancia. Gozaba de la belleza de la tierra, que, como suele ocurrir, les pasaba inadvertida a los nativos. Además, casi todas las posadas en las que se alojaba estaban adaptadas a las necesidades del viajante francés; un ser que no es en absoluto fácil de complacer en lo tocante a las comodidades esenciales, y que, al mismo tiempo, como casi toda su nación, prefiere pagar poco. En todas partes le ofrecían comida excelente, vino potable y habitaciones limpias; vivía bien por un tercio de lo que costaría vivir mal en Inglaterra, detalle este que

Trent se abstenía de mencionar —hemos de aclararlo para defender su cordura— hasta haber recibido la cuenta.

Había empezado la vendimia, y a Trent, en calidad de caminante que recorría la Côte-d'Or[32], le permitieron en más de una ocasión asistir a esos procedimientos preliminares hermosos y sencillos, que se desarrollan en un extremo del viñedo y que tienen como resultado los vinos más nobles que conoce nuestra civilización. Estuvo en corro con los demás alrededor del lagar, con un pisón en la mano, y había tomado parte en el estrujado de la fragante mezcla de uvas, rabillos, polvo, arañas, *et tout le bazar*[33] —como uno de sus amigos *vignerons*[34] lo calificó— con la que los vendimiadores habían llenado a medias la gran tina.

Ahora se dirigía a regiones más altas y de aire más puro. Al Jura. A medida que atravesaba los atestados pliegues de tierra montañosa, había dos sonidos que escuchaba sin cesar: el tintineo apagado de los cencerros del ganado y el ruido de los saltos de agua. Trent conocía muy bien Francia, su gente, sus costumbres y su lengua; pero aquel rincón del país era nuevo para él. Por muy salvaje que fuera el aspecto que tenía, descubrió que lo llevaban como un negocio. Cuanto más densa era la población bovina del campo, más difícil se volvía conseguir el vaso de leche que Trent consideraba un derecho cuando se hallaba en un paisaje bucólico a mediodía. La habían transportado en carro, caliente aún, a la fábrica de queso y mantequilla local.

Así fue como a la postre llegó a Lons[35], la prefectura del Departamento, y decidió interrumpir su rutina y quedarse unos días en la pequeña capital, entre las montañas; porque era un centro ideal para nuevas expediciones a una región nueva y fascinante. Como el entorno del Snark, consistía fundamentalmente en «abismos y riscos[36]», cubiertos de bosques oscuros y llenos de la música de las cataratas. Sin embargo, al explorarla aquella tarde, a Trent le pareció que la propia capital seguía muy de cerca el modelo de esa clase de centros a lo largo y ancho de Francia. Tenía su *hôtel*

de ville[37], su *palais de justice*[38], museo, teatro y calle mayor con soportales a ambos lados. En medio de la Place de la Liberté[39] había una bonita estatua de un general, nacido en Lons, en actitud imponente. Trent fue incapaz de recordar las hazañas, ni siquiera el nombre, del general Lecourbe[40]; pero era obvio que había formado parte de la galaxia napoleónica, y no hay rincón de Francia que olvide fácilmente a un soldado del Imperio al que pueda llamar hijo. En la Promenade de la Chevalerie[41] había una estatua todavía más bonita, en actitud aún más imponente, de Rouget de Lisle, nacido cerca de Lons, representado en el momento de recitar la *Marsellesa*.

Trent reflexionó sobre el hecho de que, en general, cuanto más somnolienta y monótona es una capital de provincias francesa, más ostentosas e interesantes tienden a ser sus estatuas. Pensó que ojalá el mismo principio de compensación pudiera observarse en la disposición de los pueblos de la campiña inglesa; pero se recordó a sí mismo que sería difícil erigir estatuas en memoria de hombres que, por muy indudablemente grandes que fueran, por lo general, no eran demasiado interesantes. Mientras estas frivolidades flotaban en su mente, y al tiempo que contemplaba el brazo derecho alzado y las impresionantes botas altas de Rouget de Lisle, ocurrió que de pronto la capital del Jura empezó a refutar la reputación que ya le había atribuido Trent de lugar en el que nunca te tropiezas con nada, excepto con franceses famosos.

La cabeza de una columna de infantería —del 5.º batallón de Chasseurs[42]— entró en la Promenade a paso ligero, camino de su cuartel en las afueras de la ciudad. Parecían competentes y formidables, si bien un poco descuidados en lo tocante a su aspecto. A su paso, los perros ladraban, las palomas levantaban el vuelo, los carros se hacían a un lado, sus conductores gritaban epítetos imperdonables a sus caballos, y unos obreros en lo alto de un edificio elevado se distrajeron y por un momento olvidaron su cometido.

Trent se encontraba de pie ante dicho edificio. Cuando se produjo la tonificante aparición de los militares, estaba contemplando cómo los ladrillos que había en una carreta al lado de la acera subían al tejado mediante una polea. Ahora apreciaba, con ojo de pintor, el aspecto intensamente gálico de un caballero rechoncho, con barba bifurcada rizada, gafas ahumadas y un aire general de vivacidad combinada con dignidad, que se había detenido a pocos metros de distancia con el primer sonido de la rítmica marcha de la tropa.

A medida que la columna iba acercándose, el perezoso chirriar de la polea de los obreros fue convirtiéndose de pronto en un estridente alarido de fricción. Trent miró hacia arriba y apenas tuvo tiempo de echarse encima del caballero rechoncho, empujarlo violentamente hacia atrás y saltar a un lado antes de que una enorme cesta redonda llena de ladrillos, unida a una larga cadena, cayese al suelo a toda velocidad en el punto exacto en el que se había detenido el caballero rechoncho.

Este, tras girar un momento en un fandango vertiginoso sobre la acera, se quedó sentado apoyado en la pared del edificio, y los jóvenes de las filas, lamentablemente, rieron de corazón ante el incidente mientras lo dejaban a un lado.

A pesar del susto que se había llevado, el caballero rechoncho se hizo cargo de la situación inmediatamente. De un bote como el de un balón de fútbol se puso en pie y, abalanzándose sobre Trent, le estrechó ambos manos y se las estrujó.

—*Intrépide!*[43] —jadeó—. ¡Me ha salvado la vida con riesgo de la suya! ¡Esos malditos animales de ahí arriba han estado a punto de matarnos a los dos!

A continuación, el caballero rechoncho volvió a ponerse las gafas ahumadas, que colgaban de su oreja derecha al final de una cadenita, y se entregó a la urgente tarea de denunciar a gritos, precedidos del término «¡Asesinos!», a los malditos animales del tejado. Estos, a su vez, se encogieron de hombros profusamente, con gestos de disculpa y explicación. Ya se había reunido una

multitud considerable que discutía el asunto en voz muy alta; y, a continuación, dos policías, partiendo en dos el gentío desde direcciones opuestas con gritos de «*Allô! Allô!*»[44], procedieron a tomar nota de los nombres y las direcciones de todos los involucrados. En resumen, hubo una escena.

Cuando se restableció el orden, el nuevo amigo de Trent le ofreció a este el brazo y lo guio a un restaurante cercano, el Plat d'Argent[45]. En la parte delantera de dicho local unos cuantos ciudadanos ya habían dado comienzo a un extenso prólogo de la cena con aperitivos y conversación, porque para entonces ya eran casi las seis. Trent estaba encantado con la cordialidad del caballero rechoncho, quien, a modo de presentación, en cuanto se sentaron en un sofá de terciopelo rojo a una mesa de mármol, le ofreció una formidable tarjeta de visita con una reverencia.

—El hombre que le debe la vida —observó, se tocó el pecho con las yemas de los dedos de ambas manos, y luego extendiéndolas ligeramente con las palmas vueltas hacia arriba.

Al parecer el nombre del tipo en cuestión era Monsieur Calixte Dupont, y residía en la Villa du Puits[46] en la Rue des Hirondelles[47]. Trent, disculpándose, escribió su nombre y dirección en el reverso de la tarjeta, tras lo cual Monsieur Dupont le dio otra. Leyó en alto lo que Trent había escrito como lo habría hecho un inglés.

—¡Ajá! —exclamó, reluciendo de satisfacción—. Sé leer inglés, incluso hablar inglés, si hace falta. Viví y trabajé dos años en su colosal Londres. Pero, amigo mío, ¡con qué facilidad habla usted nuestro idioma! Nada de inglés por mi parte, si no le importa.

A continuación, tras consultar a Trent, Monsieur Dupont pidió dos vasos de *export-cassis*[48] y un paquete de cigarrillos Maryland.

—Va a cenar aquí conmigo —insistió—, a las siete. En todo Lons no se come mejor en ningún sitio, yo vengo todos los domingos. Sería una lástima que mi salvador no comiera un bocado a mi costa.

En respuesta a la petición de su anfitrión, Trent explicó el motivo de su presencia en Lons.

—¡Viaja a pie! —gritó Monsieur Dupont—. ¡Típico de Inglaterra! —Trent observó que tal vez era más característico de Alemania, en su experiencia—. Es muy posible —dijo Monsieur Dupont con aire de desgana—. Los alemanes no poseen mucho interés para mí.

Lo que sí le interesó fue escuchar a Trent hablar de sus paseos por Francia en esa ocasión y en otras anteriores, y descubrir que conocía bien la región en la que Monsieur Dupont había hecho el servicio militar.

Cuando Trent reveló que era artista de vocación, redobló el placer de su compañía para Monsieur Dupont. También él, declaró, era artista. ¿Quién tenía más derecho a llevar ese nombre que el diseñador y artífice de una artesanía más antigua aún que la del pintor: la del orfebre? Los orfebres de primer orden, dijo Monsieur Dupont —dando a entender, con toda modestia, que pertenecía a dicha categoría—, tenían algo en común con los arquitectos de antaño; su trabajo perduraba para admiración y deleite de la humanidad, pero sus obras no estaban firmadas, el nombre del artista era desconocido. Monsieur Dupont no podía calcular, dijo, el número de obras maestras suyas que ahora eran propiedad de ricos de todas partes. Porque el mundo del orfebre, recalcó, no tenía fronteras.

Para entonces, la hora elegida por Monsieur Dupont para la cena estaba próxima, y llevó a su huésped a la espaciosa habitación que estaba dispuesta aparte para tentempiés más serios. Trent rogó a su anfitrión que tuviera la bondad de elegir tanto el vino como la comida, y Monsieur Dupont, ardiendo en deseos de dejar claro que era un *gourmet* de categoría, obedeció. La cena fue excelente. El vino —Château Chalon, seguido de un *vin d'Arbois* admirable— no lo fue menos. A medida que transcurría la velada, Monsieur Dupont fue volviéndose cada vez más locuaz. Hablaba animadamente acerca del oficio de orfebre, y Trent, a quien nada le gustaba más que escuchar a otros hablar de su trabajo, mantuvo el fluir de la conversación con preguntas y comentarios.

Cuando llegó el momento del café y del coñac, Monsieur Dupont empezó a dar señales de tener algo más misterioso que contar, así como de haber gozado de la mayor parte de tres botellas de vino. Miró con cuidado a su alrededor, se acercó un poco a su invitado y levantó un índice con una mirada llena de hondo significado.

Como el restaurante estaba repleto, la conversación de los presentes pudo desarrollarse en una clave que favorecía las confidencias.

Monsieur Dupont comenzó dando a entender que su actual situación de cómodo retiro en su lugar de nacimiento no se debía solo a su propia naturaleza ahorrativa. Siempre había sido previsor, admitió —y Trent se dio cuenta de que los franceses no eran capaces de dar más detalles acerca de su patrimonio personal—, pero había otra fuente de ingresos. Esta se debía a la amable generosidad —aquí Monsieur Dupont miró de reojo a su invitado, arqueando las cejas— de un compatriota de Trent. Al mostrar Trent un cauto interés ante esa afirmación, Monsieur Dupont se lanzó a su historia.

Más o menos seis años antes, cuando su reputación como artesano estaba en lo más alto, cierto arqueólogo, que tenía fama de ser tan excéntrico como rico, se puso en contacto con él en privado. Dicho cliente necesitaba, y estaba dispuesto a pagarla bien, una pieza original a la manera de las arcaicas muestras de orfebrería persa antigua conocidas. Monsieur Dupont señaló que la labor era propia de un artista por excelencia. Cualquier artífice competente, si le suministraban los costosísimos materiales necesarios, podía hacer una réplica aceptable de una pieza existente del periodo. Lo que se requería del talento de Monsieur Dupont era un diseño completamente nuevo que capturase el estilo, el espíritu mismo del arte ornamental de dicha época. Mantuvo numerosos encuentros con su cliente, y pasó con él muchas horas examinando las mejores muestras, antes de tomar la decisión de que la obra debía consistir en una diadema. Entonces diseñó, y materializó, una diadema, una

pieza bella y suntuosa, a pesar de su calidad vetusta. No se le dijo a Monsieur Dupont para qué hacía falta, y preguntarlo estaba descartado. Estaba demasiado bien pagado.

En aquella época Monsieur Dupont recibió una oferta de empleo, en términos irresistiblemente tentadores, al servicio de una casa de Londres. Aceptó sin vacilar, y durante dos años no tuvo contacto íntimo con la vida de Francia. Después, cuando disfrutaba de unas breves vacaciones en París, visitó el Louvre para refrescar el recuerdo de los triunfos del oficio que aquel albergaba. ¡Cuál no fue su sorpresa al encontrar, en lugar de honor entre los objetos de arte persa del siglo v a. C., su propia obra maestra! Había sido tratada hábilmente para reproducir los estragos del tiempo; pero su creador podía responder de los menores detalles de la diadema de Megabizo, como entonces se llamaba oficialmente la pieza. Se la había donado al museo, como mostraba la inscripción, un bienhechor inglés, el señor James M. Randolph.

A Monsieur Dupont le faltó tiempo para hacer averiguaciones. Descubrió que el regalo del señor Randolph había sido descrito sencillamente como lo que parecía ser en el momento de su entrega al Louvre, sin información relativa a cómo había llegado a manos de su propietario. Las autoridades del museo sabían perfectamente que a menudo esa clase de objetos de arte entraba en el mercado a través de personas que preferían no decir cómo los habían adquirido; que el saqueo de tumbas antiguas, por ejemplo, había enriquecido numerosas colecciones europeas tanto públicas como privadas. Al Louvre solo le preocupaba que la pieza fuera auténtica, y a los expertos del museo, tras un examen minuciosísimo, no les cabía la menor duda. Era auténtica, rotundamente. Fue aceptada con gratitud; se le concedió la posición en que Monsieur Dupont la vio; y el reconocimiento del Gobierno francés ante la generosidad del donante se manifestó con su investidura como comandante de la Legión de Honor.

—¿A que es una bonita historieta? —preguntó a su invitado Monsieur Dupont—. Pero ¡espere! Esto es solo el principio.

Las averiguaciones de Monsieur Dupont en París, prosiguió, habían desvelado además que, en el momento de su visita, acababa de aplacarse una enérgica disputa que afectaba a la autenticidad de la diadema. Un tal doctor Von Rieseneck —a quien Monsieur Dupont describió de manera sucinta como un *saligaud d'Allemand*[49]— había alzado la voz desde un recoveco arqueológico del Museo Káiser Federico, afirmando que la diadema era una falsificación, una obra maravillosamente inteligente, pero falsa. Los detalles de la polémica, dijo Monsieur Dupont, no interesarían a Trent. Bastaba decir que los expertos del Louvre y otros arqueólogos franceses, como un solo hombre, habían salido en defensa de la diadema de Megabizo.

Se desarrolló una controversia furiosa que duró meses, en el transcurso de la cual el hijo del doctor Von Rieseneck, teniente del Ejército, se batió en un duelo que nada concluyó con un sabio francés, y dio una paliza a otro al que no consideró socialmente competente para cruzar espadas con él. El escándalo concluyó —quizá afortunadamente, podría decirse— con el colapso nervioso del doctor Von Rieseneck. Como experto, había sido formidable. Como lunático, era inocuo, y los campeones de la diadema quedaron en posesión del campo de batalla.

¿Qué debía hacer Monsieur Dupont? A fuer de hombre honrado, pensó que tenía el deber de informar al señor Randolph de que alguien lo había engañado.

Al regresar a su trabajo en Londres, escribió al señor Randolph pidiéndole una cita discreta. Vio al señor Randolph y le contó los hechos tal como eran. El señor Randolph quedó abrumado.

—También le confesé —dijo Monsieur Dupont, volviendo a mirar de reojo a Trent— que no estaba seguro de que la disputa por la diadema no fuera a resurgir, y le pedí que me aconsejara qué camino seguir.

El señor Randolph meditó un rato. Miró a Monsieur Dupont a los ojos *d'un regard indéchiffrable*[50]. A continuación, dijo que estaba al corriente de la desgracia del doctor Von Rieseneck, y que, a decir verdad, había recibido un buen número de cartas obviamente dementes de dicho personaje, no solo insultándolo, sino amenazándolo en los términos más violentos.

El señor Randolph le dijo después, pareciendo escoger con cuidado las palabras, que en su opinión de nada serviría en aquel momento dar un paso que podría tener resultados humillantes para Francia. Sin embargo, se trataba de una opinión que no se le ocurriría imponer a Monsieur Dupont, quien podía juzgar su propia responsabilidad mejor que nadie. En otro orden de cosas, quería proponerle algo a Monsieur Dupont. En aquel escándalo había dado pruebas tan notables de su talento y su olfato en su propio departamento artístico que el señor Randolph quería pedirle que pasara a ser su asesor personal en todo asunto de esa clase en el futuro. Esperaba que los demás compromisos del señor Dupont le permitiesen asumir esa responsabilidad. De ser así, proponía que el señor Dupont aceptase unos honorarios de cierta suma anual, pagadera trimestralmente.

En ese punto de su relato, Monsieur Dupont hizo una pausa artística y encendió un cigarrillo.

—Espero —dijo Trent con una gravedad equivalente a la de Monsieur Dupont cuando había descrito aquella solemne transacción — que la cantidad mencionada fuera digna de su consideración.

—¡Teniendo en cuenta que la sigo recibiendo!... —replicó sencillamente Monsieur Dupont—. Los banqueros del señor Randolph la pagan con regularidad. Hasta ahora no ha tenido ocasión de consultarme, pero siempre estoy a su disposición.

—¿Y la controversia? —preguntó Trent—. ¿Ha vuelto a surgir, como tenía motivos para prever?

—Intervinieron ciertas circunstancias que lo impidieron —respondió con gravedad Monsieur Dupont—. Poco después de mi entrevista

con su amable compatriota, un objeto de valor inestimable fue robado del Louvre. Cualquiera habría imaginado que el robo de la soberbia obra maestra de Da Vinci, pocos años antes, habría puesto en guardia a los vigilantes. ¡Qué va! La diadema de Megabizo desapareció. ¿Quién sabe —dijo con tristeza Monsieur Dupont, que acababa su tercera copa de coñac— si algún día será devuelta al mundo?

Para entonces, el restaurante estaba casi vacío, y Trent sugirió que tal vez fuera hora de que un viajero fatigado se retirase a su hotel y a su cama. Monsieur Dupont insistió en vano en que ambos tomasen otra copita, y bebió una mientras pagaba la cuenta y contaba la vuelta. Fue hasta la puerta con esmerada seguridad, pero, en cuanto salió, el frío aire de las montañas empezó a afectarlo ligeramente.

—Vivo muy cerca, amigo mío —dijo, apoyándose con una mano en una de las mesas de la terraza.

Trent rogó que le concediera el placer de acompañarlo, y Monsieur Dupont lo tomó del brazo, agradecido.

—*Nous sortons* —observó, solemne— *des... des portes de Trézène*[51].

Reanudando desde ese punto el larguísimo parlamento de *Fedra*[52] en el que Terámenes describe la muerte de Hipólito, Monsieur Dupont siguió declamando, con voz cada vez menos clara, pero con memoria infalible, los nobles versos de Racine, mientras se dirigían de forma más o menos vacilante a la Rue des Hirondelles. No se detuvo, ni soltó el brazo de Trent, que lo mantenía en pie, cuando cruzaron la puerta delantera del jardín de una fea casita pintada de gris con un atisbo de rosa. Llegado al pareado *Excusez ma douleur; cette image cruelle / Sera pour moi de pleurs une source éternelle*[53], Monsieur Dupont se echó a llorar. Sacó la llave, no sin dificultad, y Trent le abrió la puerta amablemente. Monsieur Dupont lo abrazó, le dio un beso en cada mejilla y entró dando tumbos por un pasillo iluminado por una lámpara que desprendía un fuerte olor a cera.

Mientras se encaminaba al Hôtel des Cascades, Trent se preguntó cuánto recordaría a la mañana siguiente Monsieur Dupont de la charla de la velada y qué pensaría de lo que recordase.

Esa fue la insólita historia que Trent resumió en beneficio del inspector Bligh, mientras dicho funcionario fumaba su pipa en atento silencio en la sala de la plaza Newbury.

—A Randolph no le dije todo lo que acabo de contarle —concluyó —. En realidad, no hice más que mencionar que casualmente sabía la verdad sobre la diadema y su origen. Eso bastó para que se pusiera muy nervioso; me di cuenta. ¿Y qué opina de mi bonita historieta, como la llamó mi amigo francés?

El señor Bligh se sacó la pipa de la boca y apretó el tabaco con un índice enorme.

—Demuestra —observó— que estaba en lo cierto cuando he dicho que al anciano le daba igual ser cómplice de un crimen. ¡Muy interesante! Yo nunca me he topado con falsificaciones de esa clase... No es lo mío. Pero, claro está, ya sabía que ocurre mucho. Incluso diría que, si se supiera la verdad...

En aquel momento lo interrumpieron unos golpes rápidos en la puerta.

—¡Aquí! —gritó el señor Bligh.

Apareció el sargento Mills.

—Inspector —dijo—, en la puerta hay un señor que quiere hablar con el oficial encargado del caso.

—¡Vaya! ¿Y quién es?

—Le manda esta tarjeta, señor.

El sargento le alcanzó una ficha de cartón del tamaño de una postal.

—Joshua B. Waters —leyó en alto el inspector—. Alquiler de coches particulares. Con y sin conductor. Ambulancias particulares con expertos acompañantes. Venta de coches nuevos de todas las

marcas. Calle Kemble, 146, Salisbury. —Miró a Trent—. ¿Y quién rayos es Waters, si puede saberse?

—El agua corre hermosa y agraciada en la noche estrellada[54] —observó Trent, pensativo.

—Yo no diría que este Waters tiene ese aspecto (de día, no) —dijo el sargento, sin rastro de expresión en su alargado rostro—, pero, si mira en la parte de atrás de la tarjeta, señor, verá que ha escrito a mano otro nombre.

El señor Bligh miró el reverso de la tarjeta.

—¡Vaya..., que... me... aspen! —dijo despacio.

Trent, cogiendo la tarjeta de su mano extendida, leyó el nombre «JAMES RANDOLPH».

31 Paráfrasis de *Hamlet*, acto II, escena 2, según el texto moderno.

32 Departamento de la región de Borgoña-Franco Condado.

33 «Y todo el potaje».

34 «Viticultores».

35 Probablemente, Lons-le-Saunier, capital del Departamento de Jura, y no Lons, localidad del Departamento de Pirineos Atlánticos.

36 Cita del poema «La caza del Snark», de Lewis Carroll.

37 «Ayuntamiento».

38 «Juzgados».

39 «Plaza de la Libertad».

40 En la plaza de la Libertad de Lons-le-Saunier hay una estatua del general Claude-Jacques Lecourbe (1759-1815).

41 «Paseo de la Caballería».

42 «Cazadores», soldados de tropas ligeras.

43 «Intrépido», «valiente».

44 «¡Bueno! ¡Bueno!».

45 «Plato de Plata».

46 «Villa del Pozo».

47 «Calle de las Golondrinas».

48 Cóctel con dos partes de vermú seco y una de crema de grosella negra.

49 Un «canalla alemán».

50 «Con una mirada indescifrable».

51 «Salimos de... de las puertas de Trecén».

52 Obra de teatro escrita por Racine.

53 «Disculpad mi dolor; esta imagen amarga / ha de ser para mí fuente eterna de lágrimas».

54 Cita de la «Oda a la inmortalidad», de William Wordsworth. En el original (*Waters on a starry night are beautiful and fair*), se crea un juego de palabras con el apellido del recién llegado.

Capítulo X

Cuestión de temperamentos

Trent y el inspector intercambiaron una mirada de asombro cuando entró el nuevo personaje, quien, a una brusca orden del señor Bligh, fue escoltado a la habitación en ese momento. Era un hombre vigoroso que debía de rondar los cuarenta, bajo y compacto, y bien vestido, más según la definición de la Policía que según la de Savile Row[55]. Todo en su aspecto lo marcaba como provinciano resuelto e independiente al que le habían ido bien las cosas, y al que no le importaba un comino lo que el mundo pensase de él. Pero lo que había sorprendido a Trent y al oficial de la Policía de forma tan transparente era el rostro; un rostro afeitado, cuadrado, duro y rubicundo, chato, y con unos ojos que relucían astutos con los párpados entrecerrados.

El recién llegado tomó nota de su sorpresa con lúgubre regocijo; luego, mirando primero a uno y luego a otro, hizo la elección evidente.

—¿Es usted el inspector Bligh? —preguntó.

Y recibió una respuesta brusca:

—Así me llamo.

—Mi aspecto es mi documentación...; se ve fácilmente —observó el hombre de rostro cuadrado con un débil rastro de acento del norte —. Sí, caballeros, soy el hijo del viejo; el hijo único que se fue de casa.

El señor Bligh, que seguía examinando los rasgos del pretendiente del apellido de Randolph, tomó las riendas de la situación.

—Siento mucho, señor Randolph —dijo—, que tenga que volver en circunstancias tan trágicas. Cuando dice que es el hijo que se fue, entiendo que se refiere a que no ha vuelto hasta ahora..., a que nunca hizo las paces con su padre, en realidad. Eso debe de hacer la situación todavía más dolorosa.

Al duro rostro no le traicionó la menor emoción.

—A nadie le gusta oír que han asesinado a alguien de su familia. Respecto a si habíamos hecho las paces, tiene razón. Mi padre y yo no nos habíamos visto desde que yo era un muchacho, ni habíamos prestado atención a nuestra respectiva existencia. No sabía más de él de lo que pudiera saber quien lea la prensa, y, por lo que él sabía de mí, yo podía llevar años muerto. Supongo que quedaría bien decir que no esperaba volver a su casa en circunstancias tan trágicas, como dice usted. Sin embargo, no soy de los que dicen cosas que no piensan. Siempre he sabido que no era probable que volviera mientras mi padre viviese. Cuando le dije que tenía intención de irme de casa, me respondió que me fuera, si quería, y volviese cuando hubiese entrado en razón, pero que no se me ocurriera que iba a ponerse a buscarme. Los dos éramos tipos ásperos, así que con eso puso punto final.

Mientras ofrecía este resumen de un capítulo de la historia familiar, James Randolph dejó el sombrero encima de la mesa y se sentó con tranquilidad en uno de los sillones que había delante del hogar. A continuación, con las manos sobre las rodillas, miró a su público.

Trent conocía lo suficiente a su amigo para saber que, aunque su rostro careciese de expresión, esta insólita presentación no le había causado buena impresión.

—Bueno, señor Randolph —dijo sin un atisbo de sonrisa—, me parece que no cabe duda de quién era su padre; nunca he visto un parecido tan evidente. Salvo unas cuantas arrugas en la cara, que le saldrán con el tiempo, es usted su vivo retrato. Si se pone uno de

esos sombreros hongos suyos con la copa plana y lleva la bolsita que tenía siempre, cualquiera lo tomaría por el anciano. Pero dice usted que es partidario de la sinceridad y lo ha demostrado, así que no le importará que yo también sea sincero. Su afirmación de que es el hijo legítimo del difunto señor Randolph va a tener que ser confirmada legalmente, si espera obtener beneficios de su pretensión. Ya lo sabe, claro.

—Sí, desde luego —dijo Randolph—. No habrá ningún problema, no obstante. Por lo que respecta a beneficiarme de ser hijo de mi padre, sabe Dios que jamás lo he esperado; pero nunca se sabe lo que puede pasar, así que siempre he sido capaz de probar mi identidad, por si hiciera falta. Y, por lo que he oído —añadió con frialdad James Randolph—, parece que es posible que me toque algo que usted llamaría «beneficio», así que heme aquí, y aquí me quedo, hasta que aclaremos mi posición. He dejado mi negocio en buenas manos, y no tengo prisa.

El señor Bligh lo miró con los labios fruncidos.

—Lo primero que tendría que hacer, señor Randolph, es ponerse en contacto con los abogados de su padre. Puedo darle su nombre y su dirección. A lo mejor tenía eso en mente al venir aquí.

—Oh, no —dijo Randolph, con un atisbo de sonrisa de autosatisfacción, que por primera vez hizo que pareciera muy humano y muy de Yorkshire—. No tenía eso en mente. Yo también he aprendido alguna cosa que otra sobre la vida, inspector. Cuando leí la noticia en el periódico, ayer por la tarde, fui a ver a mi abogado en Salisbury, que me conoce como Waters. Conseguí que llamase a sus agentes londinenses para averiguar quiénes eran los abogados del difunto señor Randolph en Londres y obtuve la información enseguida. Bajé en coche ayer por la tarde, me alojé en el hotel Woburn, y esta mañana a primera hora he pasado por el bufete. En cuanto he preguntado si podían recibir al señor James Randolph, no he tenido la menor dificultad para que me concediesen una entrevista.

—No —dijo el inspector con una sonrisa—, ya me imagino que no. Deduzco entonces que ha venido para ver cómo va la investigación del crimen y quizá para ayudar.

James Randolph asintió fugazmente.

—Eso es. Ayudar, puesto que hacía veinticinco años que no tenía relación con mi padre, no sé si podré. Pero querría que me hablase de la investigación, si está de acuerdo conmigo en que tengo derecho, y de qué posibilidades hay de poner a disposición de la justicia al que lo hizo. Las diferencias que mi padre y yo pudiéramos tener eran cosas de familia, y no eran asunto de nadie. Si tenía motivos para hacer lo que hice, dichos motivos no se extendían a desearle el menor mal en sus últimos años. Como hijo de mi padre, quiero que arresten al que lo mató y que hagan que pague por ello.

El señor Bligh se acarició las rodillas, pensativo.

—Antes de nada —dijo—, me gustaría saber en qué posición estamos..., o en qué posición está usted, señor Randolph, hablando en plata. ¿Le importaría contarme sucintamente lo que les ha contado a Muirhead y Soames esta mañana? Puede hablar con total libertad en presencia de este caballero, el señor Trent, que es amigo mío, y a veces me ayuda en calidad de asesor confidencial.

Trent, escuchando con apropiada gravedad esta descripción más bien ambigua de su posición, intercambió un saludó con la cabeza a Randolph, que le devolvió el saludo y dijo:

—No me importa. No tengo nada de que avergonzarme, desde mi punto de vista, y las opiniones de los demás me preocupan bien poco. Así que, a ver, solo voy a decir sobre mi padre que no era fácil vivir con él. Tenía ideas muy estrictas sobre la conducta. Encontraba algo que criticar en casi todo lo que hacían los demás, fuera quien fuera. Según sus creencias, los que hacían algo mal tenían que sufrir por el bien de sus propias almas, y su deber cristiano era cerciorarse de que sufrían, si estaba en su mano. Naturalmente, su propia familia se benefició más que nadie de todo ello.

—¿Y no se lo agradecían? —sugirió Trent.

—Eran débiles, señor... Eso habría dicho mi padre —replicó Randolph con aplomo—. Su hermana, que vivió con él hasta que celebró una boda con la que él estaba en total desacuerdo, debe de haber sido más o menos como yo; salió de su vida y permaneció al margen, y en casa de mi padre su nombre no se mencionaba nunca. Mi madre fue la mejor de las madres conmigo, y me estremezco de imaginar cómo habría sido mi infancia sin ella; pero era incapaz de complacer a mi padre. No gozaba de buena salud y tenía una enfermera que la cuidaba. Cuando murió mi madre, mi antigua aya se quedó con nosotros y siempre fue casi una madre conmigo, pero se casó poco después, y ya no pude soportarlo. Ahí tiene la historia de cómo me fui de casa.

»Cuando me marché de Humberstone, no le dije a nadie adónde iba. Lo que hice fue ir directamente a Salisbury, donde vivían mi antigua aya y su marido, para ver si podían darme trabajo. Él se llamaba Waters, como ha visto en esa tarjeta que he enviado. Sabía que había abierto un pequeño negocio de automóviles, y, después de pasar un par de años en la fábrica de Townrow, se me daba bastante bien la mecánica. Waters era un tío estupendo, y además habría hecho lo que fuera para complacer a su mujer. Accedió a cogerme a prueba, y a no decir quién era yo. Se difundió que era un sobrino suyo que tenía el mismo apellido. Al principio no cobraba más que la manutención, pero al cabo de seis meses ya tenía un buen sueldo, y me lo ganaba. Entre ambos levantamos el negocio. Waters me hizo socio, y, cuando murió, seguí adelante con el antiguo nombre, como ahora.

El señor Bligh echó un vistazo a la tarjeta de visita de Randolph.

—Ya veo. Buen negocio a día de hoy, señor Randolph, diría yo.

Su tono expresaba un interés afable.

—No está mal —dijo, campechano.

—No hay nada mejor para un negocio —caviló el señor Bligh— que tener al frente a alguien que ha comenzado desde abajo. Para

empezar, sabe escoger a la gente. Y supongo que es un conductor de primera, señor Randolph.

—En su momento —declaró Randolph—, el apellido Waters era conocidísimo en los circuitos. Pero lo dejé hace mucho. No tengo tiempo.

—¿La señora Randolph ha venido a Londres con usted?

—Nunca he estado casado —dijo Randolph—. Tampoco tengo tiempo para ello. La buena de Aggie..., o sea, la viuda de mi socio, mi antigua aya..., vive conmigo y sigue ocupándose de mí. Ahí lo tienen, caballeros; ya saben todo sobre mí o, por lo menos, todo lo necesario.

Randolph, que seguía sólidamente sentado en su silla, sacó un pañuelo enorme y se sonó la nariz ruidosamente, como desafiando la incredulidad y la sospecha. Trent, observando el gesto, volvió a intercambiar una mirada elocuente con el inspector, quien de inmediato pasó a hacer el comentario que el orador parecía estar esperando.

—Así que eso es lo que les ha contado a los abogados, señor Randolph —dijo—. Una solución bastante sencilla al enigma de su desaparición. ¡Bien, bien! Una vez sabido, es todo muy fácil. Me parece que ha dicho no sé qué acerca de que puede probar su identidad, si alguien pusiera en duda la legitimidad de su linaje. Supongo que se basa en el testimonio de su antigua aya.

—¡Sí! Y en otras cosas —dijo Randolph—. Cuando me fui de casa, me llevé varios chismes, por si llegaban a ser útiles. Están los certificados de nacimiento y bautismo, que emitieron cuando empecé a ir a la escuela de Freyne Park (me los dio mi madre). Y está la taza de plata que me regalaron cuando me bautizaron, con mi nombre y la fecha grabados; y la biblia que me entregaron cuando aprendí a leer, con una dedicatoria firmada por mi padre, «De su afectuoso padre, James M. Randolph», dice; y la fotografía de mi padre y mi madre, tomada cuando acababan de casarse, que me dio ella (tiene algo escrito —añadió Randolph tras un momento

de vacilación— y lleva su firma). Me traje todas esas cosas cuando vine de Salisbury ayer por la tarde y se las he dejado a los abogados esta mañana. Consideradas en conjunto con el aire de familia han resultado bastante concluyentes, y les he pedido a Muirhead y Soames que inicien el procedimiento y determinen mi situación desde el punto de vista legal.

El inspector asintió.

—Deduzco, señor Randolph, que se ha enterado de que se cree que su padre murió sin haber hecho testamento.

—Eso me han dicho; y nadie puede estar más sorprendido que yo. Cuando supe de su muerte, pensé que habría hecho testamento, claro, y en ese caso podía haberme dejado algo o no. Verá, tampoco es que me echara y me desheredara; no fue para tanto. Y, de todas formas, nunca se sabe. Así que pensé que, cuanto antes reclamase mi nombre legal, mejor. Ojo, de momento no tengo tan claro que no haya testamento, aunque los abogados dicen que muchas veces lo habían instado a hacerlo, y él siempre lo había dejado para más adelante. —Randolph cerró los labios en un gesto inflexible; luego añadió, con un tono más cordial—: Y ahora, si no tiene más que preguntar, inspector, ¿por qué no me cuenta lo que ha descubierto la Policía y qué es eso que dicen los periódicos de que ha habido un arresto?

En ese momento, Trent se puso en pie para marcharse, porque la hora del compromiso que había mencionado al señor Bligh estaba próxima. James Randolph, que ahora parecía cómodamente consciente de que tenía cierto control sobre la situación, se despidió de forma breve pero amistosa.

Mientras volvía a casa en taxi, Trent pensó en Randolph con una simpatía que a todas luces era la última emoción que este deseaba despertar en sus congéneres. Los indicios trillados y sucintos que había proporcionado acerca de la vida en casa de su padre se habían

convertido, en la fértil imaginación de Trent, en una historia de rigor vigilante y mojigato y de espíritus rotos o atrofiados por la frustración incesante. Era curioso —Trent había visto antes la misma curiosidad— que, a pesar de que en el mejor de los casos el niño debía de haber sentido resentimiento y rebelión, había heredado de su padre no solo un parecido notable en el rostro y el físico, sino también semejanzas en la postura, el andar y el gesto que una imitación meramente consciente no habría podido producir. El inspector, como había observado Trent, se había quedado tan sorprendido como él por la manera en que ello se manifestaba incluso en minucias como la postura al sentarse en una silla o la forma de manejar el pañuelo. El gatito sin padres ni quien le enseñe, agazapado junto a la ratonera y meneando la cola, no daba pruebas más elocuentes de su herencia.

Una hora de trabajo en el retrato de sir Densmore ffinch, y de atisbos de la colección de recuerdos escandalosos del veterano, apartó el pensamiento de Trent del caso Randolph; pero volvió refrescado a este cuando se sentó a comer a solas. Había transcurrido mucho tiempo desde que decidió no volver a involucrarse, de modo casi profesional, en problemas delictivos. Sin embargo, no podía dejar de lado el asesinato de un hombre al que había conocido, y que había despertado su interés con su curiosidad humana; y la aparición completamente inesperada de un viejo amigo en el papel de asesino confeso había sacado punta al renaciente interés de Trent por ese negocio lúgubre y fascinante.

Seguía convencido de que Bryan Fairman era del todo incapaz de cometer un homicidio deliberado, y menos aún de disparar a alguien por la espalda. No obstante, siempre había algo en el carácter de Fairman —admitió Trent ahora— que no excluía la posibilidad de que, en un estado de tensión nerviosa extrema, pudiera ser culpable de una violencia fatal. Su característico aire de fría reserva en las relaciones sociales normales, que había hecho de él un hombre con pocos amigos y menos popularidad, encubría una naturaleza

sensibilísima. Si alguien hubiera sugerido que era lo que suele llamarse «temperamental», lo habría rechazado asqueado; sin embargo, a su manera, lo era en grado sumo. Ello podía verse en la intensidad de su devoción —por muy carente de esperanzas que hubiera sido siempre— por Eunice Faviell; pero esa era otra faceta del problema. Trent, una de las pocas personas que conocía totalmente a Fairman, podía enumerar unas cuantas cosas que calentaban su irascibilidad al rojo vivo y llevaban su férreo control de sí mismo al borde de la ruptura. Entre ellas estaba la crueldad; también la injusticia; y también la estupidez satisfecha y por así decir meditada que desdeñaba ignorante todo trabajo innovador en el ancho mundo de la investigación científica. No cabía duda de que Randolph había sido culpable de las dos primeras; de que alejar a Fairman de la investigación para la que vivía había sido cosa suya; y el anciano, como a Trent le constaba, había exhibido deliberadamente la tercera. Todo ello, junto con la verdad evidente de que la enfermedad de Fairman había afectado a su estado mental, no hacía nada difícil creer que hubiera ido a ver a Randolph en un estado mental peligroso.

Trent, que recorría su estudio mientras daba vueltas a estas ideas inaceptables, palpó su bolsillo para coger su pipa y, junto a ella, encontró las finas tarjetas en que estaban impresas las fotografías ampliadas de las huellas dactilares halladas en la cuchilla de afeitar en el dormitorio de Randolph. Las miró sin prestarles apenas atención, al tiempo que recordaba el ingenioso intento del inspector Bligh de hacer encajar esas huellas sin identificar en su hipótesis de lo que había ocurrido la noche del crimen. Había transcurrido mucho tiempo —Trent no recordaba cuánto, pero sin duda unos cuantos años— desde que había estudiado atentamente el sistema utilizado por la Policía para preservar y clasificar las huellas dactilares. Para practicar, durante una temporada se había entretenido tomando huellas de los dedos de todos los amigos suyos que aceptaban someterse a esa engorrosa operación. Se dijo a sí mismo que en esa

rama del conocimiento estaba definitivamente oxidado. Al mirar las nítidas huellas de un dedo y un pulgar, no le vino más que un vago recuerdo de los términos dactiloscópicos que se utilizaban para describirlas. Se puso a hurgar en un cajón de un armario alto y no tardó en sacar un fajo de fotografías sujetas con una goma. Las extendió sobre la mesa. Cada una consistía en un juego de huellas identificadas con un nombre, y con las características de cada huella anotadas por él con letra pequeña pero clara en tinta roja. Buen trabajo, caviló; una pérdida de tiempo, pero bueno. ¡Ah!, sí; ahí estaba la palabra que había estado tratando de recordar (la palabra «ulna»). La huella del índice sobre la cuchilla mostraba un bucle ulnar y —contó delicadamente las crestas con la punta de un lapicero muy afilado— diecisiete dobleces. Un dibujo muy corriente; vio que en su colección había muchos iguales. Pero la huella desconocida tenía otra característica; una rayita blanca que dividía cuatro crestas justo a la izquierda del delta. ¿La cicatriz de un corte? No, no había desplazamiento ni fruncido de las crestas. ¿Cómo era la palabra? Hojeó sus propias fotografías rápidamente. Sí; ¡eso era!, un pliegue.

Y, a continuación, Trent estalló en un juramento, y la sangre se le agolpó en la cabeza al contemplar consternado la huella junto a la que había leído la inocua palabrita. Cogió la fotografía de la Policía, y con manos trémulas comparó las dos atentamente. No había duda. Eran dos huellas de índices exactamente iguales en todos los detalles, hasta los mínimos rasgos que en cada cresta revelaba el proceso de ampliación. Le dio la vuelta a la huella del pulgar de su propia tarjeta y volvió a compararlas. Eran idénticas..., ¡evidentemente!

Trent se derrumbó en una silla y se enjugó las gotas de sudor de la frente. Se sentía como si estuviera en lo peor de una pesadilla. Era una locura; no tenía sentido. Pero no era un sueño; ahí estaban los hechos objetivos. Trató de poner freno al acelerado tumulto de sus pensamientos; ahí estaban los hechos.

Ahí tenía, por lo tanto, la respuesta a su decisión, que tan celosamente había respetado hasta ese momento, de no volver a tener que ver con misterios criminales. Sus contactos personales lo habían tentado tanto que había buscado información, por lo menos, sobre el transcurso de la investigación oficial. Luego, el descubrimiento de la incriminación en el caso de un viejo amigo cercano había despertado en él un interés absorto y profundamente angustioso. Y ahora esta desconcertante complicación, esa sugerencia directa de que tenían que vérselas con algo mucho peor que la acción vengativa de un desequilibrado, había surgido para poner a prueba el pleno ejercicio de todo el ingenio y la imaginación que Trent había puesto anteriormente en problemas semejantes. No tenía más remedio que recoger el guante y descubrir la verdad del caso, si ello era posible, por sus propios medios.

El enfoque más rápido y directo consistía en hacer una petición personal a Bryan Fairman para que consintiera en adornar con tanto detalle como le fuera posible el boceto de lo que había ocurrido, o lo que había visto u oído, aquella noche en la plaza Newbury. Era obvio que de manera deliberada había hecho su declaración tan desnuda y carente de información como necesitaba para lograr su objetivo. Pero Trent se dio cuenta inmediatamente de que era necesario descartar tal petición. Aun cuando Fairman hubiese estado en condiciones de contestar, tenía derecho a no mostrar sus cartas, si lo había decidido así, y no era hombre fácil de persuadir, ni siquiera para su mejor amigo. Además, Fairman estaba enfermo y fuera de su alcance; ni siquiera la propia Policía podía interrogarlo, y no iban a concederle dejarlo hablar a solas con él, en semejante estado, a nadie que lo solicitase en calidad de amigo del acusado.

A juicio de Trent, solo quedaba abierta una línea de investigación, no carente de posibilidades. Le había llamado mucho la atención —más, al parecer, que al inspector Bligh— la declaración de la Policía

de Dieppe, según la cual los agentes habían sido totalmente incapaces de descubrir por qué un extranjero, *souffrant* y *un peu toqué*[56], había ido a cierto barrio de su ciudad y allí había, al parecer, buscado algo.

Como queda dicho, Trent conocía Francia bastante bien. Había vivido allí dos años, fundamentalmente en París, y en otras ocasiones había explorado muchas de las ciudades y buena parte del campo. No se le ocultaba que todos los cuarteles de la Policía local, por los motivos públicos más sensatos, se marcaban como objetivo cierta familiaridad con los asuntos privados de cada casa, y en general lograban darle un cumplimiento satisfactorio, de manera que de ser necesario podía echarse mano de los hechos registrados. Fairman, estuviera en el estado mental en que se encontrara, había tenido, sin duda, alguna razón para viajar directamente a ese barrio de Dieppe en concreto cuando se fue de Inglaterra..., para dirigirse allí, y para buscar algo que, según la Policía, no había logrado encontrar. La Policía de Dieppe, conforme había dicho el señor Bligh, se declaraba absolutamente incapaz de explicar las acciones de Fairman, aunque habían hecho todas las pesquisas posibles.

Puede que fuera cierto. Por otra parte, puede que la Policía de Dieppe tuviera los motivos públicos más sensatos para ser incapaz de encontrar pistas sobre las actividades de Fairman en aquella ocasión. Trent podía recordar más de un caso en que hechos mucho más extraordinarios habían desconcertado a agentes que, sin duda, habrían podido descubrir la verdad si tal hubiera sido su objetivo. Efectivamente, se acordó de que no era insólito que la Policía francesa multiplicara los esfuerzos a fin de que nadie más pudiese descubrir la verdad. En conjunto, se inclinaba a creer que, dado que en las actividades de Fairman en Dieppe habría probablemente más de lo que parecía a primera vista, probablemente habría más de lo que parecía a primera vista en la incapacidad oficial de suministrar pistas al respecto.

Al menos había algo que hacer en la búsqueda de la impenetrable verdad, y la tarde siguiente Trent pisó el muelle del Avant Port de Dieppe.

55 Calle de Londres conocida por sus exclusivas sastrerías.
56 Véase el capítulo VII.

Capítulo XI

Un callejón sin salida

«Impasse de la Chimére». Trent repitió las palabras para sus adentros, deleitándose en su aura de misterio, según salía de la bahía de Dieppe rumbo a su misión. Un nombre así, pensó, tiene que conferir un atractivo mágico al último callejón sin salida.

Como todos los lugares que merece la pena descubrir, el Impasse de la Chimère era difícil de encontrar. Trent tuvo que preguntar a varios transeúntes antes de descubrir que el camino al *impasse* pasaba por una vieja callejuela perpendicular a una calle atestada de vehículos y plagada de tranvías. Una callejuela aún más estrecha salía a la izquierda de la primera.

Tuvo la impresión de adentrarse en la soledad y lo desconocido. Las casas grises permanecían mudas y misteriosas; las calles estaban vacías. Por fin vio «Impasse de la Chimére», grabado toscamente y casi borrado por el tiempo, en la esquina de un angosto pasaje por el que a duras penas pasaría un carro, con los cubos rozando las paredes de ambos lados. Era un espacio vacío, porque el callejón iba recto durante más o menos cincuenta metros entre paredes altas y formidables sobre las que podían verse ramas de árboles antiguos. Los adoquines desiguales de la calzada podían datar de los días del Rey Sol.

De pronto, el callejón giró a la derecha y se ensanchó describiendo una curva. A su diestra había una puerta rematada por un animal de

piedra maltrecho e insulso, que bien podía ser la Quimera que daba nombre al *impasse*. La casa que había detrás, visible a través de la verja de hierro, era claramente un lugar digno y con tradición. A falta de la dignidad de un nombre en el muro, la distinguía, como a un condenado, un número (7A) en una fea plaquita de metal esmaltado que un obrero descuidado había fijado torcida en la pared. Para Trent, el que las autoridades de la ciudad hubiesen otorgado esa combinación de número y letra a la casa más grande del *impasse*, como si no hubiese suficientes números enteros en el mundo, era un enigma que carecía de respuesta. En realidad, había cuatro casas, 1, 3, 5 y 7A, sin huecos que explicasen la ausencia de números pares o del 7 desaparecido.

Meditando acerca del alto nivel de éxito con el que la lógica fundamental de los pueblos latinos se esconde al extranjero inquisitivo, Trent siguió adelante. La brisa suspiraba en las ramas en flor. La sensación de abandono se hizo casi insoportable. Con un escalofrío, pensó en las palabras: «Donde no viene nadie, / ni ha venido desde que el mundo es mundo»[57].

Pasada la puerta de la Quimera, había otra abertura en el largo muro del recinto, cerrada con una puerta de madera. Estaba muy desgastada, y a través de las grietas se vislumbraba una casa más pequeña, separada de su vecina, pero muy parecida tanto en estilo arquitectónico como en las huellas del tiempo. En el muro, debajo del 5 oficial, estaba grabado el curioso nombre «PAVILLON DE L'ECSTASE»[58], y encima de la puerta había un basto cartel de madera encalada que anunciaba «VILLA À LOUER»[59].

Mientras Trent permanecía de pie pensando en el poético contraste entre ambas inscripciones, ocurrió un milagro, uno de esos que a menudo pasan inadvertidos, pero cambian la faz del mundo. El sol salió tras una nube, un rayo súbito iluminó el Impasse de la Chimère y una gran mancha de color ardió tras las puertas que había estado

observando. Una enorme calabaza redonda (una *potiron*), toda de rojo y oro, a la que le faltaba un trozo cortado con precisión matemática, llameaba como una hoguera a la puerta de la modesta tienda que constituía el número 3 del *impasse*, y una montaña próxima de naranjas marchitas, unas cuantas manzanas verdes y varias verduras mezcladas se convirtió en una escena esplendorosa.

La depresión de Trent se desvaneció. Dejó de pensar en la soledad, las paredes y las puertas grises que se desmoronaban, la atmósfera de declive y desolación que por un momento lo había paralizado. Se alejó del Pavillon de l'Ecstase. La gloria de la calabaza le había descubierto la verdad de que el final del *impasse* era tan acogedor como lóbrego había sido su comienzo. Una antigua fonda, una de cuyas alas era contigua a la frutería, estaba construida atravesando el lado ciego del callejón y daba la vuelta por el otro lado, en forma de E sin el trazo del medio; y esta encantadora posada llevaba el nombre de Hôtel du Petit Univers et de la Chimère[60]. *Cuisine Bourgeoise, Vins de Touraine et d'Anjou, Quetsch de Lorraine, Armagnac Vieux*[61] se contaban entre las atracciones que prometía, y Trent descifró con éxito un cartel prehistórico: «ICI ON LOGE À PIED ET À CHEVAL»[62].

Sin duda, era allí donde Fairman había tomado el café que mencionaba el breve informe de la Policía de Dieppe, antes de volver al muelle del vapor. Estaba claro que era el lugar donde debía comenzar con sus propias pesquisas, y evidentemente no podía haber comienzo más grato.

—Vamos allá —dijo para sus adentros—, al Hotel del Pequeño. ¡Y he aquí al mismísimo Gargantúa, que viene a recibirme! ¿Qué más se le puede pedir al dios de los viajeros?

Gargantúa, efectivamente, había aparecido en la puerta con la apariencia de un hombre enorme y descomunal que llevaba un gorro de cocinero. Tenía la cara redonda, rubicunda y alegre, y el cinturón de cuero que llevaba en la cintura habría ceñido a dos hombres de mediana corpulencia.

Trent, descubriéndose, se dirigió educadamente a dicho ser en su propia lengua:

—Señor —dijo—, vengo del otro lado del mar para darle saludos del *curé* de Meudon, porque lógicamente es usted un turonense de la región de Rabelais[63].

Conforme hablaba, señaló el cartel «VINS DE TOURAINE».

Gargantúa se quedó impertérrito ante lo extravagante del saludo. Con un gesto de sus grandes brazos, pidió a Trent que pasase, diciendo sencillamente:

—Bienvenido. Monsieur tiene razón, soy de Chinon. Tenemos buen vino.

El Hotel del Universo Pequeño y la Quimera era una fonda de las que los sabios esperan encontrar en el fin del mundo. Las habitaciones eran amplias y de techo bajo, y habían sido diseñadas por un mago excéntrico con sentido del humor y aficionado a la geometría complicada. Aquí y allá la oscuridad del roble viejo se veía iluminada por el resplandor del cobre bruñido.

Trent se encontró en una habitación mitad comedor, mitad café. Una mujer rubia y alta, de hermosos rasgos impasibles y ojos oscuros, estaba sentada a la *caisse*[64]. Trent había decidido que, al menos aquella noche, habría de alojarse «a pie» en aquella fonda fantástica, y, cuando declaró su intención, la señora, a la que Gargantúa llamaba Louise, dejó de lado su labor de punto y lo llevó por una desquiciante escalera en zigzag al dormitorio principal. Era este una estancia con una cama de matrimonio con dosel, con el suelo desigual, y las paredes ajadas por una variedad de bultos y ángulos inesperados. El aire estaba cargado, pero lo perfumaba gratamente el aroma de flores secas. Abrió una ventana y contempló una maraña de árboles y arbustos que rodeaba una casa gris que debió de ser alegre y alborozada en tiempos de la Pompadour, pero que ahora, con sus ventanas clausuradas y su aire de abandono, parecía bastante desolada.

—*Tiens!*[65] —exclamó Trent—, ¿ese es el Pavillon de l'Ecstase?

No hubo respuesta. Sorprendido por el silencio, se volvió y vio que Louise ya estaba saliendo de la habitación, olvidada la vehemente cortesía con que se había detenido en las cualidades de la mejor de sus habitaciones. ¿Habría procedido a aquella apresurada retirada para evitar la pregunta? La repitió conforme la seguía por las empinadas escaleras, y ella musitó algo que sonaba a *Mais oui, monsieur*[66]. Dejó claro que el Pavillon de l'Ecstase no era asunto que tuviera intención de abordar. Puso toda su atención primero en enviar a la doncella a que preparase la habitación de Trent para que la ocupara, y luego en mandar al botones a que recogiese su equipaje de la *consigne*[67] de la estación.

Trent se puso a hablar con Gargantúa en el café. No tardó en enterarse de que en su presente encarnación se llamaba Alphonse Legros, a quien por sus mejillas de querubín sus íntimos apodaban Le Joufflu[68]. Su esposa era de Lorena y responsable del *quetsch*, el licor que hacía con las endrinas de su padre. Trent pidió un Pernod, y no le costó nada persuadir a su anfitrión para que reflexionase, por el bien de la casa.

—Bienvenido al Hotel del Universo Pequeño —dijo Gargantúa, alzando la copa, cuando una alegre doncella de ojos negros los hubo atendido diligente.

Trent desterró por el momento su natural curiosidad por el Pavillon de extraño nombre, y su preocupación más honda por los acontecimientos que lo habían llevado a Dieppe. Se refirió al misterio agradable e inmediato del nombre de la fonda, el Hotel del Universo Pequeño y de la Quimera. Sin duda, la Quimera —una mezcla fabulosa de león, cabra y dragón, si Trent lo recordaba correctamente— podía adornar razonablemente el escudo de armas de una familia noble; y seguramente el nombre estaba tomado de aquel monstruo inidentificable de piedra envejecida que se alzaba sobre la puerta del *château*[69] vecino. Pero ¡el Universo Pequeño! Recordó que en el cartel estas palabras estaban pintadas encima de «de la Quimera», como si hubieran sido añadidas posteriormente.

Gargantúa no podía haber pensado por sí mismo en algo tan filosóficamente satisfactorio y acogedor.

—Monsieur Garg... —comenzó— o sea, Monsieur Legros, a su salud. ¿Le importa contarme, en nombre de Rabelais y todos los que viven la buena vida, qué mosca le picó para ponerle a su posada «el Universo Pequeño»?

Gargantúa se rascó la cabeza.

—Fue una idea —dijo—. Una idea del señor conde. En los viejos tiempos era solo el Hotel de la Quimera, como el *impasse* y como la Casa de la Quimera, la casa grande que pertenece al conde. A mi padre y a mí nos parecía bien. Pero un día..., hará cinco años, o siete... ¿Cuándo fue, Louise?

Louise estaba sentada a la *caisse*, en silencio e inescrutable, y sus agujas de punto parecían volar de lo rápido que iban.

—Fue el año de la tormenta —dijo con tranquilidad—, cuando el granizo le echó a perder la cosecha a tu hermano.

Gargantúa asintió.

—Eso es. Ese año no hicieron ni una gota de vino decente en el Loira. Por suerte, al año siguiente lo compensaron. Aún tengo unas botellas de Chinon y Rochecorbon detrás de la leña. Fue buen año para el tinto y el blanco. A lo mejor Monsieur los quiere probar.

Claro que Monsieur quería, pero en ese momento el Universo Pequeño acaparaba su interés.

Gargantúa retomó la historia con gran esfuerzo.

—Un día de 19... A ver, ¿fue en primavera o en verano?

Trent sugirió tímidamente que quizá no fuese tan importante.

—Bueno, da lo mismo. El señor conde vino y me dijo: «Eh, Le Joufflu», porque me llama así, «voy a bajarle el alquiler». Me quedé patidifuso; es que nos estaba costando mucho llegar a fin de mes, con lo caro que está todo y los impuestos. *Oui, Monsieur le comte est gentil, mais il a des idées, quoi?*[70].

Gargantúa habló con prevención acerca de las ocurrencias del conde, como si fuesen posesiones peligrosas, casi de mala

reputación.

Trent esperó con paciencia a que Gargantúa desarrollase su historia. Estaba claro que no era hombre al que se pudiera meter prisa.

—*Enfin*[71], bajó el alquiler el 10 por ciento, y a cambio llamé al hotel «El Universo Pequeño y la Quimera». *Ça lui fait plaisir. Voilà*[72].

Evidentemente, consideraba que el problema estaba explicado de manera adecuada.

—Pero —preguntó Trent— ¿no dijo por qué había elegido una denominación tan extraña?

Gargantúa se encogió de hombros.

—*Monsieur le comte a des idées*[73] —repitió, como si eso lo explicase todo—. Se le había metido en la cabeza comer en un hotel que se llamase Hotel del Universo Pequeño. Es que, dese cuenta, muchas veces come en esa mesa del rincón. Tenía no sé qué ver con un libro que había escrito. Sí, el señor conde es humilde, aunque ha escrito libros, y su nombre sale en los periódicos... *Hélas!*[74].

Gargantúa meneó la cabeza y suspiró.

Madame Louise cloqueó secamente, como una gallina, desde detrás de la *caisse*, y se llevó un dedo a los labios, frunciendo el ceño.

Su marido recobró la compostura.

—Sí, el conde de Astalys es un sabio famoso, un *psycho*... *psycosophe*[75]... ¿Cómo se dice, Louise?

—*Psychologue*[76] —dijo Louise, frunciendo los labios—, pero mejor haríamos no metiéndonos en sus asuntos. Las ocurrencias del señor conde no son cosa nuestra.

—No, es verdad —dijo Gargantúa—. Y menos después de la desgracia...

Louise lo interrumpió con un siseo ofidio.

—Alphonse, ¿quieres dejarte de cháchara y ocuparte de los clientes? Ahí tienes a Monsieur Gautier, esperando a que lo recibas, y nadie le ha cogido el abrigo y el sombrero.

Gargantúa se puso en pie, y Trent no tuvo más remedio que armarse de paciencia. Al parecer estaba sobre la pista de un asunto oscuro —tal vez un escándalo— del que aquellas dos buenas personas, por motivos desconocidos, eran reacias a hablar, y ahí podía estar la clave del secreto de la visita de Fairman al Impasse de la Chimère.

El recién llegado, Monsieur Gautier, un hombre enjuto y cargado de hombros, con la barba corta y grandes gafas tras las cuales podían verse unos ojos inyectados en sangre, con el lazo morado de la Orden de las Palmas Académicas en el ojal, se sentó en una *banquette*[77] a la mesa contigua a la de Trent. Resultó ser un librero del barrio, y por lo tanto un hombre erudito y especialmente indicado, como de pronto se le ocurrió a Gargantúa, para explicarle a aquel extranjero curioso las «ocurrencias» del conde sobre el nombre del hotel.

Así que Trent y Monsieur Gautier fueron presentados, se dieron la mano y el librero accedió a tomar un aperitivo con el visitante, quien a su vez aceptó un cigarrillo de su nuevo amigo, al que Gargantúa se dirigía como Hégésippe.

A continuación, Monsieur Gautier, después de tomar un sorbo de Amer Picon —esa formidable bebida marrón que, según la leyenda, con una sola gota sin diluir puede hacerle un agujero a un puño de camisa, pese a lo cual hace prosperar al francés medio—, trató de explicarle a Trent las ideas del conde sobre el Universo Pequeño.

—El conde de Astalys, cuya familia es propietaria de la Casa de la Quimera y de las casas del *impasse* desde hace muchas generaciones...

—¿Incluido el Pavillon de l'Ecstase?

Una extraña expresión recorrió el rostro del librero, y este arqueó imperceptiblemente las cejas.

—Sí, pero antes se llamaba Pavillon de la Chimère —dijo bruscamente; y prosiguió, como si tuviera prisa por dejar de lado un asunto incómodo—. La familia Astalys siempre se ha destacado por

su amor y curiosidad por el saber. Se decía que el conde Balthazar, el alquimista y mago, fue el que incluyó la Quimera en su escudo de armas. Hizo una gran fortuna, que los menos favorecidos atribuyeron a las malas artes y a una intimidad impía con el Diablo, y construyó la Maison de la Chimère. El conde actual ha seguido la tradición de la familia en su búsqueda de conocimientos. En concreto, le interesa la naturaleza de la consciencia. Estudió hipnotismo y experimentó con narcóticos.

Monsieur Gautier no escondía hasta qué punto censuraba esas investigaciones. En su opinión, cuanto menos supiera un hombre sobre paraísos artificiales, mejor. En cambio, admitió que el conocimiento que había adquirido el conde había resultado tener utilidad práctica, dado que le había valido un alto cargo en el Departamento de Gases Venenosos del Cuartel General francés durante la guerra. Después, el conde se había dejado seducir por la nueva ciencia de la psicología, y había publicado varias monografías y tratados —*bouquins*[78], los llamó Monsieur Gautier— gracias a los cuales había adquirido una reputación considerable entre los expertos.

—*Je ne suis pas psychologue pour deux sous*[79] —dijo el librero, subrayando la observación con un gesto de sus largas manos de artista—. Soy de la vieja escuela, de la generación que vivió el 1870[80]. Para mí, esta vida y mi país, *notre belle France*[81], son las únicas realidades que hay, y, después de muertos, nada. En cambio, el señor conde tiene ideas. Sus investigaciones lo han llevado por caminos extraños, y a veces me hace el honor de discutir conmigo en mi librería, cuando hojeamos las novedades. En su momento escribió un librito que tituló *L'Univers particulier*[82], y de ahí sacó el nombre del «Universo Pequeño», el mundo particular de cada uno, del que nadie escapa.

—Ahora lo entiendo —exclamó Trent—. Lo he leído. Se tradujo con el título de *El universo privado*.

Desde que había visto el curioso nombre del hotel, tenía un vago recuerdo de ese libro en un rincón de la mente. Le había parecido notable, en particular, por el encanto de la personalidad de su autor, que había encontrado una expresión inolvidable aun a través del cristal oscuro de la traducción. El afecto y el respeto evidentes del librero hacia alguien con cuyas ideas estaba en tan profundo desacuerdo hacían natural que el conde fuese un hombre así. El libro lo había publicado una de esas editoriales especializadas en obras sobre magia, astrología y lo oculto en general. No es que *El universo privado* tuviera nada de oculto o mágico. Era un mero desarrollo de Berkeley y Kant, y mantenía que nunca podemos conocer las cosas en sí mismas, de manera que el hombre vive en un universo particular que es suyo, del que es el único centro, aunque este tenga mucho en común con el de sus congéneres. El objetivo de la existencia, por lo tanto, debe ser el desarrollo de la consciencia. La parte central del libro la ocupaba una serie de experimentos con sustancias narcóticas y excitantes que tienen el poder de modificar la consciencia para bien o para mal, transformando el universo particular en un infierno de pesadillas, o bien enriqueciendo y trascendiendo su contenido más allá de esta existencia tridimensional.

—Pero —dijo Trent— el autor se llamaba... No me acuerdo, pero creo que D'Astalys, no.

—El conde nunca ha escrito con su nombre verdadero. Usa el seudónimo Pierre Deffaux. Era un libro raro y, en mi opinión, peligroso. Como decía, *je n'aime pas les paradis artificiels*[83]. ¡Ay!, el tiempo me ha dado la razón.

—Yo no he leído el libro del conde —intervino Gargantúa de repente y sin venir a cuento, precisamente cuando Trent iba a preguntar a qué se refería el librero con su último comentario—. Solo leo *Le Petit Parisien*[84].

Monsieur Gautier meneó la cabeza con una sonrisa amable y prosiguió:

—Para el conde, los sueños eran tan reales como la vida, y esa idea ha sido su perdición.

Se detuvo bruscamente. De nuevo habían llegado al límite de un asunto peligroso.

Para animarlo a continuar, Trent repitió en voz baja los siguientes versos:

Le seul rêve intéresse;
vivre sans rêve, qu'est-ce?
Moi, j'aime la Princesse
Lointaine[85].

—No era una princesa lejana —dijo Monsieur Gautier con pesar—. Es más, Monsieur...

Y una nueva interrupción dejó a Trent con la miel en los labios. Un hombrecillo rechoncho, con una barba muy corta y ojos pequeños y extraordinariamente brillantes entró de un salto en el café con un bullicioso:

—Bonjour, Madame Louise; bonjour, Le Joufflu; bonjour, la compagnie[86].

Se trataba, al parecer, de un bufón oficial; porque le besó la mano a Madame con gran ceremonia, y una sonrisa rompió por un momento la serenidad de estatua de esta. Le Joufflu y Monsieur Gautier lo llamaron Bibi con afecto y, una vez satisfecha la indispensable formalidad de los apretones de manos, se lo presentaron a Trent como Monsieur William Rond-de-Cuir.

Mientras le estrechaba la mano a Bibi, Trent pensó que le había fallado el oído. William, camuflado como Viyiamm, no es infrecuente entre los franceses, que lo prefieren a Guillaume; pero Rond-de-Cuir era un apellido de lo más improbable, puesto que se trataba de un mote peyorativo para chupatintas u oficinistas, derivado de los cojines redondos de cuero sobre los que suelen sentarse en Francia. Bibi leyó el desconcierto en el rostro de Trent, y con una reverencia

de modesta satisfacción se sacó de la cartera una tarjeta enorme que llevaba la inscripción:

WILLIAM ROND-DE-CUIR
(G. DUMANET)
RÉDACTEUR À LA GAZETTE DE LA MANCHE.
ÉCHOTIER ET COURRIÉRISTE[87].

Bibi se apoyó en la mesa y, con un índice rechoncho, manchado de tinta y tabaco, señaló a Trent «William».

—Viyiamm —dijo—. *Ínglish*. Así (William Rond-de-Cuir) firmo los ecos en la *Gazette de la Manche*; pero en el Café del Universo Pequeño soy Bibi para todo el mundo, solo Bibi, *tout court*[88].

Como requería el honor, Trent sacó a cambio su miserable recorte de cartón que entre los ingleses hace las veces de tarjeta de visita. Estaba debidamente impresionado ante la importancia de la descripción de Bibi. Como *échotier*, sería responsable de las notas misceláneas que adornasen la portada de su periódico. Con una firma así, tenían que ser cómicas, y estaba claro que Bibi intentaba estar a la altura de su trabajo. En pago, tendría derecho a incluir cierta cantidad de anuncios descarados, apenas disfrazados de noticias, y les sacaría lo que pudiese a los anunciantes. Como *courriériste*, probablemente escribiría una crónica parisina, obtenida y elaborada con más o menos astucia a partir de los periódicos de París. Como *rédacteur*, sin duda estaría al corriente del más mínimo atisbo de escándalo en su ciudad, y por lo tanto era justo el hombre que Trent necesitaba.

Sin embargo, Trent se vio relegado. Bibi retó al librero a una partida de *trictrac*, también conocido como *backgammon*. Este era un pasatiempo que Trent solo había practicado de niño, y con mínimo entusiasmo; pero, en el Café del Universo Pequeño, el único deporte atlético que Douglas Jerrold dominó[89] se tomaba tan en

serio como el críquet o el fútbol. Todas las tardes —según Le Joufflu le cuchicheó a Trent—, Bibi y Hégésippe se jugaban las bebidas en un duelo desesperado.

Un camarero que apareció de pronto en un estado que daba a entender que había dormido con la ropa de trabajo y acababa de levantarse dispuso todo lo necesario. Los antagonistas se sumergieron en su combate. Por el momento, según parecía, hablar con cualquiera de ellos sería una pérdida de tiempo; así que Trent intentó un nuevo acercamiento a Le Joufflu, que estaba siguiendo la partida con la mirada de un *aficionado*[90] en una corrida de toros.

—Monsieur Legros —dijo—, ¿vio aquí a un compatriota mío el otro día, a primera hora de la mañana?, ¿un tipo bastante flaco, con el pelo oscuro, más o menos de mi edad?... Me parece que se tomó un café. Estaba enfermo, el pobre, y...

Trent se detuvo. Estaba clarísimo que ahora había metido el lobo en el redil. Le Joufflu se sonó la nariz violentamente y tragó saliva como si hubiera engullido un emético. Monsieur Gautier, que sin pretenderlo había oído la fatídica pregunta, siguió agitando el cubilete como si a la postre pudiera darles la respuesta. Bibi volvió la cabeza como un pájaro, para que sus ojillos brillantes pudieran taladrar los de Trent, y preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Monsieur es de la Policía?... De la Policía inglesa, *bien entendu*[91].

—*Mais non, jamais de la vie*[92].

—Entonces, ¿a lo mejor Monsieur es de la prensa?

—Bueno —dijo Trent con cautela—, no tengo el honor de ser *échotier* y *courriériste*, como Monsieur Rond-de-Cuir. —Hizo una reverencia—. Pero es cierto que he escrito para los periódicos de Londres..., para el *Record* y el *Sun*.

Bibi sonrió de oreja a oreja y se puso en pie de un salto para volver a estrecharle la mano a Trent.

—*Mon cher confrère*[93], me hago cargo. No sé cómo no he reconocido su nombre. En Dieppe conocemos bien los periódicos de

Londres. Créame, estoy a su entera disposición para informarlo de todo lo que necesite, y estoy seguro de que es de fiar... *Le secret professionnel, quoi?*[94].

Trent contestó que Bibi podía confiar en su honor y su discreción.

—*Mon cher confrère*, no me cabe duda..., pero discúlpeme un instante; tengo que tranquilizar a mi grueso amigo.

Cogió a Le Joufflu del brazo y lo llevó a la *caisse*, donde comenzó una animada conversación en voz baja entre los dos hombres y Louise. Monsieur Gautier se quedó contemplando el tablero de *backgammon* abandonado, claramente temeroso de que Trent le preguntase algo que no pudiera contestar. Sin embargo, no lo dejaron solo ni en la incertidumbre mucho tiempo. Madame Louise, que parecía tenerlo por un consejero más sabio que el voluble Bibi, lo llamó con un gesto autoritario, y se juntó con los demás. La conversación prosiguió entre susurros, y Bibi le puso fin en voz alta:

—*C'est convenu. Faut pas s'en faire. Je m'en occupe. Comptez sur moi*[95].

Bibi y Hégésippe volvieron a su partida de *backgammon*. Otros *habitués*[96] empezaron a entrar en el café, y hubo una orgía general de apretones de manos, saludos y presentaciones. Trent empezó a sospechar que los astros se habían alineado en su contra, y ya no creía posible llegar a obtener la información que Bibi le había prometido.

De pronto, Bibi se inclinó hacia delante y le murmuró al oído:

—*Mon cher confrère*, no desespere. Confíe en mí, pero entienda que mis amigos están asustados..., la Policía, ya sabe... Y el caso ya está *classé*[97]. Les he prometido que no lo vamos a hablar bajo este techo, para que no sean responsables de nada. *On ne veut pas d'histoires*[98].

Lo que Bibi podía querer decir con que el caso ya estaba encasillado sobrepasaba el entendimiento de Trent; pero estaba claro que el hombrecillo quería ayudar.

—Monsieur Bibi...

—Para un *confrère*, nada de Monsieur Bibi... Bibi *tout court*.

—Muy bien —dijo Trent, riendo—, Bibi; pero ¿no tiene usted los mismos motivos que los demás para evitar las *histoires*?

—Yo, querido *confrère* —respondió Bibi con un gesto sublime—, soy periodista y no le temo a nadie.

—Entonces, estimado colega, concédame el honor de cenar conmigo esta noche, y, dado que aquí no podemos, le ruego que elija el mejor local de la ciudad.

57 Cita del poema «La muerte de Arturo», de lord Alfred Tennyson.

58 «Pabellón del Éxtasis».

59 «Se alquila casa».

60 «Hotel del Universo Pequeño y la Quimera».

61 «Comida casera, vino de Turena y Anjou, aguardiente de endrinas de Lorena, armañac añejo».

62 «Aquí alojamos a pie y a caballo».

63 François Rabelais (1494-1553), nacido en la antigua región de Turena (gentilicio: turonense) y cura (*curé*) de la localidad de Meudon, fue el autor de la serie de sátiras sobre los gigantes *Gargantúa y Pantagruel*.

64 «Caja registradora».

65 «¡Atiza!».

66 «Pues claro, señor».

67 «Consigna».

68 «El Mofletudo».

69 «Palacio», «palacete».

70 «Sí, el señor conde es muy amable, pero menudas ocurrencias que tiene, oiga».

71 «En resumen».

72 «Le hace ilusión. Ya está».

73 «Las ocurrencias del señor conde».

74 «¡Ay!».

75 «Psico... psicósofo».

76 «Psicólogo».

77 «Banqueta».

78 «Libros»; puede tener un matiz despectivo («libracos»).

79 «Yo no soy psicólogo, para nada».

80 Es decir, la guerra franco-prusiana (1870-1871), que incluyó el sitio de París y acabó con la caída del Segundo Imperio francés.

81 «Nuestra hermosa Francia».

82 «El universo particular».

83 «No me gustan los paraísos artificiales».

84 Uno de los periódicos franceses más importantes de la Tercera República francesa, publicado entre 1876 y 1944.

85 «Solo el sueño interesa; / vivir sin soñar pesa. / Yo amo a la Princesa / Lejana». Cita del drama en verso *La princesa lejana*, de Edmond Rostand.

86 «Buenas tardes, Madame Louise; buenas tardes, Le Joufflu; buenas tardes a todos».

87 «Redactor de la *Gaceta de la Mancha*. Responsable de ecos y cronista».

88 «Sin más».

89 Douglas William Jerrold (1803-1857) fue un dramaturgo inglés famoso por su ingenio. La frase «El único deporte atlético que he dominado es el *backgammon*» proviene de su biografía.

90 En castellano en el original.

91 «Por supuesto».

92 «Claro que no, de ninguna manera».

93 «Querido colega».

94 «El secreto profesional, ¿eh?».

95 «De acuerdo. No se preocupe. Yo me encargo. Cuente conmigo».

96 «Clientes habituales».

97 «Cerrado». También puede entenderse como «clasificado, encasillado», como hace Trent más adelante.

98 «Nadie quiere tener problemas».

Capítulo XII

El conde explica

Una hora más tarde, Trent se hallaba sentado frente a un Bibi que era todo sonrisas y satisfacción, con el robusto pecho cubierto por una servilleta desde el cuello de la camisa hasta abajo. Era un restaurante sin pretensiones, pero el pequeño periodista aseguró que tanto la cocina como la bodega merecían todo respeto.

Con mucho tacto, Trent evitó toda mención al asunto que los había reunido hasta que su huésped hubo llegado a la segunda copa de Meursault de 1906 con sus *moules marinières*[99]. Bibi se relamió, murmurando que eso era vino de verdad, que se podía morder. No probaba néctar así a menudo.

—Y, ahora —dijo Trent—, ¿quiere explicarme, querido amigo, por qué tenemos que cenar aquí como conspiradores? ¿Qué terrible secreto es ese que no se atreve a musitar siquiera entre las paredes del Hotel del Universo Pequeño? ¿Qué diantres puede decirme, o yo a usted, que atraiga el desastre sobre sus amigos Le Joufflu, Madame Louise y, por lo visto, también Monsieur Gautier?

—Pero si seguro que lo comprende —exclamó Bibi en un tono que daba a entender que hasta cierto punto había sobrevalorado la inteligencia de Trent—. Está el estanco de la sobrina de Madame Louise. Están las ganas que Gautier tiene de obtener el lazo morado. Hasta Le Joufflu desea el premio del *poireau* (puerro)[100], puesto que ya ganó el premio del *soufflé* en el último *Concours de la Cuisine*[101]

del Casino, y el diputado le ha prometido un *coup de piston*[102]. En todo caso, nadie quiere *histoires* que tengan que ver con el señor conde.

—¡Nombre de un nombre! —explotó Trent—, ¿qué tengo yo que ver con el estanco de la sobrina de Madame Louise? ¿Cómo iba a impedir el ascenso de Monsieur Gautier a oficial *d'Académie*[103]? ¿Cómo iba a interponerme entre Le Joufflu y el lazo verde y amarillo? ¿Por qué iba nadie a discutir con el conde por mi culpa? ¿Acaso he topado con un secreto de Estado?

Era evidente que Bibi estaba consternado ante la ignorancia de Trent. Bebió otro sorbo de Meursault, frunciendo el ceño mientras pensaba, antes de responder con otra pregunta:

—*Mon cher confrère*, ¿sería tan amable de explicarme sinceramente por qué ha ido al Impasse de la Chimère?

—Con sumo gusto —dijo Trent—. Es más, ya he intentado explicárselo a su amigo Le Joufflu, que se negó a escucharme. Verá. Hace unos días, un amigo mío, un tal doctor Fairman, llegó a Dieppe en el barco nocturno. Por no sé qué motivo misterioso, visitó el Impasse de la Chimère y volvió en el siguiente vapor. En el viaje de vuelta, trató de saltar por la borda y fue detenido acusado de intento de suicidio.

—¡Ah, sí! —dijo Bibi—. Ustedes arrestan a la gente por intentar suicidarse. Es una pena que no puedan castigarlos cuando consiguen cometer el delito. *Ça, c'est bien anglais*[104].

—Tiene razón; pero desgraciadamente sobre mi amigo pesa otra acusación: una acusación de asesinato, el asesinato de cierto millonario de nombre Randolph. Por ahora, comprenderá, no ha sido acusado de ese delito; pero hay unos cuantos detalles misteriosos del caso que no ha explicado y que, según ha declarado, no va a explicar. Uno de esos detalles es esa breve visita a Dieppe. Bien, la Policía de ustedes dice que se le vio en el Impasse de la Chimère entre los dos trayectos en barco. He venido para tratar de encontrar pistas sobre la verdad que Fairman oculta con tanta pertinacia.

—Sí —dijo Bibi—, he oído hablar del asesinato de Randolph, evidentemente. En lo que respecta a la visita de su amigo al *impasse*, es cierto que la Policía anduvo preguntando por allí cuando se fue, y puso nervioso a todo el mundo. Pero también es cierto, me parece, que tenían bastante claro por qué había ido. Por eso Madame Louise y su marido no querían que le contase nada. Sin duda, amigo mío, usted mismo ha adivinado que la visita de su doctor Fairman podría guardar relación con el caso del Pavillon de l'Ecstase y el escándalo de la Mujer Fatal.

Bibi había bajado la voz de manera impresionante, aun cuando nadie podía oírlos, porque el restaurante estaba vacío y el camarero estaba ocupado con el Romanée Saint-Vivant de 1904, que iba a seguir al Meursault.

—Le aseguro —dijo Trent, serio— que en mi vida he oído siquiera un susurro sobre el Pavillon de l'Ecstase y el escándalo de la Mujer Fatal.

Bibi soltó el cuchillo y el tenedor, levantó las manos y las dejó caer en un gesto de asombro y desesperación.

—*Ça m'épate!*[105] Ya sé que taparon y archivaron el caso con una precipitación que podría parecer indecente, pero pensaba que la gran prensa de Londres estaba tan bien informada que no se le ocultaba nada.

A riesgo de destrozar uno de los ídolos de Bibi, Trent tuvo que reconocer que, que él supiera, en Inglaterra no se había publicado una palabra sobre los asuntos que había descrito de manera tan electrizante.

Bibi no dejó que su decepción ante las carencias de la prensa de Londres le impidiese disfrutar de aquella cena milagrosa. El *poulet en casserole*[106] era un espectáculo, y, por lo que respecta al Romanée Saint-Vivant, del que habían servido la primera copa, se besó los dedos en un éxtasis de reconocimiento.

—Dios nuestro Señor —dijo, devoto— podría hacer un vino mejor si quisiera, sin duda, pero dudo mucho que quisiera. Imagínese

anhelar un paraíso artificial, cuando el zumo natural de la uva está para alegrar el corazón de los hombres.

»Deduzco, *mon cher confrère* —prosiguió tras un intervalo de placentero silencio—, que tiene la misión de hacer sus propias averiguaciones sobre los planes del tal doctor Fairman al venir a Dieppe. No tendrá intención de escribir artículos sensacionalistas sobre un suceso desafortunado que ha sido archivado y suprimido, ¿verdad que no?

—Tiene razón. En este caso, mi único propósito es descubrir qué hacía en Dieppe mi desgraciado amigo, y le doy mi palabra de honor de no escribir una sola palabra sobre este intrigante suceso.

—*Tant mieux*[107] —dijo Bibi, y suspiró como solo pueden hacerlo los que están ahítos—. De nada serviría reabrir ese escabroso caso. Podría ser fatal para el Gobierno en un momento de crisis, y sin duda iría en detrimento de los deseos de mis amigos, a los que ya me he referido.

Dio otro sorbo a su borgoña, y dejó de lado las frívolas ocurrencias que caracterizaban a Rond-de-Cuir. Se inclinó hacia delante y empezó su relato:

—De joven, el conde de Astalys era muy serio. Tenía un talento enorme y vivía para sus estudios. Salió a la palestra con su investigación de los efectos del *protoxyde d'azote*[108] sobre la consciencia.

—Un momento —dijo Trent—. ¿Qué es el *protoxyde d'azote*?

—Yo no soy químico como el conde, pero sí sé que es el gas que los dentistas usan para tener contentos a los pacientes mientras les sacan las muelas..., *gaz hilarant*[109], en realidad.

—¡Ah!, nosotros lo llamamos «gas de la risa». Sí, me parece que es óxido nitroso, o algo por el estilo. No me acordaba de que *azote* es «nitrógeno».

—*Peut-être bien*[110] —dijo Bibi con vaguedad—. Solo lo conozco porque el dentista me puso gas una vez, y me encontré al conde cuando aún tenía la cara verde y me sentía raro. Me dio no sé qué

para que me repusiera y me contó que hace mucho, cuando se descubrió, la gente daba fiestas con gas de la risa para que los invitados tomasen un poco y disfrutasen de las sensaciones más exquisitas. Al principio, parecía de lo más inocente. La gente no recordaba las sensaciones. Luego, un sabio descubrió que era *très excitant, quoi?*[111].

A Trent no le hizo falta el guiño de Bibi para entender el especialísimo *excitant*, que ha traicionado a no pocas damas inglesas intachables que han horrorizado a familias francesas respetables.

—Así que, al parecer, esas fiestas acabaron bruscamente. No obstante, eso, claro, no impidió que el conde prosiguiese con sus experimentos. En la guerra lo llevaron al Cuartel General francés después del primer ataque con gas alemán, y fue uno de los directores del Departamento de Gases Venenosos. Después de la guerra, volvió a sus experimentos. No es solo sabio, sino que también es filósofo, y tanto Henri Poincaré como Bergson se han alojado en la Maison de la Chimère.

—El conde parece un tipo polifacético.

—Después, desgraciadamente, se interesó por esa nueva ciencia que llaman psicología. *Ça l'a détraqué*[112]. Por mi parte, no sé qué es eso de la psicología, pero por lo visto es un *machin Boche*[113] con sus Freuds y sus Jungs.

—Tampoco es tan alemana —objetó Trent—. Freud es austriaco, y Jung, suizo.

—¿Qué más da? De todas formas, la psicología le arruinó la vida al conde. Se enamoró.

—¿Qué rayos tuvo que ver la filosofía con que se enamorase?

—Toda su vida fue *tellement sage et sérieux*[114]. Hasta entonces no había *jeté sa gourme*[115]... En su vida no había mujeres.

—A mi entender —observó Trent—, la expresión «echar una cana al aire» es más pintoresca que el giro francés, que, según tengo entendido, alude a una enfermedad equina, o al sarpullido de una

enfermedad infecciosa. Fuera como fuere, ¿qué conexión hay entre la psicología y su amor?

—Se enamoró de la Mujer Fatal, la mujer del caso del Pavillon de l'Ecstase, Marise Sylvain, hija de Raymond Sylvain, el psicólogo. El conde jamás la habría conocido de no haber sido por su relación con Sylvain (¡ahí tiene la conexión!). El conde tenía cuarenta y cinco años, era muy amable, estudioso y serio. Ella tenía veintidós y era *très rusée*[116], dura e inmoral. Se la trajo a la grandiosa y sosa Maison de la Chimère, y ella se aburría. En Dieppe lo sabía todo el mundo, porque la veían por todas partes con sus jovencitos parisinos, y escandalizaba a todo el mundo con sus trajes de baño. El conde volvió a sus experimentos, pero ya no era rico. Se había gastado una fortuna en Marise.

—No es una historia insólita.

—No, el conde se casó con una parisina y tuvo que hacer frente a las consecuencias.

Como otros burgueses de provincias, Bibi consideraba a las frívolas mujeres de la capital odiosas y codiciosas.

—La cosa fue a peor. No hubo divorcio. El conde vivía con sus sustancias y sus libros en la Maison de la Chimère. Según dicen, todavía la quería. La condesa estaba en París casi siempre y, cuando venía a Dieppe, se traía una panda de parisinos que *faisaient la noce*[117] en el Pavillon de la Chimère. Al Pavillon de l'Ecstase el nombre le viene de ella. Luego, el conde se dedicó a la política y los políticos. Conquistó a... —Bibi se inclinó hacia delante y cuchicheó a Trent el nombre de un personaje conocidísimo que seguía siendo ministro—. Para entonces, el conde y ella estaban completamente endeudados. Las fiestas alegres había que pagarlas. Entonces se le ocurrió traficar con *paradis artificiels*[118], las drogas extrañas que su marido descubría y componía. Ojo, no era un trapicheo corriente (cocaína, morfina, hachís, etc.). Eran drogas desconocidas para las autoridades, drogas que hacían jugarretas misteriosas al cerebro y

que a veces, en las orgías, pasaban del éxtasis y del arrebato a la muerte.

Trent recitó para sus adentros uno de sus pasajes favoritos de la *Odisea*:

—Entonces Helena, nacida de Zeus, pensó en otra cosa, y en el vino que estaban bebiendo les puso una droga, gran remedio de hiel y dolores y alivio de males; beberíalo cualquiera disuelto en colmada vasija y quedara por todo aquel día curado de llantos aunque en él le acaeciera perder a su padre y su madre o cayera el hermano o el hijo querido delante de sus ojos, herido de muerte por mano enemiga[119].

Dejándose llevar por el ritmo del hexámetro homérico, Trent soltó una retahíla de versos griegos como si esperase que Bibi pudiese entenderlos. Bibi, que de un inglés esperaba cualquier locura, escuchó y observó a su huésped con mirada inquisitiva.

—La dorada Helena —explicó Trent— sirvió a Telémaco una poción de nepente y olvido. Fue la primera en dispensar el paraíso artificial.

—Oh, ya lo sé —dijo Bibi para su sorpresa—. La *Odisea* es uno de mis libros preferidos.

—¡Repámpanos! ¿Lo lee en griego?

—¡Ay, no! —dijo Bibi—, pero lo leo en provenzal.

A continuación, a modo de venganza, empezó a declamar para Trent:

—Alor, Elano, chato de Jupitèr, aguè uno autro pensado e tout d'un tèms vuejè dins lou vin que bevien lou trassegun que douno la demembranço di mau. Aquèu qu'aurié begu d'aquèu boucoun pourrié pas toumba 'no lagremo de tout un jour, emai fuguèsson mort si paire e maire, emai davans éu fuguèsson mata pèr lou fèrri soun fraire o soun fiéu bèn ama, e quand meme de sis iue vesènt lou veirié.

Bibi miró a Trent con un brillo en sus ojos centelleantes y un aire de satisfacción que recordaba al alumno que ha repetido la lección con éxito y se siente en igualdad de condiciones con el maestro.

—Era más o menos así, seguro. Jamás vi a Marise D'Astalys sin pensar en la dorada Helena, tan bella y fatal. La traducción de la *Odisea* de Charloun es uno de mis libros de cabecera desde que tengo memoria. Verá, mi madre es de la Camarga y, cuando se casó con mi padre y se vino al norte, me enseñó su lengua, y me hacía hablarla con ella. Pero ¡sigamos!, *mon cher confrère*. No estábamos hablando de Helena, sino de Marise D'Astalys, que traficaba con su belleza y con drogas aun en pleno siglo XX extrañas.

—Supongo —dijo Trent— que el conde no estaba involucrado en el tráfico.

—No, vivía en un mundo de sueños. Hacía caso omiso de los amantes de su mujer. Era demasiado amable para manejar a una mujer así. Ella se fue por su lado, y él se quedó trabajando en la Maison de la Chimère, con su criado Robert, tratando de olvidar. Luego se supo que Robert, en quien confiaba, robaba las drogas y se las pasaba a Lucette, la criada de la condesa, *parisienne*[120], y además de las malas.

Bibi se detuvo un rato para ocuparse de la cena. Luego retomó su relato:

—En Dieppe la gente chismorreaba cada vez más, pero pasó un tiempo antes de que el escándalo saliera a la luz. Primero, hubo algunos casos deplorables en París, entre las amistades de la condesa, casos que dejaron perplejos a los médicos y a la Policía. Uno de sus amantes (de quien se decía que se había arruinado por ella) se volvió loco, literal y permanentemente, y los médicos no encontraron nada que explicase su afección. A otros jovenzuelos ricos que habían hecho el tonto (*des fils à papa, quoi?*[121]) se les perdió un tornillo y murieron igual de misteriosamente.

»Así que la Policía ya tenía echado el ojo a los D'Astalys cuando estalló el escándalo del Pavillon de l'Ecstase. Ella estaba en el pabellón con el ministro del que le he hablado, varios diputados y sabe Dios qué mujeres. Iban a inhalar un gas que debía de producir arrebatos indescriptibles. Así que hubo otra orgía.

»A las cuatro de la mañana, un policía que estaba de guardia al final del Impasse de la Chimère (Jules Duphot, se llama) tuvo una visión. Vio a una chica guapísima, que no llevaba más que un par de zapatillas, bailando y cantando sobre los adoquines. Jules no podía creer lo que estaba viendo, aunque sospecho que lo intentó. Luego le echó por encima el abrigo a la muy fresca y la llevó a rastras al *poste*[122].

»La señora resultó ser Madame Cloclo, *danseuse nue*[123] del Casino de París, así que estaba acostumbrada a la situación, pero, cuando llegó a comisaría, se echó a reír como si le estuvieran haciendo cosquillas, hasta que se desmayó de agotamiento. Tuvieron que llevarla al hospital. Y lo peor no fue eso.

»Más o menos a la misma hora turbia, un criado asustado llamó por teléfono al doctor Lambert para que fuera al Pavillon de l'Ecstase. Encontró una situación terrible. El ministro y la condesa estaban inconscientes en un diván; un diputado agonizaba entre gruñidos en el suelo, y media docena más de hombres y mujeres se encontraban en el mismo estado. El médico llamó a la Policía. Lo primero que hizo fue detener a todo el mundo, pero para entonces el ministro había recobrado el sentido. Como decía, había varios diputados y también estaba implicada la mujer de un ministro.

»Pues bien, todo esto ocurrió en un momento poco afortunado. Era uno de esos periodos en que todo el mundo tiene la sensación de que la propia República corre peligro. Por lo tanto, el escándalo tenía que ser silenciado costase lo que costase... Otra gota en el vaso, y el régimen se habría *fichu*[124]. En la prensa no aparecieron más que unos párrafos, en los que la verdad quedaba velada por las insinuaciones. Por lo que a Dieppe respecta, nadie quería jugársela al conde, pero el doctor Lambert le contó a su mujer lo que vio en el Pavillon de l'Ecstase; y eso fue una imprudencia. Imagínese las historias que empezaron a circular por la ciudad; porque Madame Lambert es *bavarde*[125]. Pero a la postre los rumores se acabaron. La

condesa desapareció, y, según dicen, ahora anda por África con un *marchand de comestibles*[126].

Trent había escuchado con gran atención este sabroso capítulo de historia política.

—Me temo —dijo entonces— que, más que simplificarlo, su relato complica el problema. No explica en absoluto por qué Fairman habría de salir corriendo a la Maison de la Chimère. Un científico serio y sobrio como él sería el último habitante del mundo en participar en una orgía de drogas o sumirse en un paraíso artificial.

—Me temo que ahí no puedo ayudarlo. No conozco a su amigo. ¿A lo mejor era amante de la condesa?

—Rotundamente no. Era y es víctima de un romance desgraciado en Inglaterra.

Bibi se encogió de hombros.

—Bueno, como comprenderá, después de lo que le he contado, el ministro implicado veía con buenos ojos a la gente de por aquí que conoce los hechos y está dispuesta a echar una mano para mantenerlos en secreto. Ponía a su disposición su influencia en cualquier asuntillo relacionado con la clase de cosas que los Gobiernos conceden. Pero, por otra parte, ¿qué habría sido de las modestas ambiciones que le he mencionado, que tanto significan para mis amigos, si el escándalo hubiese revivido por culpa de una palabra indiscreta que se le hubiese escapado a cualquiera de ellos? Y entonces, de forma totalmente inesperada, aparece su amigo Fairman. Cuando Le Joufflu miró por la ventana aquella mañana, lo vio andar errante como un fantasma. Entró en la fonda y pidió un café, y a continuación empezó a preguntar dónde podía encontrar al conde de Astalys.

Conforme Bibi pronunciaba estas palabras, Trent dio un manotazo en la mesa.

—¡Bien! —exclamó—. Entonces eso queda claro, por lo menos. Fairman vino para ver al conde de Astalys. Lo conocía o sabía de su existencia. ¿Está seguro de que mencionó el nombre de D'Astalys?

Bibi lo miró con los ojos como platos.

—¡Pues claro, sin la menor duda! ¿Acaso no fue la mención de ese nombre lo que hizo que Le Joufflu, con todo lo afable que es, lo tratase con tan poca simpatía? Se lo he oído a él mismo. Le dijo al doctor Fairman, sin demasiados miramientos, que el *château* estaba cerrado y que no sabía dónde había ido la familia. En realidad, el conde se había ido a París hacía un tiempo, y la condesa, evidentemente, había desaparecido con su *marchand de comestibles*. A su inglés no le bastó el café para restablecerse, pero, después de un par de coñacs, salió tambaleándose. Y volvieron a empezar los problemas. La Policía llegó más tarde. Interrogaron a todo el vecindario sobre los movimientos del extranjero misterioso, y tomaron nota de lo que le dijo a Le Joufflu y de lo que este respondió. Daba la impresión de que el escándalo estaba volviendo a salir a la luz. Pero aquel día no pasó nada más, y al siguiente, tampoco. Y entonces, cuando empezábamos a sentirnos seguros otra vez, entra usted en escena y vuelve a ponernos a todos de los nervios.

Trent, llamando al camarero, pidió algo, y a continuación se volvió hacia su invitado con una sonrisa de disculpas.

—Ahora entiendo por qué mi curiosidad fue tan mal recibida. Sin embargo, sigo igual de lejos de solucionar mi problema. Ahora está probado que mi amigo vino con el objetivo de ver al conde de Astalys, pero ¿por qué? Si se conocen, quizá el propio conde pueda ayudarme. ¿Sigue en París?

—No. Me parece que ha vuelto a la Maison de la Chimère esta mañana, aunque, como supondrá, no recibe visitas.

—Tengo que hablar con él como sea. Es mi única esperanza.

Bibi, colorado y digno, estaba ocupado oliendo con satisfacción manifiesta una copa de coñac añejo y pareció sentirse inspirado por el aroma.

—En la prensa —observó— no estamos acostumbrados a que nos nieguen las entrevistas, y la solidaridad profesional exige que lo

ayude a usted. Tengo una idea. Cuando está en Dieppe, el conde da un paseo por la Grande Rue[127] cada mañana antes de almorzar. Mantuvo la costumbre durante todo el escándalo y nunca dio la impresión de que notase que la gente de la calle lo miraba con curiosidad. Se deja caer por la librería de Gautier para hojear libros y charlar. Hégésippe y él mantienen grandes discusiones. Pues bien, mañana por la mañana, voy a llevarlo a usted a la librería de Gautier, y, si está el conde, se presenta. Obviamente, no sabe nada de lo que le he contado esta noche; lo único que tiene entre manos es el caso de su compatriota. Con tacto, usted hará el resto.

Trent aceptó la oferta inmediatamente, y el resto de la velada transcurrió en una conversación menos seria inspirada por una cena excelente.

Aquella noche, Trent, en su habitación perfumada con flores secas, en la que siglos de fantasmas rondaban de manera encantadora, trató de ordenar sus ideas. Se sentó junto a la ventana abierta, mirando al Pavillon de l'Ecstase, que a la luz de la luna tenía un aspecto etéreo y menos desolado. Fue construido para el placer, pero para unas delicias exigentes y delicadas. Drogas y locura..., en cierta forma, el escándalo del Pavillon de l'Ecstase era vulgar y corriente; pero era típicamente francés que tuviese ramificaciones políticas, y que disparates y vicios privados se hubiesen convertido en cuestión de Estado.

Y, concluido el sórdido relato, la muerte de Randolph y las circunstancias que la rodeaban seguían sin aclararse. Bueno, a lo mejor el conde de Astalys lograba esclarecer algo. Trent se acostó y se quedó dormido.

En la Librairie Gautier había una atmósfera de paz. Los libros actuales moraban en los recintos exteriores del templo; los últimos libros de París, que allí esperaban a que alguien llegase a hojearlos sin pensar en comprarlos. El propio Gautier iba amorosamente de

uno a otro, con el gusto exigente del buen conocedor, feliz de hablar sobre ellos con todo visitante capaz de apreciar sus méritos y carencias.

Allí llevó Bibi a Trent la mañana siguiente. Hégésippe no los recibió gustosamente, aunque tan imposible era para él ser descortés en su propia librería como para un árabe olvidar la ley de la hospitalidad. Temía por el anhelado lazo morado, porque le parecía muy posible que aquel extranjero inoportuno removiese el escándalo que con tanto cuidado había sido enterrado. Pero su cautela se desvaneció como la escarcha al sol cuando descubrió que Trent sabía apreciar los libros hermosos.

Trent leyó de una edición de Verlaine que había encima del mostrador:

Il pleure dans mon coeur,
comme il pleut sur la ville...[128]

—¡Para que luego digan que no hay lírica en francés! ¡Qué placer produce leer estas palabras en una página perfecta!

El librero, con sus amables rasgos transfigurados por el amor de su vida —a Trent su expresión le recordó al Caballero Blanco—, se lo llevó consigo para enseñarle una edición tras otra, desde una sorprendente *Afrodita* de Pierre Louys a un Montaigne circunspecto, pero divertido y confidencial. El entusiasmo tranquilo de Hégésippe había cautivado hasta tal punto a Trent que se sobresaltó cuando Bibi le tocó el hombro y murmuró a su oído:

—*Voilà monsieur le comte: je me sauve*[129].

Bibi le estrechó la mano a Trent y puso pies en polvorosa, saludando al salir a un recién llegado con un floreo de su sombrero y un:

—*Bonjour, monsieur le comte*[130].

Trent percibió a contraluz la silueta de una figura muy alta y encorvada. El librero corrió hacia la puerta, murmurando frases de bienvenida. Avanzaron juntos, y hubo un momento de silencio

incómodo; Gautier no dio la menor muestra de interés en presentar a su visitante inglés. Trent cogió el toro por los cuernos.

—Señor conde —dijo—, permita que me presente. —Le alcanzó su tarjeta—. Creo que puede decirme algo que es de vital importancia para un amigo mío que es, según tengo motivos para pensar, amigo de usted, el doctor Bryan Fairman. Puede que se trate de un caso de vida o muerte.

El conde había retrocedido en un principio con un gesto involuntario de desagrado, pero su actitud cambió al escuchar el nombre de Fairman. Cogiendo la tarjeta de Trent, le tendió la mano y dijo:

—Estoy a su disposición, Monsieur. Los amigos de Fairman son mis amigos. Permita que lo lleve a un sitio donde podremos hablar en privado.

Lo guio a un recoveco acristalado de la trastienda.

Ahora el conde estaba erguido, de manera que la luz le daba en la cara. Trent, como pintor de sujetos humanos que era, se quedó fascinado ante los ojos lustrosos, hundidos bajo unas cejas espesas encima de una nariz aguileña y un largo bigote blanco desaliñado. Eran ojos entre verdes y grises, con la pupila rodeada claramente por una línea oscura, y producían la extraña sensación de no mirar hacia fuera, sino hacia dentro. Con las primeras palabras de Trent, hubo en su mirada un atisbo de miedo, o al menos de desasosiego, como si tras dichos ojos el alma se hubiese asomado al mundo exterior y no le hubiese gustado la vista; pero la serenidad volvió a ellos casi al instante.

—Tal vez haya oído hablar —dijo Trent— del asesinato del señor Randolph, un famoso filántropo inglés que murió en Londres hace unos días. Al parecer, el doctor Fairman tuvo algo que ver con el crimen; hasta hay cierto riesgo de que lo acusen por ello.

El conde de Astalys levantó las manos.

—¡Que Fairman haya asesinado a alguien! *C'est inconcevable!*[131] No, señor; no había oído nada al respecto. No leo los periódicos.

—Tampoco yo —declaró Trent— podía creer que fuera culpable de un crimen semejante, y por eso he venido a pedirle ayuda, dado que el propio Fairman no me la presta. Es posible que usted sepa algo que explique su extraña conducta.

A continuación, expuso sucintamente los hechos relativos a la implicación de Fairman en el delito, aunque no mencionó lo que había sabido de manera confidencial por el inspector Bligh (que la Policía tenía la confesión del propio Fairman).

—La noche del asesinato —prosiguió— vino a Dieppe. A la mañana siguiente lo vieron en el Impasse de la Chimère, y me han informado de que preguntó por usted. Al ver que no estaba en casa, volvió a Inglaterra en el barco siguiente, y de camino lo detuvieron cuando estaba a punto de saltar por la borda y suicidarse. Se negó a explicar su comportamiento; en realidad, se negó a decir nada; y actualmente está tan enfermo que ni los amigos podemos verlo.

El conde meneó la cabeza con pesadumbre y se tapó los ojos con las manos.

—Sus palabras me afligen de un modo inexpresable —se lamentó —. Pero me temo que apenas si puedo ayudarlo. No se me ocurre por qué habría de venir a verme en tan terribles circunstancias. Créame, Monsieur, estoy muy unido a su amigo. Vivimos juntos en París durante un año, de estudiantes, y llegué a conocerlo muy bien. Admiraba sobre todo su integridad y su intrépida lógica. Haría lo que fuera por él, por mucho que me costara; sin embargo, tengo que confesar que no sé qué hacer.

—A lo mejor —aventuró Trent—, dado que conoce tan bien el carácter de nuestro amigo, logra dar con el resorte de esa conducta inexplicable. Pensaba que yo lo conocía bien, pero quizá usted lo conozca mejor.

—Si hablamos de eso tan intangible que es el carácter —observó el conde—, solo puedo decir que tengo la certeza moral de que jamás podría ser un asesino corriente; es decir, jamás podría haber matado por beneficio personal o por pasión. A pesar de ello... —vaciló un

momento—, no es imposible que, si la razón dura y fría de la que ha hecho su dios requiriese su propia muerte o la de cualquier otra persona, obedeciese su mandato, aunque fuera a regañadientes. Tengo que hablarle un poco de nuestra base intelectual. Usted sabe, claro, la filosofía que Fairman siempre ha seguido.

—Me parece que sé por dónde va —dijo Trent—. Ciencia sin arte ni religión; intelecto sin emoción. Es una esclavitud. Puede traicionar a los que caen en ella. Fairman ha descubierto que la emoción sabe hacer peticiones que no pueden rechazarse.

El conde sonrió débilmente.

—No me sorprende. En esto Fairman y yo nunca hemos estado de acuerdo, aunque gracias a nuestras diferencias éramos mejores amigos. Verdad hay una sola, con reflejos incontables. Ninguno de los dos trató de imponer su verdad al otro. Mi filosofía me ha causado problemas para dar y tomar, pero el sentido común y el materialismo de Fairman parecen haberlo metido en dificultades casi idénticas. Siempre fue un científico puro. Desde el primer momento sostenía que la mente es una función del cuerpo, y creía que lo externo visible condiciona lo interior invisible. Tenía que ver y tocar las cosas para creer en su existencia. Nunca se desvió de ese principio, y en todo el notable trabajo que realizaba con los enfermos mentales veía a sus pacientes como máquinas, aunque eso no impedía que fuera con ellos el colmo de la amabilidad y la consideración.

»Por otra parte, a mí siempre me ha parecido más difícil creer en la realidad de lo que se ve que en la de lo que no se ve. Jamás he estado seguro de la solidez de los objetos externos; en cambio, no tengo la menor duda de la existencia de mis propios pensamientos y sentimientos. Esa contraposición de perspectivas era la que nos hacía tan buenos amigos y nos permitía hacer una labor valiosa juntos...

»Huelga que le hable de la carrera de Fairman. Usted debe de conocerla mejor que yo. Mis inclinaciones y mi verdad me llevaron

por otro camino. Solo me interesaba el mundo interior, y, cuando la tentación me hizo salir, pagué un amargo precio. Pero nunca he perdido el interés en mi viejo amigo, y muy de vez en cuando nos carteamos..., lo suficiente para percibir que él tampoco ha cambiado de opinión. Y eso es, Monsieur, lo único que puedo decirle sobre las ideas y el carácter de Fairman. Me parece, y lo lamento, que apenas esclarecerá el enigma de su conducta.

Trent no trató de esconder su decepción.

—Señor conde, le agradezco que haya atendido mi petición —manifestó—. Al fin y al cabo, no era más que una remota esperanza, aunque no pude evitar hacerme ilusiones. Desgraciadamente, me veo abocado de nuevo a la primera teoría que concebí; mejor dicho, que la propia Policía me sugirió. Le confieso que he peleado para no aceptarla.

—Lo comprendo demasiado bien —dijo el conde—, aunque dudaba si decírselo a un amigo de mi amigo. Cree que tal vez haya perdido el juicio. La posibilidad es más que evidente, basándonos en los hechos que me ha presentado.

—Eso es lo que me preocupa —confesó Trent—. Bien, no tengo nada más que decir o hacer aquí. Espero que no tarden en autorizarme a visitar a Fairman, y entonces podré hacerme una idea más precisa de su estado mental. De nuevo, señor conde, muchas gracias y adiós. Vuelvo a Inglaterra en el barco que zarpa dentro de unas horas.

99 «Mejillones a la marinera».

100 *Sic* en el original.

101 «Concurso de cocina».

102 «Echarle una mano».

103 «De Academia». Oficial de Academia era, hasta el establecimiento de la Orden de las Palmas Académicas en 1955, el grado más bajo de las Palmas Académicas francesas, que reconocen a quienes se han distinguido en los campos de la cultura y la educación. En todos los grados, la insignia se lleva con un lazo morado.

104 «Eso es muy inglés».

105 «Me deja de piedra».

106 «Guiso de pollo».

107 «Bien».

108 «Óxido nitroso».

109 «Gas hilarante» o «gas de la risa».

110 «Puede ser».

111 «Muy excitante, ¿eh?». La acepción relacionada con el estímulo sexual, casi inexistente en el inglés *excite*, es más frecuente en francés que en castellano.

112 «Lo volvió loco».

113 «Chisme alemán». *Boche* tiene un matiz peyorativo.

114 «Tan prudente y serio».

115 Literalmente, *gourme* puede significar «gurma» (adenitis equina o papera) o «impétigo». El significado de la expresión se encuentra en la respuesta de Trent.

116 «Muy astuta».

117 «Se corrían juergas».

118 «Paraísos artificiales».

119 Según la traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Gredos; 2001. p. 52.

120 «Parisina».

121 «Hijos de papá, ¿eh?».

122 «Comisaría».

123 «Bailarina desnuda».

124 «Escacharrado».

125 «Parlanchina».

126 «Tendero».

127 «Calle Mayor».

128 «Llora dentro de mi corazón, / como llueve en la ciudad», cita del poema «Il pleure dans mon coeur...», de Paul Verlaine.

129 «Aquí viene el señor conde; me largo».

130 «Buenos días, señor conde».

131 «Es inconcebible».

Capítulo XIII

Felix Poubelle de 1884

Trent volvió de Dieppe en un estado de aguda decepción y perplejidad creciente. Sin darse cuenta del todo, había albergado la esperanza de encontrar una pista que explicara la implicación personal de Bryan Fairman en el caso Randolph. Pero no halló la menor ayuda en la reticencia que predominaba en el Hotel del Universo Pequeño, ni en los picantísimos chismorreos de Rond-de-Cuir, ni en la franqueza filosófica del conde de Astalys. Lo que este le contó tan solo había dado más peso a la explicación más sencilla, aunque más trágica, del asunto; y, si el inspector Bligh, el propio Trent en su momento y finalmente el conde —con todo lo que sabía del carácter de Fairman y el afecto que le tenía como amigo— habían llegado a la conclusión de que la idea de la locura de Fairman tenía que ser estudiada, los argumentos que apoyaban esa solución tan inaceptable eran irrefutablemente sólidos.

A pesar de ello, Trent, y quizá solo él —dado que nadie más sabía de la monstruosa insinuación de las huellas de la chuchilla de afeitar —, seguía teniendo claro que esa solución era demasiado fácil. Todavía cabía la posibilidad de que Fairman actuase como lo hizo para proteger a alguien. Dicha opción se había tenido en cuenta de forma oficial, y después se había descartado por razones aparentemente buenas; pero Trent, por su parte, no estaba tan seguro. No explicaba todos los hechos, sin duda, pero ¿qué falta

hacía? Trent se lo preguntaba desde el interés apasionado en demostrar la inocencia de su amigo, motivación esta que desde luego no influía en el inspector Bligh y la gran institución que representaba.

Solo quedaba un detalle curioso entre las pruebas de que disponían en el caso Randolph; no constituía un reto insuperable para el ingenio detectivesco, ni mucho menos, pero, aun así, era un pormenor que, desde el primer momento, y en opinión de Trent, debía ser explicado. Se trataba del tapón de champán hallado en un bolsillo del muerto. Aunque uno podía imaginar cómo había llegado a esa colección heterogénea de una docena de maneras, estas no eran verosímiles. Podía pensar que era un amuleto o un talismán, conservado por la misma razón que llevaba a gente como la señora McOmish o Verney, el secretario, a atesorar los clavos herrumbrosos que encontraba en la calle. Sin embargo, sin la menor duda, Randolph no había sido de los que hacen cosas así. ¿Se trataba entonces de uno de los muchos objetos absurdos que se supone tienen el poder oculto de mantener a raya el lumbago, el catarro o la epilepsia? ¿Era un recuerdo de una orgía disoluta de la Asociación para la Moral y la Higiene Social? ¿O un salvoconducto para los cónclaves secretos de la Sociedad Protestante de la Verdad? Ni una sola de estas posibilidades parecía intrínsecamente probable; pero a Trent se le había ocurrido una más sencilla y satisfactoria.

Por otra parte, la marca del tapón constituía un problemilla en sí misma. Sin aspirar a las cumbres del discernimiento cabal, a Trent siempre le habían interesado el vino y su peculiar ciencia; entre sus amigos había expertos reconocidos; y sabía suficiente para advertir, en cuanto el señor Bligh le enseñó el tapón en cuestión, que Felix Poubelle de 1884 tenía que ser un producto definitivamente fuera de lo común. Creía que todos los detalles extraños del caso merecían ser estudiados; y, por lo menos, el primer paso no era nada difícil: consultar a un experto que conociera como nadie el vino, y por lo

tanto los tapones. William Clerihew[132], el renombrado y erudito bodeguero de la plaza Fountain, era el candidato obvio.

La casa Hermanos Clerihew y Cía. examinaba, adquiría y ofrecía vinos raros y añejos con una dignidad reverente al lado de la cual las piedras preciosas parecían vulgares y corrientes. La tienda era un oasis de paz en el jaleo y el bullicio mercenario del West End; el revestimiento de madera de las paredes y los suelos vetustos, que se inclinaban en todos los planos salvo el horizontal, la colección de botellas de vino históricas y singulares, y la excelencia sin parangón de los vinos degustados en el local la convertían en un lugar excepcional. Mientras el resto de Londres andaba demoliendo lo viejo y velando las bellezas del pasado con la fea monotonía de la modernidad, el señor Clerihew, a la chita callando, se había preocupado por preservar la tradicional sencillez de su local y rescatar de la capa de mal gusto posterior el peculiar encanto del edificio original.

Allí, a la mañana siguiente, en la tranquilidad de un mundo olvidado, Trent jugaba con una copa de excelente jerez seco mientras hablaba con su amigo, quien, como le dijo, con el paso del tiempo cada vez se parecía más al retrato de Jacobus van der Geest por Van Dyck. Trent no tardó en llevar la conversación al asunto de los tapones.

—¡Los tapones! —dijo William Clerihew con un carraspeo introductorio. (No era del todo indiferente al sonido de su propia voz)—. Son casi tan interesantes como el propio vino. El vino vive lo que viva el tapón. El valiente tapón que ha preservado de los ataques de sus innumerables enemigos la belleza de un vino añejo durante medio siglo o más es fascinante. Si lográsemos descubrir uno solo de los secretos del tapón, valdría el rescate de un rey. ¿Por qué motivo de vez en cuando un tapón, seleccionado cuidadosamente y a todas luces acreedor de su alto destino, cambia de chaqueta e infecta el vino que tiene confiado con el sabor y el aroma de la corrupción? ¿Procede el mal de fuera o del interior de la

botella, o acaso se halla latente en el propio tapón? La ciencia no tiene respuestas. Millares y millares de libras se malgastan en vino picado, y se han gastado millares y millares de libras en investigaciones para descubrir el microbio (si es que es un microbio); pero esquiva el microscopio, el filtro y todos los aparatos de la química.

Al tratarse del asunto favorito de Clerihew, este se había lanzado. Trent empezó a sugerir que aquel no era exactamente el punto de vista desde el que le interesaban los tapones, y la elocuencia de su amigo cambió de rumbo al instante.

—¡Ah!, estás pensando en la historia del tapón, claro. Que yo sepa, los griegos no usaban tapones para el vino. Por otra parte, los romanos los utilizaban a veces para cerrar las ánforas (acuérdate de Horacio), a lo mejor para esas pequeñas ánforas de vidrio de vinos raros de las que habla Petronio. En la Edad Media se olvidaron los tapones, como casi todo. Durante siglos el vino se bebía de la barrica, y la botella empezó siendo una jarra de vidrio en la que llevar el vino de la barrica a la mesa. Según la leyenda, Dom Pérignon, un monje de Hautvillers, en Champaña-Ardenas, descubrió a finales del siglo XVII que el corcho podía servir para tapar botellas, y en virtud de ello el mundo le debe el chispeante champán. A mi juicio, creo que es más halagador considerarlo una aportación personal del buen benedictino en lugar de suponer que se acordó de Horacio y se limitó a reintroducir el uso romano de la corteza del alcornoque.

Clerihew se detuvo para tomar aliento, y Trent aprovechó la fugaz ocasión.

—Precisamente quiero consultarte acerca de un tampón de champán.

Describió tan exactamente como pudo el tapón hallado en el bolsillo de Randolph.

—Un tapón excelente, está claro —dijo el bodeguero—. La forma grácil..., la textura que se ha hecho firme con los años de presión

constante. Por lo que respecta a la marca... —Se detuvo, paladeando sus recuerdos de una gran añada con tanto amor como si se hubiera tratado del propio vino—: Felix Poubelle de 1884, un vino hermoso, un vino para el recuerdo, un vino de gran carácter y delicadeza que todavía, en su vejez, es soberbio. Contenía, me parece, una proporción inusualmente elevada de uva blanca. Ya sabes que en general la uva negra entra en la composición de la mayoría de los champanes... Ahora es viejísimo, claro; pero, a mi juicio, un gran champán conquista las cumbres más nobles cuando, mediante la alquimia del tiempo, deja de lado la efervescencia inconsciente de la juventud, esa sospecha de vulgaridad...

Un gesto impreciso completó la frase, y Trent se apresuró a hacer la pregunta práctica que era motivo de su visita.

—¿Sabes de algún restaurante de Londres que tenga Felix Poubelle de 1884 en la carta de vinos?

Clerihew meneó la cabeza, pensativo.

—Yo tengo unas cuantas botellas, pero no es fácil que lo encuentres en la carta de un restaurante. Los champanes añejos son vinos muy poco habituales. Son demasiado caros; representan un montón de capital improductivo mientras envejecen, y además solo sobreviven las botellas con los mejores tapones. No; los champanes añejos no son vinos para el restaurador corriente. No pondría el Felix Poubelle de 1884 en la carta... La mayoría de los clientes pensaría que ya está demasiado viejo. —Volvió a menear la cabeza. A continuación, añadió—: Pero a lo mejor en tres o cuatro restaurantes anticuados puedes encontrar un par de botellas que se hayan extraviado en la bodega.

La mirada de decepción de Trent se desvaneció.

—¡Querido Will! —exclamó—. ¡Oráculo y profeta! Cuéntame el secreto de esos escasos y, me temo, onerosos locales de refección.

Clerihew mencionó los nombres de cuatro restaurantes; todos pequeños, todos exclusivos y todos escandalosamente caros.

—¡Ajá! Eso pensaba —dijo Trent—. No son exactamente el tipo de sitio que elijo cuando tengo un banquete tonto y sin importancia en perspectiva. No dan pan con una albóndiga, como dice la canción[133]. Bueno, William, ya ves mi idea. Según parece, Randolph, como te he dicho, llevaba este tapón en el bolsillo el día que lo mataron. Me interesa averiguar, como a la Policía, quién lo hizo. Es posible que, si logramos averiguar de dónde salió el tapón, y por qué lo llevaba encima, nos aclaremos un poco. Probablemente se lo quedó del almuerzo de ese día, porque el criado dice que, que él sepa, antes nunca había tenido un tapón en su posesión. Y, si almorzó con alguien, me gustaría conocerlo y escuchar lo que pueda contar al respecto, y lo que hablaron con el vino y las nueces. Además, por pura curiosidad, agradecería toda sugerencia que pueda hacer sobre por qué una persona en su sano juicio se marcha después de comer con un tapón de champán.

Clerihew reflexionó unos instantes.

—Sí; me imagino que puede merecer la pena seguir la pista. Por lo que respecta a la sugerencia que agradecerías... Yo mismo puedo hacerte una, no sé si te convencerá; a lo mejor no.

—¡William! Eres un príncipe. —Trent alzó la copa de jerez—. Larga vida a la Confederación de Ladrones de Tapones, y al señor Clerihew, que a continuación pronunciará unas palabras acerca de la situación actual y los objetivos inmediatos de esta antigua institución.

Una sonrisa de reminiscencia afloró a los labios de Clerihew.

—Una noche me guardé un tapón de champán —dijo—, y me lo llevé, por una razón especial. La verdad es que había montado en cólera. A lo mejor el señor Randolph llevaba el tapón en el bolsillo porque también montó en cólera.

Volvió a sonreír según ofrecía esa esclarecedora sugerencia. Trent dio una palmada a la silla.

—¡Claro! —exclamó—. ¿Cómo no se me había ocurrido? Cuando montas en cólera, te guardas un tapón en el bolsillo... Una

costumbre pintoresca y muy extendida, que en último término se remonta al culto a la naturaleza y los ritos matrimoniales de los indígenas de las Islas Salomón, como menciona *La rama dorada*[134]. El tapón puede emplearse para morder, a fin de evitar apretar los dientes; o puedes hacérselo tragar al enemigo; o puede quemarse, para dejarle la cara negra como la de un negro de la costa. Sí; el tapón es esencial para el hombre enfadado. Tiene infinitas posibilidades.

—Vale, vale —dijo Clerihew, sosegado—. Sé lo que me digo, y es una explicación, aunque muy probablemente no sea la correcta. Me has pedido que te lo cuente, ¿no? Bien, ¿puedes decirme primero si Randolph sabía algo de vino? Supongo que tenía bodega en la casa de Yorkshire.

—Sí —afirmó Trent—, tenía; y además muy cuidada. Me lo dijo él mismo cuando me alojé allí; y sin duda lo que tomé era bueno. Él bebía poquísimo vino, pero me dijo (como no podía ser menos, claro) que creía que, si haces algo, lo haces bien. Compraba el vino a Hughes & Saunders.

—Son óptimos —observó Clerihew con amistosa condescendencia —. Puede que les escuchara a ellos lo que voy a contarte... Aunque..., ojo..., no todo el mundo lo sabe, ni siquiera los de la profesión.

Y el bodeguero procedió a impartir la lección esotérica para la que había allanado el camino con tanto cuidado.

Armado con esa información, Trent partió a la búsqueda del Felix Poubelle de 1884. En primer lugar, visitó el rinconcito misterioso llamado L'Écrevisse Souffrante, tímidamente escondido en el sótano de un edificio grande cerca del mercado. Fue recibido con *empressement*[135] por el jefe de camareros, que era francés, y sus secuaces, que iban de un lado a otro con mucha animación; pero su solicitud quedó sin recompensa, porque se negó a quitarse el abrigo hasta haber inspeccionado la carta de vinos. Los camareros circulaban muy ajetreados con el menú; pero, como en Londres era

temprano para el almuerzo, pasaron unos minutos antes de que pudiesen sacar al sumiller de profundidades aún más hondas, probablemente de su querida bodega.

Mientras esperaba, Trent se dirigió con más pena que ira al jefe de camareros y a sus satélites:

—Quién iba a pensar que un restaurante tan famoso habría caído en la tonta costumbre de elegir la comida antes que el vino. ¿Acaso la gente compra un marco y luego escoge un cuadro que le vaya bien? Estoy hasta la coronilla de los que empiezan la casa por el tejado. He venido aquí a propósito en pos de cierto vino..., un champán, en realidad. Si lo tienen, pediré una comida pensada para realzar sus mejores cualidades. Si no, diré adiós, y sanseacabó.

Los camareros subalternos —casi todos italianos— fueron de lo más comprensivos, porque solo tenían una idea vaga de lo que Trent decía; pero hasta ellos dieron muestras de alivio cuando apareció el de los vinos, haciéndose cargo apresuradamente de su oficio.

Al oír «champán», su resentimiento hacia el cliente que lo molestaba por almorzar demasiado temprano se había templado, porque «champán» sonaba a buena propina. Tenía el pelo entrecano, con el bigote blanco propio de su profesión; y parecía pertenecer a esa tribu anónima que habla todas las lenguas igual de fluida e incorrectamente, pero no tiene una propia.

Trent dejó de lado la carta de vinos tras una breve inspección.

—Estos vinos no me sirven —dijo—. ¿No tienen champanes que puedan pedir los clientes especiales...? ¿Vinos fuera de carta? ¿Felix Poubelle de 1884, por ejemplo?

—Perdona, signor, le vino de champania no es gut cuando es viego. Dopo vinte anni lo perde su briyo y devient como dicen ustedes plat.

—No he venido —dijo Trent, severo— para que me den lecciones sobre el champán. Quiero una botella de Felix Poubelle de 1884, y, si no tienen, me voy a otra parte.

El sumiller lo sintió «molto», y los camareros, también. Trent se marchó del Cangrejo de Río Enfermo.

No tuvo más suerte en la Huître aux Perles. Puede que la ostra tuviera perlas, pero Felix Poubelle de 1884, no.

De allí fue en taxi a un restaurante llamado Porter's. Era famoso por su cocina inglesa y sus camareros ingleses; en cambio, el agente que mandaba en el vino era francés. Casi lloró sobre el hombro de Trent, tanta era su alegría al encontrar a un cliente que pedía el vino antes que la comida.

—¡Ah! —dijo—. Tal vez a Monsieur le apetezca el borgoña.

La cara le cambió cuando Trent manifestó su intención de beber champán. Él, por lo menos, no tenía el menor respeto a los clientes que pedían esa bebida. Trent notó el cambio en la conducta del hombre y, por lo tanto, fue más impertinente en su inspección de la carta de vinos.

Una vez más, no había ni rastro de Felix Poubelle de 1884.

Con tristeza llena de reproche, meneó la cabeza.

—Esperaba más de ustedes. Necesito un champán añejo de verdad. Es más, en este momento solo hay un vino que me apetezca... Felix Poubelle de 1884.

Una mirada de sorpresa relampagueó en los ojos del camarero.

—¡Felix Poubelle de 1884! Por una casualidad extraordinaria, Monsieur, tenemos tres botellas; pero hace años que no está en la carta.

Antes de que Trent pudiera decir esta boca es mía, el sumiller se había esfumado. Trent, con la sensación de que había llegado a la meta, se sentó y pidió una comida a la altura de la ocasión. En uno o dos minutos le presentaron la botella para que le pasara revista. La reputación de Trent ganó enteros cuando, tras asegurarse de que la botella estaba frigidísima, dijo que la quería tomar a la temperatura de la bodega.

—Me imagino —le comentó al camarero— que no venden muchos champanes tan añejos.

Las cejas del sumiller volvieron a correr peligro de mezclársele con el pelo.

—Es extrañísimo, Monsieur, pero la semana pasada vendí una botella del mismo vino, cuando hacía años que nadie lo pedía. Monsieur sabe, se echa de ver, que es un vino sobresaliente, pero son pocos los que lo creen..., pocos, en realidad, los que pueden apreciarlo. Para casi todo el mundo es demasiado añejo; exigen lo que llaman «el toque», *n'est-ce pas?*[136]. —Chasqueó los dedos a modo de ilustración; a continuación, añadió con pesar y tolerancia—: No saben lo que hacen.

—Sin duda, somos pocos los que conocemos este vino, por lo menos —admitió Trent, guardándose que no lo había probado en su vida—. Es más, a lo mejor conozco a ese cliente de la semana pasada. ¿Cómo era?

Los labios, las cejas y los hombros del sumiller colaboraron hábilmente para sugerir cierto desagrado.

—Era mayor..., mucho mayor que Monsieur, *d'un air bourru*[137], la mirada dura, y no muy simpático, para qué negarlo. Pero sabía de vino. Me dijo que, ya que tenía que beber champán, quería un vino añejo, y le comenté que este es el mejor.

Trent lo miró, pensativo.

—Sí; debe de haber sido mi amigo. Lo ha descrito perfectamente. Y, si no me equivoco, hubo cierta... situación desagradable, ¿verdad?

El camarero se quedó callado, concentrado en abrir la botella. Le dio a Trent el tapón (hermano, como pudo comprobar, del que le había enseñado el inspector Bligh). A continuación, respondió:

—*Eh bien*[138], está claro que Monsieur ya lo sabe.

—Si he venido —dijo Trent con frialdad—, es solo porque sabía que el caballero en cuestión tomó una botella de este vino.

El camarero asintió conforme acababa de llenarle la copa a Trent.

—Sí; es cierto, hubo un pequeño incidente. Verá, su amigo se encontraba en un reservado, y estaba a cargo del servicio un camarero inglés (aquí el personal es inglés, como probablemente ya

sepa Monsieur), un hombrecillo que sabe bastante poco de vino. En general, no atiendo los reservados yo mismo. Cuando el señor mayor habló de champán, este camarero tuvo la osadía de recomendar un vino espumoso (ya sabe Monsieur a lo que me refiero), no champán, sino un vino de fantasía.

—Efectivamente, sé a lo que se refiere..., un blanco barato al que le inyectan gas carbónico para que tenga burbujas.

—*Parfaitement*[139], Monsieur. En este país hay gente que bebe vino de ese. Es más barato, claro está. Pero su amigo se irritó mucho (y con razón) cuando el camarero le sugirió que bebiese Espuma de Plata, que es como se llama. *Et voilà toute l'histoire!*[140].

Trent ya estaba ocupado con la cucharada de caviar que acababan de colocarle delante.

—Quizá no sea toda la historia —sugirió con calma—. ¿No pasó algo con un tapón?

El camarero apartó la mirada.

—No entiendo, Monsieur.

—No lo tengo tan claro. Escuche; voy a imaginar en alto lo que ocurrió. Este conocido mío estaba molesto, no solo porque le recomendaron el vino del nombre poético..., sino también porque sabía por qué se lo recomendaron. Y usted también lo sabe, naturalmente.

El dúctil rostro del camarero expresó una perplejidad vacua.

—Es una mala costumbre —prosiguió Trent—, pero, al fin y al cabo, no es culpa de los restaurantes, ni de su personal. Empezó con los productores de champán. La competición entre ellos era tan fuerte que uno inició la práctica de pagar una comisión por cada tapón que el camarero presentase al agente de la compañía. Y todos tuvieron que hacerlo. Y..., puesto que vivimos en una era de organización empresarial..., se formó una bolsa de tapones para recoger tapones y pagar comisiones. Pero llegó el momento en que todo aquello se acabó.

Aquí el sumiller se permitió una sonrisa contenida, al tiempo que su mirada errabunda se detenía en la de Trent; no obstante, siguió callado.

—La compañía que confecciona el brebaje llamado Espuma de Plata paga más de lo que se paga por cualquier tapón de champán auténtico. Por eso su camarero inglés ensalzó los méritos de ese líquido soberbio. Y, si por casualidad el cliente sabía de ese tráfico vil, tal vez por eso montó en cólera. Y por eso, quizá, mandó llamar al sumiller, y obtuvo de él el excelente consejo de probar el Felix Poubelle de 1884. Y por eso, en fin, se guardó el tapón en el bolsillo en cuanto el camarero culpable hubo abierto la botella.

El camarero dejó de lado la vergüenza y miró a Trent con expresión inocente.

—Sin duda alguna —dijo—, Monsieur está bien informado. No puede negarse que ese sistema deplorable existe, y que de cuando en cuando puede llevar a ciertos *bêtises*[141]. El caballero se guardó el tapón por eso, seguro. Lo lamento.

—Yo no —dijo Trent—, puesto que me ha traído a su local, donde espero obtener cierta información. Tengo el deber de explicarle que el caballero del que hemos estado hablando murió asesinado. Se llamaba James Randolph, y, como puede que haya leído en la prensa, lo asesinaron el miércoles pasado por la noche..., el día que almorzó aquí.

—*Mon Dieu!*[142] —exclamó el camarero con expresión de sorpresa. Se dio una palmada en la frente—. Vi la fotografía en el periódico, pero no recordaba su cara. Ahora caigo en que era la misma. *Mon Dieu!*

—El oficial de la Policía que lleva el caso —prosiguió Trent rápidamente— es amigo mío, y estoy echándole una mano con la investigación. Estoy tratando de averiguar todo lo posible sobre ese almuerzo, porque puede haber algo importante (nunca se sabe). Ahora, si quiere, puede contarme ciertas cosas... Ya ve que, dadas

las circunstancias, no hay mal en ello. En primer lugar, si el señor Randolph estaba en un reservado, supongo que no comió solo.

El camarero vaciló y pareció incomodarse.

—Monsieur, comprenderá que en esta profesión es necesario ser muy discreto. Sin embargo, dadas las circunstancias, como dice Monsieur, voy a hablar sin tapujos. Hay que asistir a la justicia, al fin y al cabo; y, si hubiese una investigación oficial...

—No lo dude —le aseguró Trent—, a menos que averigüe lo suficiente ahora.

—Entonces, vale: el señor Randolph estaba acompañado de una dama, efectivamente.

—¡Una dama! Qué interesante. ¿Puede describírmela?

—¡Ah! Eso, como dice Monsieur, es interesantísimo. Si no me equivoco, era una dama muy conocida, una dama cuya fotografía ve todo el mundo en la prensa, una dama que yo mismo he visto en escena más de una vez.

Trent se quedó boquiabierto. Había vuelto a recibir un golpe inesperado e incapacitante.

—¿O sea que el señor Randolph estuvo aquí con la señorita Eunice Faviell?

—Estoy seguro, Monsieur.

Trent, recuperando el dominio de sí mismo, recompensó generosamente al tipo y prosiguió con una comida para la que ahora apenas si tenía apetito, al tiempo que consideraba el nuevo giro que había dado el caso, en apariencia sin sentido. Si Eunice era la invitada del anciano, en condiciones de intimidad que sugerían al menos alguna clase de relación íntima, ¿qué pasaba con el escándalo que había armado por sus desagradables insinuaciones? ¿Qué papel tenía el personaje caballeroso al que había llamado en su defensa y que con tan generoso ardor había afrontado la empresa..., esto es, el propio Trent? Aunque no era especialmente sensible, por naturaleza, en lo relativo a su dignidad personal, todavía no ha nacido el hombre que disfrute haciendo el ridículo sin

saber por qué. No le gustaba; y todavía le gustaba menos que lo hiciera una mujer a la que siempre había creído incapaz de engaños y tejemanejes. La Eunice Faviell a la que tan bien había llegado a conocer era impulsiva, impaciente, obcecada, incapaz de controlar sus emociones, pero nunca había encontrado un temperamento más abierto y franco que el suyo.

Hubiera lo que hubiera detrás de todo aquello, su siguiente paso lo dictaban tanto la lógica como la inclinación. Tenía que ver a Eunice cuanto antes. Antes de marcharse de Porter's, gracias a los buenos oficios del sumiller, habló con el «inglesito» que atendió a Randolph y su invitada. El hombre, cuya memoria se refrescó con media corona, solo pudo decirle que reconoció a la señorita Faviell; que parecía tener una relación cordial con su anfitrión, hasta el final de la comida, momento en que se marchó sola, a toda prisa, y al parecer de muy mal humor; y que, por lo que escuchó cuando estaba en el reservado, la conversación de ambos versó sobre asuntos teatrales.

Cuando Trent llamó al apartamento de Eunice Faviell en la calle Ovington desde una estafeta cercana, le respondió la doncella. La señorita Faviell no se encontraba en casa. Llevaba fuera desde la tarde del jueves previo. Solo había dejado dicho que se iba de la ciudad y había pedido que no le remitiesen el correo.

132 William Clerihew es el protagonista de varios relatos y novelas detectivescos del coautor de la novela, H. Warner Allen, autor asimismo de varios libros sobre el vino. El apellido Clerihew es, por cierto, un homenaje a Bentley, cuyo nombre completo era Edmund Clerihew Bentley.

133 Una canción popular inglesa de mediados del siglo XIX, de la que se conocen numerosas versiones, en la que un cliente que solo tiene dinero para pagar una albóndiga pide pan al dueño del restaurante, quien contesta que con una sola albóndiga no sirven pan.

134 Obra del antropólogo escocés J. G. Frazer, cuya primera edición apareció en 1890, pionera en el estudio comparativo de la mitología y las religiones.

135 Puede traducirse tanto por «diligencia» como por «calidez».

136 «¿No?».

137 «Tenía un aire arisco».

138 «Bueno».

139 «Efectivamente».

140 «Y eso es todo».

141 «Errores».

142 «¡Dios mío!».

Capítulo XIV

Los genios tienen que vivir

Que Trent supiera, no era la primera vez que Eunice Faviell se marchaba, cortando durante un tiempo toda comunicación con el mundo. En general, sus desapariciones estaban relacionadas con papeles difíciles que tenía que estudiar, y, por lo que sabía, también en aquella ocasión podía ser ese el motivo. Al menos, deseaba ardientemente que así fuera. Con cada nuevo giro, el caso Randolph parecía más siniestro y más incomprensible.

De una cosa podía estar seguro. Si de verdad quería desaparecer por el momento, Eunice era plenamente capaz de hacerlo de manera tan eficaz que todo intento de dar con su pista tendría muchas papeletas para fracasar. Sabía volverse irreconocible con unos pocos retoques y unos cuantos cambios en su aspecto, y lo hacía de cuando en cuando; además, tenía una intuición única para descubrir lugares en los que era muy poco probable que los nativos reconociesen a un personaje célebre.

Sin embargo, la posibilidad de no lograr ponerse en contacto con ella era inaceptable para Trent. Debía remover cielo y tierra para encontrar el menor atisbo de verdad sobre el asesinato de Randolph. No cabía duda de que Eunice estaba entre las últimas personas en ver y tratar a Randolph, y ello había ocurrido en circunstancias más que extrañas. En condiciones normales, a Trent le habría parecido

completamente imperdonable entrometerse en su deseo de intimidad; ahora no.

Conforme cruzaba despacio la plaza Leicester en dirección oeste, tuvo una idea. No era agradable, pero no podía permitir que una preferencia personal lo apartase de su rumbo mientras estuviese en marcha una investigación como aquella. Si Eunice quería retirarse de incógnito, había una persona, por lo menos, a la que podía haberle revelado dónde iba. Trent decidió tratar de sonsacarle algo a quien encabezaba la corta lista de gente a la que detestaba cordialmente, e inmediatamente salió a su encuentro.

Tuvo suerte al primer intento. El gran salón de fumadores del club Cactus estaba hasta la bandera, pero en un rincón, al lado de la ventana, había una islita de sillas vacías. Eugene Wetherill estaba sentado en el centro de aquel hueco. Su lengua y su reputación creaban un vacío a su alrededor hasta en los lugares más abarrotados. Su impopularidad, que tomaba como el más sincero de los homenajes de la chusma a un espíritu superior, le resultaba placentera.

A menudo, el genio florece en campos extraños. Los cotillas incluían entre las maravillas del mundo el éxito de Wetherill con las mujeres, porque este era de una fealdad atroz. Una pronunciada calva en el pelo negro y crespo dejaba al descubierto la abultada frente. La nariz grande y retorcida y los labios gruesos producían un efecto repelente que la barba y el bigote recortados, con su sombra de fanfarronería isabelina, no lograban remediar. Los fríos ojos grises bizqueaban de manera repulsiva; pero en la mirada que lanzaban bajo las pobladas y prominentes cejas ardía un fuego fuera de lo común..., a menudo, incluso con un toque de locura. Su voz era áspera y desagradable. La escasa belleza que tenía residía en la hechura del cuerpo, alto y bien moldeado, y que Wetherill mantenía en forma mediante ejercicios constantes.

A medida que Trent, tras avistar su presa, cruzaba la habitación, lo saludaron varios conocidos que le ofrecían un hueco en un

reposabrazos, o espacio en un sofá; pero, con reverencias alegres, llegó hasta el rincón. Wetherill, que estaba estudiando un cuadernito a través del monóculo que formaba parte de su pose, levantó la mirada cuando se acercó y lo saludó con sorprendente amabilidad.

—¡Ah! Trent —dijo—. Precisamente quería verlo a usted.

Trent no logró imaginar por qué quería verlo Wetherill, a no ser por el sencillo placer de infligir su compañía a quien no la deseaba. Era ese un sentimiento que Trent jamás había tratado de esconder, y muchas veces lo había subrayado con una descortesía que habría llevado a casi todos los hombres a hacer caso omiso de su presencia en lo sucesivo. Pero sus encuentros ocasionales siempre le habían causado la sensación exasperante de que no había palabra en el mundo capaz de hacer mella en la impenetrable armadura del amor propio de Wetherill. Los malos modales, la ironía, incluso la risa resultaban inermes frente a una vanidad prodigiosa que no ofrecía el menor resquicio. Lo peor era que a su manera Wetherill era un genio poético; como dramaturgo y prosista, tenía un dominio de la belleza de las imágenes y un poder mágico con la palabra que arrastraban todo a su paso. Por mucho que sus críticos dijeran que detrás de toda esa felicidad externa no había más que los escombros de un hedonismo pasado de moda, no podían negar el encanto de la fachada.

Trent estiró sus largas piernas en un sillón vecino al de Wetherill, y se sacó una pitillera del bolsillo.

—La última vez que nos vimos —dijo al tiempo que la ofrecía—, tenía tanta prisa que no pudimos tomar una copa. ¿Quiere tomarla ahora?

Wetherill lo miró con una ligera sonrisa que señalaba con más elocuencia que las palabras cuánto desconfiaba de su hospitalidad; a continuación, con una risa ronca, cogió un cigarrillo y abrió una conversación que, según le decía su instinto acertadamente, no tardaría en dar al traste con la paciencia de Trent.

—Para ser un pecador espléndido —dijo—, el hombre debe privarse. El gran amante tiene que ser un asceta, tener poco que ver con la bebida o la nicotina. No pruebo el alcohol, salvo de vez en cuando para tomar posesión del alma de un vino noble que se sonroja como una virgen.

—La última vez que nos vimos —dijo Trent sucintamente—, hablaba de tomar un cóctel de ajenjo.

—Por lo que respecta al tabaco —prosiguió Wetherill, como si Trent no hubiese dicho nada—, la regla de mi abstinencia es no fumar nada que haya pagado yo. Me permito la abyección de uno de sus cigarrillos.

—Puede que sea un gran pecador —admitió Trent—. Recuerdo que san Agustín insistía en que él lo era, así que probablemente esté usted en lo cierto. Fuera como fuere, hace lo que puede, según dicen, y nadie puede hacer más. Por lo que respecta al amor..., ¿qué sabe la oruga de la belleza de una rosa?

Wetherill hizo una mueca de deleite, exhibiendo una fila de grandes dientes tan blancos como los de un animal.

—¡Qué gran frase! —exclamó—. Se supera, querido amigo. A la gente le suele pasar cuando habla conmigo (lo tengo observado). —Volvió a abrir el cuaderno—. ¿Le importa que la apunte para usarla más adelante?... Me la puede regalar en vez de pagarme una copa. —Garabateó con su lapicero—. Mi memoria es lo único de mí que no me satisface. ¡Ya está! Registrada..., un comentario con malísima idea. ¡Felicidades! Los hombres —añadió, reflexivo— siempre tienen celos de mí, y no me extraña. Pero, discúlpeme, todavía no le he contado por qué quería verlo. ¿Qué sabe del caso Randolph ese? Me interesa. La última vez que lo vi, abajo en el zaguán, fue justo el día después de haberle sacado al viejo una buena cantidad de dinero, redonda, cómoda.

Trent contempló con dureza a Wetherill, quien le devolvió la mirada con total serenidad.

—Recuerdo que dijo algo sobre un buen negocio que había hecho. Y nos vimos la misma noche que asesinaron a Randolph. ¿Cómo consiguió cobrar el cheque a tiempo?

—No hubo cheque, querido amigo. Entre las lecciones que me ha enseñado la vida está esta verdad: en ciertas transacciones es mejor el dinero de verdad en el bolsillo que un cheque. Para cobrar un cheque hace falta tiempo. El signatario puede cambiar de idea y cancelarlo. O pueden ocurrir otras cosas. En una ocasión (ya hace bastante) le gané una cantidad muy aceptable (casi 400 libras al cambio) a un joven compatriota nuestro, en una agradable partidita de bacará en Ostende. Acepté un cheque; sabía que era rico y que no iba a repudiar una deuda de honor. ¿Qué ocurrió? Aquella noche se fue del club al volante de su propio coche; había bebido demasiado; chocó con una farola del *digue*[143] y se dejó allí los sesos; el cheque perdió todo su valor; y sus albaceas rehusaron pagar una deuda de juego. No, querido amigo; Randolph no me dio un cheque. Por sugerencia mía, fuimos en coche a su banco, donde me entregó la cantidad en billetes, y en menos de una hora estaba ingresada en mi propia cuenta en Henson's. Pero nos estamos apartando del asunto. Dígame, ¿por qué disparó al viejo ese tal Fairman?

Trent fingió una sorpresa que no sentía ni por asomo. Había previsto ese giro inevitable de los chismorreos.

—¡Le disparó Fairman! ¿Qué dice? Que yo sepa, no está acusado.

Alzando una mano larga y cuidada, Wetherill meneó la cabeza con gesto de reproche.

—Querido amigo, no me tome por un tonto integral. Estoy seguro (yo y todo el mundo, ya que estamos) de que, aun cuando Fairman esté detenido por intento de suicidio, en realidad lo acusan del asesinato. Y usted tiene amigos en la Policía, como sabemos. Estoy convencido de que está mejor informado que los demás. ¿Por qué lo hizo?

—Bueno, ya que le importa tanto mi opinión —dijo Trent, con desagrado—, creo que no lo hizo, piensen lo que piensen usted y la Policía. ¿A qué viene tanta prisa por dar por sentado que es culpable? No sabía que lo conociera siquiera.

—No lo he visto en mi vida; aunque, obviamente, no puedo evitar saber que alberga una pasión sin esperanza por cierta amiga nuestra, pasión a la que ella, ¡ay!, no puede corresponder. —Wetherill se limpió el monóculo, volvió a ponérselo en el ojo, y contempló tranquilamente a Trent según proseguía—. Podría entender que me asesinase a mí, pero ¿por qué a Randolph? Siento mucha curiosidad. Eunice también, estoy seguro, porque tiene buena opinión de él.

Trent notó que se estaba poniendo colorado, y la sonrisa de Wetherill le hizo ver que este lo había advertido. Dominó sus emociones y preguntó con calma:

—¿No volvió a ver al anciano después de recibir el dinero?

—Nunca jamás, querido amigo. No fui yo, si es lo que está pensando. Curiosamente, no obstante, sí que amenacé con matarlo; justo antes de que nos despidiéramos. Verá, después de darme el dinero, le pareció oportuno ponerse muy desagradable conmigo, y la verdad es que me disgustó muchísimo lo que me dijo (no se trató de un mero caso de grosería deliberada de esos que encuentro sencillamente entretenidos, querido Trent). Le repliqué que cualquier día iba a volarle la tapa de los sesos. ¡Con qué facilidad le vienen a uno a la boca esas viejas frases pintorescas cuando se enfurece! Sí, eso le dije. —Wetherill, que no había dejado de tomar nota del efecto que causó en el humor de Trent que diera por sentada la culpa de Fairman, añadió con desgana—: Creo que, de haber sabido que Fairman iba a dispararle por mí, habría sonreído.

Trent hizo caso omiso de la pulla.

—Cuánta sinceridad... Imagino que eso significa que usted está a cubierto..., es decir, que puede explicar de forma satisfactoria lo que estaba haciendo la noche del asesinato de Randolph.

Wetherill alzó las manos.

—¡Querido amigo, hay que ver qué expresiones le han enseñado sus amigos de Scotland Yard! «Explicar de forma satisfactoria...». Luego me va a decir que tengo derecho a guardar silencio, pero que todo lo que diga..., y el resto del parlamento. ¿Sabe? Le sentaría muy bien el casco azul oscuro, Trent; haría juego con sus ojos y le daría a su expresión el toquecito de austeridad que le hace falta. Bueno, voy a contárselo. Después de vernos, solo me quedé unos minutos en el club; a continuación, volví a mis aposentos y estuve trabajando hasta que salió el sol. Me estaba costando una barbaridad (y me sigue costando, en realidad) el último acto de mi *Crucifixión de Afrodita*. No —prosiguió Wetherill, pensativo—, no maté a Randolph; pero, si de verdad hubiera pensado que tenía algo que ganar con ello, ¿acaso no habría cometido el crimen perfecto? Me dirá que los criminales siempre cometen errores...; un cliché estúpido, sin duda. Solo descubren a los que cometen errores. Es como decir que los meteoros siempre son visibles, aunque sabemos que en el espacio abundan los cuerpos sin luz. Si puedo crear mi propio mundo con la imaginación, ¿no podría concebir un problema criminal irresoluble? Pero discúlpeme; esto es un soliloquio. Querido Trent, he contestado a sus preguntas, y usted, en cambio, ha esquivado la única pregunta que le he hecho yo. Ahí va otra, sumamente práctica: ¿sabe algo del testamento de Randolph?

Trent, a quien la conversación afectada de Wetherill no causaba el menor efecto, no pudo evitar que la directa sencillez de esa interpelación lo pillase desprevenido, y tampoco pudo suponer lo que había detrás. Más aún, fue un recordatorio desagradable de que aún no le había hecho la pregunta sencilla y directa que había ido a plantearle a Wetherill, y de que su desvergonzada alusión a sus relaciones con Eunice Faviell le había puesto más difícil que nunca pedirle esa información. Por lo tanto, respondió con la misma naturalidad:

—Tengo entendido que no dejó testamento.

—¡Atiza! —Wetherill se incorporó con la primera manifestación de interés sincero hasta el momento—. Querido amigo, ¿está seguro de lo que dice?

Miró fijamente a Trent con ansiedad a todas luces auténtica.

—No cabe duda. Estaba a punto de hacer testamento cuando lo mataron, pero no llegó a hacerlo. Eso dicen sus abogados. De todos modos, ¿a usted qué más le da, Wetherill? ¿Esperaba que lo admirase tanto como para dejarle un legado sustancioso? ¿O creía que se había ganado su afecto amenazando con dispararle?

Wetherill, con los ojos entornados en honda reflexión, se limitó a hacer un gesto vago con la mano y calló durante unos instantes. Por fin, dijo:

—Disculpe, querido. He tenido que revisar mis ideas al escuchar lo que me dice. Son buenas noticias; no son decepcionantes, en absoluto, sino un caso inesperado de buena suerte, basándome en el cual acabo de decidirme a dar un paso tremendamente serio. Voy a casarme con Eunice, y usted, si lo desea, será el primero en darle la enhorabuena.

La sorpresa y el asco estuvieron a punto de echar por tierra la determinación de Trent de no perder la compostura. Respiró hondo y, a continuación, comentó:

—No tengo ni la más remota idea de lo que significa eso.

Wetherill, que seguía pensativo, se atusó el bigote.

—No, supongo que no —respondió con frialdad—. A pesar de ello, no piense que lo tomo por imbécil, querido amigo. Al contrario, tiene usted el rarísimo talento de ser capaz de frustrar mis más denodados esfuerzos por sacarlo de sus casillas. No: es imposible que sepa lo que significa. Pero puede estar tranquilo acerca de lo importante. Es verdad que voy a casarme con Eunice.

—No lo creo —sentenció Trent yendo al grano—. Está dando demasiadas cosas por sentadas. Sé que hace tiempo que ella no tiene contacto con usted. Todas sus amigas creen que ha roto con usted para siempre —añadió de manera un tanto inexacta; a

continuación, mirando con candor a Wetherill a los ojos, dijo—: Me resulta completamente incomprensible que haya podido rebajarse a relacionarse con un rufián como usted.

Wetherill se puso a limpiar el monóculo de nuevo.

—Naturalmente —dijo—. Usted no entiende a las mujeres, querido amigo. Ya sé que es un lugar común; una de esas cosas que un concejal podría decirle a otro concejal. Pero en su caso es cierto, como incontestablemente sería cierto en el caso del otro concejal. A lo mejor hay que envidiarle la ignorancia; ¿quién sabe? Lo de rufián... ¿Sabe qué, querido amigo? Me encanta el epíteto que ha elegido. Son tantos los hombres, y tantas las mujeres, que han hecho todo lo posible por encontrar insultos mordaces y, aun así, nadie ha dado con algo adecuado y significativo. En realidad, es un asunto interesante. Que un mentecato al que podría romperle el cuello con una sola mano me compare con una especie inferior, o un tipo social inferior, no me impresiona, naturalmente; y siempre tengo la sensación, además, de que mi denunciante no está satisfecho con sus propios esfuerzos. Pero me estoy desviando del tema. Le ruego que me perdone de nuevo, querido amigo; hace que me vuelva locuaz. Decía que Eunice ha roto conmigo. Ha malinterpretado la situación (quizá a propósito). Fui yo el que rompió con Eunice. En cambio, ahora tengo intención de casarme con ella, de llevarla al altar, como suele decirse. No puede parecerle mal.

—¿Eso cree? —preguntó Trent—. Le aseguro que me han parecido mal brutalidades mucho menos repugnantes que la suya. Si pensase que lo que dice es posible, no solo me parecería mal; haría todo lo posible por impedirlo. Pero no lo pienso.

Wetherill sonrió y descartó sus dudas con un gesto de la mano.

—Bueno, querido amigo, ya lo verá; haga lo que pueda. Se lo escribiré esta noche. —Observó a Trent a través del monóculo con aire de diversión cortés—. Recibirá mi honorable petición de mano en la casa de usted.

Trent se sobresaltó y perdió las riendas.

—¿De qué demonios habla? —exclamó, empujando la silla.

—Sí, en su casa —dijo Wetherill, arrastrando las palabras y sacudiéndose un poco de ceniza que le había caído en la manga—. Esta mañana he recibido una carta suya, fechada en la mansión de Didbury, que, me parece, es propiedad de usted.

Trent lo miró fijamente, callado, conforme asimilaba aquella afirmación sobrecogedora. Sabía lo suficiente de Wetherill y su proceder para saber que decía la verdad. Sabía que su esposa, que se hallaba en la mansión, era íntima amiga de Eunice Faviell. Sin embargo, no le había dicho nada de aquella visita; así que tuvo la sensación, y no por primera vez, de que estaba saliendo malparado de una entrevista que él mismo había buscado. No obstante, por lo menos había alcanzado su único objetivo: sin preguntar, había averiguado dónde encontrar a Eunice.

—Me ha escrito a propósito de... digamos que de cosas de negocios —prosiguió Wetherill, como si desease ser de ayuda y poner fin a un silencio incómodo en la conversación—. Debo confesar, por cierto, que es una carta desagradable. Pero hay antecedentes; no se lo tengo en cuenta; su corazón no tardará en triunfar, como siempre. Ah, su carta trataba de nuestro pobre Randolph. No puedo decirle más. Ya veo que eso también lo pilla desprevenido; querido amigo, el día de hoy no tiene más que sorpresitas para usted. Reacciona usted de forma muy visible a las emociones, como el poeta francés que comparaba su corazón con un laúd suspendido, ¿recuerda? *Aussitôt qu'on y touche, il résonne*[144]. No pensará —continuó, pensativo— que la propia Eunice matara al viejo, ¿verdad? Parece decidido a creer que el candidato más evidente no lo hizo. Los dos sabemos que tiene un pronto temible. Esa manera que tiene de tirársete al cuello de repente... Ese es uno de sus mayores encantos. Recuerde cómo se sentía Fausto cuando Margarita se puso de uñas en su primer encuentro. *Wie sie kurz angebunden war, Das ist nun zum Entzücken gar!*[145]. Estoy seguro de que ha habido momentos en los que ha querido matarme.

Trent sabía que Wetherill tenía razón cuando dijo que le resultaba muy difícil ocultar sus emociones. De hecho, se quedó blanco, y el frío le caló en los huesos, cuando este hizo aquella sugerencia frívola. Sin embargo, replicó con tono duro y despectivo:

—Si tanto le gusta *Fausto*, me permito recordarle lo que le dijo a la Bruja en su cocina: «Habla como un coro de cien mil idiotas». Solo un imbécil podría imaginar que Eunice Faviell tuviera que ver con la muerte de Randolph; y voy a hacerle el favor de dar por hecho que no lo piensa de verdad. Para empezar, no tenía el menor motivo para desear su muerte.

Wetherill juntó las yemas de los dedos y se recostó en la silla, como si estuviese preparado para una diversión intelectual.

—Bueno, a lo mejor tendríamos que diferenciar. Una cosa es desear la muerte de una persona, y otra, alegrarse al enterarse de la muerte de una persona, sin duda. Casualmente, sé que Eunice debe de haberse alegrado al enterarse de la de Randolph.

—¿Por qué? —Trent se sentía, y sonaba, a punto de estallar.

—Porque, querido amigo, su muerte la ha convertido en una mujer muy rica.

Wetherill miró plácidamente por la ventana, como si no hubiera vistas más hermosas que las de las chimeneas del otro lado de la calle Down. Ante este último giro insensato de la conversación, Trent tuvo la sensación de que estaba perdiendo el juicio. Se llevó una mano a la frente y preguntó sin fuerzas:

—¿Le importaría explicarse?

—En absoluto —dijo Wetherill, afable—. Es de dominio público (o enseguida lo será, por lo menos). Eunice Faviell es sobrina de James Randolph, hija de su única hermana, con la que discutió hace no sé cuántos años. Lo sé de buena tinta; me lo dijo Randolph. Me lo dijo la última vez que nos vimos, cuando aligeré su bolsa repleta, como ya he mencionado. Me dijo que había descubierto que Eunice era pariente suya y que había hecho testamento para que heredase la mayor parte de su fortuna.

Trent se metió las manos en los bolsillos y rio a carcajadas un buen rato.

—¿Es su última revelación? —preguntó—. En realidad, da lo mismo. Me parece que ya he perdido la facultad de sorprenderme; se me ha agotado la capacidad de maravillarme. Dígame que acaba de meterse a cura. Dígame que el presidente del Jockey Club[146] es chino. Dígame que me ha salido cola. Ya nada me puede sorprender. Pero me gustaría saber una cosa. Aún puedo sentir curiosidad. Si no quería que se supiese, ¿cómo es que se lo contó a usted?

Wetherill meneó la cabeza, triste.

—Me temo que me lo dijo para ser desagradable. Me parece que ya se lo había mencionado.

—Aun así —apuntó Trent—, se me ocurren maneras más sencillas de hacerle daño que decirle que tenía una sobrina. Y, por lo que respecta al dinero, supongo que no se opone frontalmente a la idea de que lo tenga.

Hablaba más o menos por hablar, pero en su fuero interno trataba de entender qué significaban esa asombrosa novedad y todo lo que la había precedido.

¿Lo sabía Eunice? Si lo sabía, ¿desde cuándo? ¿Explicaba eso la misteriosa cita en Porter's? ¿Era una explicación de lo decente del interés y del afecto por ella del que había dado muestra el anciano, y que ella, al ignorar la verdad, había tratado como galanterías reprobables de un enamorado mayor? Por otra parte, si Wetherill llevaba una semana pensando que Eunice iba a heredar de Randolph, ¿por qué había esperado tanto antes de decidirse a «casarse con el dinero» de Randolph tras la muerte de este? Y, de nuevo, ¿por qué se lo había dicho Randolph, que no podía saber que iba a morir y a hacer «rica» a Eunice, tan pronto?

Sin embargo, Wetherill estaba preparado para ayudarlo con esta última dificultad. Su peculiar afición a hacer públicas sus maldades era demasiado fuerte.

—Voy a revelarle —anunció, tras una breve pausa— por qué Randolph decidió contármelo, como usted señala. A lo mejor encuentra interesante la historia. Verá, la transacción que nos traíamos entre manos era la venta de un libro mío, una obra inédita de la que debió de oír hablar, sin duda, cuando andaba haciendo averiguaciones sobre Eunice.

En la mente de Trent se hizo la luz.

—Ya veo —dijo despacio—. Se refiere al libro que escribió para chantajear a Eunice. Esa sabrosa parte de la historia es conocidísima.

—No me sorprende —dijo Wetherill—. Pero menospreciar *El ala rota* es un error, querido amigo. Es una obra maestra; en algunos aspectos, lo mejor que he escrito en mi vida, una posesión para siempre. Cuando Eunice lo leyó, tuvo la amabilidad de pagarme todo lo que pudo para que no circulase; sin embargo, aunque me hubiese dado un millón, habría sido monstruoso por mi parte negar al mundo tamaña obra de arte para la posteridad.

—Pero aceptó el dinero.

—Querido amigo, me hacía falta. Los genios tienen que vivir, reconózcalo; y, para vivir en cualquier acepción tolerable del término, necesitan lujo. En todo caso, están sujetos a las reglas de su propia naturaleza y a ninguna otra. Y, si Eunice ha llegado a ser genial, ha sido gracias a mí, no lo olvide.

—Las demás razones por las que aceptó el dinero no me sorprenden en absoluto —dijo Trent—. He oído esa clase de sandeces muchas veces, y en ocasiones de boca de personas que eran artistas de verdad. Pero la última no la puedo pasar por alto. Eunice era lo que era, y es, mucho antes de tener la mala suerte de conocerlo a usted, o de actuar en una obra suya.

La dignidad de Wetherill permaneció inconmovible.

—Eunice sabe lo que me debe, aunque otros finjan no saberlo. Por eso me dio todo lo que pudo juntar. Aun así, reconozco que fue una tontería por su parte tratar de impedir que *El ala rota* circulase. Con

ese romance la he hecho inmortal; a lo mejor no como a ella le habría gustado, sino en el personaje de una mujer, una gran artista, que libra una batalla lamentable contra un amor destructivo e implacable, y contra el paso de los años. Es un estudio...

Trent cortó por lo sano:

—Tengo muy poco aguante para estas cosas. Si no le importa, vamos a pasar página. Lo que no entiendo es qué pintaba Randolph en todo este asunto.

—Ah, eso —explicó Wetherill con afable sinceridad—; pintaba que por suerte apareció cuando me había gastado todo el dinero de Eunice. Había oído hablar del libro. Me mandó llamar y se ofreció a comprármelo. Entonces no tenía ni idea del verdadero motivo, porque ninguno de los dos mencionamos el nombre de Eunice. Estaba dispuesto a pagar una suma bastante considerable por los derechos de autor. Le pedí más; llegamos a un acuerdo; y ese mismo día fui a su casa con el manuscrito y le cedí los derechos en un documento que tenía preparado. En mi inocencia, pensé que buscaba el reconocimiento de ofrecer la obra al mundo bajo su responsabilidad; y en aquel momento un buen montón de dinero en el bolsillo me importaba más que la posibilidad de cobrar regalías. Seguro que lo comprende.

—Estupendamente, pero sigo esperando que me cuente por qué le habló a usted de su parentesco con Eunice.

—Cada cosa a su tiempo, querido amigo. Una vez que tuvo el manuscrito y el contrato, y cuando me hubo entregado el dinero, me informó cortésmente de que no tenía intención de publicar el libro, sino que iba a quedárselo para sus propios fines. Entonces fue cuando perdí los estribos. Lo insulté de forma nada habitual en mí. Él sonrió y parecía encantado. Amenacé con asesinarlo, y dio la impresión de disfrutar todavía más. A continuación, como si fuera lo más natural del mundo, me contó que había descubierto que Eunice Faviell era su pariente más próxima viva, y que casi todo su dinero sería para ella cuando muriese.

»Como puede suponer, me sorprendió que saliese a relucir un nombre que nadie había pronunciado hasta aquel momento. No obstante, le declaré, sin faltar a la verdad, que estaba encantado de oírlo. ¿Cómo no? Me dije que nada podía beneficiarme más que tener a Eunice para mí solo y convertida en heredera de semejante fortuna, y con un millonario, mientras tanto, de quien depender para el sustento en condiciones adecuadas de dicha condición. Me prometí a mí mismo tomar medidas para reunirnos de inmediato.

—Sí; me lo puedo imaginar —dijo Trent con rápida simpatía—. Vislumbró el paraíso: toda la vida exprimiendo a una mujer con dinero que está incurablemente loca por usted.

Wetherill alzó una mano en gesto de leve reproche.

—Palabras —replicó con mansedumbre—. No olvide, querido amigo, lo que he dicho acerca de las necesidades de los genios. Permítame proseguir. Acababa de informarme de que Eunice era pariente suya y estaba llamada a ser su heredera. Me entretuve imaginando la agradable perspectiva así desvelada. ¿Y qué dijo a continuación aquel viejo perverso..., aquel prodigio de prejuicios groseros y ciegos?

—Soy todo oídos.

—Dijo que pretendía cortar todo lazo entre Eunice y yo. Lo dijo con deleite patente y desnudo, como si estuviera paladeando una esencia deliciosa. Tengo que admitir que me quedé boquiabierto de asombro e indignación, y a continuación explicó a qué se refería: añadió que, según estaba estipulado en su testamento, Eunice no heredaría nada de nada y que en vida de él no recibiría ni un penique, si no prometía romper toda relación conmigo de inmediato y mantenía estrictamente dicho compromiso en el futuro.

Wetherill se detuvo, como para dejar que calase toda la bajeza de semejante atrocidad.

—Y, a juzgar por cómo lo contó —prosiguió—, concluí que ya había hecho testamento y que había puesto fin a mis expectativas. Y así habría sido si hubiese vivido lo suficiente para llevar a cabo lo que

planeaba. ¡Maldito viejo sinvergüenza! Bueno, yo también tengo un poco de filosofía. Cuando me fui, me quité de la cabeza la idea de Eunice. Al fin y al cabo, le había sacado una cantidad suficiente para hacer frente a mis necesidades durante un tiempo considerable, y había salido ganando en la misma proporción. Y ahora, hoy, querido amigo, ¡imagine lo que he sentido (el resplandor repentino de la felicidad renovada y consolidada) cuando me ha dicho que al final Randolph murió sin dejar testamento!

Abrió los brazos en un gesto soberbio.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —exclamó Trent entre risas—. Por eso se ha incorporado tan bruscamente al recibir las buenas noticias. Como dice, imagino lo que ha sentido. Eunice se queda con todo, usted se queda con Eunice, y el amor guía a las rebeldes disonancias monte sagrado arriba[147]. ¡Dios mío! ¡Es para morirse de risa!

Estalló en un grito de júbilo que hizo que muchas cabezas se volvieran interrogantes en sus sillas.

—No se le da bien hacer de gato —dijo Wetherill. Se había quedado pálido bruscamente y la voz le temblaba un poco—. ¿Le importa decirme qué es tan gracioso?

Trent se puso en pie y se volvió para marcharse.

—¡Escuche, cretino! Ha aparecido el hijo de Randolph, con pruebas de su identidad y todo. A Eunice Faviell no le va a quedar ni un céntimo.

143 «Dique».

144 «Resuena con el menor toque». Es cita del poema «Le Refus», de Pierre-Jean de Béranger. Los versos son conocidos porque constituyen el epígrafe del relato «La caída de la Casa Usher», de Edgar Allan Poe.

145 «Qué cortante ha sido, y qué deleite siento ahora». Cita de *Fausto* de Goethe, acto I.

146 El Jockey Club, fundado en el siglo XVIII, es la principal institución de la hípica del Reino Unido.

147 Paráfrasis del poema «The Promise in Disturbance», de George Meredith.

Capítulo XV

Eunice confiesa

Trent descubrió la región de los Cotswolds siendo muy joven, cuando también acababa de descubrir el valor de la tierra, y lo atrajo de forma irresistible. Hay lugares que, incluso la primera vez que uno los ve, parecen evocar un recuerdo. «Ya he estado aquí», nos decimos, «y esta es una de mis casas». Ello no tiene misterio para los filósofos, que sostienen que todo lo que hemos de ver, junto con todo lo que hemos visto y estamos viendo, existe ya en un presente eterno; que nuestra casa son todos los lugares que, en el dibujo de nuestra vida, en el pasado, el presente y el futuro, entrelazan zarcillos de recuerdos alrededor de nuestros corazones.

A menudo, en sus viajes, Trent había ido a dar con una casa, una ciudad o un trozo de campo que en términos de experiencia normal le resultaban desconocidos, pero lo reclamaban para sí con infalible certidumbre. Lo mismo que antaño le ocurrió un día mágico en la Toscana, subiendo en coche a Montalcino, le pasó con la contraescarpa de los Cotswolds que sobrevolaba el valle de Evesham. Así que se encaprichó de una casa alargada, gris, de piedra, flanqueada por tejos podados y que se alzaba en un terraplén cortado en la cima de la abrupta colina, con bosques, campos y pueblos que se extendían hacia lo lejos bajo la linde de Malvern Hills y un atisbo de las montañas de Gales al otro lado.

Una calzada romana recorría la cresta de la colina, solitaria entre los muros bajos de piedra que delimitaban los campos; la gente la llamaba el Camino Viejo de Campden. Era tan ancha que las cuadrigas pudieron haber transitado por ella en fila de doce; y en verano las flores y la hierba llegaban a medio muslo. El punto más alto estaba coronado por un hayedo, un jalón conocido del uno al otro confín como la Mata de Cromwell, desde la cual, decía la leyenda, Cromwell había contemplado y dirigido una batalla librada en la llanura de abajo. No obstante, Oliver era un intruso moderno entre los espíritus guerreros que poseían el lugar. Y es que las hayas demarcaban la muralla de un castro romano, que había sido erigido a su vez sobre los cimientos de una fortificación indígena mucho más antigua.

Dicen que quien desea algo lo suficiente no puede dejar de alcanzarlo. Poco después de la boda de Trent, la casa que anhelaba pasó a sus manos con la suavidad de lo que está predestinado, porque se quedó vacía y la pusieron a la venta en un momento en que se había hecho lo suficientemente rico como para convertirse en su propietario.

El día después de su conversación con Eugene Wetherill, Trent cruzó a toda velocidad las ondulaciones desnudas, hasta que el campo desapareció de su vista y la carretera se hundió más allá de un bosque de árboles altos. Una pronunciada curva a la izquierda lo llevó al acceso de la mansión, y entró en el garaje, entre las dependencias de la granja.

Conforme cerraba las puertas del garaje, una figura pequeña bajó a la carrera los escasos peldaños que descendían de la terraza delantera de la casa y, a continuación, recobrando la compostura, caminó con solemnidad hacia él. Era un niño pequeño de ojos enormes, de unos seis años, ataviado con una camisa roja engalanada con abalorios y un penacho de plumas erizadas, con rayas en las mejillas y la frente, pintadas con lo que Trent supuso era carmín, y un hacha de madera aferrada en la mano izquierda.

—¡Jau! —dijo la aparición, alzando la mano derecha en un gesto solemne.

—¿Perdón? —dijo Trent con cara de póquer.

—¡Jau! —repitió el niño; añadiendo a modo de explicación—: ¡Toro Pisador gran jefe!

—¡Ah, ya! Sí, claro —respondió Trent, recurriendo a sus recuerdos. Alzó la mano—. ¡Jau! El rostro pálido de las regiones de la mañana saluda a Toro Pisador y a toda su tribu.

—Así mejor —replicó el gran jefe con una sonrisa de oreja a oreja —. Toro Pisador alegre de ver a rostro pálido. Rostro pálido llegar a comer por los pelos... pata de oso, joroba de búfalo. ¡Toro Pisador tener mucha hambre!

—¿Toro Pisador puede decirme —preguntó Trent— si la *squaw* rostro pálido está..., veamos..., entre los suyos?

—Tortuga-Que-Ríe estar en el tipi —contestó con dignidad el jefe —. También haber otra rostro pálido..., llamar Col-De-Primavera, venir semana pasada, ser muy buena. —Aquí el noble salvaje cambió de conversación bruscamente—. ¡Toro Pisador muy cruel, querer matar, querer cabelleras! —chilló, y subió las escaleras corriendo y blandiendo su *tomahawk*, mientras Trent lo seguía más despacio.

Otra voz, la de Eunice Faviell, lo saludó desde el borde de la terraza.

—Philip —llamó—, estoy de incógnito y no te conozco. Vete.

Trent alzó la vista y miró el rostro pequeño y vivaz, ahora retorcido en una mueca exagerada.

—¿A esto lo llamas gratitud? —preguntó—. ¿A esto lo llamas justicia? Me bato por una dama, soy el Perseo de su Andrómeda, y por toda recompensa me prohíbe entrar en mi propia casa e intenta parecerse a Medusa.

—¿A qué te refieres, Phil? —En su voz había un dejo de ansiedad que no sonaba a broma—. Perseo... ¿no es el que mató al dragón que amenazaba a Andrómeda?

—El mismo... Burlándose de ella sin piedad. Pero no te los tomes literalmente, ni a Perseo ni a Andrómeda. Al fin y al cabo, no estabas encadenada desnuda a una roca, esperando a que te comieran... Por lo menos, si lo estabas, tu agente de prensa se ha descuidado. Me limité a sacarle los dientes al dragón, cortarle las garras y los pinchos de la cola, y, en general, a domesticarlo..., y luego lo mataron de forma totalmente innecesaria. Ya sabes que los dragones nunca mueren; hay que matarlos. Igual que las prisas no son buenas consejeras y no por mucho madrugar amanece más temprano.

—Deja de decir bobadas, Phil; no ayuda. Tengo miedo; en serio.

Eunice Faviell era una criatura instintiva, que se metía en los papeles que le tocaban en la vida con tanta naturalidad como en los que interpretaba en el teatro. No era de campo, ni por gusto ni por costumbre, pero ahora parecía como si hubiera nacido y crecido en él. La ropa de *tweed* que llevaba, con un punto de naranja que ardía en el cuello, la camuflaba más o menos en el paisaje, y su electrizante voz estaba en armonía con las colinas y los bosques. Pese a toda la angustia y la inquietud que su rostro reflejaba, parecía más joven que en la ciudad, con todo su arte. Cuando apareció Mabel Trent, a quien Toro Pisador arrastró a la fuerza para que se les uniera, su belleza oscura y regular recordaba mucho más a la vida en la metrópolis que la de la mujer que rara vez pisaba otro escenario. La mirada de Trent se detuvo un momento en la imagen de las dos personalidades vívidas y contrastadas, con la casa gris detrás y el verde oscuro de los tejos a ambos lados; a continuación, subió las escaleras para saludarlas, y abrazó a su mujer como si se aferrara a ella buscando su protección.

—Mabel —dijo—, tú por lo menos no me echarás como si fuera un leproso piojoso que merodea planeando cometer un delito. ¿Qué hace aquí este ser? Ha estado diciéndome que me vaya con viento fresco, o algo por el estilo, aunque salta a la vista que me muero de hambre y de sed. Toro Pisador, haz el favor de decirles a las señoras

del tipi que el rostro pálido quiere agua de fuego con soda, porque se encuentra como un búfalo herido, tras su largo periplo por la pradera virgen.

—Sí, Toro —asintió su madre—. Dile a Maggie que se lo traiga a tu padre aquí.

—Agua de fuego para gran padre blanco —repitió el jefe, y entró en la casa corriendo y gritando.

—¿Cómo no has avisado de que venías, Phil? —le respondió Mabel Trent—. Menos mal que has llegado justo a la hora de comer; y no vas a pasar hambre, porque Eunice apenas ha comido desde que ha llegado. Y tienes que comer; estás más flaco. —Trazó dos líneas de inanición en sus mejillas con un dedo grácil—. Has estado preocupado, o trabajando de más...

—O de parranda —sugirió Eunice—. Eso son líneas de imprudencia y depravación, mujer, y no la marca de los suspiros por estar separado de ti, como tratas de dar a entender.

—Lo mismo da que da lo mismo —explicó Trent—. Cuando trato de alejarme del mal del amor[148], lo primero que hago es tirarme a un océano de alcohol y libertinaje, por supuesto. Y, ya que estamos con los porqués, ¿por qué no me has avisado de que tenemos una actriz en casa?

—Porque no me ha dejado. Llamó la semana pasada, dijo que quería alejarse de todo y de todos, y pidió que le diera cobijo. Le dije que faltaría más; y, cuando llegó, me hizo jurar que no iba a decirle a nadie que estaba aquí, ni siquiera a ti. Así que pensé que, si se había vuelto un poco loca, era más seguro seguirle la corriente; sobre todo porque no tenía la menor importancia ni para ti ni para nadie.

En ese momento, la sirvienta, recia y sonriente, salió con la bebida de Trent, anunciando que el almuerzo se serviría en unos minutos; y Eunice, que se dio cuenta de que había llegado el momento de tener tacto, desapareció en la casa.

Mabel la siguió con la mirada, preocupada.

—¿Sabes qué, cariño? Me temo que es grave. Conozco a Eunice de toda la vida, y nunca la he visto tan mal como el viernes pasado, cuando llegó, preocupada, con miedo y agotada. He hecho lo que he podido, y en principio está mucho mejor, pero ya ves que algo anda mal. Aunque no le he preguntado qué, si tuviera intención de contármelo, a estas alturas ya lo habría hecho. Y es bastante preocupante que insista en que nadie sepa que está aquí, ni siquiera tú. A lo mejor es preferible que no hayas dicho que ibas a venir..., quizá habría salido pitando para no verte. No lo entiendo. ¿Podrás convencerla para que cuente algo?

—Voy a intentarlo —confesó—. He venido a propósito para eso. Y me alegro de que le hayas hecho caso y no me hayas dicho nada. Por lo visto, se ha llevado un susto, y ponerle peros habría sido peor.

—Ya sabía yo que ibas a decir eso. Esa sensación tenía yo.

Trent se ocupó, con la diestra ayuda de su hijo, de que la comida no fuera demasiado seria.

—La última vez que nos vimos —le dijo a su esposa—, nuestro hijo estaba en la etapa de los animales..., podía ser cualquier animal, siempre y cuando fuera feroz. Cuando nos despedimos en el tren, era un chimpancé feroz, y justo antes era un antílope feroz. Entiendo que ahora es un choctaw.

—Choctaw no, pottawattomie —corrigió el jefe con cierta aspereza —. Choctaw no bueno; gran gallina, comer serpiente. ¡Puaj!

—Dale las gracias a Eunice —dijo Mabel—. Le ha enseñado a ser un piel roja completo, como si sus amiguitos y él no fueran ya bastante salvajes. Lo ha vestido, le ha pintado la cara, le ha hecho lo que él llama «el gorro de plumas de pollo», y le ha enseñado un idioma totalmente nuevo..., incluidos nombres raros para toda la gente de casa. Es una fuente de información al respecto.

—Más o menos es lo único que aprendí en condiciones en el colegio —dijo Eunice—, y siempre he tenido buena memoria.

—Las dos pasamos por esa fase en el colegio —señaló Mabel—. Solo que todas queríamos ser guerreros, claro, y, como yo era de las más pequeñas, tenía que ser *squaw*, y supongo que no me interesó demasiado.

—No le ponías ganas; tú naciste civilizada. Eso te pasa por tener un abuelo francés —observó Eunice—. Phil, has acabado el café, ¿verdad? ¿Te importa que me lo lleve un rato, Mabel? Quiero contarle mis tribulaciones.

Mientras se dirigían a un asiento más arriba de la casa que daba a la llanura, Eunice dijo:

—Lo he dicho en serio; quiero hablar de mis problemas. Ahora que estás aquí, y que nos hemos sumergido en el ambiente tradicional, resulta idiota que pensara dejarte al margen o evitarte. La verdad es que la semana pasada no estaba en mis cabales; no tengo más excusa. Vamos a sentarnos aquí y llenarnos de esta paz un ratito; luego, te dejo que empieces a preguntarme, si no te importa.

—Bueno, ¿por qué has desaparecido de esta manera? —dijo Trent llegado el momento—. En general, no te gusta que la gente se meta en tus asuntos (me parece recordar que diste a entender algo por el estilo en una carta que me mandaste la semana pasada), pero, si me pides que me inmiscuya en ellos, sorprendentemente, espero que sea porque puede venirte bien. Estamos encantados de que estés aquí de la manera que sea (huelga decirlo), pero, cuando se trata de ti, no puedo evitar querer ayudar.

—Ya lo sé —dijo ella, mirando a lo lejos—. No eres entrometido, y me parece que te importa un carajo cómo me comporte. A Mabel tampoco; aunque ella no diría «carajo». Supongo que en realidad estoy aquí por eso (quiero decir por el hecho de que no le importe, no por que no diga palabrotas). No se me ocurriría meterme por las buenas en casa de nadie más..., salvo en casa de Judith, claro está; pero se encuentra en el extranjero.

—Prácticamente acabas de definir cualquier amistad que valga la pena... No nos importa un carajo cómo te comportes. Tampoco es que nos hayas puesto a prueba muchas veces.

—Bueno, te lo voy a contar. Quería desaparecer, en la medida de lo posible. Tenía miedo. Si por lo menos Judith hubiera estado en Inglaterra, habría ido a verla a ella, y me habría dicho qué hacer. Pero estaba Mabel.

—También estaba yo —observó Trent—. Y en Londres..., a un tiro de piedra, como quien dice.

—Sí, ya lo sé; pero estabas implicado en las cosas de las que precisamente trataba de huir. Entiéndeme, cuando me enteré de la muerte de Randolph, y de que el pobre Bryan había intentado suicidarse, fue cuando tuve la sensación de que no podía seguir afrontando la situación. Quería alejarme de la Policía.

Trent expresó sus dudas con una tosecilla.

—Eso no es nada fácil..., desde luego, no para una aficionada. Si te andan buscando, probablemente no tardarán en dar contigo. Pero ¿por qué demonios iban a buscarte?

—¡No me digas que no te lo imaginas! Sé que Judith te contó que Randolph me estaba incordiando con unas cartas que no entendí bien..., o, cuando menos, pensé que las entendía, pero me disgustaron mucho más de lo que me suele disgustar esa clase de molestias. No respondí, y él seguía, rogando que fuera a verlo, porque tenía que decirme algo importantísimo que concernía a todo mi futuro..., dando a entender que no volvería a sufrir problemas e incertidumbres..., todo en ese tono. Y, cuando un viejo escribe a una mujer en mi posición con ese estilo de prosa, esta sabe qué pensar. O cree que lo sabe. ¿Y quién no?

—¿Estás intentando decirme —sugirió Trent— que lo malinterpretaste?

—Bueno, verás. Voy a confesar. Pero lo que estaba diciendo es que se lo conté a Judith, y ella te lo contó a ti; y luego me escribió que ibas a tirarle de las orejas a Randolph y que podías ponerle fin al

asunto. Yo no veía cómo y de todas formas tenía reparos en que circulase sin permiso mío un detalle así sobre mí; así que, como de costumbre, perdí los papeles y te escribí una carta totalmente imperdonable. Por lo menos, esa era mi intención...; no me acuerdo de lo que decía.

—Oh, era imperdonable. Tuviste un éxito total. Menudo traje me hiciste. Meter las narices en cosas que...

—No seas canalla, Phil. Sabes que lo siento de veras, y hablando de narices, no me lo restriegues. Siempre me siento fatal después de ponerme como una energúmena; y escribirte eso fue especialmente horrendo. Sin embargo, lo peor no es eso. Verás, antes de eso, escribí a Bryan (una de esas cartas sobre nada en particular que nos enviamos de vez en cuando) y comenté algo, no en serio, para nada, sobre el viejo y lo molestas que eran esas cartas idiotas. Estaba entre un montón de cháchara personal, y no volví a pensar en ello..., hasta..., hasta que me enteré de lo de Randolph, y de lo del pobre Bryan, además. La gente decía que debía de haber sido él; lo escuché en todas partes. ¿Te imaginas cómo me sentó?

Trent digirió esta información con el ceño fruncido porque él también había escrito a Fairman sobre esas «cartas idiotas». Efectivamente, imaginaba cómo le sentó a Eunice; también imaginaba cómo le sentaría enterarse de que su amigo había confesado que era el asesino: mucho peor. Pero no podía decírselo a nadie sin traicionar una confianza que siempre se había esmerado en respetar. Aunque no fuera así, ¿de qué servía demostrar que los miedos de Eunice estaban fundados? Porque era inevitable que se lo tomase de esa manera.

—Lo entiendes, ¿verdad? —dijo ella, triste—. Si lo hizo Bryan, quizá todo sea culpa mía. Ya sé, obviamente, que sería una sandez coger y matar a alguien por semejante menudencia; pero, de todas formas, es la clase de cosa que saca a Bryan de sus casillas, y fue una estupidez integral mencionárselo. Por eso tenía miedo. Por eso temía las preguntas de la Policía. Todo lo que podía aportar habría

sido perjudicial para él. Aunque no dijera nada, podía ser que encontrasen mi carta...; a lo mejor la guardó.

—Es más que probable, diría yo —admitió Trent con una sonrisa burlona.

—Pero, Phil, ¿tú crees que fue él? Dime lo que piensas de verdad, para bien o para mal.

—Solo puedo decirte que no sé qué pensar. No lo digo por decir; de verdad que no sé. El caso tiene demasiadas complicaciones; cosas sin pies ni cabeza. Sí puedo decirte que estoy dando por hecho que Bryan no es culpable. Pero para sacarlo de esta, si es que lo consigo, voy a tener que dedicarme en cuerpo y alma.

Eunice aplaudió.

—Entonces, ¿has vuelto a hacerte detective? ¿Y esperas poder sacarlo de esta? ¡Bendito seas, querido; esa oferta es inmejorable! Sabiendo que estás trabajando en ello y haciendo todo lo que puedes, me siento..., ¡oh, muchísimo mejor; no tengo palabras!

—Sí, he recaído. Te presento a Philip Trent, el célebre hombre lobo, que ha sido humano unos años y ahora ha vuelto a convertirse en sabueso. Pero no quería. Me he visto obligado.

—¿Porque sospechan de Bryan?

—Solo en parte. También porque descubrieron a la señorita Eunice Faviell vagando sin rumbo en las afueras del caso. Lo averigüé antes de que me lo dijeras. Es más, por eso he venido.

Ella lo miró fijamente.

—No te estoy preguntando si fuiste tú quien mató a Randolph —la tranquilizó—, porque un no sé qué en tu actitud me dice que no te gustaría que sugiriese algo así. Pero estabas muy molesta con él. Y, según tengo entendido, volviste a estar muy molesta con él tan solo unas horas antes de que encontrasen el cadáver. Además, está la minucia de una fortuna que es más grande de lo que uno pueda imaginar. ¿No te dijo Randolph que su muerte te haría desmesuradamente rica, hiciera o no testamento?

—¡Madre mía! —dijo ella con voz entrecortada—. Así que, según tú... ¡Pero si no se me había pasado por la cabeza! Según tú, ¿a lo mejor acaban sospechando de mí?

—No necesariamente, aunque sí incluyéndote en la lista de posibles. Es más, es probable que ya te hayan metido. La última vez que vi al encargado del caso, dio muestras de un interés vago por ti que yo no acababa de entender. Ahora me doy cuenta, por otras cosas que mencionó, de lo que tenía en mente. Entonces no ignoraba que eras sobrina de Randolph y que tenías buenas expectativas si este moría; pero él sí, y el viejo tejón no me dijo nada. Estoy seguro de que lo sabía.

—Y tú lo has averiguado por tu cuenta.

—No —dijo Trent con aspereza—. No tenía la menor idea y no sabía que eras pariente del viejo. Me lo contaron ayer... Me lo contó Eugene Wetherill, que estaba mucho mejor informado que yo. Por ejemplo, sabía dónde estabas y tuvo la bondad de decírmelo. Me interesó mucho.

—¡Qué diablillo! —masculló Eunice, como si estuviese contándole un secreto al paisaje—. Me refiero a ti —añadió, mirando a Trent.

—No te preocupes por a qué especie pertenezco —dijo Trent, afable—. Verse atrapado en la maquinaria de un caso como este no tiene ninguna gracia, y no me gustó la idea de que te ocurriera a ti, especialmente cuando ya tenía a Bryan y a..., ejem..., otras personas de las que preocuparme. Así que, si no hay objeción, ¿puedes aclararme una cosita?

—Si puedo, claro que sí. Ya te he dicho que iba a confesar, ¿sabes?, y en realidad no he empezado. Ahora que has tomado cartas en este asunto brutal, no tengo ganas de salir corriendo. ¿Qué cosita es?

—A lo mejor no merece la pena mencionarlo —advirtió Trent a modo de disculpa—. Es lo siguiente: tras quejarte amargamente de que Randolph te estaba persiguiendo, y de hacer saltar en pedazos

la reputación del viejo mozo, y de comportarte en general como Lucrecia entre las garras de Tarquinio...

—No sé qué significa eso, pero suena deshonesto.

—Bueno, da igual, después de montar un escándalo, ¿cómo es que comiste con él en íntimo *tête-à-tête* el mismo día que lo asesinaron? Mira, lo estoy diciendo sin rodeos, y sin rodeos se hablaría de ello, si se supiera. Así que, Eunice, vamos, ¿qué dices?

Ella suspiró con picardía.

—Sí; no cabe duda de que con este caso has vuelto a las andadas. Así que lo sabes, ¿eh?... Cuándo, y dónde, y qué llevaba puesto, y cuánto me retrasé, y qué flores había en la mesa, y el nombre de pila del camarero, y qué bebimos...

Trent sacó a colación lo que habían bebido.

Ella asintió y añadió, como reflexionando:

—Cuando estaba aprendiendo el oficio, actuando en la clase de sitios que no has visto en tu vida, al público le encantaban las obras en las que los buenos eran buenos, los malos eran malos, los graciosos eran graciosos, y la gente no hacía más que atar a otra gente a las vías del tren, o echarla a la calle con su bebé en medio de una nevada, o derretirle el corazón al alcaide diciendo: «¡Soy inoceeenteee!». Lo que acabas de decir me da el pie para agarrarte de la muñeca y mascullar entre dientes: «¿Qué sabes?». Pero no lo voy a hacer, porque me da igual lo que sepas. Quiero que sepas todo, así que más vale que empiece por el principio, aunque está claro que ya sabes bastante.

—Me lo tienes que contar todo —recalcó Trent.

—Por estas que son cruces —dijo coloquialmente Eunice, y contó su historia.

Conoció a Randolph más o menos un año antes, en un enorme hotel de Escocia, al que había llevado invitada a la señorita Yates para una breve visita. Él apareció poco después de su llegada; entablaron conversación con él, y él hizo lo que pudo por ser agradable, sin mucho éxito. A Eunice le llamó la atención que no

hiciese la menor referencia a su trabajo en las tablas..., «aunque todo el mundo sabía quién era yo, claro», dijo sencillamente. En cierto momento, él mencionó que tenía que encargar un retrato suyo y le preguntó a ella si había algún artista que le gustase para ese tipo de obra. Él apostilló que, sin duda, debían de haberla retratado muchas veces (esto fue lo más cerca que estuvo de hacerle un cumplido). Eunice le dijo que Philip Trent era el más adecuado.

—Traté —prosiguió Eunice— de que se llevara la impresión de que eres un genio extraordinario por cuya obra se pelearán los coleccionistas durante siglos. Después me enteré de que te salió el encargo, pero fui generosa y no te pedí el 10 por ciento habitual.

Poco después se marcharon del hotel, y Eunice no volvió a verlo.

No transcurrió mucho tiempo antes de que empezasen a ocurrirle cosas desagradables profesionalmente. Se diría que a su prestigio le había pasado algo..., «en especial en la prensa». Un importante grupo de periódicos no ocultó su decepción para con su actuación en una obra, y de otra no encontró nada bueno que decir. Le llegaban párrafos vagamente maliciosos en las columnas de sociedad a través de su oficina de prensa; daban a entender que su reputación se hallaba más o menos gravemente en entredicho.

—No te haces idea —le dijo a Trent— de cómo cambian las cosas cuando estás ante el público y te pasa algo así. Es como si hubiera algo venenoso en el aire. Me dije que no me iba a morir por eso; ni siquiera podía hacer tambalear mi posición, con tal de que no se extendiese demasiado. Sabía que nunca había actuado tan bien, y sabía que el público lo sabía. Pero de todas formas lo odiaba con toda mi alma. Y, justo cuando estaba empezando a preocuparme, descubrí que tenía que entregar una cantidad considerable de dinero. No tenía nada que ver con el teatro; un asunto privado, nada más. Fue totalmente inesperado y dolorosísimo, y no hubo forma de evitarlo...; no, si quería seguir llevando la cabeza alta. Pero de nada sirve contártelo, porque no lo sabes, y no puedo explicártelo

Al revés, Trent lo sabía muy bien, pero no tenía ninguna gana de hablar del infame libro de Wetherill, y de cómo este la había chantajeado. Si Eunice, en su inocencia, creía que nadie estaba al tanto de aquella transacción, mejor para ella. Así que dijo sencillamente:

—Muy bien; sigue. Estabas diciendo que te hacía falta dinero.

—Me costó todo lo que tenía y todo lo que logré conseguir. Fue un golpe durísimo, pero pasé página, y tenía en perspectiva una gira por los Estados Unidos con la que ponerme a flote. Y luego se hundió. Empecé a tener la sensación de que los dioses me la tenían jurada. Sin embargo, siempre he conseguido ganarme el pan, y con el papel principal en la obra de Northmour no tardé en recuperarme. Justo en aquel momento empecé a recibir las cartas de Randolph de las que te hablé. Supongo que solo me fastidiaron tanto porque, por lo que sabía de él, parecían completamente antinaturales y fuera de lugar. A lo largo de los años, he conocido a muchísimos viejos verdes, y, aunque no me sorprendería que para muchas cosas Randolph fuese un canalla, en esto en concreto nunca lo vi así, sencillamente..., no más que a la estatua de Cobden de la calle Hampstead[149]. Así que me fui poniendo cada vez más tensa, y primero se lo conté de pasada a Bryan, y luego me despaché a gusto con Judith, y luego..., bueno, lo que pasó luego me sorprendió de veras.

—¿O sea, que Randolph se quitó la máscara, y desveló que al fin y al cabo era de lo más respetable?

—Sí, si ser respetable no es más que eso. Recibí una carta suya diciendo que había querido explicarme todo en persona, pero que debía de haber malinterpretado sus cartas anteriores. Decía que dos años antes había encargado a una agencia de investigación que averiguase si tenía parientes vivos, porque creía que había llegado el momento de decidir qué iba a pasar con su dinero, o algo por el estilo. Los detectives no dieron con el rastro de su hijo, pero dieron con su única hermana, Caroline, y probaron que era mi madre, que

murió cuando yo tenía diecinueve años. Daba detalles que no dejaban lugar a dudas. Decía que su hermana se fue de casa para casarse con un actor que se apellidaba Hunt. Bueno, siempre he sabido que era el apellido real de mi padre, y ya sabía que hubo no sé qué discusión con ocasión de la boda, porque mi madre nunca dijo una palabra sobre su familia en mi presencia y nunca quiso decirme cómo se llamaba de soltera. Mi padre tampoco, ni siquiera cuando no estaba borracho, lo que no era muy frecuente.

»La carta de Randolph mencionaba mi lugar de nacimiento y las direcciones donde habían vivido mis padres desde entonces y... ¡oh!, muchas más cosas, pero todo se resume en que estaba claro que era sobrina del viejo. Y fue una sorpresa más bien desagradable, la verdad. Mira, Phil, mi padre tenía cualidades encantadoras y tenía muy buena planta, y era un actor bastante bueno, con reputación propia fuera de Londres; pero tenía graves flaquezas y murió al poco de cumplir los cuarenta. Después de eso, mi madre puso una casa de huéspedes en Portsmouth, y le fue lo bastante bien para que las dos fuésemos decentes y para mandarme a un buen colegio. Pero me imagino que estaba amargada, como dicen. Nunca la vi contenta y, aunque siempre me trató bien, no era lo que se dice una madraza. En resumen, no tuve una infancia feliz y casi nunca me acuerdo de mis años mozos. Y de repente aparece alguien a quien apenas conozco y que no me gusta mucho, con un montón de información sobre mi familia y mi infancia, y me demuestra que es un tío que ni siquiera sabía que tenía.

Según escuchaba el relato de Eunice, Trent pensó que tal vez no hubiese muchas mujeres independientes con una profesión tan ardua que se llevasen un disgusto al descubrir un tío millonario en busca de alguien que herede su fortuna. Pero sabía que Eunice siempre había sido de las que parecen capaces de navegar más o menos felices por la vida sin preocuparse por el dinero. No porque fuera de los Skimpole[150] de la tribu actoral; se dedicaba a su arte en cuerpo y alma, era una trabajadora infatigable, y llevaba años

disfrutando de un éxito tan grande que, si le hubiese dado por ahí, ya podría haber echado los cimientos de una fortuna. En la práctica, aunque la independencia significaba tanto para ella como su propia vida, nunca había hecho nada para asegurársela desde el punto de vista pecuniario. Era generosa y extremadamente descuidada. A veces descubría que tenía un saldo positivo respetable en el banco y se llevaba una grata sorpresa; otras veces tenía tantas deudas que un espíritu menos mercurial se habría asustado. Confiaba en que su buena estrella y su genialidad bastaran para llegar a fin de mes; y, cuando daban para más, no era por mucho tiempo.

—Eso decía la carta —dijo ella—, y acababa pidiéndome que fuese a almorzar con él para hablar de todo ello en cierta fecha en que estaría en Londres..., el miércoles pasado, claro está, el último día de su vida.

Se encogió de hombros en un movimiento de angustia y cerró los ojos un instante.

—Entonces, eso explica que te reunieras con él —dijo Trent en voz queda—. Ahora encaja un montón cosas que he oído y descubierto... No todo, desgraciadamente, pero sí bastante. ¿Me puedes explicar qué ocurrió cuando os visteis?

—De mil amores. Fue lo peor del asunto. Él estaba en Brinton; le respondí y acepté la invitación. Aunque no quería, no me quedaba más remedio. Al fin y al cabo, era completamente lógico que hiciera lo que hizo; era lógico que quisiera verme; y había sido injusta con él, aunque seguía sin sentirme culpable en absoluto. Así que acepté y, llegado el día, fui a verlo, como sabes. Al principio, fue muy sincero y agradable; habló un poco sobre mi madre y me dijo que me parecía mucho más a mi padre (lo cual sabía yo mejor que él) y me contó que con los años había empezado a preocuparle estar solo en el mundo. Luego habló de la última vez que nos vimos, en Escocia, y confesó que fue al hotel porque sabía que yo estaba allí, porque quería saber qué clase de persona era.

Trent asintió.

—Lo sospechaba —observó—. Pero has dicho que fue hace más o menos un año. Supongo que le gustaste..., como sueles. Pero, digo yo, ¿por qué tardó tantísimo en pasar a la acción? Lo normal habría sido que mencionase el árbol genealógico sin tardanza, una vez estuvo seguro de que eras como él deseaba.

Eunice endureció la mirada.

—Bueno, no comprendías a mi tío, nada más —dijo—. Me imagino que muchos hombres no lo comprendían..., ojalá no. Enseguida vas a entender por qué tardó. Después de hablar de aquel encuentro en Escocia, empezó a preguntarme por mi carrera. Así pude hablar de algo y me animé; le conté cómo empecé y cómo seguí..., una autobiografía en toda regla. Me dio la impresión de que asimilaba todo, aunque se quedó un poco serio; y luego me preguntó cómo me iba últimamente. Así que le dije que francamente era el peor año desde que alcancé el estrellato. Me hizo preguntas, y le conté cómo estaban criticándome los periódicos de Westlake, y que, por lo que fuera, mi gira estadounidense no se había materializado; también le dije que había perdido mucho dinero, a mi nivel, en un negocio privado (me refería a ese asunto que te he mencionado sin decirte de qué se trataba). Randolph quiso que le contase más, y le respondí que prefería no hablar de ello.

»Y, a continuación, Phil, soltó la bomba que me tenía reservada. Vino a decirme lo siguiente: "Bueno, querida, ya ves que no puedes contar con ganarte la vida actuando. Has tenido tu momento, pero parece que tu reputación está entrando en declive y, si no has estado ahorrando, tienes un futuro incierto por delante, por decirlo de una manera suave. Pero soy tu pariente más cercano. Soy rico. Quiero colocarte en la posición que mereces como sobrina mía y te propongo dejarte en herencia la mayor parte de mi patrimonio, aunque con condiciones; y una de ellas es que dejes el teatro, que considero una forma inmoral y vergonzosa de ganarse la vida. Prefiero ver a alguien que me importa muerto a mis pies antes que triunfando en el teatro".

Eunice, que había puesto todo su talento en la imitación del adusto anciano y había reproducido su dejo con un efectismo asombroso, se sacudió la melenita y le dirigió a Trent una amplia sonrisa.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó—. Como poco, me siento mucho mejor. No puedo asegurar que sean las palabras exactas, excepto «una forma inmoral y vergonzosa de ganarse la vida», y el hallazgo de «muerto a mis pies»; pero sí prometo que me enteré del mensaje general. ¡Y ya podrás imaginar cómo me puse! ¡Estaba a punto de estallar! Pero no me lo permití. Le dije sencillamente que no quería dinero suyo, que ya había salido adelante sin él en el pasado y podría salir adelante sin él en el futuro. Le dije que estaba acostumbrada a cuidarme sola y más que dispuesta a jugármela y que en todo caso lo prefería.

»Enseguida me alegré de no haberme dejado llevar, porque se puso lívido de rabia, y, si al final hay que ponerse absolutamente desagradable, siempre he pensado que es mucho más conveniente para uno que empiece la parte contraria. Me dijo que era estúpida, que todo el mundo quiere dinero. Dijo que, si hubiera tenido dinero, nunca habría optado por esta existencia vagabunda (literalmente, querido). Así que me lo quedé mirando..., de esta manera..., como si tuviese la peste, y yo supusiese que no había podido evitarlo. Se enfadó todavía más, claro. Dijo que podía jugármela todo lo que quisiera, pero que yo no tenía la menor oportunidad, y que él podía ocuparse de que no la tuviera. Dijo que no le importaba decirme que había sido él el que se las había arreglado para que los periódicos de Westlake me hicieran un corte de mangas y para desbaratar mi gira estadounidense, pero que solo era el principio, para enseñarme que las tablas eran una pésima opción, y que, si quería más, había de sobra.

—Literalmente, como dices —sugirió Trent.

—Claro que no..., no fastidies, Phil. Solo estoy formulando lo que dijo lisa y llanamente. Dijo que no retiraba su oferta porque pensaba salirse con la suya. Dijo que sabía que no tardaría en volver con el

rabo entre las piernas y que entonces tendría que aceptar otra condición que todavía no había mencionado. Ante eso, me hice aún más la estirada, y faltó poco para que le diera algo. Dijo que la otra condición era que rompiese mi asociación con Eugene Wetherill y cualquier otro canalla con el que estuviera relacionada. Bueno, llegados a ese extremo, me levanté y empecé a ponerme el abrigo. Prosiguió con que era demasiado desinhibida en mis relaciones con los hombres, a juzgar por los informes que había recibido, y tuvo la puñetera insolencia de mencionar el nombre de Bryan.

—¡Ajá! Mencionó a Bryan, ¿eh? —dijo Trent—. Eso aclara bastante otro enigma. No entendía qué podía tener contra Bryan.

—Odiaba a todo hombre medio decente que se cruzase en mi camino —dijo Eunice brutalmente—. Y esto es lo último. Dijo que antes de marcharme solo había una cosa más que debía tener en cuenta. No voy a decirte lo que era, Phil, porque se trata de un asunto privado. No tenía ni la más remota idea de que supiera algo al respecto, y, cuando lo oí mencionarlo, estuve a punto de caerme redonda. Solo puedo decirte que él le había comprado... una cosa... a Eugene, por la que según él pagó un precio altísimo; y, si yo lo obligaba, estaba dispuesto a usarla. Siento no poder hablar sin tantos rodeos. Pero, por cierto, rodeos no hubo hace unos días, cuando le escribí a Eugene sobre esto.

—Bueno, eso da igual —dijo Trent—. Fuera lo que fuera, Randolph iba a usarlo para doblegarte. Al parecer era aficionado a esas cosas.

—Si en aquel momento hubiese tenido una espada..., una espada de verdad..., habría dejado de tener aficiones —dijo Eunice—. Esa última amenaza fue lo peor que dijo. Justo en aquel momento, el camarero entró en el reservado, y yo cogí mi bolso y me marché sin decir una palabra. Sabe Dios lo que habría soltado, si hubiese hablado..., probablemente, habría sido como las chicas de las novelas, que se escuchan decir palabras que ni siquiera sabían que hubiesen oído. Bueno, eso es todo, Phil; la historia al completo. Bonita, ¿no?

Eunice cerró los ojos, estiró las piernas y dejó caer los brazos, a la manera de los boxeadores en los descansos entre asaltos.

—¿Y no volviste a saber nada de él? —preguntó Trent, dándose cuenta de que estaba respirando más rápido como resultado del torrente de ímpetu discursivo de Eunice.

—Ni una palabra..., ni tampoco una línea, si te refieres a escritos. Casi no dio tiempo, ¿no? Cuando lo dejé, estaba tan furiosa que no había en mi interior sitio para nada más; en cambio, cuando me calmé, empecé a pensar en las perspectivas que tenía, y ya te puedes imaginar cómo me sentí. Cuando sabes que un hombre con semejante temperamento va a utilizar todo su poder para aplastarte, no tiene ninguna gracia, créeme. No podía aprenderme mi nuevo papel. No podía dormir. Hasta bien entrado el día siguiente, no pude recomponerme y recobrar el valor. Y entonces, en cuanto puse un pie en la calle, me enteré de que habían disparado a Randolph. Si no hubiera sido más que eso, habría sido..., bueno, no voy a decirte la respuesta a mis oraciones; como si te llega el indulto cuando están a punto de colgarte, digamos; pero lo que los periódicos decían sobre Bryan me hizo trizas, como te he dicho. Solo podía pensar en alejarme de todo y tratar de volver a encontrar el equilibrio.

Trent se quitó el sombrero y se abanicó con él.

—Lo has hecho tan apasionante —dijo— que ahora tengo calor y pálpitos. Por cierto, puedo contarte una cosa que guarda relación con la historia. No corres ningún peligro de heredar el dinero del viejo. Ha aparecido el hijo pródigo, y, salvo error u omisión por mi parte, recibirá hasta el último penique de lo que quede después de que el Tesoro se lleve lo que pueda. Así que tú, querida, estarás justo donde estabas antes de que la orquesta empezase a tocar.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Eunice con fervor—. No pido más. —Se puso en pie y estiró los brazos—. Mabel y ese inocente crío vuestro me han hecho más bien de lo que creía posible; pero sacarme de encima esta larga, larguísima historia, me parece, ha rematado su buena obra; eso y saber que has vuelto al sendero de la guerra,

como diría Toro Pisador. Ahora, lo que necesitan sobre todo mis cuerdas vocales es descansar. —Lo cogió del brazo—. No voy a decir una palabra más hasta haber tomado por lo menos dos tazas de té. Llévame.

148 Verso de la semiópera *La reina india*, con música de Henry Purcell y libreto de John Dryden y su cuñado sir Robert Howard.

149 Probablemente, se trate de la estatua del político y empresario Richard Cobden (1804-1865), en Camden High Street, en el barrio londinense de Hampstead.

150 Probable referencia a Harold Skimpole, personaje de la novela *Casa desolada*, de Charles Dickens, que es un artista del sablazo.

Capítulo XVI

La palabra susurrada

Un largo día de trabajo en el estudio siguió al regreso de Trent de Didbury, y apartó su mente del tormento de las dudas que surgían con cada revuelta en el laberinto del caso Randolph. Cenó tarde, y ahora, transcurrida una hora con una pipa y un tomo de Boswell[151], estaba sentado y pensando en el siguiente movimiento de la empresa que había hecho suya: rastrear la verdad que con tanta pertinacia le había dado esquinazo hasta entonces. En realidad, apenas había duda respecto de qué movimiento debía ser ese. Aquella mañana había sabido que le habían dado permiso para visitar a Bryan Fairman en la enfermería de la cárcel de Newhaven, que Fairman quería verlo y que probablemente estaría en condiciones de recibirlo dos días después. Si su amigo tenía intención de poner fin al desconcierto a que había dado lugar la admisión de que era culpable, que parecía una locura, y al terco silencio posterior, era inútil continuar elucubrando en el ínterin. Lo mejor que podía hacer era repasar los puntos que Fairman, cabía esperar, podía aclarar.

Trent seguía en el estudio, el centro de su vida privada, dando vueltas a todas esas cosas. Sabía que fuera la noche estaba plomiza y no corría el aire; y por fin se dio cuenta de que hacía rato que desde la cristalera que daba al jardín llegaba un ruidito difícil de explicar en semejantes condiciones.

Ahora escuchó, atento. Era un golpeteo suave en el vidrio de la ventana; unos cuantos golpes leves, un intervalo de quince segundos o más, y más golpes leves. Los gatos y los perros no producían esos sonidos. Podía ser una ramita mecida por la brisa; pero no había ramas cerca de la venta, ni brisa que las moviera, si hubiese habido. Unas horas antes había caído un chaparrón, y Trent pensó en la posibilidad de que fuera agua que goteaba de un canalón o una cornisa. Sin embargo, estaba casi seguro de que los golpes venían de la superficie de la ventana.

Volvió a oírse el ruido, y Trent se acercó raudo, apartó las cortinas y abrió la cristalera de par en par. No había luna, y de la calle iluminada por las farolas al otro lado de la casa no llegaba un solo rayo de luz. Más allá del camino radiante que proyectaba la ventana abierta, el jardín estaba demasiado oscuro para distinguir siquiera las siluetas de los árboles contra el cielo. Había un fuerte olor a tierra mojada. Trent pensó que la noche, como noche, era prácticamente impecable. El don sanador de la naturaleza que es la oscuridad abundaba tanto como con justicia puede esperarse dentro de los confines de St. Marylebone[152], y en la cálida humedad se sentía bullir la vida de la tierra. Pero estaba ese ruido.

Trent, adorando, como siempre, el mero sonido de las palabras, empezó a murmurar para sus adentros:

—La vista hundí en aquella oscuridad, y pasé un largo rato allí, / indagando, temiendo, dudando, soñando sueños que jamás mortal alguno osó soñar; / mas nada rompió el silencio, tampoco dio señales la quietud, / y la única palabra allí dicha fue la palabra susurrada...

—¡Jefe![153].

La palabra susurrada llegó de las sombras negras al pie del muro de la derecha.

—Jefe —repitió la voz ronca—. ¿Podemos hablar un momento? Por el amor de Dios...

Había en el susurro una súplica urgente. Trent, decidiendo que en realidad estaba despierto, y siempre dispuesto a acoger y aceptar lo insólito, contestó en voz baja:

—¿Quién anda ahí?

—¿Está solo, señor? —preguntó la voz con acento sensiblemente mejorado; y Trent, vagamente consciente de que ya la había oído, contestó:

—Sí.

—Usted no es de los que traicionan a los desgraciados, señor, estoy seguro.

—Eso va a tener que dejarlo en mis manos —puntualizó Trent—. Es un intruso, y lo sabe. ¿Quién es, y qué es esta historia?

De los arbustos escondidos llegó un ruido de hojas, y un hombrecillo avanzó vacilante hacia la zona de césped iluminada. Llevaba un uniforme de chófer. Conforme avanzaba, se quitó la gorra con visera, y durante un instante su furtiva mirada se clavó en la de Trent.

Se hizo un breve silencio.

—Claro, lo conozco —dijo Trent entonces—. Es Raught, el criado del difunto señor Randolph; se ocupó de mí cuando estuve en Brinton. No se me ocurre por qué quiere que hablemos, pero, si es importante, no tengo nada que objetar. Que yo sepa, la Policía no lo acusa de nada, pero lo están buscando... Supongo que ya lo sabe.

—Efectivamente, señor —afirmó Raught—. Por eso y solo por eso he venido a verlo de esta..., de esta forma irregular, que espero que pueda usted pasar por alto. No me he atrevido a arriesgarme a llegar hasta la puerta iluminada, ni a que me viese nadie de la casa más que usted. Me he colao por el paso del lateral, señor, cuando no pasaba nadie por la calle, y he dao unos golpes en la ventana donde he podido verlo por entre las cortinas. Por favor, señor, ¿puedo hacerle una o dos preguntas? Para mí son vitales; si no, en buena hora estaría aquí importunándole.

Raught, estrujando la gorra, volvió a clavar su inquieta mirada en el rostro de Trent.

—¿Por qué cree usted —dijo Trent— que estoy en posición de contestar preguntas vitales para usted? No entiendo.

Raught asintió.

—Claro que no, señor. Verá, antes de venir, he decidido que tenía que contárselo todo. Lo primero es lo siguiente, señor: sé que visitó la casa de la plaza Newbury y sé que el inspector que lleva el caso estaba allí en aquel momento. Estuvo usted más de una hora, señor. Debieron de hablar del caso, y, si lo hicieron, probablemente oyó lo que quiero saber, señor. No le pido que haga *na* malo, señor; solo, que se porte bien con un hombre que ha tenido muy mala suerte, y al que han maltratado durante años.

En su escasa experiencia personal acerca de Raught, Trent no había descubierto nada que le gustase, pero lo que recientemente había averiguado sobre él lo convenció de que sus últimas palabras eran ciertas. La petición era de una clase que le costaba resistir; además, tenía muchas ganas de descubrir qué había detrás de todo aquello y no podía evitarlo.

—Cálmese un momento mi corazón, y vamos a explorar este misterio —dijo—. ¿Sabe, Raught? Es asombroso lo bien que encaja usted en el esquema del gran poema que justo estaba recordando, cuando de pronto me ha llamado «Jefe»; como si hubiera vertido su alma en esa única palabra. Hasta tiene un poco de cuervo..., más que de ave del paraíso, por lo menos. Y me llena de fantásticos terrores que nunca había sentido. Entre y explíquemelos.

—Muchas gracias, señor.

Raught cruzó el umbral y, mirando la puerta con aprensión, se situó cerca de la mesa.

—No puedo ofrecerle un busto de Atenea para que se encarame —se disculpó Trent—, pero en ese estante hay uno de George Robey que hice yo, y según mis amigos tiene cierto parecido. Si no le apetece, siéntese donde quiera. No se preocupe, que a esta hora no

va a venir nadie a molestarnos. Mi familia está a unas noventa millas de distancia, y el ama de llaves que se ocupa de mí debe de estar dormida y soñando con Paisley. Si por casualidad viniese, le diré que estoy pensando en contratarlo como modelo para mi cuadro de Apolo expulsado del Olimpo.

Raught, que se había sentado en el borde del falso trono, inquieto, empezó a incorporarse.

—No, no; quédese donde está. Le diré que es Odiseo relatando la historia de sus tribulaciones a Alcínoo. Yo seré Alcínoo; y, de entrada, me parece que me gustaría saber cómo es que sabe tanto de mis últimos movimientos.

Raught se relamió y se pasó la mano por las mejillas y la barbilla.

—Bueno, señor, en cierta forma, es un poco violento. O sea, esa parte de la historia no me concierne solo a mí. Usted nunca haría algo deshonesto, señor; estoy seguro.

—Espero que no, Raught.

—La verdad, señor, es que a partir de nuestras visitas a Londres el año pasado, entablé relaciones con la cocinera de la calle Bullingdon, 46; o sea, la casa de sir Hector Findhorn. Es viuda, se llama señora Leather y surgió un vínculo entre ambos, o como se diga. Íbamos al cine cuando yo libraba, y ella cambió de horario para que coincidiera con el mío. Además, como las dos casas están tan cerca, lo teníamos facilísimo para vernos un rato de cuando en cuando. El número 46 está justo en la esquina de la plaza Newbury, y las ventanas de atrás (bueno, las de los pisos de arriba) dan justo ahí; es decir, a la casa del señor Randolph y a las otras cuatro de la fila. Se lo cuento, señor, y, cuando llegue el momento, ya entenderá por qué.

—Me parece que empiezo a vislumbrar algo —dijo Trent—. La casa de Randolph estaba bajo vigilancia cuando fui a verla..., ¿es eso?

—Sí, señor..., y le pido perdón por la indiscreción. Como he dicho, voy a contarle todo. Lo vi yo mismo, cuando vigilaba desde una de las ventanas traseras del último piso del número 46.

Trent observó al hombre con deleite y asombro.

—¿Cuando vigilaba? ¿Quiere decir que la mañana después de desaparecer de la casa del señor Randolph, dando esquinazo a la Policía, estaba escondido en la casa de la esquina, casi en sus barbas?

—Sí, señor. Verá, sir Hector Findhorn y su familia están pasando unos meses en el extranjero y han dejao la casa al cuidado de la señora Leather, como muchas otras veces, ya que es persona completamente de fiar, y está acostumbrada a cuidarse sola. Cuando bajamos de Yorkshire la última vez, le pedí a la señora Leather que saliera conmigo el miércoles por la tarde, pero no se encontraba bien, tenía problemas de digestión, lo cual le ocurre de vez en cuando. Así que llamé por teléfono a mi hermana, la señora Livings, y quedé para tomar algo y ver un espectáculo con ella y con su marido; y eso hicimos, y eso le conté a la Policía cuando me preguntaron dónde estaba la noche del asesinato. Pero me guardé una cosa, señor.

Trent recordaba vívidamente la reserva con la que el señor Bligh le repitió lo que les había dicho Raught.

—A lo mejor —sugirió Trent, encendiendo un cigarrillo— no los sorprende si se enteran.

—Tiene razón, señor —declaró con pasión Raught—. Siempre te tratan como a un perro e intentan que te delates. Lo único que me guardé fue una cosa sin la menor importancia, pero sin duda se habrían puesto desagradables. O sea, cuando me marché, un poco antes de las seis y media, primero pasé a ver a la señora Leather, para preguntarle qué tal estaba, y estuve allí con ella hasta que fue la hora de marcharme, en su dormitorio, que está en el último piso, y da a la plaza Newbury, como le he dicho.

En ese momento, Trent, que había estado observando al sujeto con gran atención, sorprendió una mirada furtiva que este dirigió de pronto a su cara. Raught, claramente desconcertado al encontrarse con sus ojos atentos, prosiguió de forma atropellada.

—Después fui a ver a los Livings en el Soho, parando a tomar algo en un par de sitios que están de camino; al inspector le conté eso y todo lo demás que ocurrió, con total sinceridad, hasta el momento en que llegué a casa y descubrí el cuerpo y llamé a la Policía. Le estoy diciendo la pura verdad, señor; espero que no lo dude.

—La verdad es que sí, bastante —dijo Trent, amable—, si de verdad quiere saberlo. Es solo una idea que tengo, y a lo mejor ando equivocado; pero ¿no hay otra cosilla que, como usted dice, se está guardando, que ocurrió durante el poco tiempo que estuvo con la señora Leather? Me ha dado esa impresión, por su actitud.

El color volvió al pálido rostro de Raught, y este se puso mohíno.

—Me está juzgando mal, señor. Entonces pasó algo, como dice usted, y se lo iba a decir, de veras que sí. Pero no tenía *na* que ver con mi propia historia, ni con la razón por la que le pido que me ayude con un poco de información. Antes de nada, quería que entendiera cómo es que estoy escondío en el número 46.

—Muy bien, cuéntelo como quiera —concedió Trent—. El diseño del relato es suyo, no mío. Pero imita usted tan bien a un tipo que no sabe si contarlo todo o no que durante un instante me he engañado por completo.

Aunque el aire de recelo de Raught no desapareció del todo con este discurso conciliador, prosiguió su relato.

—Verá, señor, cuando encontré muerto al señor Randolph, me llevé el susto de mi vida. Estaba demasiado nervioso para pensar y di por hecho que lo habían asesinado (por lo que fuera, era lo que parecía). Y sabía, señor, que, si lo habían asesinado, se me podían complicar las cosas. No me refiero solo a que sería sospechoso desde el primer momento, antes de que empezase la investigación. Había otra cosa.

—¿Se refiere —preguntó Trent— a que no podría decir dónde estaba cuándo sucedió sin explicar su visita a la señora Leather, y a que eso dejaría a la señora Leather en una posición muy desagradable, y a que aun así podía ser que la señora Leather no

fuera muy creíble como única coartada? Dadas las circunstancias, puede que no, claro... Me hago cargo. Se le podían complicar las cosas, como dice. Eran dos halcones atrapados, condenados a revolotear como murciélagos.

—No, señor, no me refería a eso. De todas maneras, es cierto que no les dije nada sobre mi visita de esa noche al número 46, ni sobre la señora Leather y yo. ¿Para qué, si ello no iba a dejarme libre de sospechas? Y, además, señor..., le estoy diciendo la verdad... Se me ocurrió que el número 46 podía serme útil..., en caso de que quisiera alejarme y esconderme una temporada. Sabía que siempre podía ir allá, mientras no volviera la familia.

—Ya, ya veo —dijo Trent—. Tenía ese as en la manga. Y entonces, la noche después de la noche del asesinato, lo jugó.

—Sí, señor. No tuve más que salir por la ventana de mi habitación y saltar la tapia del fondo del jardín, al callejón que pasa por detrás. Luego fui a la calle Bullingdon, al número 46, y allí bajé la escalera del sótano y llamé tres veces al timbre de servicio, como siempre. La señora Leather se levantó y me abrió, y estoy allí desde entonces, señor, no me he atrevido a salir hasta esta noche. Me prestó el segundo uniforme de su chófer, que se lo dejó en el dormitorio. Me cambia un poco el aspecto; sobre *to* la gorra.

Trent rio.

—Parece lo más sencillo del mundo. El buen generalato es así. No obstante (perdón por la curiosidad), ¿por qué decidió hacer eso, después de quedarse en casa cuando encontró el cuerpo y de informar, como un buen ciudadano?

Raught volvió a tocarse la barbilla y las mejillas con mano nerviosa.

—Bueno, señor, de eso se trata; me refiero al motivo de que haya venido a verlo esta noche. Verá, cuando le he dicho que el asesinato del señor Randolph me complicaba las cosas, no tenía en mente a la señora Leather y sus relaciones conmigo. Lamento decir que había algo mucho más grave.

Trent tiró su cigarrillo al fuego.

—Lo sé. Ahora que lo ha mencionado usted, Raught, puedo decírselo... El inspector Bligh me lo contó todo.

—¿Ah, sí, señor? —Raught se incorporó con torpeza, y se quedó en pie, temblando—. ¿Lo de..., lo del golpe en el banco de Maidstone?

—Tienen su declaración firmada. Los abogados del señor Randolph se la remitieron a la Policía. La recibieron la mañana después de que usted desapareciera.

Raught volvió a sentarse con un suspiro de fatiga, la cabeza gacha y las manos entre las piernas. Se quedó así unos instantes; a continuación, alzando la mirada y con la vista al frente, vertió sobre la memoria de su difunto jefe un torrente de maldiciones e insultos musitados que rebasó con mucho todo lo que Trent había oído en su amplísima experiencia del anatema.

Finalmente, Raught se quedó callado, y Trent se acercó al aparador al final del estudio.

—Tómese una copa —dijo—. A su boca le va a sentar bien. No voy a decirle que sé cómo se siente, porque nunca he tenido que ser tan elocuente, pero, si se hubiera dado el caso, no le habría llegado a la suela de los zapatos. —Le alcanzó un vaso chato a Raught, que lo aceptó con agrado—. ¿Y un cigarrillo? Así mejor. La gente que no sabe de palabrotas dice muchas tonterías, ¿no le parece? O sea, de vez en cuando oyes hablar de un experto que pasa varios minutos seguidos echando sapos y culebras sin repetirse. Ahora bien, está claro que usted ha estado maravilloso, pero diría que no ha tardado más de treinta segundos en quedarse sin munición, y aun así ha repetido una palabra nueve veces.

Raught se recompuso respirando hondo y dejó el vaso a un lado.

—Le estoy muy agradecido por esto, señor, y por no enfadarse cuando me he dejao llevar. Dicen que es peor la incertidumbre, pero durante un momento me ha dejado fuera de combate. Entonces ya sabe, señor, lo que le quería preguntar y ha respondido antes de que dijera nada. Quería saber si seguía pendiente lo del golpe del banco; eso... y la confesión que me obligó a firmar. Si me hubiera dicho que

no se sabía nada, me habría marchado tan feliz como no me sentía desde hace días..., o desde hace años, ya puestos. Tenía la esperanza de que se hubiera perdido o la hubieran destruido, o de que estuviera entre los papeles que se llevaron de la caja fuerte. Bueno, tendría que haberme imaginado que el viejo..., tendría que haberme imaginado que el señor Randolph habría hecho algo así.

»Ya ve a lo que me refería, señor, cuando he dicho que el asesinato podía complicarme mucho las cosas. Si el papel que firmé caía en manos de la Policía, haría recaer en mí todas las sospechas como sujeto peligroso que quería ajustar cuentas con el viejo por hacérmelo firmar. Y seguro que habrían pensado que fui a la caja fuerte por si me hacía con la confesión y que de alguna manera me había esfumado con todos los papeles al no encontrarla. Y, como ha dicho usted, señor, no tenía una coartada creíble. Así que decidí que lo único que podía empeorar la situación era marcharme y tratar de desaparecer tras encontrar el cuerpo. Y pensé que, si informaba a la Policía inmediatamente y contaba la verdad, causaría buena impresión, y tal vez se saldaría todo con un mero juicio por aquel viejo golpe de Maidstone.

Trent asintió con admiración.

—Lo ha explicado muy bien. Y, ¿sabe?, los policías son clarividentes... Eso es exactamente lo que el inspector jefe Bligh creyó que pensó usted.

—¡Maldita sea su estampa! —dijo Raught con violencia.

—Y pensó que, cuando al día siguiente descubrió que no había sospechas serias y que habían arrestado a otra persona, decidió intentar esfumarse y correr el riesgo de que apareciera la confesión del golpe de Maidstone, porque su huida no cambiaría nada, tratándose de un crimen que había confesado.

Raught frunció el ceño con amargura.

—Bueno, acertó. Y así están las cosas, señor. Ya ve lo que supone para mí que tengan esa declaración. Significa que, aunque no me echen el guante, voy a tener que seguir escondiéndome y

escabulléndome, y tratando de cambiar de aspecto; y, vaya donde vaya, ni hablar de trabajar, salvo en lo peor de lo peor, puesto que no tengo referencias. Esas perspectivas tengo, señor. Bueno, ahí lo tiene.

Se puso en pie despacio.

—Lo siento por usted —se sinceró Trent—. Lo siento por todo el que se ha puesto al alcance de las leyes del derecho penal; es más, en otras ocasiones lo he sentido por tipos que tenían en su contra mucho más que usted, por lo que parece, y que no lo pasaron tan mal.

—Bueno, señor —dijo Raught—, usted no ha hecho las leyes..., ya lo sé, y no tuvo nada que ver con que empezase con mal pie. Y me ha tratao bien, como pensaba; mejor de lo que habrían hecho muchos. Pero hay otra cosa, señor.

—Lo que ocurrió cuando fue a visitar a la señora Leather, ¿no? Me imagino que debe de tratarse de algo que merece la pena mencionar.

—Ya lo juzgará usted cuando lo oiga. Solo le pido que no me implique, si decide hacer algo con ello. Me he puesto en sus manos, señor, confiando en que actúe con honor.

—Muy bien.

—Bueno, señor, voy a contarle lo que pasó. Cuando fui a ver a la señora Leather, justo después de salir de la casa del señor Randolph, me quedé un poco más de media hora. Oímos dar las siete en Saint Chad, y unos minutos después le dije que tenía que irme. Estábamos en la habitación de arriba, como le he dicho. Fuera estaba oscuro, evidentemente, y, conforme me ponía en pie, miré por la ventana por casualidad y vi a alguien en la puerta del número 5. Era un caballero que entraba por la puerta en aquel momento. No lo vi más que un instante, señor, a la luz que salía de la entrada; la puerta se cerró a continuación, y no vi más. Pero eso lo vi, señor, tan claro como lo veo a usted. En el momento no le presté más atención, porque sabía que a veces el señor Randolph recibía a gente cuando

yo no estaba. Bajé las escaleras y salí a la calle Bullingdon por la puerta del sótano. Y nada más, señor.

Escuchando este breve relato, Trent sitió la emoción de la aventura en cada nervio y cada músculo, y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con su tono habitual:

—Eso fue poco después de las siete. Y dice que vio a un caballero. ¿Por qué un «caballero»?, ¿por como iba vestido?

—Sí, señor; en parte por eso, y en parte por cómo se comportaba. Tenía aspecto..., bueno, no lo sé, señor. Tenía aspecto distinguido, como quien dice.

—Ya entiendo; pero, ¡mecachis!, según usted, lo vio solo un momento. Y, si estaba entrando, me imagino que le estaría dando la espalda. ¿Había algo de luz de la calle, además de la luz de dentro?

—Está la farola de la entrada de la plaza Newbury, en el lado de allá, señor. Sin embargo, a duras penas podría decirle qué aspecto tenía, con esa luz, no. Vi bien su silueta, con la puerta abierta, cuando entró. Llevaba traje de etiqueta, señor, con sombrero de copa y un abrigo oscuro, y alcancé a ver la parte de arriba de una bufanda blanca por encima del abrigo.

—¿Y la cara, nada de nada, entonces?

—No, señor.

—Bueno, ¿y qué más observó? ¿Era alto y delgado, o bajo y corpulento? ¿Era patizambo, jorobado, tenía las orejas de soplillo? ¿Algo que personalizara su figura vista de espaldas?

—Diría que no era bajo, señor. No puedo decir nada más; solo lo vi un segundo.

—¡Vaya! Retrato de caballero. Altura indeterminada, complexión imprecisa, su aliento era el rayo; su voz, la tormenta. En lo que respecta al pelo y la tez, a lo mejor era hasta negro. Si pudiera tener uno esa carita suya pintada con fondo de oro pálido, como prefiere el arte temprano de la Toscana, cuántos problemas se ahorraría. Por cierto, ¿qué hay del señor Randolph? ¿Lo vio entonces?

—No, señor, pero es fácil abrirle esa puerta a alguien sin ser visto. La entrada es mu angosta, ¿recuerda?, que hay que pegarse a la pared, casi detrás de la puerta, para dejarle paso a un visitante. Lo he hecho muchas veces, señor; sé lo que digo.

Trent digirió esta información en silencio durante unos instantes; luego, preguntó:

—¿El hombre llevaba una bolsa?

—Estoy seguro de que no, señor. Habría visto algo de ese tamaño si lo hubiera llevado, de la forma en que estaba frente a la luz. Diría que no llevaba nada en las manos, señor.

—¡Viva, viva! —exclamó Trent—. La cosa no hace más que mejorar. ¡Ropa de etiqueta, no era bajo, sin rostro y sin bolsa! Unas pocas pinceladas diestras y ya tenemos a nuestro hombre. ¿Recuerda algo más? ¿Cómo era el sombrero de copa, por ejemplo? ¿Era brillante, o era uno de esos plegables?

—No sabría decirle, señor. Solo lo vi un instante, y luego la puerta se cerró.

Trent volvió a reflexionar.

—La puerta se cerró. Naturalmente. Pero no se cerraría sola, ¿no? ¿La cerró el caballero o fue otra persona?

—No lo vi, señor; sucedió muy rápido. Pero me ha recordado una cosa, señor...: la puerta se cerró en silencio.

—¿Es que en general se cerraba con un portazo?

—Bueno, señor, al salir había que dar un portazo..., es difícil de cerrar. Pero por dentro podía cerrarse en silencio. Y hablando de silencio, señor; eso me ha traído a la memoria otra cosa, que recuerdo haberle comentado a la señora Leather en su momento. Teníamos abierta la parte de arriba de la ventana del cuarto, porque, con la estufa, hacía mucho calor; y a los dos nos extrañó no haber escuchado los pasos del caballero de camino al número 5. Estando tan cerca, no podíamos dejar de oír todos los pasos en los adoquines de la plaza Newbury, salvo los de gatos y perros.

Raught cogió su gorra y fue a la ventana abierta.

—No quiero entretenerlo más, señor. Es hora de que me vaya.

—Desde luego, me ha dado bastante que pensar —dijo Trent—. Por cierto, Raught, antes de que se marche, tengo que preguntarle una cosa. Puede que sea usted el único que lo sepa, dado que era el criado del difunto señor Randolph.

—¿De qué se trata, señor?

—¿Siempre usaba cuchillas de afeitar de la misma marca?

—No, señor. Casi todo el tiempo que estuve con él usó una maquinilla Oswego, vieja y con el chapado muy gastado. Después le dio por usar una Bok, un modelo más moderno, señor.

—¿Y eso fue hace poco?

—Hace unas semanas, señor. ¿Cómo lo sabía?

—No lo sabía; solo tenía la esperanza de que así fuera. —Trent soltó una risa breve y desagradable—. Las maquinillas de afeitar pueden ser peligrosas. Hablando de lo cual, Raught, me parece que ha dicho que la Policía ya lo tendría fichado como personaje peligroso. ¿Es usted un personaje peligroso?

Raught lo miró a la cara directamente por primera vez, y su expresión se endureció.

—Puedo serlo para los que se cruzan en mi camino. Pero usted me ha tratado bien, y se lo agradezco. Buenas noches.

Y se lo tragó la oscuridad de la noche.

151 Probablemente, un tomo de *La vida de Samuel Johnson*, de James Boswell.

152 St. Marylebone o Marylebone a secas es un barrio acomodado del centro de Londres, cerca del West End.

153 El original tiene aquí un juego de palabras imposible de traducir. Trent cita cuatro versos del poema «El cuervo», de Edgar Allan Poe, sin llegar a acabar el

último de ellos; en ese punto, el «Lenore!» de Poe (en castellano, Leonora) es sustituido por el «Guv'nor!» (que he traducido por «Jefe») de Raught, idéntico a efectos de metro y rima. En las siguientes líneas hay otras citas y paráfrasis de «El cuervo».

Capítulo XVII

Un cuerpo excelente

Raught estaba de un humor de perros mientras regresaba a su refugio en la esquina de la plaza Newbury. Siempre había sido inestable, y en los últimos días había vivido con ansiedad desesperada, como aplastante culminación de los años de odio incesante, latoso y sofocado al servicio de Randolph. Sin nada en que ocuparse, la lástima por sí mismo lo había dominado por completo, alentada por el cariño de la mujer que se había hecho amiga suya. Ahora sabía que sus temores se habían hecho realidad; que, en su mezquindad, incluso después de muerto, el viejo lo había denunciado como culpable del crimen de Maidstone que había pasado hacía tantos años. Mientras recorría la semioscuridad de las calles iluminadas por las farolas, casi desiertas a aquella hora, iba dándole vueltas a su mala suerte. ¿Había tenido acaso la menor oportunidad? Randolph, por cierto, como muchos otros en su misma situación, estaba lejísimos de comprender hasta qué punto había tenido mala suerte, qué pocas oportunidades le había dado la vida. El abandono y la crueldad lo marcaron de niño; en ningún momento había tenido nada que contrarrestara su efecto. Pero en todo el pasado que recordaba y podía entender le habían sobrado cosas que almacenar en sus reservas de resentimiento, de convicción propia del delincuente de alma enferma de que no debe al mundo más de lo que pueda pagarle con su misma moneda.

A pesar del entrecejo fruncido, la pequeña figura se movía con alegría fingida. Raught sabía que no debía parecer un hombre perseguido; encarnaba el uniforme de chófer que vestía lo mejor que podía. Era un hombre cualificado con un buen trabajo, un hombre con carácter y perspectivas; no era el pelele de nadie. Lo hacía bien, y, cuando se cruzó con uno o dos policías, estos solo le dedicaron una mirada rápida.

Aún menos motivos, se diría, había para esperar problemas de la persona solitaria que Raught vio al entrar en la larga acera del lado oeste de la plaza Purbeck. El hombre alto que se le estaba acercando desde el otro extremo de la fila de rotundas casas georgianas era, para cualquier mirada experta, un caballero ligeramente intoxicado. Su ropa y sus andares, la desviación apenas perceptible de la línea recta al andar, la pausa ocasional para examinar con atención nada en particular se apreciaban fácilmente a la luz de las farolas. Tenía menos miedo de los caballeros que de casi cualquier otra clase de hombre; porque el instinto le decía que, por detestable que fuera el carácter de un caballero, normalmente no tendía a censurar o siquiera a interesarse por la conducta de sus congéneres. Por lo que respecta a la condición en que se hallaba aquel caballero en particular, Raught, como era natural, supuso que, en lo que a todas luces era una etapa temprana de borrachera, esta lo llevaría a una amabilidad que merecía aún más elogios que la indiferencia.

En cambio, Raught se equivocaba. Hay naturalezas demasiado complejas para amoldarse a cualquier patrón de conducta reconocido; que son, en otras palabras, naturalezas desagradables. Esto era especialmente cierto en el caso de la persona a la que ahora Raught pudo reconocer, a medida que se acercaban, y ambos pasaban bajo los blancos rayos de una farola. Era Eugene Wetherill, que volvía a casa de un lugar de encuentro privado cuyo principal reclamo era el juego, y en el que el champán era una motivación social. Por una vez, en cierta forma, a Wetherill le había ido bien en

ambas fuentes de diversión. Estaba de buen humor y tenía la peculiaridad de ponerse molesto cuando estaba de buen humor. A la sazón, estaba lejos de ser un borracho agresivo (estado en el que se hallaba a veces, y en el que siempre se convertía, como poco, en una bestia violenta y peligrosa), pero se sentía travieso.

Los dos se reconocieron. En las dos ocasiones recientes en que Raught abrió la puerta a Wetherill en la pequeña vivienda de la plaza Newbury, ambos coincidieron con la predisposición pública predominante y se detestaron a primera vista. La segunda vez, cuando a Raught se le cayó el sombrero del huésped al cogerlo de sus manos, Wetherill lo insultó, y a su vez fue insultado en silencio con palabras mucho menos susceptibles de ser impresas. Ahora, cuando Raught estaba a punto de pasar a su lado con expresión deliberadamente neutral, Wetherill extendió raudo un brazo y agarró al hombrecillo del hombro.

—¡Vaya, vaya! ¡Usted por aquí! —graznó—. El miserable criado del millonario asesinado, feo como un demonio y desaparecido en sospechancias muy circunstosas... ¿Dónde va, hermosa doncella? ¿Sabe que la Policía lo anda buscando? Hay que tener el gusto en las témporas para querer verlo a usted, pero la Policía siempre ha tenido un gusto espantoso...; es famosa por ello. Un cuerpo excelente, admiración y envidia del mundo civilizado, pero, en lo que respecta al gusto..., ¡sencillamente ‘plorable; esa es la palabra! Ojo, se me cae el alma a los pies, pero hay que decirlo..., sencillamente deplorable.

Raught trató en vano de zafarse del vigoroso apretón.

—Déjeme en paz —gruñó—. ¡Suélteme el hombro, desgraciado! No lo conozco y no sé de qué está hablando.

—Que no me conoce —lamentó Wetherill, sacudiendo la cabeza con pena y reproche—. Dándome un corte en la calle, abierta y oshtentoshamente. Se cree Beau Brummel[154]... ¡Lo conozco! Dígalesh a sus dishtinguidos amigosh de White’sh[155]: me crucé con ese fulano inmundo, Wetherill..., me hice el sueco y lo dejé con un

palmo de narices. Lo que pasha es que es usted un eshtirado..., y todo porque desaparece en ciscontanchas muy sospitales, y lo busca la Policía. Muy bien..., no pienso imponer mi compañía a nadie. —De pronto, levantó la voz hasta gritar con fuerza—. Quédese con la Policía... ¡Policía!

—Suélteme o lo lamentará —musitó Raught, echando por la boca un torrente de obscenidades al tiempo que forcejeaba para escaparse.

Estaba ciego de rabia e imprudencia.

—¡Policía! —volvió a rugir Wetherill.

—¡Usted lo ha querido!

La mano de Raught fue disparada hacia el bolsillo interior, e hincó la boca de una automática en el epigastrio de su verdugo. Se oyó un ruido sordo, y Wetherill, con una tos honda, cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Al instante, un silbato sonó al otro lado de la plaza, en la esquina por la que había entrado Raught.

—¡Vamos! ¡Toque el... flautín! —gritó Raught. Dio patadas al cuerpo, sin piedad—. ¡Este no va a volver!

Disparó a bulto hacia la figura uniformada que ahora veía correr hacia él, y escapó en sentido contrario.

A mitad de la calle Lapworth, saliendo a la derecha de la plaza Purbeck, en ángulo recto, el gato negro del número 38 estaba sentado en los peldaños, accediendo con condescendencia y dignidad a que el agente Mavor le hiciese cosquillas detrás de las orejas. Para dicho funcionario, aquella clase de atenciones hacia todo animalillo era automática. Lo que de verdad tenía en mente en aquel momento eran sus posibilidades de entrar en el once titular en el primer partido de la temporada de críquet. Era el momento, pensaba; lo había demostrado. Por poco criterio que tuvieran, deberían sacarlo, aunque solo fuera por sus lanzamientos, y eso que

era un jugador bastante completo; y no era el único que lo pensaba, como felizmente sabía, sino que hasta sus superiores estaban de acuerdo.

Pero el agente Mavor tenía otro interés en la vida, y más apremiante: el deseo de ascender en su carrera. Casi siempre pensaba en ello. Había consagrado su inteligencia, capaz y alerta, a los estudios de técnica policial y de los mecanismos de la ley que formaban parte del día a día del cuerpo; y tenía ideas propias. Cuando llegase el momento, estaría, pensaba, totalmente preparado.

Ese lado de la naturaleza de Mavor entró en tensa acción con un sobresalto al escuchar el grito lejano «¡Policía!» a la vuelta de la esquina, en la plaza Purbeck. El gato negro, de cuyas orejas se había apartado su mano tan bruscamente como si estuvieran al rojo vivo, lo miró con frío desdén conforme se alejaba en carrera rauda, atlética, sacando el reloj y tomando nota de la hora según corría. Mavor estaba preparado.

Se oyó otro grito, y a continuación otro ruido que hizo que Mavor abriese aún más los ojos, y que estos se hiciesen aún más brillantes. Era ese sonido plano para el que los expertos estadounidenses en homicidios han acuñado la expresiva palabra «*¡Ker-bap!*», e inmediatamente lo siguió el profundo zumbido de un silbato de la Policía. Conforme apretaba el paso, Mavor se caló el casco firmemente, apretó la correa debajo de la barbilla para obtener la máxima tensión y sacó la porra.

Sonó otro disparo, y a continuación un hombrecillo dio la vuelta a la esquina de la plaza, a unos veinte metros y corrió hacia él a toda pastilla. Cuando el fugitivo alzó la mano con un grito de amenaza, Mavor alcanzó a ver el brillo de la farola reflejado en la automática. Agachó la cabeza al instante, «cubriéndose» con el casco y los brazos, y cargó contra él como un toro. Un instante antes del impacto, sintió un dolor desgarrador en el hombro izquierdo, y el chasquido de la pistola lo ensordeció; a continuación, Raught cayó,

peleando como un loco para quitarse de encima los ochenta y dos kilos de peso de Mavor y liberar el brazo derecho a cuya muñeca se aferraba Mavor con la única mano que podía mover.

Todo acabó en unos segundos. Antes de que al primer policía le diese tiempo a llegar a la escena de aquella pelea de gatos salvajes, y al tiempo que las ventanas y puertas se iban abriendo de par en par a lo largo de toda la calle, un cuarto disparo hendió el tumulto creciente de alaridos y gritos.

Sin casco, sin aliento, lívido por el dolor del hueso roto y con sangre cayéndole por los ojos de un corte en la frente, el agente Mavor se arrodilló y contempló la fea imagen que tenía delante.

—¡Dios...! —jadeó, mientras con la mano derecha se apretaba el hombro herido—. ¡Al final se ha pegado un tiro!

154 George Bryan Brummell (1778-1840), conocido como el Bello Brummell, fue el «árbitro de la elegancia» en Inglaterra.

155 White's es uno de los más exclusivos clubes londinenses. Beau Brummell fue socio.

Capítulo XVIII

Información recibida

Cuando Raught se despidió, después de la entrevista secreta en el estudio de Trent, ya era medianoche; y, hasta pasada más de una hora, Trent siguió sentado, fumando y mirando el fuego, mientras su mente jugaba vehementemente con el nuevo hilo de ideas evocado por la historia que acababa de oír. El fuego estaba casi apagado cuando vació la última pipa y fue al dormitorio. Su sueño, cuando al fin llegó, fue desapacible y apenas reparador; pero una perspectiva clara y un objetivo difícil habían empezado a tomar forma tras dar muchas vueltas en la oscuridad.

No fue hasta bien entrada la mañana siguiente cuando, mientras trabajaba en el estudio, lo llamaron por teléfono y, para su sorpresa, oyó la clara voz de Verney, que preguntaba por él.

—Lo he llamado —dijo Verney— por algo que estoy seguro de que querrá oír, y, además, no se me ocurre nadie más que pueda hacer algo al respecto. Se trata del doctor Fairman. Sé que es amigo de usted. Es una historia demasiado larga para referírsela por teléfono. ¿Tiene un momento para que se la cuente hoy?

—Sí, claro. —Trent pensó a toda velocidad durante unos instantes —. Si no recuerdo mal, me dijo que está casi siempre en el Instituto Randolph. Si va a estar esta tarde, ¿qué tal le viene que pase a verlo hacia las seis? Nunca he estado allí, ¿sabe?, y me gustaría, si es

posible. No puedo ir antes, porque voy a estar trabajando aquí mientras haya luz.

—Perfecto —convino Verney con entusiasmo—. Justo entonces es cuando empezamos a tener lío, y así podrá hacerse una idea de lo que el instituto representa en esta parte del mundo. Ya sabe dónde está: en la calle Marigold; cualquier persona con la que se encuentre le indicará el camino. Yo andaré por allí y estaré encantado de verlo.

—Muy bien. Allí estaré.

Pasaban unos minutos de las seis cuando Trent, al volante de su coche, invadió el territorio del Instituto Randolph. Aparcó y preguntó cómo llegar a un haragán de cierta edad que se hallaba apuntalando la pared de un *pub*. Haciendo un gran esfuerzo, el tipo se sacó una pipa baqueteada de la boca, escupió con parsimonia y señaló con el pulgar por encima del hombro derecho.

—La primera a la derecha y la segunda a la izquierda. Verá las luces y oirá a los malditos niños jugando al balón.

Volvió a poner la pipa en su sitio y se centró en su titánica tarea con una determinación que secó toda pregunta ulterior en la lengua de Trent, quien tenía curiosidad por saber cómo los niños, estuvieran en el estado espiritual en que estuvieran, podían jugar al balón en aquellas calles angostas y abarrotadas.

Tuvo la respuesta nada más llegar a la segunda a la izquierda. De lo alto de un edificio elevado se escapaba un resplandor. Su tejado plano estaba delimitado por una gran jaula de alambre, esplendorosamente iluminada, y los golpes sordos de los balones de fútbol, golpeados violentamente contra las paredes y mezclados con breves ráfagas de aplausos, proclamaban que varios partidos de *fug soccer*[156] se estaban jugando al mismo tiempo en el aire de las alturas de Londres.

Entonces se dio de bruces con la entrada del edificio. Una potente lámpara de arco emitía cierta cantidad de luz en torno a una puerta

ancha, que cuatro o cinco jóvenes franqueaban en ese momento. Trent dejó el coche junto a la acera y entró tras ellos a un vestíbulo alicatado al que daba media docena de puertas, con unas escaleras de subida enfrente. Dirigiéndose a un joven enjuto que lo miraba con curiosidad, Trent le preguntó dónde podía encontrar a Verney.

—Arriba, me imagino —fue la respuesta—. Si espera aquí, voy a buscárselo. ¿Nombre?

Trent confesó que tenía nombre y dijo cuál era. El servicial joven subió las escaleras a la carrera y dejó al visitante en medio del vestíbulo, saboreando el sutil aroma del lugar, que parecía una mezcla de jabón medicinal, fibra de coco, cuero y otros elementos más difíciles de identificar (un olor que no era desagradable; es más, que inspiraba confianza, pensó Trent).

A un lado del vestíbulo, a cierta distancia, un aplique lanzaba sus rayos a un tablero de paño verde ante el cual un grupito de jóvenes examinaba los anuncios expuestos.

—Alguien se ha dejado el reloj por ahí —proclamó uno de ellos—. Encontrado en el vestuario de arriba. ¿Alguien lo busca?

—¿Dice si es un reloj con la pulsera de platino y cuarenta y nueve agujeros? —preguntó otro con fingida ansiedad—. No sé dónde lo he puesto y anoche estuve ahí arriba.

—¡Qué gracioso! —observó el primero, de forma desapasionada—. De todas maneras, no será muy bueno, o lo habrías robado. ¡Anda! Aquí está Pelirrojo. ¿Qué haces que no estás asesinando ratones en South Kensington esta hermosa tarde, Pelirrojo? ¿Ya no te interesa la ciencia? ¿O se ha acabado el suministro de pobres animalitos sin voz?

—Ojalá algunos de vosotros fuerais pobres animalitos sin voz para variar —replicó un joven alto con el pelo rojo y rebelde y gafas que acababa de sumarse al grupo—. Sabe Dios que no puedo permitirme perder el tiempo, con los finales de biología dentro de dos semanas, pero esta tarde hay reunión del comité de la biblioteca.

—¡Mentira! —dijo otro joven—. La reunión del comité de la biblioteca es mañana, como siempre.

—¡Dios mío! —exclamó el de las gafas—. Pensaba que hoy era viernes.

Maldijo fervientemente, y hubo un estallido entusiasta de regodeo entre sus solidarios amigos.

—Un día te vas a olvidar de cómo te llamas —advirtió uno.

—Todavía no eres catedrático, ¿sabes, Pelirrojo? —dijo otro—. Cuando lo seas, dará lo mismo que seas tan despistado..., como el viejo que le puso mantequilla al periódico y leyó la tostada.

—Me parece que Pelirrojo está borracho —replicó otro.

—Borracho de sangre de pobres animalitos sin voz —corrigió el joven que ya había hecho la objeción humanitaria.

—Vale, vale; ¡reíos todo lo que queráis! —gruñó el joven llamado Pelirrojo.

Él mismo sonrió, lúgubre; y Trent, escuchando la conversación con discreción, percibió algo de la afabilidad de Pelirrojo que sus compañeros estaban reconociendo a su peculiar manera.

—¡Que yo soy despistado! —prosiguió, rascándose la nariz con un cuaderno grande—. Entre todos tenéis menos sesos que una rana diseccionada. ¡Y otra cosa! Si es jueves, ¿por qué el joven Peters no está en calzoncillos en la calle, corriendo sus siete millas y media con el resto del circo, en vez de jugar al subibaja él solo?

—¡Oye, listo! —intervino el joven Peters, quien, en pantalones cortos y jersey, y con una pierna estirada, ejecutaba rápida y repetidamente sentadillas—. Ahora entrenamos los miércoles, tontolaba..., desde hace un mes —prosiguió sin cejar en su tonificante ejercicio—. Estás en la inopia, Pelirrojo... Te vendría bien dejar descansar a los conejos más a menudo y venir para que tengamos algo de lo que reírnos.

Cambió de pierna.

—Por lo menos a tu aparato respiratorio no le pasa nada —observó Pelirrojo—. Si chupas tan bien como resoplas, a lo mejor te consigo

trabajo de bomba en el laboratorio de física.

Aquí se detuvo la conversación, ya que Verney apareció bajando a la carrera las escaleras desde las regiones superiores, y fue cordialmente recibido por el grupo.

—Espero que no lleve mucho rato esperando —le dijo a Trent—. ¡Hola, Pelirrojo! Últimamente, no se te ve el pelo. Trent, permita que le presente a Pelirrojo Stimpson, el mejor portero que hemos tenido...; ahora es científico. Venga conmigo, subamos a mi despacho (está en el primer piso).

Lo llevó por las escaleras recubiertas de linóleo hasta un amplio salón de lectura, que en un extremo tenía un mostrador como el de un bar, presidido por una mujer mayor que estaba ocupadísima remendando un calcetín. Había allí unos cuantos jóvenes sentados en torno a la larga mesa cargada de periódicos y revistas, y disfrutando de tentempiés entre los que el chocolate ocupaba un lugar predilecto. De arriba llegaba vagamente un ruido de *ping-pong*, mezclado con pisotones y carreras que sugerían formas de ejercicio más robustas (boxeo y gimnasia, supuso Trent).

Verney abrió una puerta a mitad del salón de lectura, descubriendo un cuartito de aspecto estrictamente utilitario, con un secreter, una mesa sencilla y un archivador de metal pintado de verde como muebles principales. Según entraban, un anciano alto y flaco con una pulcra barbita blanca y gafas con montura dorada se levantó alerta de la mesa, donde había estado atareado con una regla y una pluma.

—Le presento al señor Bowes, que tiene la amabilidad de ahorrarme un montón de trabajo en este lugar —dijo Verney—. Este es el amigo del que le he hablado, Bowes..., el señor Trent.

El sonrosado rostro del señor Bowes tenía una expresión abierta y generosa.

—Encantado de conocerlo —le dijo, estrechando su mano vigorosamente—. Creo que usted era el que iba a haber pintado el retrato del jefe. Qué cosa tan terrible, señor..., terrible. Estaba fuera

de la ciudad cuando ocurrió, y no me enteré hasta que vi los titulares en el periódico. Nunca me había llevado una impresión semejante. Volví a Londres de inmediato...; no porque pudiera hacer algo o ser útil; pero ya sabe cómo son estas cosas. Me interesa mucho el Instituto Randolph, y quería averiguar qué iba a pasar con él y hablar de la situación con nuestro amigo Verney. Esperaba que la investigación preliminar esclareciera algo el misterio del asesinato; pero se suspendió (supongo que lo vería) en cuanto tomaron declaración al médico, que no dijo más que lo que venían diciendo los periódicos desde el principio.

—Es lo que suele pasar —explicó Trent— cuando la Policía sigue investigando.

—Eso he oído —respondió el señor Bowes—. Bueno, no sabemos lo que va a significar para nosotros, aquí, si es cierto que Randolph no dejó testamento, como cree Verney. Pero el Señor proveerá, como digo siempre. En todo caso, vamos tirando, señor, incluso a la sombra de la muerte. Estoy ocupado con la lista del campeonato de boxeo, Verney; tendría que haber estado a punto antes. Tenía toda la razón, querido muchacho: necesitaba irme de vacaciones; me siento otro; pero eso me ha retrasado un poco en algunas tareas. Voy a seguir con ellos en la biblioteca, y colgaré la lista antes de irme. Ya sé que ustedes dos tienen que hablar en privado.

—Muchas gracias, Bowes —dijo Verney, conforme el anciano caballero recogía sus papeles y salía—. Es uno de los mejores amigos del instituto —prosiguió Verney—. Un hombre rico, jubilado y soltero que se dedica a trabajar en su parroquia y a labores filantrópicas. Y conmigo ha sido la generosidad personificada. Bowes tiene pocos amigos (y eso pese a su corazón de oro), y me parece que esta es su única vida social. Pasa la mitad del tiempo aquí, y no sé qué haría sin él.

Hizo señas a Trent para que se sentase en el sillón de madera curvada que el señor Bowes acababa de dejar libre y, expulsando

con suavidad del que había ante el secreter a un gato negro ovillado, se sentó.

—¿Le gustan los gatos? —aventuró Trent mientras se sentaba.

—En general, no —dijo Verney—. No me horrorizan, como dicen que les pasa a algunos; pero, si puedo elegir, prefiero su ausencia a su compañía. Claro que la cosa cambia cuando un gatito negro se cuela en tu habitación y se pone cómodo, como hizo este hace más o menos una semana. Lo que necesito justo ahora es un poco de suerte, para variar. —Alcanzó a Trent una pitillera—. Por favor, coja uno, y perdone que no lo acompañe. El cigarrillo que me fumé en su casa fue el primero desde hace cosa de dos años, y, de todas formas, aquí no debería fumar nunca. Es una costumbre que no ayuda nada a los chicos (siempre se les va la mano). Desde luego, era mi caso.

—Tiene toda la razón. —Trent cogió un cigarrillo y lo encendió—. Si me ven, siempre puede decirles que soy un degenerado irrecuperable con un pie en la tumba, y que todo empezó con el tabaco.

Verney sonrió con truculencia.

—Me temo que no da el tipo. Bueno, supongo que ahora no he de preocuparme por esas cosas... A lo mejor usted estaba pensando lo mismo. Es probable que no me quede mucho tiempo de trabajar aquí. No sé cuánto. El instituto tiene unos pocos amigos, hombres con recursos, que se han unido y corren con los gastos durante un tiempo. El bueno de Bowes se ha puesto al frente del grupo. En general, damos por hecho que aparecerán una o varias personas diciendo que son parientes de Randolph (puede incluso que ya hayan aparecido) y esperamos que quien acabe heredando su dinero decida mantener abierto el instituto. Pero el futuro es absolutamente incierto. No podemos más que esperar a ver qué pasa.

»Y, por lo que respecta a su amigo, el doctor Fairman, está en una posición verdaderamente asombrosa. Para empezar, sabemos que lo arrestaron el día después del asesinato y lo acusaron de intento de

suicidio; y, como los periódicos han publicado que había perdido su empleo en el Hospital Randolph, el consenso es que también es sospechoso de asesinato. Pues bien, me resulta sencillamente increíble. No lo conozco íntimamente (usted sí), pero lo traté bastante cuando llevaba los asuntos del Hospital Randolph y no puedo creerlo. Lo tengo por hombre de principios y con un carácter insólitamente fuerte, la última persona del mundo que tendría que ver con un crimen así. No tengo la menor idea de por qué lo despidieron de su puesto en el hospital, pero deducir que un hombre como Fairman se convirtió en asesino por eso es una sandez completa.

—Totalmente de acuerdo —coincidió Trent—. Por mi parte, estoy absolutamente convencido de que es inocente. Quizá haya oído también que ha tenido una crisis terrible y está en la enfermería de la cárcel.

—No, no lo había oído. Lo siento mucho. Sin duda sabremos mucho más cuando se recupere y pueda comparecer ante el tribunal.

Verney se detuvo, como si invitase a quien al parecer estaba mejor situado que él a compartir la información que tuviera; pero Trent decidió dejar de lado el proceso de Fairman. Siempre había sido escrupuloso y cuidadoso a la hora de hacerse acreedor de la confianza del señor Bligh y otros agentes de la ley con los que tenía relaciones amistosas. Sabía que la confesión de Fairman seguía siendo un secreto oficial bien guardado, y eso también era cierto acerca de otros detalles del crimen al margen del comunicado somero publicado al principio.

—Bueno, no va a ser fácil convencerme de que fue él —dijo por fin Verney—. De todas formas, no quería hablarle de eso, sino de lo siguiente. Dos días después de que asesinaran a Randolph, y antes de que se supiera que el tipo al que habían arrestado era Fairman, recibí una carta del doctor Dallow, que es el director médico del hospital. Me conocía, claro, como representante del viejo en los

asuntos del hospital, y empezaba diciendo cuán hondamente sobrecogidos se quedaron él y todo el personal cuando se enteraron del crimen. Luego añadía algo que no me sorprendió, porque sabía que hacía tiempo que estaba en el aire. Decía que tenía razones para creer que, si la posición del hospital llegase a ser difícil, por la razón que fuera (supuse que se refería a la muerte de Randolph y a que hubiera problemas con su herencia), la Administración del Condado de West Riding estaba dispuesta a asumir por completo la responsabilidad del hospital tal y como estaba, incluidos él y el resto del personal, y a gestionarlo solo como parte de sus propios servicios psiquiátricos, si podía arreglarse.

—Ya veo —dijo Trent, pensativo—. El condado había disfrutado gratis de una institución óptima, y la Administración no tenía reparos en tomar el testigo y continuar las operaciones. Me imagino que hace una labor indispensable.

—Así es, y muy especial...; de eso se trata. Bueno, lo que le habían dicho a Dallow era eso, y yo mismo lo había oído oficiosamente. Pero lo que refería a continuación sí me sorprendió. Preguntaba si estaba en contacto con el doctor Fairman, o si sabía dónde localizarlo. Recuerde que, cuando escribió eso, ignoraba que Fairman estuviese arrestado. Dijo que la salida de Fairman se había debido a un lamentabilísimo malentendido, que estaba deseoso de corregir con la mayor brevedad, si era posible. Fairman había estado haciendo un trabajo valiosísimo, decía, y, si podían convencerlo de que volviera en las condiciones previas, todos estarían encantados, pero nadie tanto como mi seguro servidor Maxwell Dallow. Eso decía la carta. Le diré que me quedé boquiabierto. ¿A usted no le habría pasado?

—Me habría pasado. Y lo estoy —afirmó Trent—. Uno no puede evitar preguntarse qué hay detrás. Nadie prescinde de los servicios de un hombre como Bryan Fairman sin óptimas razones, efectivamente. Si hubo un malentendido, tengo que decir que a su

seguro servidor, Maxwell Dallow, debería caérsele la cara de vergüenza.

Se detuvo, pensando que probablemente el doctor Dallow sentía lo mismo, si las conjeturas conjuntas del señor Bligh y del propio Trent tenían el menor fundamento. Cometer una injusticia cediendo ante una amenaza no podía ser grato para la autoestima de nadie. Si la repentina muerte de Randolph había supuesto para Dallow la emancipación de un yugo secreto, y si de inmediato había tratado de deshacer lo que le habían impuesto, el doctor tenía cierto mérito; porque, para restaurar a Fairman, él mismo tenía que humillarse.

—Si de verdad Dallow quiere decir que... —comenzó.

—Oh, claro que sí —dijo Verney—. La carta no deja lugar a dudas. La he citado de memoria, pero la tengo en mi piso, y puede leerla, si quiere; Fairman también. Y está en lo cierto, por otra parte, respecto del futuro del hospital. La Administración tiene intención de salvarlo, si hace falta; me lo ha dicho el responsable de Sanidad, en privado pero muy categóricamente, en más de una ocasión, y probablemente Dallow lo sabe por el presidente, sir Norman Connors, porque son viejos amigos. No; si Fairman sale sin tacha del lío en que se ha metido, todo indica que tendrá las puertas abiertas, en caso de que decida volver a su puesto. Al parecer, Dallow está dispuesto a esa cura de humildad, si es necesario. Pero me extrañaría que Fairman sea de esos idiotas que exigen disculpas por escrito y todo lo demás. Solo parecía importarle lo que estaba haciendo con la invasión del cerebro por toxinas, y, si puede volver a ello con todos los honores, me parece que lo hará.

—Y a mí —dijo Trent—. Voy a ocuparme de que lo sepa cuanto antes. Puede que sacarlo del pozo en que se halla sumido actualmente no sea tan fácil, pero también tengo esperanzas de lograrlo.

—Lo que me deja perplejo es cómo demonios se sumió en el pozo. Parece todo...

Aquí Verney se detuvo, y empezó a jugar con una pluma que había encima del secreter.

—¿Decía usted? —sugirió Trent.

—Bueno, iba a decir —Verney hablaba a regañadientes— que parece una absoluta locura. Es una forma de hablar, evidentemente; pero casualmente encaja en una posibilidad que se me ha ocurrido. ¿Es inconcebible que Fairman perdiera el juicio, y que al fin y al cabo asesinase a Randolph cuando no era responsable de sus actos? Aunque me repugna la idea, y mucho, no puedo evitar pensar que puede haber algo de eso; y lo que acaba de contarme sobre esa especie de colapso que tuvo, en principio, la apoya.

Trent se puso en pie.

—Sí; como bien dice usted, no es inconcebible. Es más, le confieso que yo mismo lo concebí en un primer momento del caso. Como muchos otros, probablemente. Aun así, de poco sirve especular sobre eso, ¿no? Llegaremos a los hechos a su debido tiempo. Y ahora, antes de irme, tengo que darle la enhorabuena por la labor que hacen aquí. Ha debido de cambiarles la vida a muchos de estos muchachos, diría yo.

El rostro de Verney se ensombreció.

—La enhorabuena habría que dársela a quien lo hizo posible —dijo —, y a James Randolph ya no le llegan nuestros buenos deseos.

Trent tamborileó sobre el vidrio de la ventana con los dedos.

—¿Sabe, Verney? —dijo, contemplando la deprimente calle—. Este asunto le está pasando factura. Se le ve en la cara. Ha tenido que ser espantoso para usted, claro, pero no debe permitir que le afecte. Mire. —Volvió la cara hacia el otro—. Voy a sugerirle algo. Me acuerdo de que me contó que le gusta jugar al golf de cuando en cuando; es más, hablaba como un verdadero devoto. Si de verdad le gusta tanto, me parece que el tratamiento que necesita es un partidito. ¿Qué le parece venir a jugar conmigo en Molesworth una tarde..., el lunes que viene, por ejemplo? Puedo llevarlo en coche, y podemos tomar algo en el club.

La mirada de Verney se encendió de modo inconfundible ante la propuesta.

—No se me ocurre nada que pueda apetecerme más —dijo—. Aunque conozco Molesworth desde hace mucho, hace bastante que no voy a jugar. —Se dio cuenta de que Trent lo miraba inquisitivo, y añadió con cierta torpeza—: Verá, antes jugaba mucho mejor que ahora; he jugado en un montón de campos famosos y sé lo que es el buen golf. ¡Molesworth! Para mí, el hoyo cinco de Molesworth es uno de los mejores que hay. Es una mezcla del Gadger's Hough de Strathinver y el diecisiete de Kempshill. Tiene esa corriente con dos revueltas que hay que salvar con el segundo golpe, y luego ese *green* estrecho con el búnker delante y no sé cuántos horrores detrás.

Trent rio a carcajadas.

—Veo que he abarcado mucho y voy a apretar poco. ¿Qué hándicap confiesa?

—Cinco.

—Entonces voy a pedirle..., vamos a ver..., tres golpes de ventaja. ¿Y le viene bien el lunes por la tarde?

—Sí; pero —dijo Verney— no puedo bajar a comer, lo lamento. La mañana va a ser complicada, y no creo que pueda escaparme antes de las dos. ¿Qué tal si voy en mi propia tartana y me sumo lo antes que pueda? Tomaré algo en la cantina de aquí mientras trabajo... Lo hago a menudo.

—No, no —dijo Trent—. Vamos juntos. Almorzaré temprano y pasaré a recogerlo hacia las dos. ¿De acuerdo? Entonces, perfecto; hasta la vista.

Conforme bajaba las escaleras hacia el vestíbulo ahora desierto, Trent le daba vueltas en la cabeza a un asunto. Su mirada se detuvo en el tablero verde, y se acercó a inspeccionarlo más atentamente. Había un horario de reuniones semanales de comités. Había avisos sobre objetos perdidos. Estaba la lista de fijos del club de fútbol del instituto. Había un mapa de la ruta de la carrera de fondo semanal

del Club Atlético..., una obra maravillosamente pulcra, con los nombres de las calles y los monumentos en tinta roja; obra, Trent estaba seguro, mientras lo estudiaba, del excelente señor Bowes. Había algunos anuncios sobre viajes en autobús los sábados, con el estadio de algún equipo de fútbol famoso como objetivo en todos los casos. Había dos anuncios de lugares de culto del barrio, que detallaban los asuntos que los respectivos pastores pensaban abordar al dirigirse a sus congregaciones durante el mes actual y los siguientes; y Trent tomó buena nota de que, mientras una lista empezaba en tono serio con la pregunta «¿De qué hablamos cuando hablamos de los Sacramentos?», la otra comenzaba preguntando, con ironía llena de cariño y reproche «¿Solo un chelín por trayecto?». La lista del campeonato de boxeo aún no había debutado.

Al salir del edificio, Trent encontró otro coche, más grande, en la cuneta y a un chófer de rostro agradable que estaba inspeccionando el suyo con las manos a la espalda.

—Bonito coche, señor —dijo el tipo, cuando Trent hizo ademán de abrir la puerta.

—¿Conoce la marca? —preguntó Trent—. Usted sabe más que yo.

—Hace dos años trabajé con uno, un modelo más antiguo —dijo el chófer, a todas luces aliviado ante la perspectiva de un poco de conversación—. En mi opinión, no hay mejor relación calidad-precio en el mercado. Si tienen un fallo...

Aquí el chófer se sumió en detalles técnicos, hasta que Trent, expresando que en sustancia estaba de acuerdo con las observaciones, le ofreció un cigarrillo.

—¿No sabrá si mi jefe está para salir..., el señor Bowes? —preguntó el hombre—. Gracias, señor; correré el riesgo.

—Supongo que conoce al señor Verney, si vienen a menudo —dijo Trent al tiempo que encendía el cigarrillo del chófer y el suyo—. ¿Qué coche tiene?

—Un Ludford Comet —dijo el chófer—. Es viejo, pero sigue siendo una carroza maja, y le queda mucha vida, casi no hace ruido, si no lo aprietas, acelera bien... —El catálogo de detalles acabó con un—: El señor Verney me dijo lo que pagó, de segunda mano, y le dije que había sido una ganga.

—Al parecer conoce el coche perfectamente.

—Más me vale —dijo el chófer—. Llevo un año ocupándome de él. Está aparcado en nuestro garaje (hay sitio para dos coches grandes, y el señor Bowes solo tiene uno). El señor Verney le cae bien, dado que a ambos les interesa una barbaridad este sitio. No digo que no hagan bien, ojo. Solo digo que ojalá hubiera tenido yo algunas de estas ventajas en Bermondsey, cuando era un chaval. Cuando el señor Verney compró el coche, el jefe insistió en que lo dejase en nuestra casa, y él no dijo que no, lo que podría decir que habría sido una pena, si lo hubiera hecho, puesto que el espacio estaba libre y que vive bastante cerca, en la calle Purvis Crescent. Además, es un placer hacer lo que sea por un caballero como él.

—Entonces, ¿dónde vive el señor Bowes? Esta zona de Londres tiene esa peculiaridad, que un distrito rico se junta con un distrito como este muy rápido.

—Es cierto, así es —dijo el chófer—. Nuestra casa, que se llama Silkwood, está a menos de un minuto por la carretera principal, en la esquina de la calle Pilbeam. El señor Bowes viene casi todos los días, menos una quincena que pasa en Torquay de vez en cuando.

—Han estado por allá hace poco, ¿no? —preguntó Trent—. Yo no lo conozco, pero mucha gente tiene costumbre de ir.

—Volvimos hace una semana —le informó el chófer—. No, no está mal. Para oler a mar, prefiero Margate; Torquay me recuerda a los Jardines de Kew[157] el lunes de Pentecostés. Pero todo vale con tal de cambiar, como digo yo. El jefe se hace querer, pero es verdad que aquí la vida es un poco plana. Es casi como la de un pez en una pecera. No se preocuparía más por estos chicos si fueran sus propios hijos. Si no venimos aquí, vamos a ver un partido de fútbol o de

críquet en el que juega el equipo de Randolph; o, si toca una de esas carreras de obstáculos que tanto le gustan al señor Verney, el jefe se sienta delante de la ventana y los ve pasar al trote. Si de mí dependiera, habría más variedad. Pero ¡qué se le va a hacer! Es un buen trabajo, y no se puede tener todo, ¿no?

—No parece que le haya afectado a la salud o a la felicidad, por lo menos —dijo Trent según se sentaba en su coche y arrancaba.

—Sí, sigo en plena forma —sonrió el chófer—. Buenas noches, señor.

Tal como había supuesto el chófer, en menos de un minuto Trent frenó y condujo despacio al lado de la casa llamada Silkwood. Aquel nombre agradable, incluso poético, resultó corresponder a una gran casa de la época victoriana temprana, de aspecto lúgubre, con un soportal ceñudo al que se subía por peldaños de piedra, y con una cacatúa metida en una jaula dorada que desde una ventana vigilaba gravemente el denso tráfico de la calle Willesley. Podía adivinarse que antaño Silkwood había dado acomodo a una gran familia y a un servicio doméstico en proporción. Que ahora residiera allí un caballero soltero y mayor de naturaleza reservada era, pensó Trent, una de esas cosas contra las que está condenado a pelear en vano el extranjero estudiante del carácter y las costumbres ingleses.

La entrada del garaje estaba a la vuelta de la esquina, en la calle Pilbeam, una vía pública más pequeña y mucho más tranquila, con el muro de una fila de pistas de tenis en la acera de enfrente. Al entrar en aquel remanso de la corriente del tráfico, Trent detuvo el coche y realizó un reconocimiento somero. Se entraba en el garaje, que antes había servido como caballeriza y cochera a algún magnate de los negocios de la época de Thackeray, a través de una alta puerta doble de madera; y, dado que una de las hojas estaba abierta en aquel momento, podía apreciarse que daba a un pequeño patio adoquinado. En el otro extremo del patio estaba el garaje

propiamente dicho, que también tenía las puertas abiertas, limpio, seco y, como había dicho el chófer, muy espacioso.

En el rincón más apartado había un coche, más pequeño que el del señor Bowes..., un coche que Trent deseó ardientemente tuviese el don de la palabra conferido por la divinidad a la burra de Balaam, o al caballo de Patroclo.

No obstante, si bien el coche estaba mudo, el garaje y su emplazamiento eran de lo más elocuentes; es más, tanto como Trent se había atrevido a esperar.

Cuando Trent aparcó, poco después, ante el inmenso montón rojo del Hotel Woburn, eran casi las siete y media. En recepción, le dijeron que no había ningún huésped llamado Randolph; pero, cuando recapacitó y preguntó por el señor J. B. Waters, de Salisbury, tuvo más suerte. El señor Waters seguía alojándose en el hotel; casualmente, había vuelto hacía diez minutos y probablemente se hallara en su habitación.

Cuando James Randolph bajó con la tarjeta de Trent en la mano, no parecía disgustado con la vida, aunque sí confesó que estaba un poco harto de su propia compañía y de inmediato sugirió que, fuera lo que fuera lo que Trent quería hablar con él, lo harían más cómodamente en el bar del hotel con unas copas delante.

—Ha sido una suerte —observó después de pedir las bebidas— que se le haya ocurrido preguntar por mí por el nombre de Waters. Hace tantos años que me hago llamar así que me cuesta recordar cómo me llamo en realidad; pero, aunque me hubiese acordado, no me habría alojado aquí como James Randolph. La noticia habría corrido como la pólvora, y los periódicos no me habrían dejado en paz hasta conseguir toda la historia. No quiero que me molesten, si puedo evitarlo, y de todas formas no tardará en saberse todo, cuando mi petición llegue al tribunal. Supongo que puedo hablar con usted en

confianza, como dijo el inspector, señor Trent. Me imagino que ha venido por algo relacionado con la investigación policial.

—Relacionado con ella..., sí —dijo Trent—. Estoy siguiendo una línea de investigación a la que me parece que la Policía no ha prestado atención. Pero ha llegado el momento de presentar mis resultados, para bien o para mal, al inspector Bligh. En realidad, tengo la intención de ponerlo por escrito y enviárselo esta noche; solo quería tratar de verlo a usted antes.

Randolph lo miró con preocupación.

—Que me aspen si entiendo lo que pinto yo en eso —confesó.

—No pinta nada, si no quiere; pero, si rehúsa, señor Randolph, va a ser mucho más difícil probar lo que creo que es la verdad de la muerte de su padre. Tengo en mente un plan que quiero exponerle. Depende por completo de su cooperación.

—La tendrá, y con sumo gusto —dijo Randolph; añadiendo, cauteloso—: Es decir, si el plan me parece tan bueno como a usted. No tengo por costumbre meterme a ciegas en nada, ¿sabe?; pero ya me imagino que no se le ocurriría sugerir algo así.

—No, claro que no —dijo Trent—. Mi idea es poner las cartas sobre la mesa, señor Randolph, y, en primer lugar, contarle todo lo que he descubierto, y, a continuación, la manera en que podemos tratar de probar lo que estoy convencido es la verdad. Después, si cree que me equivoco, o no le gusta mi propuesta, no hay más que hablar.

—Bueno, lo veo justo —admitió Randolph—. No soy de los que no saben decir no, si me da por ahí. Vamos a hacer lo siguiente, señor Trent; esto tiene toda la pinta de ir para largo, y, además, conviene que nos aseguremos de que nadie nos escucha. ¿Qué le parece cenar aquí conmigo (le confieso que no veo el momento), y después entramos en materia en mi habitación? Hoy he ido a Cambridge en coche y he vuelto para ver un negocio que estoy pensando comprar, y tengo un hambre de lobo. Espero que usted también. ¿Qué dice?

Trent, que se sintió ratificado, en tanto en cuanto la personalidad directísima y sin adornos de Randolph le había gustado desde el

primer momento, por instinto, dijo que sí, y lo dijo con entusiasmo. Encontraron una mesa en el gran comedor abarrotado. Trent no había puesto aún a prueba la reputación de la que el hotel disfrutaba, discretamente, por el lado más sustancial de su cocina y halló que era merecidísima. James Randolph se declaró convencido de que, cuando tienes hambre, nada supera a un buen filete de buey bien hecho; y disertó sobre los detalles de la correcta preparación del mismo con un aplomo que daba muestras de que lo había pensado en detalle, así como de su experiencia al respecto. También dijo maravillas del repollo cocido con un chorrito de vinagre. Trent, que desde el colegio había albergado prejuicios precisamente contra esos dos platos, se decantó por la pierna de cordero, pero se sumó con entusiasmo a su anfitrión, que bebía lo que Randolph describió como la mejor cerveza que jamás había tomado en Londres.

—Esta cerveza me recuerda —comentó Trent— lo que todos los poetas han dicho sobre la cerveza. Es más de lo que pueda pensar, señor Randolph. A lo mejor no le gusta la poesía; a mí, sí. Esto me hace pensar en lo que la llama uno: «esa suave, lujosa, inteligente bebida, la cerveza[158]».

—No es solo la cerveza; es cómo la cuidan —contestó Randolph, pensativo—. Por lo que respecta a la poesía, tiene toda la razón: no es lo mío; pero todo poeta al que le guste la cerveza es un poeta que me gusta a mí (por lo menos, cuando trata ese asunto). Por lo que veo, voy a ser rico; pero me parece que no voy a dejar la cerveza hasta que me deje ella a mí. Hay quien la tiene que dejar, ya sabe, con la edad; ojalá no sea mi caso.

—Cuando dice que va a ser rico —aventuró Trent—, ¿quiere decir que no hay problemas con sus derechos al patrimonio de su padre?

—Nada digno de mención —contestó Randolph—. Muirhead y Soames dicen que les hace falta el testimonio de la señora Waters sobre mi identidad, y ahora está impedida con un esguince en el tobillo, así que no podrán tomarlo mientras no pueda viajar. Pero me

tratan como si estuviera todo solucionado. Verá, saben que no hay testamento. El viejo les dejó bien claro, antes de morir, que no había, y que por primera vez en su vida estaba pensando en hacerlo. Es más, llegó a decirles el nombre de la persona que probablemente se quedaría casi todo el dinero. Le sorprendería saberlo, si pudiera decírselo.

—Me parece que no, la verdad —dijo Trent—. Verá, su propio padre se lo dijo, justo antes de morir.

—Ah, ¿sí? ¡Recórcholis! —exclamó Randolph.

—Sí, y ella me lo dijo a mí antes de ayer. La conozco mucho. Es más, pensé que como amigo tenía que avisarla de que no tenía nada que esperar de la muerte de su padre, porque la idea de que era su pariente viva más próxima era incorrecta.

Randolph miró a su huésped de forma extraña, mientras se servía queso tostado con generosidad.

—Así que la avisó de eso —observó tras una breve pausa—. Bueno, íbamos a reservar los asuntos personales para conversar arriba, ahora que lo pienso.

Volvió a hablar de comida, mencionando las curiosas sustancias que hoy en día prefiere comer mucha gente. Uno de sus mejores mecánicos, dijo, un tipo que se ganaba bien la vida, porfiaba en cenar medio kilo de salmón en lata todas las noches.

Trent preguntó si ese Epicuro había probado el salmón fresco.

—Me contó —dijo Randolph— que alguna vez lo ha probado, pero no sabía a nada, y era tirar el dinero, con lo caro que es..., sin contar la salsa de Worcester que hace falta para que sea mínimamente comestible. Luego conozco a otro tipo que solo toma una comida al día, a la hora de comer. A lo mejor tendría sentido, si fuera como la cena que nos han servido; pero no toma más que gachas, manzana y frutos secos.

—¿De qué vive? —preguntó Trent.

—No hace mucho esfuerzo físico, puede estar seguro —comentó Randolph—. Es técnico de control de costes, no sé si sabe lo que es.

—No —admitió Trent—. Pero recuerdo haber leído algo sobre otro tipo famoso por hacer una sola comida al día, que, en cierto sentido, también controlaba los costes... El doctor Fordyce, catedrático de Química, que vivía en la época en que se cenaba a las cuatro. ¿Ha oído hablar de él? Durante más de veinte años, siempre comió esa única comida en el mismo asador de la City[159], empezando con medio pollo y media pinta de coñac, luego, tres cuartos de kilo de filete de cadera con un litro de cerveza fuerte y, para acabar, una botella de oporto. Después bajaba paseando a la calle Essex y daba su clase de Química.

—Me parece que la química de sus entrañas habría dado para una clase digna de escuchar —observó Randolph—. Y ahora, señor Trent, si le apetece una botella de oporto después de la cena, no tiene más que decirlo..., pero tendrá que perdonarme si no lo sigo. ¿No? Entonces, vamos arriba y pongámonos cómodos mientras me habla de su idea.

Abrió el paso hacia el ascensor, y de ahí a una amplia habitación del tercer piso.

Se sentaron uno frente a otro en sendos sillones después de que Randolph sacase una caja de cigarros.

—Antes de empezar —dijo—, quiero decirle algo, ya que dice que es amigo de la señorita Faviell. Es lo siguiente: cuando supe por los abogados del follón y del lío que iban a resultar por que el viejo hubiese muerto sin dejar sus asuntos en orden, decidí hacer lo que debería haber hecho él, si recibía el dinero. No piense que me refiero a repartirlo todo... ¡No tema! Me basto para ocuparme de una gran fortuna; tengo mis propias ideas de negocio y me propongo probarlas. No, me refiero a esos hospitales, y esas obras de caridad y todo eso, que fundó él mismo, y a las que puso su nombre, y que financiaba completamente de su bolsillo, al día, por así decir. Tengo intención de llegar a un acuerdo con cada uno de ellos, para que sepan en qué situación quedan.

Trent empezó a decir lo que le parecía, pero Randolph lo interrumpió con impaciencia.

—No es para tanto. Tienen derechos que todo hijo de vecino debe respetar, a menos que sea un canalla. Además, me representan, en cierta forma. En cuanto a los demás (las organizaciones de caridad en cuyas listas de benefactores figuraba mi padre), tendrán que valerse por sí mismos. No considero que les deba nada, por ese lado; ni siquiera he preguntado qué son. Lo que done a la beneficencia será cosa mía, vaya a quien vaya. Sin embargo, hay otra cosa. No cabe duda de que el viejo quería portarse bien con su amiga, la señorita Faviell; y ahora le he quitado el sitio. —Aquí Randolph dio muestras de azoramiento, y el acento de Yorkshire se volvió más evidente—. La cosa es como sigue, señor Trent. Dice usted (yo no lo sabía) que el viejo le contó que tenía intención de dejarle el grueso de su patrimonio a ella, lo que habría sido un montón de dinero. Bien, somos parientes cercanos; ella tenía expectativas legítimas, y creo que no habría que ignorar por completo las intenciones de mi padre. Cuando esté todo arreglado, me gustaría que aceptase algo sustancial, que podría considerar su legado..., y sanseacabó.

Randolph se recostó en su silla, le dio una larga calada al cigarro y miró a Trent con los ojos entrecerrados.

—Es muy generoso por su parte —dijo Trent.

—De eso *na* —dijo Randolph, de manera brusca—. Quiero decir, señor Trent, que para mí la diferencia estriba en que el viejo se lo dijera. Si no le hubiera dicho nada, me parece que no se me habría ocurrido. Pienso en mi propia reputación.

—Llámelo como quiera —dijo Trent entre risas—. Conociéndola, es muy posible que, sea lo que sea, rehúse recibirlo. Se mantiene sin problemas..., y, si aceptase algo —añadió, no sin cierta amargura—, probablemente no lo tendría durante mucho tiempo.

Estaba pensando en el insaciable Wetherill, porque aún no le habían llegado las noticias sobre aquel ornamento de las letras

inglesas.

—Si quiere dar a entender que es una manirrota, tengo entendido que no es la única entre las de su sexo —observó Randolph—. Sea como fuere, es cosa suya. Bueno, guárdeme el secreto, señor Trent, por favor. Solo se lo he mencionado esperando enterarme de lo que acabo de oír (o sea, en qué situación se halla). Ya veremos qué dice de mi idea cuando llegue el momento. Y, ahora, ¿qué quería proponerme?

Trent se lo propuso.

James Randolph escuchó con gran atención, y se le quedó una expresión fija y feroz. De cuando en cuando, preguntaba algo, pero no hizo el menor comentario.

—¡Y ya está! —dijo Trent para terminar—. Con esto concluyo mi alegato, como dicen los abogados. ¿Qué le parece?

La respuesta de Randolph fue breve y blasfema, pero dejó clarísimo que la exposición de Trent tenía pies y cabeza. Se puso en pie, se enderezó y se hundió las manos en los bolsillos.

—Y ahora, señor Trent —dijo—, veamos qué propone. No hay mucho que no esté dispuesto a hacer, después de lo que me ha contado, así que dispare.

Conforme Trent presentaba su plan, los rasgos de Randolph se fueron relajando y dieron paso a una sonrisa forzada.

—Es una idea rarísima, desde luego —dijo por fin—, pero puede funcionar, y vale la pena intentarlo, si lo que dice de mí es cierto. Bien pensado, el inspector Bligh dijo lo mismo el día que aparecí en la plaza Newbury, y no se anduvo con chiquitas, sino todo lo contrario. Muy bien; cuente conmigo. Tampoco me ha dado tanto que hacer..., lo que llaman un cameo, y además corto. Menos mal, porque no soy actor.

—No tiene que actuar en absoluto —le aseguró Trent—. Solo ha de ser usted mismo. Ahora hablemos de los preparativos. Mañana es

sábado, y tengo que ver al doctor Fairman... en la enfermería de la cárcel, como le he dicho. Pero debemos echar un vistazo al escenario y planearlo todo en condiciones; así que podemos hacerlo el domingo por la mañana, si le viene bien. Después, el lunes por la mañana, podemos tratar de conseguirle los adornos; y luego...

—Y luego soltamos el globo —dijo James Randolph, con un brillo helado en sus duros ojos azules—. Muy bien, muchacho; por mí, perfecto.

156 Deporte practicado en algunos colegios privados ingleses que se juega contra las paredes.

157 Más exactamente, el Real Jardín Botánico de Kew, al suroeste de Londres.

158 Cita del poema «Beer», de Charles Stuart Calverley.

159 El barrio financiero de Londres.

Capítulo XIX

Resurrección

En un cuartito que daba a un ala de la enfermería de la cárcel de Newhaven, Trent estaba sentado frente a Bryan Fairman, quien estaba recostado, cubierto con una bata, en una silla más bien desgastada. La última vez que Trent vio a su amigo, y solo unos instantes, fue la noche en que estuvo a punto de perder el tren-barco de la estación Victoria. Entonces Fairman parecía salvaje y excitado, así como pálido y postrado por la enfermedad —en ambos aspectos, diferente de la personalidad austera, compuesta y vigorosa que Trent conocía desde su época de estudiantes en París—. Hoy tenía aspecto lánguido y deprimido; se movía con indiferencia, y su voz, al saludar a su visitante, era apática. A Trent le bastó el primer vistazo para decidir cómo abordar lo que lo llevaba allí.

—Mira, Bryan —dijo con ligereza—. Antes de hablar de otra cosa, quiero darte una noticia sobre ti mismo; una buena noticia, por cierto...; por lo menos, espero que lo veas así.

Fairman frunció el ceño levemente.

—Una buena noticia sobre mí estaría bien, para variar. No puedo imaginar siquiera de qué se trate.

—No lo intentes —le aconsejó Trent—. No lo vas a lograr. La noticia es que el bueno de Dallow ha hecho acto de contrición. Viene a decir que todo fue un error, y que siente haber hecho el idiota. Dice que, si puedes salir de este lío en que te has metido, volver a trabajar y

olvidar que vuestro amor se agostó, estará encantado de volver a verte.

El efecto que estas palabras tuvieron sobre Fairman fue instantáneo y transformador. Abrió de par en par los brillantes ojos, se ruborizó, su expresión perdió toda la rigidez, una inspiración profunda le hinchó el pecho y le enderezó la espalda. Se incorporó en la silla, con las manos aferradas a los reposabrazos, y miró a su amigo con la intensidad que tan bien recordaba este. Su voz tenía nuevo vigor, cuando dijo:

—Te conozco demasiado, Phil, para pensar que podrías decirme una cosa así sin estar seguro. Ya entiendes lo que supone para mí. ¿Te importa hacerme partícipe de los detalles?

Aunque Trent había contado con algo así, se quedó sorprendido ante el alcance del cambio de Fairman. No obstante, sin gastar saliva en eso, procedió a trasladarle el resumen de lo que Verney le contó en su última entrevista lo mejor que pudo. Fairman escuchó atentamente y, cuando la historia concluyó, se recostó en la silla y volvió a respirar hondo.

—¡Dios mío! —dijo, apretándose las costillas con las manos—. Si esto no me pone en marcha el metabolismo, Phil... Me parece que voy a poder plantar cara al almuerzo por primera vez desde hace semanas. Ahora voy a contarte yo algo. El asunto de Dallow tiene otra cara, y vas a oírla enseguida; pero, primero, ¿cómo voy a arreglármelas para escapar de lo que de forma tan poética llamas «el lío en el que me he metido»? Para empezar, tienes mucho que explicar...

—¿Yo tengo mucho que explicar? —exclamó Trent.

—Sí, tú. Por fin me interesa, ¡gracias a Dios! Lo que me has dicho me ha puesto en marcha el corazón.

—Supongo que quieres decir que ha estimulado las funciones cardiacas —dijo Trent, con reproche—. Y me acusas a mí de usar expresiones líricas. ¡Te ha puesto en marcha el corazón! Caramba, deberían expulsarte del Real Colegio de Cirujanos, porque su

majestad puede prescindir de tus servicios. Bueno, te explicaré todo lo que quieras en cuanto sepa lo que te tengo que explicar.

Fairman sonrió con reserva.

—Muy bien. Entonces, antes de nada, quiero que respondas a una o dos preguntas sencillas. ¿Tuviste algo que ver con el asesinato de Randolph..., fuera como fuera, incluso de manera indirecta?

—Absolutamente nada, Bryan. ¿Eso te basta? Pero ¿cómo se te ha ocurrido semejante cosa? No han dado flor tres veces tus frondosos limeros desde que contemplé a esa persona muerta[160]. ¿Puede saberse cómo demonios has podido imaginar que yo pudiera tener algo que ver con eso? No me miréis agitando vuestros cabellos teñidos de sangre[161], compañero; no podéis decir que fui yo quien lo hizo... Espera, ¿puedes? ¿Lo dices? ¿Lo has dicho?

—No puedo decir que lo hicieras —respondió, grave, Fairman—. Si me dices que no, es que no. No obstante, recordarás que me escribiste que Randolph andaba importunando a Eunice Faviell, y dijiste que irías a verlo y que sabías cómo poner fin a la situación. Cuando lo vi tendido en el suelo, muerto, me acordé de ello. Aun así, si en aquel momento hubiera estado en mis cabales, ni se me habría pasado por la cabeza que le hubieras disparado realmente. Pero la pregunta importante, Phil, es: ¿alguien cree que fuiste tú?

Trent lo miró fijamente durante unos instantes.

—¿Te acuerdas —preguntó por fin— de lo que contestó el francés cuando san Pedro le dijo que podía entrar al cielo? Dijo: *Je vous entends la bouche bée*[162]. Así me siento ahora mismo. ¿Que si alguien cree que fui yo? ¿A quién te refieres?

—Me refiero a la Policía —contestó Fairman en voz baja.

Trent volvió a mirarlo fijamente y se puso colorado.

—¡Oh!, la Policía —dijo despacio—. O sea, Bryan, que sabes algo que... Pero no; es imposible, claro. De todas formas, debiste tener algún motivo para imaginar que podían sospechar de mí.

—Que podían sospechar...; sí. Y me parecía un buen motivo.

—Bueno, te equivocaste; ya está. Y voy a decirte por qué. Efectivamente, fui a visitar a Randolph aquella tarde, a las seis; pero me abrió la puerta su criado, Raught, y volvió a abrirme cuando me marché, hacia las seis y cuarto. Yo mismo se lo conté a la Policía, sin esperar a que preguntasen, y Raught les había dicho lo mismo, antes de que los viera yo. Otro detalle es que el forense calculó que el momento más temprano en que pudieron disparar a Randolph fue a las siete, cuando desde las seis y media yo estaba en el club Cactus con el comandante Robert Sellick Patmore, DSO[163]. No se deshizo de mí hasta que fue la hora de ir en coche a la estación Victoria, donde compré flores con gran ostentación, despedí a una persona en el tren de las ocho y veinte, y vi que estuviste a punto de perderlo. Diez minutos más tarde estaba ayudando a montar la fiesta de inauguración de la casa de los Oastler, en la calle Bloomfield, donde estuve hasta medianoche. Y eso es todo. Philip Trent, el conocidísimo visitante de presos, salió de la audiencia sin mácula sobre su reputación, entre vítores ensordecedores que los magistrados en ningún momento trataron de acallar.

—Aun así, tenía buenos motivos para sospechar —dijo Fairman—. En cuanto te lo cuente, me darás la razón. Pero, si no sospechan de ti, tengo otra pregunta. ¿Sospechan de otra persona... a la que conozcamos los dos?

—Me estás dando dolor de cabeza —se quejó Trent—. Ojalá parases; lo odio. No, no y no. En otras palabras, la respuesta es negativa. Que yo sepa, el único sospechoso que ha habido hasta la fecha, querido amigo, eres tú, con tus misterios..., también por buenos motivos, escritos de tu puño y letra y enviados por correo a Scotland Yard.

—¡Ah! —exclamó Fairman—. Así que lo sabes. Forma parte de la historia, claro.

—Ya lo imaginaba.

—Bueno —dijo Fairman—, ahora que hemos despejado el terreno, voy a contarte la historia, y ya me dirás qué te parece.

»Comienza la mañana del día en que dispararon a Randolph, cuando recibí una nota de Dallow (mi jefe, como sabes) que decía sin rodeos que no estaba contento con mi trabajo y que me despedían con una indemnización de seis meses de sueldo. Tú no conoces a Dallow, evidentemente. No me sorprendió demasiado que se expresase de aquella forma, seca y sin rodeos. Dallow es así. Si hubiese sorprendido a un miembro del equipo haciendo algo inapropiado, o si estuviera convencido de que alguien estaba remoloneando, lo habría despedido justo así. Lo que me sorprendió fue que me tratase a mí de aquella manera. No solo porque sabía que no había absolutamente nada que se me pudiera reprochar (es más, muchas veces había alabado mi trabajo, y yo mismo sabía que el trabajo era correcto), sino también porque, verás, Dallow siempre ha sido escrupulosamente justo y, en general, en su estilo áspero, buena persona..., aunque, por la parte que me toca, podía ser como le diera la gana mientras fuese el gran alienista que sin duda alguna es.

»Así que me dejó perplejo que me dijera aquello. Con todo, di por hecho que se trataba de un error fácil de explicar cara a cara. Pero de eso, nada. Cuando lo vi, seguía en sus trece: tenía que marcharme y no había más que hablar; y, cuando me di cuenta de que, en efecto, no había más que hablar, me vine abajo, sencillamente. Como sabes, Phil, entonces no estaba en condiciones de llevarme sorpresas. Acababa de pasar una gripe espantosa después de muchos meses trabajando más de la cuenta, y sabía perfectamente que iba directo a una crisis grave a menos que descansase. El propio Dallow me lo había advertido la semana anterior y me había pedido que me largase. Lo habría hecho, si no hubiese estado en la fase crítica de un experimento controlado (no era algo de lo que pudiera desentenderme y volver luego a empezar de cero).

»No recuerdo apenas lo que le dije a Dallow cuando quedó claro que la decisión estaba tomada y que tenía que irme; pero sé que no

fue cortés. Luego me dirigí a casa y (eres el único al que puedo decírselo, Phil) lloré por primera vez desde que era niño. No sabes cómo es una fatiga nerviosa aguda. Ya es bastante mala cuando realmente no tienes nada de que preocuparte; cuando te has quedado sin fuerzas, y nada más. Incluso en esas circunstancias puedes tener la sensación, puramente inmotivada, de que la vida no solo no merece la pena, sino que es insoportable. Muchos se quitan de en medio sin razón aparente cuando se hallan en ese estado. Pero, cuando además te arrebatan bruscamente lo único que te mantenía más o menos equilibrado..., bueno, se acabó. O eso te parece. Cuando dejé a Dallow, creía que me era imposible seguir viviendo; y al mismo tiempo, con los últimos vestigios de sentido común que me quedaban, me horrorizaba la idea del suicidio (de las circunstancias dolorosas y repulsivas que acompañan al mismo).

»No obstante, de nada sirve explicarte lo que sentía, ya lo sé. Era completamente malsano, y, si nunca te has sentido así, no puedes comprenderlo. Te diré solo lo que se me ocurrió cuando estaba sentado pasando las de Caín. Pensé en mi viejo amigo Raoul d'Astalys, con quien viví cuando ambos estudiábamos en la Salpêtrière. Me parece que no lo conoces.

Trent, que sabía que su visita a Fairman tenía el tiempo limitado, ya había decidido no perderlo describiendo su infructuoso viaje a Dieppe, así que dijo:

—En realidad, sí lo conozco. El conde de Astalys..., un tipo alto con los ojos grandes y melancólicos.

—El mismo. No era un estudiante corriente, para nada. No creo que nadie supiera tanto como yo del trabajo que estaba haciendo, especialmente de sus estudios sobre la eutanasia. Verás, se le había ocurrido que no va a tardar en llegar el momento en que acabar con la vida de una manera agradable esté reconocido por la ley y no sea delito, sino parte del funcionamiento reglado de la sociedad. Pues bien, sabía que D'Astalys había seguido investigando. La última vez que supe de él, hace unos años, había dado una conferencia sobre

métodos orientales de analgesia en la Académie de Médecine[164] que dio pie a una fuerte discusión. Le escribí entonces y respondió con un remite de Dieppe (la carta decía que era una casa que pertenecía a su familia desde hacía varias generaciones, pero era conocida oficialmente con el buen nombre republicano de Impasse de la Chimère, 7A). Deduje que no se sentía muy unido a la república. ¡El Impasse de la Chimère —exclamó Fairman con convicción—, menudo sitio dejado de la mano de Dios!

—¿En serio? —preguntó Trent, de forma inocente.

—Sí..., pero da igual. Iba a decir que, después de recibir aquella carta, me llegaron por casualidad rumores imprecisos sobre un escándalo en el que estaba involucrado; algo que las autoridades habían enterrado muy hondo. Me enteré gracias a un médico francés que vino a ver lo que estábamos haciendo en el hospital. Era una historia de orgías de drogadictos que se celebraban en un sitio de Dieppe con el extraño nombre de Pavillon de l'Ecstase, que pertenecía a D'Astalys. Cuando lo oí, la verdad es que no podía creer que D'Astalys hubiera tenido que ver con algo así; pero, cuando me llevé el mazazo que te he contado, me bastó que existiera una posibilidad remota de que D'Astalys se hubiera convertido en un personaje sin escrúpulos. Sabía que aprobaba la eutanasia por principio, y esperaba que no le importase saltarse la ley. Decidí en aquel momento ir a verlo y sacarle algo con lo que quitarme de en medio cómoda y alegremente, y de forma que pareciera que no lo había hecho a propósito. Estaba seguro de que podía, y esperaba que quisiera, si me comprometía a dejarlo al margen. Pero no pensé seriamente en los obstáculos que pudiese haber; tan solo quería irme, hacer algo, así que encontré el pasaporte y me puse a hacer la maleta de inmediato.

»Mientras andaba en aquello, se me ocurrió otra cosa. De pronto caí en la cuenta de que, sin duda, lo de despedirme no habría sido cosa de Dallow, sino de Randolph. Ya me había dejado claro varias veces que le resultaba antipático; no alcanzaba a imaginar por qué,

y no le concedí importancia, porque nunca se me ocurrió que llegase a arruinarme la vida por un capricho. Pero ahora, cuanto más lo pienso, más me convenzo de que aquello tuvo que ser la explicación, tuviera Dallow las razones que tuviera para prestarse a semejante ultraje.

»Bajé a telefonear de inmediato, y conseguí comunicar con Brinton Lodge. Me dijeron que Randolph estaba en Londres y me dieron la dirección (tanto mejor, pensé; de todas formas, tenía que pasar por Londres). Decidí tratar de verlo y suplicarle (no me importaba lo que tuviera que hacer, con tal de volver a trabajar). Por cierto, Phil, ¿tienes un cigarrillo? Está permitido fumar.

Trent le dio lo que pedía y se quedó en pie a su lado mientras el humo le entraba en los pulmones.

—¡Pobre Bryan! —dijo, poniéndole la mano en el hombro—. ¡Qué mal lo has pasado! Supongo que no importa nada que te regodees tanto con los detalles del relato. Quiero decir, como médico, sabes lo que te conviene.

—¡Me sienta bien! —dijo Fairman—. He descansado mucho, y, si algo sé de psicología, soltar todo lo que he estado callando es el mejor remedio para lo que tengo. Además, lo que he sabido por ti esta mañana aclara el misterio que más me preocupaba. ¡No lo sabes!

Alcanzó y apretó durante un instante la mano que tenía en el hombro mientras proseguía.

Después de conseguir la dirección de Randolph, dijo, cogió el primer tren a Londres y llegó con casi una hora de margen antes de que saliera el tren-barco de la estación Victoria. Fue en taxi de Euston a la plaza Newbury. Se sentía exhausto y enfermo, pero estaba resuelto a seguir el programa que se había preparado vagamente. Llamó al timbre una vez; como no oyó ruido en la casita, volvió a llamar. Seguía sin aparecer nadie, así que se alejó de la entrada para mirar en el piso de arriba. Vio que había luz en la habitación de arriba. La ventana tenía gruesas cortinas, pero había

una rayita de luz donde estas no se juntaban del todo. Mientras llamaba al timbre por tercera vez, puso la mano en la puerta por casualidad, y para su sorpresa resultó que no estaba cerrada.

La abrió, entró en el pasillo iluminado y preguntó a voz en cuello si había alguien. No hubo respuesta, y Fairman, a quien en su estado de turbación mental solo le preocupaba su objetivo (verse las caras con Randolph), dejó la bolsa y empezó a rebuscar por la casa a toda prisa. Las habitaciones del piso de abajo estaban a oscuras, así que subió. Yendo a la izquierda, se detuvo ante la puerta de una habitación muy iluminada, y al primer vistazo vio el cadáver del hombre al que buscaba, que yacía donde había caído.

Fairman entró corriendo en el dormitorio. Como médico, le bastó un rápido examen para cerciorarse de que ya no había nada que hacer, y no llegó a tocar el cuerpo. La emoción del susto tuvo un efecto tranquilizador momentáneo, y el hecho evidente de que se trataba de un asesinato produjo una reacción instintiva de interés horrorizado. Inmediatamente le llamó la atención una pila de papeles, envoltorios y cordel que había en el suelo delante de la caja fuerte abierta, y fue a ver de cerca lo que allí estaba desperdigado.

En aquel momento, a Fairman lo interrumpió una exclamación de Trent.

—¡Papeles! ¿Te refieres a papeles escritos, Bryan..., manuscritos o impresos; no solo a envoltorios de papel de estraza?

—Sí; unos cuantos fajos de papeles..., siete, para ser exactos (los conté después). Cada fajo tenía una goma. Me di cuenta al momento de que la primera hoja de cada fajo estaba encabezada por un nombre en grandes caracteres, con renglones de texto apretado y pulcro debajo. También había un manuscrito en un fajo con tapas de pergamino.

—¡Documentos! La cosa está poniéndose interesante, Bryan; porque la Policía (resulta que me consta) no encontró nada de eso.

—No —dijo Fairman—. Como a ti, resulta que me consta que no encontraron nada de eso; porque resulta que allí no había nada de

eso cuando miraron. Voy a contarte lo que pasó.

Fairman se agachó para mirar los papeles de cerca, dijo, y de inmediato le llamó la atención el nombre que figuraba en uno de los fajos. Era el nombre de Dallow.

Fairman cogió el fajo. Era fino y ligero, y en apariencia consistía en unas cuantas cartas escritas en papel corriente..., al igual que casi todos los fajos, como descubrió más adelante. Leyó por encima la primera hoja, que estaba escrita en la peculiar caligrafía de Randolph, y, tras leer el primer párrafo, comprendió perfectamente la naturaleza de la coacción bajo la que el doctor Dallow se había visto obligado a actuar como lo había hecho aquella mañana.

—No voy a contarte lo que era —dijo Fairman—. Si estuvieras en mi lugar, tú tampoco lo harías, Phil. Baste decir que era algo que supondría la ruina absoluta de Dallow, si llegaba a saberse. Debo añadir, por cierto, que fue algo que probablemente hizo porque tiene buen corazón. Es justo reconocerlo.

»Bueno, me quedé uno o dos minutos, digiriendo lo que había descubierto. No me hizo sentir mejor; que yo supiera, no cambiaba mi situación. Randolph se había ensañado conmigo. Otro al que también tenía sojuzgado, me imagino, se lo había agradecido con una bala, y se había largado con los papeles que lo comprometían. Pero, por mi parte, seguía en la misma situación; y, allí de pie, la ola de depresión insoportable volvió a inundarme. Me sudaban las palmas de las manos, me zumbaban los oídos y tenía los pies como si los zapatos fuesen de algodón en rama. Se me ocurrió una cosa. Eché una hojeada a las notas que había en los demás fajos. Estaba clarísimo que eran todos del mismo tipo. Aunque no me sonaba ningún nombre, decidí hacerles a esos desgraciados el favor de destruir las pruebas de sus indiscreciones pasadas, y me los guardé todos, incluido el de Dallow, en los bolsillos del abrigo.

»Y entonces, Phil, miré la primera página del fajo del manuscrito. ¿Te imaginas lo que resultó ser? Imposible, claro; pero era el texto

de un libro del que me has hablado varias veces. Esa cosa de Wetherill.

—¡Cómo! —exclamó Trent—. ¿Te refieres a *El ala rota*? Y lo tenía en esa caja fuerte... Claro, es justo donde le correspondía tenerlo. ¿Y qué pasó con él, Bryan? ¿Te lo llevaste? La Policía no lo encontró.

Fairman asintió bajando la mirada.

—Me lo llevé..., sí. Lo robé, si quieres, porque por lo menos eso era propiedad legítima de Randolph, supongo, me imagino, aunque no me explico cómo llegó a su poder. A lo mejor se lo prestó la bestia repugnante que lo escribió. Me daba lo mismo. Solo sabía que no podía dejar aquella infamia tirada allí para que la viera cualquiera. Así que me la puse debajo del brazo y me la llevé; y en este momento está en el fondo del canal de la Mancha, atada en un hatillo con los demás papeles.

—¡Bien! —dijo Trent con tanta satisfacción como entusiasmo—. ¿Y qué pasó después, Bryan?

—Pues que, al tener en las manos aquellos fajos de cartas, que es lo que tenían casi todos, me acordé de algo. Pensé en mandarte una carta de despedida, Phil, porque eres mi mejor amigo, diciéndote algunas de esas cosas que uno suele dejarse en el tintero antes de dar el último paso. Iba a escribirla en el tren-barco. Llevaba encima una pluma y un lapicero, y tenía sellos en el maletín, pero no tenía papel. En el dormitorio no parecía que hubiera, y bajé deprisa pensando registrar el salón antes de irme.

Fairman entró en el salón de la planta baja y encendió la luz. De inmediato vio el escritorio y, encima, el armarito abierto con su amplia selección de lo que estaba buscando. Cogió unas cuantas hojas en blanco y unos pocos sobres, y, conforme lo hacía, fijó la mirada en los nombres escritos en la página del calendario que quedaba a la vista encima del armario. Miró perplejo el registro pulcramente manuscrito que hablaría elocuentemente a quienes tratasen de esclarecer la muerte de Randolph.

«13:15, Eunice, Porter's», leyó. «18, Trent». Y al final de la página: «19:45, Tabarderos», seguido de una frase impresa de una de las Epístolas.

En aquel contexto, el nombre de Eunice no le decía nada a Fairman. El mero hecho de que apareciera su nombre allí era una puñalada a su sensibilidad; y, durante un instante, se preguntó confusamente cómo conciliar aquella nota de una cita con Randolph con lo que había oído de su resentimiento ante los intentos del viejo de obtener su favor. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue el nombre de su amigo, apuntado para una visita tan solo poco más de una hora antes de su propia aparición imprevista en el escenario del fatal crimen.

—Ya te puedes imaginar, Phil —dijo Fairman—, lo que le pareció a alguien en estado de incoherencia mental. Con lo confuso que estaba, era incapaz de pensar con lógica, sencillamente. Lo más cerca que estuve de hilar ideas fue algo así: «Aquí está Randolph muerto de un disparo... Phil ha estado aquí con Randolph hace poco... Phil vino con intención de discutir con Randolph... Phil puede ser sospechoso, tanto si lo hizo como si no». Y en aquel momento, ¿sabes?, tuve mi brillante inspiración.

Trent miró fijamente a su amigo.

—Sí —dijo despacio—. Empiezo a comprender.

—Si iba a suicidarme, como sin duda alguna pensaba hacer de todas formas, aquella era mi oportunidad de lograr algo de paso. Me salvaste la vida, y uno no olvida algo así...

—Cualquiera podría hacerlo —lo cortó Trent con impaciencia—. El que por casualidad sabe nadar no es ningún héroe por rescatar a alguien que no sabe; si no lo hiciera, él mismo debería ahogarse. Habría hecho lo mismo por cualquiera, y lo sabes.

Fairman rio amablemente.

—Sí, lo sé. Pero por casualidad era yo, y no por culpa tuya, y es una de esas cositas de nada que se te graban en la memoria, como decía. Así que, cuando vi tu nombre escrito, llamando a voces a

quien investigase el asesinato de Randolph, me decidí en un instante. A continuación, no hice más que lo primero que me vino a la mente. Arranqué la página del taco y me la guardé en el bolsillo. Salí al pasaje, arranqué la etiqueta con mi nombre que llevaba en la bolsa, y la tiré en un rincón. Luego, según salía, me acordé de las huellas dactilares; así que volví a subir al dormitorio, donde había visto una jarra de agua y un vaso, y bebí.

»Después, me marché tan rápido como pude y paré un taxi en la calle Bullingdon. Como había pasado mucho más rato en casa de Randolph de lo que había previsto, solo me dio tiempo de pedir un billete y subí al tren por los pelos, como viste. Eso supuso otro golpe para mí. —Fairman cerró los ojos con una sonrisa de reminiscencia —. Allí estabas, impávido, y al parecer sin intención de huir del país (es más, pensé que tenías cierto aire de aburrimiento), y allí estaba yo, aturdido, febril y en las últimas, sintiéndome mucho peor que si hubiera disparado al viejo.

Después de aquel rápido vistazo a su amigo, contó Fairman, se sentó a la mesa del vagón y empezó a pensar qué haría. Ya tenía claro que iba a dejar una carta para la Policía, declarándose culpable del asesinato de Randolph. Decidir cómo escribir la carta no fue tan fácil. Empezó y luego desechó la primera; luego, otra; al final, se dio cuenta de que, cuantos más detalles añadiera a su historia, más posibilidades había de que quedase desacreditada por algún error mínimo que se le pasase por alto. Se convenció de que la carta definitiva había de ser la forma más escueta que pudiera dar a su confesión en falso y la echó al correo en la estafeta de la estación de Newhaven.

Durante el cambio del tren al vapor, en Newhaven, ocurrió algo desconcertante. La hoja que había arrancado del calendario de Randolph se cayó al suelo sin que se diera cuenta, y la recogió una anciana, que a continuación trató de devolvérsela. Tras la confusión inicial, pensó que en la hoja no había nada que pudiera delatarlo, por lo que se limitó a negar que fuera suya. A mitad del Canal, se las

ingenió para ir a un costado del barco sin que lo vieran y tirar por la borda el hato que había preparado con los documentos que se había llevado del dormitorio de Randolph.

Al llegar a Dieppe, hacia las dos de la mañana, tomó una habitación en un hotel y, gracias a los sedantes pudo dormir varias horas , aunque de modo entrecortado. Luego se levantó y pidió que le indicasen cómo llegar al Impasse de la Chimère. Después de preguntar unas cuantas veces por el camino, llegó por fin a aquel barrio remoto. La casa le pareció inconfundible cuando la tuvo delante..., un *château* típico..., pero todo indicaba que estaba desierta. Llamó repetidamente al timbre de la entrada exterior, un tanto destartalada, en vano, y en la propia casa no había señales de que estuviera habitada. La casa más pequeña, cuya finca lindaba con la de la mansión D'Astalys, y que llevaba el nombre del que le habían hablado (Pavillon de l'Ecstase), también se hallaba desierta y en silencio.

Aunque cansado y angustiado, Fairman no dejó de darse cuenta de que lo observaban con curiosidad desde las ventanas de la fonda grande y anticuada al final del *impasse*. Obviamente, era donde tenía que ir para informarse del paradero de la gente de la casa grande, y allá fue entonces Fairman, y pidió que le sirviesen un café y un coñac en el cuarto que daba a la calle silenciosa. Pero descubrió que en el Hôtel du Petit Univers no iba a enterarse de nada. El coloso que regentaba el lugar evitó mirarlo a los ojos cuando le preguntó y masculló que estaba demasiado ocupado para vigilar además los movimientos de los vecinos... Si el conde no estaba en casa, no era asunto del posadero; tampoco sabía de otra dirección en la que pudiera encontrar al conde.

Tras aquella recepción, a Fairman no le quedaron fuerzas para seguir tratando de ponerse en contacto con el conde de Astalys. Exhausto, enfermo y sumido en la más oscura desesperanza del alma, volvió al puerto arrastrando los pies y compró un billete para el barco de la una a Newhaven.

—Fue —le dijo a Trent— lo único que se me ocurrió. Tenía intención de destruirme y para entonces estaba demasiado perdido para pensar en algo mínimamente apartado del camino trillado. ¿Me entiendes? Me refiero a que, al haber llegado por mar, naturalmente, cuando miré al agua y tiré los papeles por la borda, pensé en ahogarme, y ahora, tras fracasar en la locura en la que me había embarcado, volví a pensarlo (de hecho, no podía pensar en otra cosa).

»Lo que pasó después ya lo sabes, me imagino. Traté de saltar por la borda, cuando pensé que nadie me estaba prestando la menor atención; y, en cuanto hice el primer movimiento, un tipo grande y fuerte, al que había visto y que se rascaba la cabeza delante de un crucigrama, me cayó encima como el gato al ratón. Si no hubiese estado en una condición tan lamentable —añadió Fairman con compunción—, le habría enseñado a no inmiscuirse en los asuntos personales de los demás.

—No lo hiciste tan mal, por cierto —le aseguró Trent—. Me han dicho que dejaste al sargento Hewitt hecho una birria.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo Fairman—. Si es así, lo siento. No decía en serio lo de darle una lección; es una de esas cosas que se dicen sin pensar. Por supuesto, no tardé en enterarme de que era agente de Policía y de que cumplía con su infernal deber; pero, cuando se me echó encima, le habría arrancado el corazón y me habría quedado tan tranquilo.

—No te lo tomes tan a pecho —dijo Trent—. Creo que el sargento Hewitt no se lo toma a pecho. Los puntos que le pusieron los médicos desaparecerán, pero los que ha ganado por detenerte le vendrán estupendamente con el ascenso. Así que te prendieron por suicida, y luego, por lo que he oído, te derrumbaste. Ahora, veamos, Bryan; tenemos que pensar en la mejor manera de que te suelten. Si quieres mi opinión, lo mejor que puedes hacer es contar toda la historia cada vez que alguien te pregunte, sin guardarte nada, ni siquiera los motivos que tenías para acumular pruebas en tu contra.

—Muy bien —dijo Fairman—. De todas formas, es lo que pensaba hacer. Si tú estás al margen, no tiene sentido que siga callando. Pero no van a creerme. Tienen muchas pruebas contra mí.

—Desde tu punto de vista. Bueno, por eso no te preocupes; quizá no tienen tantas como crees. Todavía no te han juzgado por asesinato, ¿sabes?, y, si se da el caso, puede que no sea precisamente del modo que esperas. Sabes por qué estás detenido actualmente, claro está.

—Claro. Por suicidio.

—Eso pensaba; pero, por lo visto, la designación oficial es bastante más rimbombante. Un crítico capcioso podría incluso decir que es artificiosa. A ojos de la ley, cuando trataste de tirarte por la borda, lo hiciste dolosamente, y luego delictuosamente, de forma deliberada y con premeditación y alevosía, para matarte y asesinarte. Es posible que esa sea la única acusación de asesinato a la que tengas que enfrentarte, y no me parece que deba preocuparte. Cuando vuelvas a comparecer ante el tribunal, que será bien pronto, las pruebas relativas a tu estado de salud, tanto antes como después del acto impulsivo que se malogró, deberían bastar y sobrar. Lo que va a suceder (según me han dicho) es que, si aceptas una instrucción sumaria, quedarás en libertad provisional hasta que te convoquen, lo cual, si te portas bien, no ocurrirá. Y ahora me tengo que marchar, Bryan, antes de que me pongan de patitas en la calle. La próxima vez que te vea, creo y espero, volverás a ser libre..., libre para cenar conmigo, para empezar.

Trent se puso en pie para marcharse, pero se detuvo.

—Ah, se me olvidaba una cosa —dijo—. Me has oído mencionar a mi tía, la señorita Yates, ¿verdad? Esta mañana he recibido una carta suya, diciendo que pronto volverá de Roma, donde ha visitado brevemente a unos amigos suyos. Describe una experiencia rara que tuvo por el camino, entre Londres y Dieppe.

Fairman se quedó perplejo.

—¿Y? —dijo.

—Adjuntó un pequeño documento que pensó que me interesaría. Yo pienso que te interesará a ti.

Sacó del maletín una tira de papel que le dio a su amigo, una tira impresa, con unas pocas palabras manuscritas que decían:

12 ABRIL

13:15 Eunice-Porter's
18 Trent
19:45 Tabarderos

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día.
II Timoteo 4, 8

Unas horas después, en Scotland Yard, el inspector Bligh consiguió contactar telefónicamente con Trent en su casa, tras varios intentos. Sus palabras fueron breves y cautas.

—He recibido su carta —dijo—, y me parece que va por buen camino. Por lo que respecta a su propuesta, estoy dispuesto a intentarlo. Pero no podemos hablar de estas cosas por teléfono. ¿Cuándo podemos vernos aquí?

—Dentro de media hora, más o menos.

—Vale. Venga.

—Hay una cosa —dijo Trent— que no he mencionado en la carta. Sería bueno que pensara en ella mientras llego. Las huellas de la cuchilla de afeitar... no las han identificado, ¿verdad?

—No.

—Eso pensaba. Eran mías.

Y Trent colgó el auricular.

160 Paráfrasis del poema «Lady Clara Vere de Vere», de lord Alfred Tennyson.

161 Paráfrasis de *Macbeth*, acto III, escena IV.

162 «Lo escucho boquiabierto».

163 Orden del Servicio Distinguidos, condecoración militar británica otorgada por servicio meritorio en tiempo de guerra.

164 «Academia de Medicina». La Academia Nacional de Medicina francesa asesora al Gobierno en materia de salud pública.

Capítulo XX

Una partida de golf

Era una tarde de abril, luminosa y animada, cuando Verney viajó en el coche de Trent a Molesworth, el escenario de la partida de golf que habían concertado de antemano. Desde luego, el secretario era un hombre diferente de aquel ser angustiado y alterado del día después del asesinato de su jefe, y también más en forma de lo que le pareció a Trent cuatro días antes, cuando lo vio en el Instituto Randolph. El aire fresco y limpio y la perspectiva de algo de libertad lejos de las servidumbres del deber habían coloreado un poco su rostro firme y aquilino. Aunque seguía pareciendo un tanto tenso, y aunque en sus límpidos ojos azules seguía habiendo un vestigio de expresión taciturna que estaba ausente tres meses antes, cuando Trent lo conoció en Brinton Lodge, sin duda alguna estaba de mejor humor, y hablaba de cosas intrascendentes, o discurseaba sobre el golf con esa grave seriedad que a Trent siempre le había parecido una característica asombrosa de los auténticos devotos. No dejó de darse cuenta de que Verney no dijo una palabra sobre sus cualidades, ni sobre los triunfos que quizá hubiera cosechado; pero Trent nunca lo había incluido entre los descerebrados de esa fraternidad.

Verney se explayó sobre sus buenos recuerdos del campo que estaban a punto de visitar, cuyos detalles parecía rememorar con tanta facilidad como si solo hubieran transcurrido días (y no años)

desde la última vez que había jugado en él. Cuando el coche dejó atrás la zona de periferia más al norte de Londres, se quitó la gorra y respiró hondo. A Trent le pareció que jamás lo había visto tan satisfecho con este mundo.

El futuro del instituto, dijo en respuesta a una pregunta discreta, seguía siendo bastante incierto, pero había recibido más de una oferta, lo cual sugería que alguien con su experiencia concreta tenía más oportunidades de lo que pensaba. La administración de la beneficencia no parecía una profesión saturada, lo cual era una suerte, dijo sencillamente, dado que ya no le interesaba nada más.

—No solo es una suerte, sino que es natural —sugirió Trent—, ya que me imagino que los sueldos apenas darán para vivir. Y tampoco abre puertas, ¿no?

—Solo a uno mismo —dijo Verney.

Empezó a hablar del trabajo al que se había consagrado, y Trent era un público interesado. Verney tenía información privilegiada sobre el funcionamiento de casi todos los tipos conocidos de filantropía organizada, desde el mantenimiento de los fondos de jubilación de los pastores no conformistas a la provisión de botes salvavidas, y demostró tener buen ojo, aunque también cierta frialdad, para las situaciones absurdas que de cuando en cuando se vivían justo cuando menos graciosos deseaban ser los afectados. Había, aseguró a Trent, un fondo pequeño, constituido recientemente gracias a un legado, para el suministro anual de doce pares de pantalones bombachos a los niños pobres de cierta parroquia, habiendo prescrito cuidadosamente el testador que los bombachos debían ir ajustados por debajo de la rodilla, para evitar la repulsiva indecencia de las prendas conocidas como calzones.

También mencionó el caso de un anciano benefactor que, sin reparar en gastos, había donado un gimnasio moderno a un orfanato. Dicho caballero, al que invitaron a presidir la ceremonia de inauguración del edificio, perdió los papeles al enterarse de que no estaba previsto que le fueran a entregar una llave de oro en

recuerdo del acontecimiento, y el comité, asfixiado por las dificultades financieras, tuvo que concedérsela, bajo la amenaza por parte del benefactor de retirar su nombre de la lista de mecenas de la institución.

Para entonces, estaban llegando a su destino, y Trent advirtió con alivio, conforme franqueaban la puerta de un camino que llevaba al campo, un cochecito amarillo aparcado a cierta distancia.

—Nunca llevo *caddie*... ¿Le importa? —dijo Verney en el vestuario, mientras se preparaban para el combate—. Para empezar, no puedo permitirme lujos, y, además, trabajando entre niños, esa clase de trabajos no es que me encante.

—Creo que ya lo había mencionado —dijo Trent, que en realidad había tomado buena nota de ese principio de Verney—. No me importa. ¿Apostamos? Hay a quien le gusta. A mí me da lo mismo.

—Prefiero que no —dijo Verney—. Cuando uno siempre se está peleando con los demás para que no apuesten, me parece que debería evitarlo. A poco que a uno le guste este deporte, no le hace falta.

Eran casi las tres cuando fueron al primer *tee*, y Verney, que le había dado a Trent tres golpes de ventaja, abrió el partido. Su *swing* tenía una fácil perfección de estilo, y dejó admirado a Trent con el vigor de su *drive*. No tenían jugadores cerca, ni detrás ni delante. Como las condiciones eran ideales en todos los sentidos, ambos se entregaron al placer puro de un partido disputado con ardor. Durante la primera mitad de la ronda, estuvieron igualados, e iban empatados cuando salieron del noveno *green*.

—Un tipo que conozco —dijo Trent conforme caminaban hacia el décimo *tee*— suele decir que el golf es el deporte más tonto.

—Si juega al golf —dijo Verney—, se le puede perdonar, en cierta forma. No es más que una especie de irreverencia. Probablemente, lo que pasara fuera solo que estaba jugando peor de lo que acostumbraba y no entendía qué estaba haciendo mal. Es el mismo fenómeno que, en grado extremo, lleva a alguien a tirar los palos al

mar y a jurar que no volverá a tocarlos, y luego aparece en el primer *tee* con un equipo nuevo la mañana siguiente. Pero, si el tipo del que habla no juega, me parece que es el más tonto de sus amigos.

—No —lo corrogió Trent—, ni mucho menos. Tiene muy buena cabeza. Pero cree que su deber es fustigar a nuestros contemporáneos, puesto que, desde su punto de vista, todos ellos se dedican a bobadas y corruptelas. Así que, cuando ve que nueve de cada diez personas que conoce hacen algo en particular, da por sentado que se trata de un error o una idiotez y cree que debe condenarlo.

—Bueno, me parece que el golf sobrevivirá —dijo Verney—. Si ha sobrevivido a los tontos excesos de la golfmanía, no es probable que le afecte la golf-fobia. Sobre todo, porque muchos se convierten de manera inesperada y nos ponen la cabeza como un bombo a los demás, hablando de sus propias proezas. De todas formas, en general a quienes fustigan a sus contemporáneos se les presta poca atención, ¿no?... Hasta cuando tienen razón.

—No sé si estoy de acuerdo —replicó Trent, al tiempo que ponía la pelota en el *tee*—. Me parece que se les presta bastante atención...; es más, son bastante populares, y se espera de ellos que digan cosas divertidísimas. Como los coroneles cómicos cuando se meten en los búnkeres.

Trent elogió sinceramente los tres golpes brillantes que pusieron a Verney en cabeza en el hoyo once. En el siguiente, Trent volvió a empatar, y en el hoyo trece, hizo los honores.

Había que tirar cuesta arriba, con una franja espesa de árboles que flanqueaba la calle por la izquierda, y un seto alto a la derecha. A media subida, se veían postes blancos a ambos lados, que marcaban la dirección de un camino público que llevaba directamente, cruzando la calle, de una puerta de la valla a un claro del bosque, y a esa puerta miraba Trent con el rabillo del ojo mientras colocaba la bola.

—Es curioso lo del número trece —observó—: a pesar de que lo rodean tantas supersticiones, no hay campo de golf que no tenga un hoyo trece. Muchas veces lo saltan cuando ponen números a las casas, o a casi cualquier cosa, menos a los hoyos del golf. A lo mejor es así porque de todas maneras alguien tiene que perder en ellos, y tal vez eso cuenta ya como mala suerte. En cualquier caso, a mucha gente no le gusta el hoyo trece, nada más que por el número.

Verney frunció el ceño mientras lo escuchaba.

—Lo sé —dijo sin extenderse, y Trent se puso a colocar el palo detrás de la bola.

—¡Espere! —dijo Verney de pronto—. No tire todavía. Hay alguien cruzando la calle. Podría darle fácilme...

Aquí se detuvo tomando aliento bruscamente, y la bolsa de palos que llevaba cayó al suelo con estrépito.

La cara de Trent, que primero miró a Verney fijamente y a continuación miró cuesta arriba, era la viva imagen del asombro y la preocupación.

—¡Hay alguien cruzando! —repitió sin expresión—. ¡Está soñando, querido muchacho! ¿Se encuentra bien?

La pregunta no necesitaba respuesta, porque Verney, apoyado en el tronco de un árbol, se había puesto blanco. Con la mirada aún fija en la distancia, se pasó una mano por la frente desnuda, y parecía como si le costara respirar. Finalmente, volvió la doliente mirada a Trent y trató de recobrar la compostura.

—No, no muy bien —dijo con voz entrecortada—. Pero no es grave. —Se llevó una mano al pecho—. A veces... me sucede. Me imagino cosas... y me empiezo a sentir fatal. Enseguida se me pasa.

Trent le habló de forma comprensiva.

—Bueno, es un mal final para un buen partido —concluyó, recogiendo su pelota—. ¿Seguro que no le apetece seguir?

—No podría —declaró Verney vehementemente, con los ojos aún llenos de espanto y fijos en el claro lejano—. No puedo, de verdad...; por esa cuesta, no. No me atrevo. Estos ataques... me

dejan en un estado pésimo. Lo siento mucho. —Remojó su pañuelo en el agua de la caja del *tee* y se lo puso en la frente—. ¿Le importa que volvamos?

—No está lejos —respondió Trent—. Ya le llevo yo los palos.

Pero Verney no dejó que lo ayudase. Aunque se fue recuperando un poco conforme iban llegando al club, seguía alterado y respondió de forma sucinta e inconexa a los intentos de Trent de darle conversación. Rehusó beber en el bar, aunque a todas luces no sin conflicto interno; sin embargo, aceptó agradecido una taza de café y parecía casi recuperado cuando se sentó junto a Trent para volver a Londres.

A Trent le bastó una ojeada para comprobar que el coche amarillo ya no estaba aparcado en el camino junto al campo. Cinco minutos más tarde, cuando dejaron atrás una fonda en un cruce de caminos, volvió a avistarlo aparcado al lado del edificio. Comprobó satisfecho que estaba vacío. Todo estaba yendo según lo planeado.

Ahora se extendía ante ambos un tramo largo y recto de carretera rural sin casas, jalonada aquí y allá por formas peatonales. Un instante más tarde, el hombre que tenía al lado profirió una exclamación ahogada de terror.

—¡Está ahí! —dijo Verney con voz entrecortada y terrible—. ¡Está ahí... otra vez!

—¿Dónde exactamente? —preguntó Trent en tono celosamente despreocupado, como si estuviera decidido a desalentar un posible brote de histeria de su compañero.

—En el sendero..., justo ahí delante..., andando de espaldas a nosotros. ¡Dios mío! ¿No lo ve?

—Veo a dos señoras —contestó Trent, mirando al frente fijamente y con gesto funesto— que llevan a un perro con una correa.

Y era cierto.

—El viejo... con su bolsa. Vamos a pasarlo. ¡No quiero verle la cara!

Verney se agachó y se tapó los ojos con las manos, temblando violentamente.

Trent aminoró la marcha del coche y no dijo nada mientras Verney se iba tranquilizando poco a poco. Estaba sentado en su rincón, agazapado, tapándose aún los ojos con una mano y sin mirar fuera del coche, ni a la derecha, ni a la izquierda, ni delante. Cuando poco después el coche amarillo los adelantó y los dejó atrás con un rechinar espeluznante, no lo miró.

—Perdone —dijo a la postre con voz grave— que haya dado semejante espectáculo. Nunca he estado tan mal...; no me lo explico.

—Tendrá que ir inmediatamente a ver a un médico, ¿no? —dijo Trent por conversar—. No gana nada preocupándose de esa manera; no puede ser tan grave. Caramba, hace una hora era la salud personificada. Me imagino que le dirán que repose, y dentro de nada estará fresco como la proverbial lechuga. Pero, por ahora, en un minuto vamos a pasar por mi casa, y usted va a entrar y a tomarse un reconstituyente; lo que quiera, de té a sales, sin olvidar las bebidas cristianas. ¿Sabe? —añadió, serio—. Diría que estaba más trastornado después del segundo (ejem) ataque que después del primero. Me parece que necesita un tónico, de verdad.

Y Verney, con auténtica gratitud, aceptó la oferta.

El coche se detuvo delante de la casita y estudio de Trent en la calle Grove End.

—Ya estamos —dijo, según abría la puerta delantera y cedía el paso a Verney—. A la derecha está la puerta de mi salón, mísero y prácticamente inhabitable, como diría Kai Lung[165]. Dentro encontrará unos sillones insulsos, un hogar corrientísimo y, esperándonos, unas bebidas que pican como una víbora y muerden como una serpiente, se lo aseguro. Para usted, quizá un coñac y... Oiga, ¿qué diablos pasa ahora, hombre?

Y es que Verney, que había entrado primero, se había echado en brazos de Trent con un grito.

—¡Ahí! —sollozó—. ¡Está ahí!

—¿Qué dice? ¿Dónde? Por el amor de Dios, contrólese, Verney —dijo Trent con aspereza y sacudió al trémulo desdichado por los hombros—. Dígase que no es real, sea lo que sea. Dígase que se lo está imaginando. Vaya y dele un puñetazo. Aquí no hay fantasmas, Verney; se lo está imaginando... No hay fantasmas. Está de los nervios, nada más; o tiene mal el estómago..., como aquel fulano de Kipling, ¿no se acuerda? Cuando vio lo que creyó que vio, esto se levantó de la silla y fue a la habitación de atrás; pero en realidad no había nada.

—¡Eso es lo que está haciendo! ¡Eso es lo que está haciendo! —sollozó Verney, agarrándole el brazo—. Se levanta de esa silla junto al escritorio..., va a la habitación de al lado..., volviéndome la espalda, siempre. ¡Mire! Ha cerrado la puerta..., ¿no lo ha visto? Está ahí dentro..., ¡ahí dentro, hágame caso! ¡Dios mío! Si sale y le veo la cara... ¡Suélteme, maldita sea! ¡Apártese de la puerta, no se interponga en mi camino, o lo mato también! ¡Déjeme salir!

Y forcejeó furiosamente con Trent, cuyas anchas espaldas estaban apoyadas contra la puerta por la que habían entrado a la habitación.

—No, hasta que me diga lo que ha visto..., a quién ha visto —dijo Trent con voz entrecortada, sujetando férreamente los brazos y el cuerpo del otro.

—¡A James Randolph, malnacido! —gritó Verney—. ¡Al viejo James Randolph! ¡Déjeme salir!

—James Randolph está muerto, Verney. A James Randolph lo asesinaron. ¿Cómo puede haber visto a un muerto? ¿Por qué iba a venir a por usted, Verney? ¿Por qué iba a...?

—¡Porque fui yo, porque lo maté yo! ¿Me deja salir ahora? ¡Ah! No quiere, porque intenté colgárselo a usted... Sí, fui yo, pero déjeme salir, Trent, por lo que más quiera. ¡Apiádese de mí! Se lo diré todo, me entregaré a la Policía, haré cuanto quiera, pero déjeme... ¡Oh, Dios! —Porque acababa de oír un ruidito desde la puerta que daba al estudio—. ¡Mire! ¡La puerta se está moviendo, se está abriendo!

Y volvió a forcejear para escapar, enloquecido.

Un sonido horrible salió de los labios de Verney cuando sintió una presión ligera en el hombro. Pero la forma que vieron sus ojos sobresaltados cuando se volvió no era un fantasma. Un hombre alto y desgarbado con mirada de basilisco se alzaba a su lado, y dijo:

—Henry Malcom Verney, soy agente de Policía, y está arrestado por el asesinato de James Randolph, a quien disparó el 12 del mes corriente.

El inspector Bligh hizo entonces las advertencias habituales.

165 Protagonista de una serie de novelas de Ernest Bramah, publicadas desde 1900.

Capítulo XXI

La Tía Judith hace punto

El inspector jefe Bligh se fue acomodando en un sillón del estudio de Trent, pieza a pieza, la noche del día después del arresto y del cacheo de Verney. Bryan Fairman, que aquella mañana había quedado en libertad provisional en Newhaven, y la señorita Yates, recién llegada de su visita a Roma, ya estaban allí. Trent los había invitado a cenar, y los dedos de la anciana estaban activos y atareados con una labor de punto que al parecer no le impedía mostrar un interés vivo en todo lo acontecido.

—No ofreció resistencia —les dijo el señor Bligh—. Es más, estaba bastante abatido, con todo lo que había pasado. Sin embargo, para cuando lo han acusado formalmente, esta mañana en la calle Marlborough, se había restablecido lo suficiente para negarse a hablar. Va a tener que devanarse los sesos para salir de esta. Seguramente sea de los que tratan de boicotear la acusación haciendo alguna tontería; pero ya se ocuparán de eso en Brixton[166]. Si todo va bien, tendremos todo preparado para continuar con la investigación pospuesta el viernes. Es usted un tío listo —añadió, mirando pensativo a su anfitrión.

—Aunque tirando a sucio, querrá decir —sugirió Trent, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza—. Es cierto, no me apetecía tratar con mucha amabilidad a un tipo que llevaba semanas planeando hacer que me colgasen por un asesinato que había

cometido él mismo. Verney es un animal salvaje, peligroso y traicionero, pero no había pruebas suficientes para detenerlo, como dijo usted mismo, y tuve que tratar de conseguir lo que hiciera falta..., en defensa propia, sencillamente. A decir verdad, funcionó mejor de lo que esperaba.

—Lo mismo digo —apuntó sucintamente el señor Bligh; luego rio un instante—. Ojalá hubiese podido verle usted la cara a Bloom, mi taquígrafo, cuando Verney llegó a decir que quería entregarse por el asesinato. Fui hacia la puerta, cuando lo oímos, y Bloom me guiñó un ojo, como diciendo: «¿A que le gustaría que nosotros también pudiéramos jugar a eso?».

—¿Y por qué no pueden? —preguntó la señorita Yates.

—Porque, señora —explicó el inspector, envarado—, si un agente de la autoridad induce a un sospechoso a realizar una declaración, no sirve como prueba. Por eso sonreía Bloom. En cambio, Randolph no sonrió nada —añadió, pensativo—. Caramba, cuando entró donde estábamos por aquella puerta, con el sombrero de campesino, la bolsita y el gesto adusto, se parecía tanto a su padre que estuve a punto de pegar un brinco. Tiró el sombrero y la bolsa, y va y me dice: «Si necesitan ayuda para llevárselo, agente, soy su hombre. Si fuese legal», añadió, «yo mismo me ocuparía de él, y con sumo gusto».

—Bueno, a lo mejor a él y a usted les gustó el trabajo; a mí, no —dijo Trent—. Solo quería que ese joven encantador fuese a parar a un lugar seguro, donde no pudiese molestarme, ni a mí ni a ninguna otra persona que por lo que fuera no le cayera bien. Voy a estar tenso una semana, me parece. Por lo que respecta a lo que la ley haga con él ahora, eso ya no es asunto mío, pero se lo tendrá más merecido que muchos que tienen que hacer frente a lo mismo.

Fairman lo confirmó con un gesto juicioso.

—Debería haberse limitado a disparar a Randolph —dijo con severidad.

—Exactamente; moderación en todas las cosas —coincidió Trent.

La señorita Yates, que seguía haciendo punto tranquilamente, observó sin levantar la mirada:

—Sé perfectamente lo que el inspector Bligh ha estado a punto de sacar del bolsillo media docena de veces en los últimos cinco minutos. Philip sabe que no tengo el menor reparo, así que, ¿quieren hacer el favor de fumar?

El señor Bligh aceptó su sugerencia, agradecido, y Fairman, a quien suministraron un largo cigarro, hizo lo propio. Ahora las agujas de la señorita Yates, entrechocando débilmente, parecían emitir señales de impaciencia en un código particular, y Trent respondió al mismo.

—Estaba hablándoles del caso cuando llegó usted —le dijo al inspector—, y acababa de contarles la visita del pobre diablo de Raught.

—Querrá decir Raught, el peligroso delincuente —gruñó el señor Bligh—. Cuando pienso que ese individuo estuvo escondido todo el rato delante de nuestras narices, donde lo tenía casi al alcance de la mano...

—Yo pienso —interpuso la señorita Yates— que no deberíamos hablar así de ese pobre desgraciado, ahora que ha muerto..., aunque disparase a un hombre al que probablemente nadie va a echar de menos.

—No se preocupe —tranquilizó Trent al desconcertado inspector—. Se le pasará. Como decía, les estaba hablando de cómo vino y de todo lo que dijo, como le conté a usted la semana pasada..., incluida la extraña historia del hombre que vio entrando en el número 5 un poco después de las siete la noche del delito. Y estaba a punto de decirle cómo, gracias a esa historia, me puse definitivamente, por primera vez, tras la pista de Verney.

—A mí no me dijo eso.

—No; porque entonces no tenía mucha importancia. Le conté los puntos materiales de la acusación que tomaba forma contra Verney, una vez empecé a considerarlo sospechoso seriamente. Pero

pensaba que a todos ustedes les interesaría saber qué me orientó en su dirección, por así decir, porque demuestra lo importante que es la buena suerte en esta clase de asuntos. El inspector Bligh lo reconocería, si alguna vez llegase a reconocer algo. Les diría que en cualquier investigación prefiere con mucho una ración grande de buena suerte a la muestra más brillante de trabajo detectivesco.

El inspector, absorto en la contemplación de la puntera de su bota izquierda, no replicó.

—En este caso —prosiguió Trent— fue un recuerdo fortuito que me vino cuando escuchaba a Raught; algo de lo que hasta ese momento no me había acordado desde hacía años. Empezó con Raught diciendo que el hombre que vio entrando en casa de Randolph parecía lo que él llamaba un caballero. Lo explicó diciendo que el hombre tenía buen porte, llevaba ropa de etiqueta y, pensaba, no era bajo. Bien, ya saben que solo vio al tipo desde atrás, y solo durante unos segundos; así que le pedí que revisase sus impresiones, y entonces añadió que llevaba abrigo, una bufanda blanca y un sombrero de copa.

—Bueno, naturalmente —interpuso Fairman—. Un abrigo, una bufanda y un sombrero de copa... son una especie de uniforme, cuando vas de etiqueta. Pero no entiendo cómo eso pudo ayudarte a localizar al usuario. Basándote únicamente en la explicación de Raught, podría ser uno de cientos que a esa hora de la noche van por el West End.

Trent asintió cordialmente.

—Oh, salvaje West End, aliento del ser de Londres[167], como canta el poeta. Como bien dices, podría haber cientos. Si quieres, piensa en una cifra más alta. Diez mil veces diez mil, luminosos con sus brillantes atuendos[168], podían estar subiendo amontonados las cuestas de Piccadilly o cualquier vía pública cercana en ese momento. Pero estaba pensando en el número bastante más reducido de personas más o menos implicadas en el caso Randolph,

y me preguntaba a cuál de ellas podría pertenecer la figura vista de espaldas que describió Raught.

—Pues de entrada parece haber habido unas cuantas —observó Fairman, lúgubre—. Y, por lo que respecta a la descripción, el visitante podría haber sido cualquiera de los que estamos en esta habitación, que yo sepa.

La señorita Yates, sin dejar de hacer punto, observó tranquilamente:

—Yo no.

Fairman no logró sofocar por completo un resoplido ante semejante frivolidad; pero el sonido se perdió en el comentario inmediato de Trent.

—¡Exacto! Esa es la clave, o una de las claves. Acuérdese, inspector, de que antaño, en los días oscuros y apagados más allá del recuerdo[169], circuló la idea malsana (que se abstuvo de mencionarme) de que había una mujer implicada en el caso. Pero el visitante misterioso no era una mujer.

El señor Bligh, ante el desafío, lo miró severo.

—Eso dice ahora —comentó—.Todos sabemos ya quién fue. Sin embargo, ¿cómo podía estar seguro entonces de que lo que vio Raught no era una mujer que se hacía pasar por un hombre?

Trent rio.

—¡Efectivamente! Puede argüir eso. Podía haber sido la alcaldesa de Bruddersfield vestida de encargado de Negocios de Ruritania. Pero en realidad solo podía tratarse de una mujer, Eunice Faviell, ¿no? Todos sabemos qué aspecto tiene. Todos sabemos que, llevase lo que llevase, y desde cualquier ángulo, es imposible que diese la sensación de ser un caballero. Un caballero no daría jamás esa impresión. Si se hiciese pasar por un hombre, parecería algo que...

—Basta —dijo con firmeza la señorita Yates—. Ibas a decir una grosería, Philip, lo sé. Estabas seguro de que el hombre que vio Raught tenía que ser un hombre; con eso basta.

El señor Bligh se revolvió en la silla con cierta impaciencia.

—De acuerdo —dijo—. Lo acepto. Vayamos al grano. Esto me interesa. El señor Trent dice que el relato de Raught lo puso tras la pista de Verney de manera definitiva. Me imagino que eso quiere decir que pudo convencerse de que el relato descartaba a todos menos a Verney.

Miró a Trent, que se limitó a hacer una cortés inclinación de la cabeza.

—Entonces —prosiguió el inspector—, me gustaría saber, sin duda, por qué descartaba a todos, y especialmente por qué diablos (¡perdón!) no descartaba a Verney, que, a la hora de la visita misteriosa, supuestamente, estaba trotando por la calle llevando solo lo justo para que no lo arrestaran por escándalo público. O sea, eso supuso usted, igual que los demás. Tomando la historia al pie de la letra, podemos admitir que descartaba al propio Raught. Y estoy dispuesto a admitir que descartaba a la señorita Faviell. Bueno, ¿y quién más estaba implicado en el caso y podría haber sido el visitante? Podría haber sido usted mismo, para empezar. Podría haber sido aquí el doctor Fairman. Podría haber sido Wetherill, que según usted lo había amenazado. Podría haber sido Randolph hijo. Y, claro está, podría haber sido Verney, puesto que sabemos que fue él.

—Muy bien dicho —dijo Trent—, solo que, en honor a la verdad, no podría haber sido yo, puesto que sabemos que no lo fui. Por lo que respecta a los demás que ha mencionado, empecemos por Randolph hijo. Bien, sabía perfectamente qué aspecto tenía (tenía exactamente el mismo aspecto que su padre), mientras que el desconocido tenía el aspecto que según Raught tiene un caballero. Me acuerdo de que sir Walter Scott dijo lo mismo de otra manera cuando describió al célebre Claver'se[170]; dijo que tenía aire de haberse pasado la vida entre gente noble y alegre. Me dije entonces que ni siquiera de espaldas y con poca luz ni Randolph *père* ni Randolph *fils* habrían causado exactamente esa impresión en un observador fortuito.

»Y pensé que había buenos motivos para descartar a Wetherill. Me lo encontré en el club Cactus, es cierto, cerca de casa de Randolph, poco después de que Raught viera al desconocido; y es cierto que, cuando me lo encontré, Wetherill llevaba más o menos las prendas que describió Raught. Pero había una excepción...: el sombrero. Cuando vi a Wetherill, llevaba un sombrero negro, de ala ancha y blando, como siempre. Era un elemento vital de su apariencia. Es decir, Eugene Wetherill llevaba toda la vida encarnando a Eugene Wetherill, y siempre se caracterizaba con cuidado. Estaba seguro de que ni siquiera poseía un sombrero de copa del tipo que fuera; así que no pensé que el visitante fuera Wetherill.

»Por otra parte, la idea de que fuera Fairman no tenía mucho sentido, porque vi a Fairman subir al tren-barco de las ocho y veinte en la estación Victoria; y en la estación llevaba un sombrero marrón y un abrigo marrón, con pantalones marrones y zapatos marrones (estaba hecho un adán, la verdad). Claro está, sabía que Fairman estuvo en casa de Randolph aquella noche, pero eso fue después del hombre que vio Raught. La hora de llegada del tren de Fairman de Claypoole a Londres lo dejaba claro. Sin embargo, supongamos, pensé, que Raught se hubiese equivocado con la hora. Bueno, seguía sin entender por qué Fairman habría ido a ver a Randolph vestido de etiqueta; y, aunque así hubiera sido, ¿cómo y dónde habría podido cambiarse de ropa a tiempo de llegar a la estación y coger el tren de las ocho y veinte? Me parecía un número de transformismo imposible. —Trent se volvió hacia Fairman—. Así entiendes por qué pensé, después de oír a Raught, que el hombre que vio no podías ser tú.

»Y entonces, de pronto, mientras estaba dándole al desgraciado un cigarrillo y una copa...

—Instigación y complicidad —observó sombrío el inspector Bligh.

—¿Así llaman en Scotland Yard a un cigarrillo y una copa? —preguntó con interés Trent—. Bueno, le di al pobre diablo lo que claramente necesitaba. Y justo entonces, como decía, tuve una idea

completamente nueva. Mientras estaba pensando si a Fairman le habría dado tiempo a cambiarse de ropa, me vino a la mente la frase «número de transformismo», como les acabo de decir; y ahí se quedó, en segundo plano. Mis pensamientos la atisbaban de cuando en cuando..., y, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, me di cuenta del porqué.

Trent se detuvo; y el inspector Bligh, mirándolo fijamente en actitud levemente aturdida, observó:

—Que me aspen si entiendo de qué habla.

—Y a mí —dijo la señorita Yates sin dejar de hacer punto, y el señor Bligh se enderezó en su silla un instante.

El doctor Fairman tosió vacilante.

—Trent quiere decir —explicó—, en pocas palabras, que cierto concepto se había implantado en su subconsciente, donde se produjo una asociación de ideas que emergió bruscamente, de forma espontánea y autónoma, en la esfera de la consciencia.

El inspector observó lúgubremente a su interlocutor unos instantes.

—¡Oh! Si no es más que eso —dijo finalmente—, ¿por qué no lo ha dicho? Menudo peso me ha quitado de encima. —Se volvió hacia Trent—. Tuviste una intuición, ¿no?, que, por lo que fuera, desencadenó la idea del número de transformismo.

—Exacto —dijo Trent—. Verá, de pronto me acordé de Charles Hawtrey[171].

Sus tres espectadores se miraron entre sí estupefactos.

—En *Mensaje de Marte* —se apresuró a explicar Trent—. ¿Nadie lo vio?

—Yo sí —dijo la señorita Yates, que ahora sentía un gran interés—. Fui a verla con los Petherton... Acuérdate, Philip; su segunda hija, Juliet, había estado a punto de casarse con un oriental de no sé dónde, y recuerdo que, como el compromiso se había roto, estaban de un humor... En la obra había un señor que venía de Marte a la Tierra, una especie de mago, que hacía saltar todos los muebles cuando se enfadaba. Y Hawtrey interpretaba a un rico inútil, muy

perezoso y egoísta. El marciano lo convirtió en un vagabundo sin techo, muy harapiento y sin camisa.

Trent rio.

—Eso era (el número de transformismo). No puede describirse mejor. ¿Y te acuerdas de cómo iba vestido antes de convertirse en vagabundo, Tía Judith?

—¡Toma, claro! —exclamó la señorita Yates—. Iba de etiqueta, estaba a punto de salir a cenar no sé dónde.

—¿Estás completamente segura de que iba de etiqueta, Tía?

La señorita Yates recapacitó.

—¡Caramba, sí! Lo recuerdo perfectamente. Un sombrero de copa reluciente...

—Y un abrigo negro muy patricio —añadió Trent rápido— y, por dentro del cuello del abrigo, una bufanda blanca que le tapaba por completo hasta la barbilla. Eso es todo lo que viste de la ropa de etiqueta. Es más, no la viste en absoluto, salvo dos cabos de perneras negras debajo del abrigo; tenía los pies tapados por no sé qué obstáculo pequeño..., ¿te acuerdas? Sabías que tenía que ir de etiqueta, por el uniforme, como lo llama Bryan.

En ese momento, Fairman exclamó:

—¡Ja!

La señorita Yates, dejando que la labor le cayera sobre el regazo, miró a su sobrino a los ojos.

—Sí —dijo, pensativa—. Ya veo por dónde vas, Phil.

El inspector Bligh esbozó una sonrisa de esfinge.

—Y entonces —prosiguió Trent, animado—, de pie contra el decorado, de frente al público, le quitaron el sombrero, la bufanda y el abrigo desde atrás al mismo tiempo; en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad?... De manera que apenas te diste cuenta de que desaparecieron por una trampilla del escenario.

—No vi cómo desaparecieron —dijo la señorita Yates—. Se esfumaron sin más..., y ahí estaba, un pobre desgraciado, harapiento y tembloroso.

Trent volvió a retomar la historia.

—Y, cuando dio un paso al frente, temblando y resguardándose del frío con las manos, se le vieron los bajos andrajosos de sus pantalones y sus botas agujereadas. Y ahí lo tienes; eso fue lo que me abrió los ojos. Por lo menos, me di cuenta de que era probable que Raught hubiese visto a alguien que llevaba el disfraz más sencillo y efectivo. No necesitaba más que unos pantalones de vestir (con los tirantes ajustados ya, seguramente), un abrigo, bufanda y sombrero.

»Pero, aunque aquello lo tenía claro, y también que podía llevar a alguna parte, no me llevó a la idea de Verney de inmediato. Aunque sí que empecé a preguntarme si al fin y al cabo el tipo podía haber sido Bryan, dado que el cambio de ropa inusualmente rápido ahora parecía posible. Solo tendría que haberse cambiado los pantalones, los zapatos y el sombrero, si sencillamente llevaba la otra ropa debajo del disfraz todo el tiempo. Podría haberlo hecho en un taxi. Solo que, incluso en ese caso, ¿qué sentido habría tenido? Sin duda, el conductor del taxi se habría dado cuenta y se habría acordado, si hubiera subido un pasajero con una ropa determinada y unos minutos más tarde se hubiese bajado en la estación Victoria con otra totalmente diferente. Además, si la ropa de etiqueta era un señuelo, era difícil explicar el señuelo, salvo dando por sentado que alguien estaba a punto de disparar a Randolph y de alguna forma quería borrar sus huellas. Y, claro está, Bryan nunca trató de hacer eso; todo lo contrario. Se limitó a poner pies en polvorosa públicamente, además de dejar huellas por todas partes, y de confesar después. Eso era lo que me decía; y en aquel momento se me ocurrió otra cosita.

El señor Bligh, que había estado escuchando tan atentamente que se había olvidado de fumar, suspiró suavemente y empezó a rebuscar en sus bolsillos, abstraído.

—No sabe dónde está el calor prometeico[172] —musitó Trent—. Tiene las cerillas encima de la mesa, al lado del codo, inspector,

donde las ha dejado.

—¡Ja! Gracias —farfulló el señor Bligh y se ocupó de volver a prender la pipa.

—¡Cuando quieren, tienen una sangre fría espantosa! —estalló Fairman—. Quiero oír el resto.

La señorita Yates siguió haciendo punto con gran ostentación de paciencia.

—Perdón, no ha sido culpa mía —dijo Trent—. Ha sido culpa suya..., por dejar que se le apagase la pipa cuando estaba llegando a la parte que hará que sus seis ojos, como estrellas, se le salgan de las órbitas. Lo que se me ocurrió fue lo siguiente. Raught había mencionado que lo sorprendió ver al hombre a la puerta del número 5, porque no había oído pisadas, aunque la ventana por la que había fisgoneado estaba abierta por arriba..., y eso que Raught tenía el oído fino. Bien, si fue así, el visitante tenía que haber caminado con un sigilo de lo más antinatural, y se me ocurrió que a lo mejor llevaba zapatos con suela de goma.

»En cuanto lo pensé, mi imaginación empezó a dispararse rapidísimo. Funciona así; en cuanto acercas una cerilla a la mecha, los fuegos artificiales salen disparados. No todo es lógico o científico, supongo; pero así es la vida. La secuencia de las ideas fue más o menos la siguiente: en Londres no es habitual calzar zapatos con suela de goma por la noche; en cambio, Verney y sus muchachos los llevan a esa hora, cuando salen a brincar por caminos y carreteras. Hasta ahora no he pensado en Verney, porque se suponía que estaba corriendo cuando apareció el hombre misterioso. Sabemos que empezó y terminó la carrera, porque lo hizo delante de testigos; sin embargo, ¿es siquiera posible que desapareciera un rato mientras la carrera progresaba? Si así fuera, ¿pudo ir a la plaza Newbury y volver en ese tiempo?

»Y allí estaba, lanzado a la hipótesis de que, al fin y al cabo, a lo mejor Verney era el tipo al que buscábamos. Entonces, como siempre ocurre cuando por fin das con la idea correcta, un montón

de cosas empezó a encajar por sí mismo. Primero, se me ocurrió que los zapatos con suela de goma no solo son apropiados para el atletismo de carretera, sino que serían igual de útiles para entrar en una casa sin hacer ruido (siempre y cuando uno tenga la llave) y subir de puntillas las escaleras sin que lo oiga el morador del lugar. Al principio, se pensó (¿saben?) que el tipo que disparó a Randolph estaba citado con él; que Randolph lo esperaba, y él mismo le abrió la puerta..., ya que en aquel momento estaba a solas en la casa. Lo hacía de cuando en cuando, tal como Raught le contó a la Policía; pero también era posible que lo sorprendiera, de la manera que he descrito. Y ya ven que para Verney era importante sorprenderlo. No quería que el viejo se resistiese, o pidiese ayuda. Era imposible saber lo que ocurriría si no lo pillaba desprevenido.

»Luego, me di cuenta de que, por lo que respecta al cambio de ropa, Verney no tendría que haberse cambiado. Lo que llevaba para correr equivalía a la ropa interior veraniega más ligera, y le habría bastado con echarse encima el disfraz y, después, quitárselo. No tenía que quitarse los zapatos en ningún momento de la representación. Se trataría de zapatos negros, ¿saben?; apropiados para la ropa de etiqueta. Por cierto, inspector, ¿los tienen?

El señor Bligh se volvió hacia los demás con una breve inclinación de la cabeza.

—Es lo que me aconsejó que buscase —dijo—. Un par de zapatos de gimnasia negros con la suela de goma. Fueron casi lo primero que encontré cuando registré el apartamento de Verney por la mañana. Sin embargo, no encontré el arma —añadió, dirigiéndose a Trent—. Era mucho pedir. Podría estar en cualquier punto de los alrededores de Londres, puesto que tuvo casi quince días para esconderla.

—Bueno, afortunadamente, no importa —dijo Trent—. Volviendo a lo que estaba diciendo: en cuanto hube empezado, recordé muchas cosas. Especialmente, detalles de una conversación que tuve con Verney al día siguiente del asesinato, por la tarde, cuando vino a

verme. Fingió, claro está, que ni siquiera sabía que Randolph estaba en Londres; que se había enterado de la muerte de Randolph aquella mañana, cuando el inspector Bligh fue a visitarlo en busca de información. Verney me dijo entonces que lo único que le había contado el inspector fue el hecho de que a Randolph lo habían asesinado.

—Naturalmente —intervino el señor Bligh—. No era cuestión de revelar nada.

—Lo sé. Era cuestión de que se delatase él mismo.

—Cosa que no hizo —señaló el inspector—. Tengo que decir que llevó la situación a la perfección. Al principio estaba tranquilísimo; curioso por saber lo que quería yo. Luego, su angustia cuando se enteró...; caramba, fue un lujo verlo.

Trent se volvió hacia la señorita Yates.

—En realidad no es así de desalmado —la tranquilizó—. Solo se refiere a que habría sido un lujo, si hubiese sabido entonces que Verney era culpable. Así se entretiene la Policía..., viendo al delincuente sudar la gota gorda, y pensando mientras que se va a ir de rositas. —Los austeros rasgos del señor Bligh se relajaron en una sonrisa—. ¿Lo ven? Es cuando sonríe una sonrisa más espantosa que su espantoso ceño fruncido[173]. Pero, como estaba diciendo..., Verney me dijo que no había sabido casi nada por el inspector; y, cuando apareció el periódico de la tarde, solo decía que habían disparado a Randolph en el corazón, y lo habían encontrado muerto, tirado en el suelo del dormitorio. Sin embargo, cuando Verney vino a verme, estaba indignadísimo por que el asesino hubiese cometido la cobarde atrocidad de disparar por la espalda a un anciano indefenso. Y ese «por la espalda» fue una metedura de pata, en realidad. Me llamó la atención cuando me detuve a pensarlo, después de que se fuese. De todas formas, por entonces la idea de que de verdad Verney supiese algo acerca del crimen me parecía ridícula; y lamento decir que llegué a la conclusión de que el inspector Bligh fue un

poco más comunicativo de lo necesario cuando pasó a Verney por el rodillo.

El señor Bligh fulminó al orador con la mirada, y la señorita Yates, que seguía haciendo punto, preguntó plácidamente:

—¿Por dónde, Philip?

—Por el rodillo —explicó Trent—. Un aparato que utiliza la Policía para que la gente confiese. Por supuesto, fue un error por mi parte llegar a esa conclusión, y este caso siempre me recordará que solo debo pensar cosas hermosas de los agentes de la ley. Si lo hubiese hecho entonces, quizá habría calado a Verney antes. Pero en lo que dijo había otras cosas que me parecieron extrañas, aunque en el momento solo reparé en ellas de manera casual. Por ejemplo, que afirmase que no sabía que el viejo estaba en Londres aquel día. Hasta yo sabía, por como me habló Randolph cuando posó para mí, que estaba especialmente orgulloso de ser una figura importante de la excelentísima Compañía de Tabarderos y que no se perdía las cenas por nada del mundo. Era raro, pensé entonces, que Verney no supiera nada de ese compromiso.

»Por otra parte, habló repetidamente del difunto Randolph como si se tratase de un santo en vida, inmaculado (dijo que lo veneraba, y que no sabía de un solo enemigo que el viejo tuviera en el mundo). Pues bien, entonces yo no sabía mucho de Randolph (menos que ahora), pero sí sabía suficiente sobre él para no incluirlo en la categoría de los prodigios de la belleza espiritual; y no acababa de creer que Verney, después de pasar dos años cerca de él, pudiera verlo así sinceramente.

»Recordé otra cosa de aquella conversación que tuve con Verney el día siguiente del crimen. Dijo una o dos cosas que sonaban a que estaba sondeándome para saber si había estado en casa de Randolph el miércoles por la noche. No piqué, porque fui con intención de hacerle pasar un mal cuarto de hora a Randolph; no para hablar de trabajar para él, como creía Verney. Mi intención no era cosa de Verney, así que no le aclaré si había ido a la cita o no.

No podía preguntármelo directamente, porque estaba fingiendo no saber que estaba citado con Randolph. Debió de sacar de quicio a Verney; porque para su planecito era necesario que yo hubiese ido. Si, por lo que fuese, no había aparecido por allí, probablemente podría probar mi coartada, si llegaban a sospechar de mí. Verán, pasó por aquí esperando y confiando en encontrarse con que la ley ya me habría atrapado con sus garras de hierro. Entonces me vio sonriendo por la ventana, como si no hubiera pasado nada; y, estando ya, sin duda, un poco nervioso (tenía que estar pasando un día de mucha ansiedad), aquello lo hizo saltar como si le hubieran disparado. Así que entró para tratar de averiguar cómo estaba la cosa y soltar una sarta de mentiras sobre lo deshecho que estaba por la muerte de Randolph. En aquel momento pensé que estaba bastante más desencajado de lo que habría sido natural en un tipo joven, sano y que se mantiene en buenísima forma. Lo que le pasaba en realidad era que se llevó una sorpresa desagradable, además de tener mala conciencia por el asesinato.

»En realidad, Verney no tiene madera de asesino. Es un tipo osado y, como buen jugador, no le importa correr riesgos que asustarían a un hombre corriente. Pero tiene otro rasgo de jugador: es terriblemente supersticioso. Lo sabía por varias cosas en las que había reparado; y, cuando llegó el momento, me serví de ello sin la menor vacilación.

»Bueno, les he contado lo que recordaba de aquella conversación, mientras daba vueltas a la idea de que Verney fuese el culpable. Y entonces, además de todo eso, recordé una razón de nada que ya tenía para pensar que Verney podría no ser un espejo de sinceridad absolutamente inmaculado.

Fairman arqueó las cejas.

—¿Y eso? —preguntó—. Me parece que casi todo el mundo pensaba que era ingenuo como un niño. Yo solo lo vi unas cuantas veces, por casualidad, cuando venía a Claypoole por cosas del hospital; pero siempre me dio la impresión de que era justo la clase

de persona en la que se puede confiar...: abierto, sincero y un poco severo; podría incluso decirse que era un moralista.

Trent sacudió la cabeza.

—Eso te pasa por ser experto en psicología —observó.

—¡Oh!, ya sé que estaba equivocado —dijo Fairman, malhumorado —. Nunca lo tuve bajo observación, claro. Y sé que hay un tipo de fingidores que tienen la clave de dar esa impresión exactamente. ¿Cómo diagnosticaste tú su punto débil?

—Te diré. Como sabes, Verney tiene un rostro bastante atípico: picudo, barbilludo y de estructura sutil, con los ojos muy abiertos y ese aire de «las barreras mortales no confinan mi espíritu». ¿Nunca has pensado, Bryan, que la menor contracción de los músculos (una pincelada entre las cejas y en las comisuras de la boca) transformaría esa expresión en mucho más que severidad?

—¡Ja! —exclamó Fairman—. Hablas de crueldad..., ¡sí!

—Impiedad —matizó Trent—, más bien. Al cruel le gusta infligir daño, absolutamente. El bueno de James Randolph era así, me temo; complicado por lo que él pensaba que era religión..., una mezcla deprimente. Pero un hombre sin piedad inflige daño con un objetivo y no necesariamente por diversión. Pues bien, solo había visto a Verney en una ocasión antes de conocerlo (se lo mencioné a usted, inspector). Fue cuando lo vi jugando a la ruleta en Montecarlo..., y él no me vio. No tenía ni idea de quién podría ser, pero me llamó la atención su aspecto. Estaba sentado a la mesa y concentrado en el juego.

La señorita Yates suspiró suavemente.

—Sentarse a la mesa —comentó a sus agujas— es muy mala señal.

—Sí —dijo Trent—. Pero por lo menos no tenía uno de esos cuadernitos horribles y no apuntaba los resultados después de cada vuelta. Sabía que estaba ante un juego de azar y no quería que fuese otra cosa. Se echaba de ver que tenía práctica, y su cara de jugador, como le ocurre a mucha gente, no era exactamente la del

invitado al té de la vicaría. Me atrajo como retratista. Me pareció que era una mezcla entre el cardenal Manning y Lucrecia Borgia...

—¡Phil, querido! —interrumpió la señorita Yates.

—O sea, pensé que era una cabeza que no dejaría de reconocer si volvía a verla. Luego, unos años más tarde, volví a encontrármela, con una expresión bastante más beatífica, en casa de Randolph, en Brinton; y, cuando le dije, de esa manera como tanteando que tenemos las criaturas educadas, que creía que ya lo había visto en Montercarlo, la cabeza respondió sin parpadear que nunca había estado ni remotamente cerca de dicho lugar. Por eso archivé a Verney mentalmente entre quienes, entre la espada y la pared, tal vez no admitan que fueron ellos, con sus hachitas[174].

»Y eso es todo. Ahora Verney parecía un hombre capaz de decir una mentira flagrante sin titubear y sin la menor señal de nerviosismo. Un hombre a quien le gustan las diversiones que a menudo meten a la gente en líos y que no acaban de encajar con el carácter de un trabajador social esencialmente puritano, aunque jovial. Un hombre que, cuando baja la guardia, puede resultar muy siniestro. Un hombre que, me pareció, sabía un pelín demasiado de los detalles del asesinato de Randolph y demasiado poco de los movimientos de Randolph antes del crimen. Y un hombre que, por su altura y complexión, podría ser el visitante misterioso que vio Raught. Es más, antes de que Raught se fuera del estudio aquella noche, yo ya andaba dándole vueltas muy seriamente a la idea de que Verney podría ser el asesino de James Randolph.

»Aquella noche, antes de acostarme, le di muchas más vueltas. Una vez aquella idea apareció en mente, me di cuenta de que nada podía haberle resultado más fácil que hacerse con una cuchilla de afeitar con mis huellas dactilares, detalle este que, como les he explicado, me parecía tan inexplicable que estuve a punto de volverme loco. En mi asnal estupidez, no se me ocurrió que hubiese pasado semanas a buen recaudo antes de que la colocaran en la escena del crimen; aunque en realidad esas marcas pueden

permanecer en el metal durante años, si nadie las altera, y debería haberlo recordado. Debió de hacerlo cuando estuve en Brinton, probablemente, durante mi segunda visita.

»Lo que sucedió, me imagino, fue que, después de hacer ese comentario indiscreto sobre Verney y Montecarlo, que Randolph escuchó, el viejo debió de pensar un poco sobre ello. Quizá decidiera repasar más atentamente las cuentas del instituto y de otros lugares; y, si lo hizo, y descubrió que había sucedido algo raro en ese...

—¡Algo raro! —exclamó el señor Bligh—. Caramba, lo que los auditores han encontrado ya, desde que arrestamos a Verney, bastaría para que le echaran dos años. Estuvo sisando durante diecisiete meses, hasta mediados de enero pasado; desde entonces, las cuentas son bastante correctas. Todavía no sabemos dónde fue a parar el dinero; pero en Londres un tipo que está en la pomada siempre puede encontrar la clase de diversión que a Verney le gustaba. Sin duda, era lo de siempre...: pensaba arreglarlo todo cuando su suerte cambiase. También es muy posible que la gente que llevaba la timba se enterase de quién era, y amenazase con darle el chivatazo al viejo, y llevarlo a juicio, si no sacaba más dinero. Esas cosas pasan a menudo.

—A Verney eso le daría igual —observó Trent—, si el viejo lo había averiguado por su cuenta. Lo importante es que dejó de robar poco después de que yo pusiera a Randolph sobre la pista sin intención. Randolph, como decía, debe de haberse puesto a investigar; y entonces para Verney se acabó lo que se daba. Randolph lo tendría justo como le gustaba tener a la gente..., en sus manos; no por sórdidos motivos pecuniarios, sino por el mero placer de hacérselas pasar moradas. Además, todo indica que trataba a Verney igual que trató a Raught (lo obligaría a firmar una confesión que pudiera tener archivada para cuando le hiciera falta). Si Randolph hizo todo eso, Verney no era de los que aceptan la situación sin hacer nada para cambiarla; y, si se proponía matar a Randolph, es natural que

prefiriese que se sospechase de otro, así como que tratase de pergeñarse una coartada. ¿Qué objeto de sospecha más adecuado que el necio metomentodo cuyo comentario había puesto todo patas arriba tan completa y desastrosamente?

»Por lo que respecta a la cuchilla, no tuvo más que visitar mi habitación..., cuando estaba en el baño, por ejemplo..., averiguar qué cuchillas utilizo, hacerse con una cajita, y al día siguiente robar la que había usado y tocado, y sustituirla por otra. Entonces (y este detalle se lo debo a Raught) debió de aconsejar a Randolph que se deshiciese de su maquinilla anticuada, y se pasase a la maquinilla y las cuchillas que prefiero yo, como multitudes sin cuento de caballeros (me remito a los anuncios). Sabemos que Randolph seguía los consejos de Verney en ciertas cosas. Por ejemplo, por lo que dijo Raught, sabemos que fue Verney quien lo convenció de que me llamase para pintar una copia de su retrato, cuando Verney fingió que fue a Randolph a quien se le ocurrió esa idea tan plausible.

»Fuera como fuere, el asunto es que Randolph cambió de maquinilla; y, cuando lo hubo hecho, Verney tuvo todo en bandeja para echarme el mochuelo. El asesino de Randolph, según todo indicaba, había sacado la cuchilla de la maquinilla de Randolph para cortar el cordel de los fajos, y luego lo había tirado todo por ahí con sus huellas (es decir, las mías).

»Luego se me ocurrió otra cosa, cuando meditaba aquí después de que Raught se fuese. Ya te he contado, Tía Judith, que encontraron el calendario encima de la mesa en el salón de Randolph, con la hoja correspondiente al día del asesinato arrancada.

—Sí —dijo la señorita Yates sonriendo amablemente—. La hoja que recogí en el tren-barco, y que el doctor Fairman me aseguró que no había visto jamás cuando le sugerí que se le había caído.

—¡Bueno, bueno! Las aventuras de la hoja son lo de menos —se apresuró a decir Trent, sin perder de vista la cara de Fairman, que enrojecía por momentos—. Cuando la adjuntaste a la carta que me

mandaste, no hizo más que confirmar que la única visita que Randolph esperaba en la plaza Newbury antes de la cena era la mía. Como el taco estaba a la vista para informar a la Policía de aquel importantísimo hecho, Bryan arrancó la hoja para impedir que la Policía lo averiguase. Pero ¿quién podía haberlo dejado en esa posición?, me preguntaba, mientras le daba vueltas. Raught declaró, y no había motivos para ponerlo en duda, que nunca estaba a la vista, sino dentro de un cajón y bajo llave. Además de Raught, ¿quién más sabía de su existencia y dónde encontrarlo? Pensé que solo Verney y lo sigo pensando.

Trent se detuvo para encender un cigarrillo, y el inspector Bligh observó, meditabundo:

—Alguna vez he oído hablar de individuos que no callan ni debajo del agua.

La señorita Yates, lanzándole una mirada de hito en hito, dijo, cortante:

—Muy bonito, señor Bligh. Quizá usted ya lo haya oído, pero el doctor Fairman y yo, no. Nos parece interesantísimo.

El inspector encajó el golpe con habilidad.

—Tiene toda la razón, señora —dijo—. Lo había olvidado. Sí, no solo lo he oído ya, sino que he escrito y enviado una nota sobre todos los puntos que el señor Trent tuvo la amabilidad de escribir por mí. En algunos lugares, está en un lenguaje bastante más oficial; nada más.

Bryan Fairman hizo un sonido de ligera impaciencia.

—Seguro que no es mejor por estar en ese lenguaje —replicó—. Como todo investigador, sé mejor que nadie cuántas cosas verdaderamente importantes se pierden porque los informes hay que escribirlos en jerigonza oficial. Tiene que ser así, porque muchos de los nuestros no se toman nada en serio, si no lo haces aburrido. Pero lo que a la señorita Yates y a mí nos gustaría saber, Phil, es cómo se las arregló Verney para cometer el crimen. Has dejado clarísimo que pudo pasar de atleta semidesnudo a comensal de

plena etiqueta en medio minuto, y viceversa. Sin embargo, ¿cómo lo hizo mientras iba corriendo por Londres con los muchachos, y dónde se cambió, cómo llegó a la plaza Newbury y cómo se fue?

Trent y el inspector se miraron con aire divertido.

—Es exactamente lo mismo que le pregunté yo —comentó el señor Bligh—, cuando me explicó el truco del cambio de ropa.

—Y exactamente lo que me pregunté yo mismo —dijo Trent—. Veía, creía, que era posible, o aun fácil, escaparse de la procesión en algún momento y volver más tarde sin que nadie se diera cuenta. Si los han visto correr, a lo mejor han advertido que van en grupitos de dos o tres; para no interrumpir el tráfico, me imagino. Y a nadie le sobran energías para estar pendiente de los demás. Nada más fácil, diría yo, que descolgarse para atarse el cordón, o lo que fuera, en un rincón favorable; y podría volver a sumarse después, cuando la carrera estuviese a punto de acabar, poniéndose a la cola de uno de esos grupos, sin que nadie llegase a percatarse de su ausencia.

—Es cierto —dijo el inspector—. Nadie se dio cuenta. Hemos interrogado a todos los muchachos que salieron esa tarde. Puede probarse que empezó y puede probarse que acabó, pero ni uno puede decir que tuviera a Verney a la vista en ningún momento, salvo al principio y al final. No cayeron en ello hasta que les preguntamos.

—¡Bien! Evidentemente, el sitio donde abandonó tenía que estar resguardado. Y lo estaba, como voy a explicarles. Pero, cuando se hubo desvanecido, Verney todavía tenía que llegar a casa de Randolph, y pasar allí un rato (por lo menos diez minutos, calculé) y volver a irse; porque, aunque el trazado de la carrera no queda lejos de la plaza Newbury, no pasa por allí.

»Solo se me ocurría una respuesta: un coche; y tenía que ser un coche que estuviera preparado en un lugar conveniente; y ese lugar sería el lugar donde Verney abandonase a la compañía.

—¡Qué inteligente! —exclamó la señorita Yates.

—Muchas gracias, Tía.

—Me refería a Verney, querido Phil. Se le ocurrió a él primero —señaló la señorita Yates.

—Es verdad —admitió Trent—. Es más, visto así, me alegro una barbaridad de no ser yo el criminal y él el sabueso. Probablemente habría tardado menos en echarme el guante que yo a él. De todas formas..., cuando llegué a ese punto en mis meditaciones, el siguiente paso, evidentemente, era buscar información pertinente sobre estos asuntos; así que, cuando Verney me llamó diciendo que quería hablar conmigo de Bryan, tuve la astucia demoniaca de responder que pasaría a verlo por el Instituto Randolph, donde esperaba poder enterarme de una o dos cosas. ¡Y así fue, sí, señor!

»No voy a entrar en detalles acerca de cómo conseguí la información, porque sería demasiado prolijo. Me limité a escuchar a unos cuantos chicos del instituto, y hablar con una o dos personas que estaban por allí. Pero salí con un buen montón de datos útiles. Para empezar, estudié cuidadosamente el trazado de la carrera semanal, que estaba colgado en el tablón de anuncios. También me enteré de que hacía poco que el día de la carrera había cambiado del día habitual al miércoles, la noche del asesinato. Ya sabía que Verney tenía un coche que, según él, era una antigualla; y entonces me enteré de que, por viejo que fuera, era un coche fiable y óptimo. También me enteré de que usaba gratis el garaje adosado a la casa de un anciano simpatiquísimo, que estaba ayudando a Verney a gestionar el instituto. También, de que el garaje estaba en un sitio agradable, tranquilo, no muy lejos del instituto, y a la vuelta de una esquina que se encontraba justo en el recorrido de la carrera. También, de que Verney había convencido al anciano simpático para que fuese a Torquay a descansar y cambiar de aires, llevándose consigo su propio coche y su chófer; así que Verney disponía de todo el garaje la noche del crimen. Y me parece que eso es todo.

—Y además es suficiente, diría yo —farfulló el señor Bligh—. Ojalá tuviera yo tanta suerte alguna vez.

—A lo mejor la tiene muchas veces, y la considera, en cambio, el resultado de un genio detectivesco deslumbrante —sugirió Trent amablemente—. No te lo vas a creer, Tía Ju, ahora que habla así, pero, cuando le conté todo hace unos días, estaba encantado. Con eso, cuentan con la materia prima del crimen, por así decir. Verney tenía el coche esperando en el garaje antes de que la carrera empezase. Dentro del coche, estaban el sombrero, la ropa y el revólver cargado, probablemente con un silenciador. Abandonó la carrera y fue al garaje evitando las miradas, cerró el portón, se puso el disfraz (sin olvidar los guantes) y luego sacó el coche y fue al West End hecho un pimpollo. Dejó el coche a la entrada de la plaza Newbury, cruzó al número 5 con los zapatos de suela de goma, abrió la puerta en silencio con su llave, subió al piso de arriba de puntillas, y probablemente disparó a Randolph sin que el viejo llegase a verlo u oírlo. Luego se guardó el revólver en el bolsillo, cogió las llaves de Randolph de la mesa, abrió la caja fuerte y sacó los fajos. Identificó de inmediato el de Verney, dado que todos estaban etiquetados (nos lo ha dicho Bryan). Probablemente se lo metiera en el bolsillo sin abrirlo siquiera. Luego quitó la cuchilla de la maquinilla de Randolph y se la guardó también; sacó mi cuchilla, la que me tenía reservada, y la usó (con mucho cuidado, para no borrar las huellas) para cortar los cordeles de los demás fajos.

—¿Por qué se molestó en hacer eso? —quiso saber Fairman.

—Porque tenía que haber un motivo para que la cuchilla estuviese fuera de la maquinilla y tirada en el suelo. Así que los abrió todos y los desperdigó por ahí, donde Bryan los vio y se los llevó.

—¡Abominable! —apostilló con énfasis la señorita Yates—. ¡Los secretos desagradables de otras personas ahí tirados, para que los encontrase la Policía!

El señor Bligh gruñó con gran elocuencia.

—¡Sí que le importaba mucho! Evidentemente —añadió, con cierta melancolía—, nos habrían venido de perlas.

—Pero ¿por qué —insistió Fairman— utilizó tu cuchilla para cortar los cordeles, cuando cabía la posibilidad de borrar las huellas? Podía haber utilizado la cuchilla de Randolph y, al no tener que llevar tanto cuidado, habría ido más rápido.

—Verney es inteligente, como dice mi tía. Sabía que, cuando se usa un filo muy fino para cortar un montón de cordeles, quedan señales muy patentes de esa mala utilización. Se ven a simple vista. La cuchilla que tenía mis huellas debía tener también esas señales. Bueno, cuando acabó, volvió a coger las llaves, bajó, sacó el calendario del cajón en el que Randolph solía guardarlo cuando estaba en la plaza Newbury y lo dejó a la vista.

—Eso no fue tan inteligente —comentó el señor Bligh—. De todas formas, no habría tardado en dar con él, y dejarlo fuera de esa manera fue artificioso. Debería haberse dado cuenta.

—Sí; fue un lapsus —admitió Trent—. Usted no lo habría hecho, inspector. Pero Verney no tenía su experiencia, compréndalo. Ahora que lo pienso, es muy posible que todos los delitos perfectos de verdad los cometan agentes del Departamento de Investigación Criminal. En todo caso, fue lo que hizo; y, luego, creo que no tuvo más que salir y volver al coche. Una cosa que sí hizo fue dejar la puerta delantera entornada, como Bryan descubrió más tarde. Verán, no quería hacer ruidos innecesarios. Ir andando tranquilamente de la puerta al lugar justo después de cruzar el arco, donde creo que debió de aparcar el coche, lleva unos diez segundos (lo he cronometrado).

—¡Caramba, Phil! —exclamó la señorita Yates—. ¡Diez segundos! ¡Eso no es nada!

—Y dejando un margen generoso, te lo aseguro —dijo Trent—. Todo el mundo piensa que un segundo es más o menos lo que tardas en pestañear. Pero en diez segundos se pueden correr cien metros..., o, por lo menos, hay quien puede. Y en los Estados Unidos han demostrado que a un buen asesino le da tiempo a disparar a seis personas en un segundo.

—Vale, pero imagínate —dijo Fairman— si se hubiese encontrado a alguien en el arco al salir. Le habría visto la cara y la habría reconocido.

—No, si en ese momento se estaba sonando la nariz, como habría sucedido, si es el hombre que creo que es. Así que entonces Verney regresó al coche, volvió a toda velocidad al garaje en el norte de Londres, dejó el coche aparcado y luego esperó detrás del portón del garaje a que apareciesen los primeros corredores de vuelta. Entonces no tuvo más que quitarse la ropa de abrigo, salir y unirse a la cola de uno de los grupitos. ¡Y se acabó!

El silencio breve pero pensativo que siguió fue roto por el inspector Bligh.

—Y fue un trabajo excelente —comentó admirado, al tiempo que volvía a cargar la pipa—. Más que nada, fue casualidad que todo se viniera abajo.

—Se refiere a la casualidad de que mi cerebro anduviese metido en el caso —sugirió Trent—. Algo de eso hay, está claro.

—Me refiero —contestó Bligh con un toque truculento— a la pura y mera casualidad de que Raught viese a un hombre con lo que parecía ropa de etiqueta entrando en la casa cuando lo hizo.

Prendió la nueva pipa.

—Lo cual, como estaba a punto de decir, fue un buen punto de partida para las operaciones de mi flamígera inteligencia. Sí, es verdad —dijo Trent—. El hecho concomitante de que el hombre que vio llevase zapatos que no hacían ruido no fue casualidad, evidentemente. Solo porque Verney fue tan cuidadoso; y eso lo delató, como suele suceder en este valle de lágrimas. Pero hubo otra enorme casualidad.

—¿Qué, Phil? —preguntó la señorita Yates.

—Me refiero a que Raught saliese unas horas más tarde de lo que solía en su día libre. Verán, Verney creía que el viejo estaría a solas en la casa cuando fui a verlo, y que yo no podría probar que estaba vivo cuando me fui. Pero, gracias al tiempo espantoso que hacía,

Raught se quedó en el número 5, y no solo me abrió la puerta, en vez de Randolph, sino que también me despidió después. Y, como tenía una masa sólida de coartada coagulada para el resto de la velada, esa casualidad arruinó por completo la parte del plan que estaba planeada para mí. Y así, paso a paso, ni a mi viejo amigo el inspector Bligh se le habría ocurrido relacionarme con el crimen, y quedé libre para estar a punto de perder el juicio preocupándome por el caso, y por fin para dar con la clave (y esto lo admito libremente y de cabo a rabo, puesto que es evidente) por pura casualidad.

—Bueno, ya que hablas de accidentes, Phil —observó Fairman—, todo este horroroso asunto comenzó con esas palabras que descuidadamente se te escaparon delante de Verney, como nos decías, cuando lo conociste. Esas palabras le costaron la vida a Randolph al final. Me imagino que a Verney se la costarán también. Él, desde luego, quería que te la costasen a ti.

—¿Puedes retroceder un poco —dijo Trent— y hacer que el lío date del día en que el príncipe de Mónaco concedió la licencia de juegos de azar a Monsieur Louis Blanc? La cadena no tiene fin. Con todo, no negaré que lo que dije de manera tan imprudente en Brinton fue un eslabón más. ¡Qué espantoso poder tienen las observaciones fortuitas! Pero ¡escuchen! Veo que el inspector está aguzando los oídos. ¿Qué es ese feble sonido musical..., como si una mano seráfica de tacto ardiente estuviese disponiendo las copas en una bandeja en la alacena? Inspector Bligh, la hora ya anda cerca, y el sol ha abandonado la pradera[175].

—Sí, hace rato —dijo el mencionado agente, ahora amable y expectante—. Pero no sé en qué me afecta.

—El chivato, que ha piado todo el día su balada, ha quedado en silencio[176]...

—Quédese usted en silencio —sugirió el inspector Bligh.

166 Prisión masculina del sur de Londres, para acusados a la espera de juicio.

167 Paráfrasis del poema «Ode to the West Wind», de P. B. Shelley.

168 Cita del himno religioso «Ten Thousand Times Ten Thousand», con letra de Henry Alford y música de Christopher Miner.

169 Paráfrasis del poema «Love's Old Sweet Song», de George Clifton.

170 Personaje de diversos poemas y novelas de Walter Scott.

171 Sir Charles Henry Hawtrey (1858-1953), actor, director, productor y agente inglés, conocido por sus papeles cómicos. *Mensaje de Marte* (1899), de Richard Ganthony, fue uno de sus mayores éxitos.

172 Cita de *Otelo*, acto V, escena II.

173 Cita del poema «Lays of Ancient Rome», de sir Thomas Macaulay.

174 Referencia al relato popular sobre la infancia de George Washington y el incidente en que confesó a su padre, cuando este buscaba al culpable, haber cortado un valioso cerezo con su hachita nueva.

175 Cita del poema «A Serenade», de sir Walter Scott.

176 Trent continúa citando «A Serenade», pero sustituye la alondra del original (*lark*) por un chivato (*nark*).